









# LA REVISTA ILUSTRADA DE NUEVA YORK

NUEVA YORK, N. O. ESPAÑA, 1932

Editores Proprietarios: E. de Lencina & C. de S. S. S. S.

DOÑA ENRIETA PARDO SARAY

Consejo de redacción: E. de Lencina, E. de S. S. S. S.

Redacción y Administración: Calle de la Libertad, 100, Nueva York, N. O.

Publicación mensual, los días 15 de cada mes.

Para suscripciones y cambios de dirección: Calle de la Libertad, 100, Nueva York, N. O.

Se vende en todas las librerías de Nueva York y en las de las principales ciudades de España, América y Europa.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

DOÑA ENRIETA PARDO SARAY

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

Se publica en español y en castellano.

**INDICE**

Dona Enrieta Pardo Saray	113
La herencia española en España	114
Los Estados Unidos y Chile	115
Octavo de Bismarck	116
En honor del gran patriota	117
Plumas mexicanas	118
Recuerdos de un viaje por España	119
Para entonces (poesía)	120
Cinco años de historia	121
Cómo desapareció la ciudad de Coahuacua	122
Los transidos en el desierto	123
El nuevo Presidente de Chile	124
Fuente de Sanluis	125
Historia	126
Escuela Universitaria de Chicago	127
El alma de Pedro Sarrat	128
América y Europa — Estados Unidos del Norte	129
— Sur y Centro América	130
— Europa	131
La Mula	132
Novedades literarias	133

En esta revista se publica la obra de los escritores de Nueva York en lengua y castellano. La colaboración permanente de esta revista da origen a una gran variedad de artículos, ensayos, cuentos y novelas. En esta ocasión donde guerra y hambre se abren paso en el mundo, se publican también paginas con Santa Teresa de Jesus y otros que el lector podrá leer con un interés especial. Don Manuel Mendive y el prólogo que le precede el publico americano escribieron para la obra de San Francisco de Asis obra de intensa fe religiosa y profundo sentido humanitario. Con respecto a *Plumas mexicanas* que el lector le que viene sus recuerdos. En los siguientes capítulos tanto más abundante cuanto que el gobierno de guerra como el lector se ha mostrado siempre muy atento en sus páginas.

En la historia Pardo Saray, mujer joven, agitada y llena de fe, favorecida largamente por sus conocimientos de la fortuna, ha encontrado en su propio tiempo y voluntad el estímulo de los motivos de adquirir una personalidad que se muestra siempre que se le da oportunidad para el lector.

En la historia Pardo Saray, mujer joven, agitada y llena de fe, favorecida largamente por sus conocimientos de la fortuna, ha encontrado en su propio tiempo y voluntad el estímulo de los motivos de adquirir una personalidad que se muestra siempre que se le da oportunidad para el lector.

# LA REVISTA ILUSTRADA

## DE NUEVA YORK.

VOL. VII / F. DE LOSADA,  
EDITOR PROPIETARIO.

NUEVA YORK, ABRIL DE 1888

N. BOLA Y PERAZA,  
DIRECTOR. / No. 88

### REVISTA DE EUROPA.



Nuestra revista anterior, al ocuparnos en los sucesos del imperio alemán, dejamos al nuevo Emperador en su trono, y al viejo Emperador en su tumba. Recordamos que digimos entonces que á un soberano muerto sucedía un soberano moribundo.

Pero estos Hohenzollern han nacido para el combate; son soldados que mueren bajo la coraza; así pelean en el campo de batalla como luchan en el campo de las disensiones palaciegas.

quina de la nación rival que del otro lado del Rin suspira por la revancha. El primer documento que firma su mano como rey es un saludo cordial á la felicitación de la Francia; su primer mensaje al Parlamento es una declaratoria de paz para el exterior y de firmeza para dentro de su propio imperio. Tembloroso el cuerpo, desfallecido el brazo, alentando mecánicamente, sintiendo que la vida le abandona por grados, no se va al lecho á aguardar su última hora, en brazos de una familia á quien ama, sino que afronta las responsabilidades de la pesada carga que el destino y la tradición de

pueblo. Para el terrible Canciller la Alemania no necesita sino soldados, para Federico lo que á Alemania faltan son amigos. Hé ahí dos cabezas cuyas ideas se chocan. También se chocan sus corazones. Federico ama á su esposa; Bismarck no la quiere bien y mucho menos á su raza imperante en Inglaterra, á la cual llamó baja, cuando el actual Emperador siendo príncipe de la corona, escogió por compañera á la hija de Victoria.

Una circunstancia imprevista ha venido á poner faz á faz al Canciller y á la Emperatriz conturbando el ánimo de Federico y agravando el crítico estado de su salud. El Príncipe Alejandro de Battenberg recientemente destronado de Bulgaria por las intrigas y presiones del Zar, ha pedido la mano de la Princesa Victoria, hija de Federico y nieta de la Reina de Inglaterra. Parece que esta inclinación es de sincera simpatía; la Princesa no es bella, pero es atractiva y graciosa; el



EL PRÍNCIPE ALEJANDRO DE BATTENBERG,

PRETENDIENTE Á LA MANO DE LA PRINCESA VICTORIA, HIJA DEL EMPERADOR FEDERICO III.

Federico III, el nuevo Emperador es todo un carácter. Este hombre sube con trabajo los peldaños del trono más alto que tiene hoy la Europa; con una sola palabra que balbucea á su secretario, porque le falta hasta el habla, se gana las simpatías del mundo y aplaca la in-

raza le han impuesto. Sus días están contados, pero agonizará gobernando.

Su política no es la de Bismarck. Este quiere la grandeza de Alemania por la conquista y por la intriga; Federico la anhela por la emulación del progreso y por la prosperidad de su

Príncipe es gallardo y valiente; nada extraño tiene que en ambos haya surgido el amor con todo ese romántico impulso que hace poner á un lado á la razón de Estado. El Emperador asiente á este enlace: la Emperatriz lo bendice porque es la elección de su hija.

*La Revista Ilustrada de Nueva York*

---

HISTORY, ANTHOLOGY, AND  
INDEX OF LITERARY SELECTIONS

VERNON A. CHAMBERLIN

IVAN A. SCHULMAN

UNIVERSITY OF MISSOURI PRESS  
1976

Copyright © 1976 by  
The Curators of the University of Missouri  
University of Missouri Press, Columbia, Missouri 65201  
Library of Congress Catalog Number 75-35891  
Printed and bound in the United States of America  
All rights reserved

Library of Congress Cataloging in Publication Data

Chamberlin, Vernon A  
La Revista ilustrada de Nueva York.

Includes indexes.

1. La Revista ilustrada de Nueva York.

I. Schulman, Ivan A., joint author. II. La Revista  
ilustrada de Nueva York.

PN4885.S75Z973 056'.1 75-35891

ISBN 0-8262-0189-X

*To Ingeniero Jorge de Losada y Marrou*

K07800

## LA MODA.

O es cierto, no ha muerto todavía, ni morirá jamás en el mundo el sentimiento de lo bello. Mientras la mujer exista habrá poesía y el arte en sus distintas formas fascinará á la humanidad.

La moda femenina, que á primera vista parece cosa baladí, constituye uno de los encantos que el genio

y el buen gusto han inventado y hecho parte integrante de la obra más perfecta de la creación, para que ésta más fácil y dulcemente ejerza su misión de amor y dicha sobre la tierra. Quien á nuestro siglo tache de prosaico y materialista y le crea desapegado del arte y sus primores, está en error muy craso. Por donde quiera, al lado del portento de la industria, resplandece el prodigio del espíritu. El hombre echa á correr sobre los rieles la locomotora, moldea el hierro, rompe el seno de la tierra, se entrega á la lucha del trabajo material y no se da punto de reposo en esta labor de lo práctico y utilitario; pero al propio tiempo deja volar su pensamiento al cielo de los ensueños, coje la estatua humana, el cuerpo de la mujer y lo viste como diosa para rendirle culto de amor y admiración; y de esa suerte, al envolver en manto de luz la materia, deja transparentes los hechizos que salen afuera del espíritu de la mujer, para con ellos consolarse en sus tristezas, alentar sus ambiciones y sentirse bueno y soñador y amante de la belleza única en que el arte estriba y de la cual se desprende el efuvio de la inspiración universal.

Este año que comienza ha llegado fastuoso, trayendo tesoros para enriquecer el arsenal de la moda elegante, y es tal el espíritu que á esta inspira, que ya no es asunto exclusivo de la costurera vulgar, si no que de él se han apoderado las imaginaciones creadoras de lo hermoso y seductor, para levantarlo á una esfera en que la aristocracia del buen gusto se espacia arrogante con aire de soberanía.

En los salones del mundo aristocrático y rumboso de Nueva York y en los del mundo oficial y elegantísimo de Washington se han visto en este invierno comprobadas las ideas que enunciarnos. Riqueza, arte, hermosura y buen gusto han andado haciendo ostentoso paseo; la moda ha triunfado una vez más y una vez más ha dado al mundo sus leyes, sin que nadie ose desobedecerlas, porque son leyes cuya tiranía es saludable y cuyo espíritu al espíritu del arte se amolda, para de esta suerte prevalecer sobre las sociedades y conservar en ellas el reinado de la mujer, fuente de todo consuelo, cielo de todos los goces y manantial de todas las alicias.

Por los grabados que ahora publicamos, puede la lectora formarse idea de la infinita variedad de trajes y prendidos que están ahora en mayor auge.

La fig. 1.<sup>a</sup> representa un magnífico traje para baile. ¡Qué sencilla elegancia, y qué maravilloso efecto! Sé de un caballero, que al ver á cierta joven dama con ese traje en un baile, hace poco, dijo que era un *traje soñado* para un ideal también soñado de mujer de formas perfectas y virginales. Y á fé que tenía razón:

el traje era encantador. La falda estaba hecha de raso rosado, adornada por abajo con pasamanería verde, la cual hallábase colocada precisamente debajo de un ramo de rosas bordado en la mitad del delantero. Cuatro rangos tenía la cola y eran de *ruche* de tul rosado, ocupando más de la mitad de la falda. El corpiño enlazado por detrás y al frente con draperías que se cruzan y que están casi cubiertas por otra pasamanería verde que adorna la cintura y cubre graciosamente la punta del corpiño.

á nuestras amigas la elección del traje á que aludimos. Observen que ya no se usa muy larga la cola.

No menos bello y colmado de atractivos es el traje que señala la fig. 2.<sup>a</sup> Como el anterior, está hecho para aprovechar las gracias de las formas perfectas. La falda es plegada, de seda rubí y guarnecida de oro. El corpiño es de estilo toscano, de terciopelo, con los delanteros bordados y abiertos sobre un chaleco de seda también rubí con incrustaciones de oro. El cuello ha de ser ancho y muy vuelto sobre los hombros y las espaldas y ha de terminar sobre el seno precisamente, como si amado de vida quisiera, curioso indiscreto, confundirse con esa línea que forma el escote para estar cerca y ver lo que el pudor virginal y el amor egoísta mandan conservar ocultos en uno como santuario de pureza. Los guantes han de ser claros, de piel de Suecia, y joyas de oro completarán este bonito prendido, muy propio para las damas jóvenes.

En punto á trajes de calle, citaremos los dos siguientes: la figura 3.<sup>a</sup> puede servir para el teatro ó para el paseo, según la tela de que el traje se fabrique. El que aquí presentamos, es de rica faya francesa, color gris claro formando una falda toda plegada y abierta sobre una drapería de brocado de seda negro y gris. Este paño se corta bien largo, de modo que forme el chaleco fruncido que se ve en el delantero del corpiño. Este chaleco debe quedar ajustado con pequeños broches al corpiño que es de seda gris. Las mangas, de brocado, cubiertas de una drapería de seda, partiendo del hombro y terminado en el codo en una punta fruncida. Una hermosa cinta parte de debajo del chaleco y va á anudarse por detrás con un lazo. El sombrero que sea negro con encajes, plumas y cintas.

El otro traje de calle, es el de la figura 4.<sup>a</sup> Es también muy gracioso y está muy en boga. La falda es de cachemira, plegada por detrás, abierta del lado izquierdo sobre otra falda de brocado de seda y recogida por una hebilla de plata antigua. El corpiño es de cachemira, siguiendo el propio estilo de la falda, es decir, abierto sobre un chaleco de brocado y unido junto al hombro derecho con otra hebilla de plata antigua, un tanto más pequeña que la de la falda. El

cuello es también de brocado. Las mangas han de ser algo anchas, recogidas en el hombro y un poco debajo del codo, en donde terminan en un puño muy ajustado, de modo que el guante largo pueda ponerse hasta allí y cubrir hasta el recogido del codo. Acabaré de modelar y agraciarse el talle, un cinturón formando punta por delante. En los hombros colóquense pequeños lazos. El sombrero que

sea de anchas alas, forradas de seda oscura, y guarnecido de colores claros. No es este un traje bello para que una joven saiga á la calle con primor ataviada y dando signos de cultura y buen gusto?

Las modistas norte americanas han introducido en el mundo elegante de este país trajes que son copia acabada y perfecta de los que famosas actrices han lucido en el teatro francés en la pieza *La Hicheronne*, y ya sea que de Paris los hayan hecho venir las damas del gran mundo, ya que aquí hayan sido confeccionados, es el caso que los tales trajes han salido, de una ó otra manera, de los talleres de



FIG. 1.

Las mangas, formadas por una pequeña drapería de tul, recógense sobre los hombros con ramos de rosas y dejan ver fresco y tentador el mazo de nieve y seda, en tanto que el guante blanco de cabritilla finísima se sube hasta ese reducido campo en que el amor está haciendo guifos traviesos. De ese modo el brazo queda cubierto desde la mano, que ostenta con primor tallados los dedos de rosa, de los cuales uno, el índice, suelen las esquivas hermosuras colocar para imponer silencio, con gesto de mimo y ansiedad, sobre el labio tembloroso de quien se atreve á demandar la merced de un amoroso sí. Recomendamos

## Preface

The numerous Spanish-language periodicals that were published in the United States during the last decades of the nineteenth century and in the early years of the twentieth provide a fascinating but much-overlooked view of literary interaction between the United States and Latin America.<sup>1</sup> During this period, some 250 periodicals were published in the Spanish language in Boston, New York, Washington, Philadelphia, New Orleans, Key West, and Tampa, as well as in other American cities.<sup>2</sup> These magazines, which were founded and edited in large measure by Cubans, Puerto Ricans, and Central Americans, usually included articles on literature, art, music, scientific inventions, technical progress, and current events in an attempt to reach the widest possible reading public. Among such publications, *La Revista Ilustrada de Nueva York*, "preciosa revista neoyorkina,"<sup>3</sup> had few literary rivals. At its height, *La Revista Ilustrada* was a sophisticated and attractive magazine that contained literary criticism, creative fiction, serialized novels, musical scores, scientific information, and women's fashions, as well as current events of the United States, Europe, and Latin America. It is interesting that a magazine of such quality should become a bibliographical rarity in such a short time. The search for a complete run constitutes a minor saga.

The roster of writers whose works appeared in the magazine testifies to the editors' insistence upon the finest literary quality. From Spain, one finds such names as Pedro Antonio de Alarcón, Ramón de Campoamor, Emilio Castelar, Benito Pérez Galdós, Mariano José de Larra, Gaspar Núñez de Arce, Manuel del Palacio, Emilia Pardo Bazán, Joaquín Rubio y Ors, Salvador Rueda, Manuel Tamayo y Baus, Juan Valera, and Ramón del Valle-Inclán. Some of the contributions by these authors were written especially for *La Revista Ilustrada*. Pardo Bazán, for example, wrote three such articles, and Valera produced seven. From Latin America came contributions or reproductions of the works of José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, Baldomero Sanín Cano, Juan Montalvo, Rubén Darío, Ricardo Palma, Federico Gamboa, Néstor Ponce de León, Salvador Díaz Mirón, Rafael Obligado, José Ignacio Rodríguez, Juan A. Pérez Bonalde, Jorge Isaacs, Manuel Othón, Nicanor Bolet Peraza, Juan de Dios Peza, and Rafael Pombo. Again, many of these were written for *La Revista Ilustrada*. José Martí's "Nuestra America," for example, first appeared in its pages, as did Ricardo Palma's "Un libro condenado" and Gutiérrez Nájera's *crónica* on Luis G. Urbina.

In his study of American periodicals in Spanish, James F. Shearer classifies *La Revista Ilustrada* as one of the few genuinely literary magazines and compares it with others of equally rigorous journalistic standards,

is," *Revista*  
fina García  
cubanas de  
. 79, which  
teenth cen-

Preface, p. vii, n. 1, l. 3, first word

"Carruaza" should be "Carranza"

3 the repro-  
ido Liberal



such as the *Mercurio* (New Orleans) and *Las Tres Américas* (New York).<sup>4</sup>

Darío (in the notes on his Whitman *medallón* for the 1890 edition of *Azul*), grouped *La Nación* (Buenos Aires), the *Revue des Deux Mondes* (Paris), and *La Revista Ilustrada de Nueva York* in the same thought: "Un magistral estudio sobre la vida y obras de Whitman publicó en la *Revue des Deux Mondes* Gabriel Sarrazin. Así mismo José Martí le dedicó una de sus más bellas producciones en *La Nación* de Buenos Aires, y R. Mayorga R. un excelente artículo en la *Revista Ilustrada de Nueva York*." <sup>5</sup>

Several persons in Latin America, Spain, and the United States aided us in our difficult search for a complete run of the magazine. We should like especially to thank the the Latin American Area Committee of Washington University; its Graduate School of Arts and Sciences; the audio-visual department of its library; the Ford Foundation, through its grants to the Latin American Area Committees of Washington University and the University of Kansas; the General Research Fund of the University of Kansas; Marjorie Karlson, who served as reference librarian at the libraries of Washington University and the University of Kansas during the period of our search; Graciela Sánchez Cerro of the Biblioteca Nacional, Lima, Peru; Pedro Grases, Caracas, Venezuela; Licenciado Rodolfo Ruz Menéndez, Mérida, Yucatán; and the Instituto de Literatura y Lingüística of Havana. John S. Brushwood and Andrew P. Debicki (University of Kansas), as well as Boyd G. Carter (University of Missouri) also helped in many ways. Our most important and indispensable collaborator was Ingeniero Jorge de Losada y Marrou, the grandson of the founder and original owner of the magazine. Ingeniero Losada corresponded patiently with us over a period of years and sent us bibliographical data. In addition, he invited us to Lima and generously shared his home, his library, and the materials in his possession dealing with *La Revista Ilustrada de Nueva York*. Thanks to Ingeniero Losada, a consecutive run of the magazine from December 1886 through 1893 is available on microfilm at the libraries of both the University of Kansas and Washington University. Appreciation is also due the Frank Luther Mott Fund at the University of Missouri for a publication subsidy.

V. A. C.  
Lawrence, Kansas

I. A. S.  
Gainesville, Florida

November 1975

4. Shearer, p. 49.

5. *Obras escogidas de Rubén Darío Publicadas en Chile*, Vol. 1, (Santiago: Universidad de Chile, 1939), p. 394.

## Contents

Preface, vii

Introduction, 1

In Search of a Lost Periodical, 1  
A Commercial and Literary Monthly, 3  
A Hispanic “Civilizing” Mission, 4  
Also a Women’s Magazine, 6  
A Defender of Hispanic Values, 7  
*La Revista’s* Rise and Fall, 10

Principal Contributors to *La Revista Ilustrada*, 13

Nicanor Bolet Peraza, 15  
Rubén Darío, 17  
Salvador Díaz Mirón, 19  
Manuel Gutiérrez Nájera, 21  
Eliás de Losada y Plisé, 22  
José Martí, 24  
Román Mayorga Rivas, 26  
Juan Montalvo, 28  
Ricardo Palma, 29  
Emilia Pardo Bazán, 31  
Néstor Ponce de León y Laguardia, 34  
Amalia Puga de Losada, 35  
José Ignacio Rodríguez y Hernández, 38  
Baldomero Sanín Cano, 39  
Los hermanos Sellén, 41  
    Antonio Sellén y Bracho  
    Francisco Sellén y Bracho  
Juan Valera y Alcalá Galiano, 44

Anthology Section, 47

Darío:

    “Una fiesta nacional: El héroe de Costa Rica, Juan Santamaría,” 49

Gutiérrez Nájera:

    “Ante el mar,” 54

Montalvo:

    “Poesía de la historia: Sáfila,” 55

Pardo Bazán:

    “La novela española en 1891,” 58

    “El descubrimiento de América ante la ciencia peninsular y americana” (in two parts), 66

Ponce de León:

    “En mi biblioteca: Notas al vuelo” (in five parts, with the last three subtitled “El Plagio, los plagiarios y otras muchas cosas más”),

Sanín Cano:

“Confidencias importunas,” 113

“Literatura americana,” 117

“Fisiología de lo romántico,” 123

“Sinceridad de artista,” 131

Rodríguez:

“Las novelistas de los Estados Unidos de América” (Enriqueta Beecher Stowe, Elena Hunt Jackson, Susana Warner, Ana Bartlett Warner, Catalina María Sedgwick), 136

“Carlota Scott,” 156

Index of Literary Selections in *La Revista Ilustrada de Nueva York*, 160

Index of Authors and Their Contributions in *La Revista Ilustrada de Nueva York*, 194



Agentes de "La Revista Ilustrada de Nueva York."



DR. ANDRÉS J. MONTES  
C. Bolívar, Venezuela.



ÁNGEL SERRANO  
Sahuaripa, México.



ALBERTO QUESADA  
Hereda, C. Rica.



A. A. AYCARDI  
Cartago, Colombia.



BENITO FERNÁNDEZ  
Guayama, Venezuela.



BALTAZAR PALLETEZ  
Pinar, D. R.



CARLOS A. IMENDIA  
Somonate, Salvador.



CRISTÓBAL SAUREL  
Tomas, Mex.



BUSTAQUIO B. BONNET  
La Victoria, Venezuela.



FIDENCIO F. NIETO  
San Juan Bautista, Tabasco, Mex.



ISIDRO B. RODRÍGUEZ  
Barcelona, Venezuela.



JUAN CORTINA  
Valencia, Venezuela.



JACINTO GÓMEZ  
Guayaquil, Ecuador.



JENEROBO JASPE  
Cartagena, Colombia.



J. A. STOPPLER  
Tongapoco, Mex.



JOSÉ MARÍA CASTRO  
Cucupa, Salvador.



J. GERMÁN MENESES  
Arequipa, Perú.



J. O. COBO  
Ambato, Ecuador.



JOSÉ TRIFLAND  
Brownsville, Texas.



JOSÉ SOMARRIVAS  
Liberia, C. Rica.



JOSÉ DEL C. MEJA  
Trompsburg, Nicaragua.



E. EMILIO LAFON  
Chihuahua, Mex.



LUIS A. LORETO  
Calabozo, Venezuela.



MOISÉS ZELAYA  
Granada, N. H.



M. J. IZAGUIRRE  
Tegucigalpa, Honduras.



RICARDO MORA F.  
Pantareñas, C. Rica.



RAFAEL C. GUARDADO  
Unión de Reyes, Cuba.



B. MOSQUERA  
Caracas, Venezuela.



TOMÁS VELASCO G.  
Sta. Clara, Cuba.



TIBURCIO H. BON  
Comayagua, Honduras.

## Introduction

### In Search of a Lost Periodical

*La Revista Ilustrada* is one of more than two hundred Spanish-language magazines that were published in the United States in the nineteenth century, and issues are exceedingly rare today. Ernesto Mejía Sánchez reported in 1959, "No se han podido localizar colecciones ni números sueltos de 'esa preciosa revista.'" <sup>1</sup> Challenged by this observation and by Manuel Gutiérrez Nájera's description of the journal's fame, <sup>2</sup> we initiated a search for issues of the magazine in North American libraries. Even though *La Revista Ilustrada* was fully copyrighted under United States laws, the New York City public library had no copies, and only two complete issues were on file with the Library of Congress.

We discovered volumes nine through twelve (1890–1893) at the University of Texas after circulating a request for issues through the Library of Congress. At this point, we were not certain how long the magazine had been published, but we were intrigued by these issues and resolved to track down the earlier numbers. The lists of Latin American subscribers and distributing agents, which were published periodically in the magazine, indicated that *La Revista's* circulation was extensive, so we began by searching through Latin American national libraries and private collections.

One such private collector, the distinguished Mexican dialectologist F. J. Santamaría, sent us the following letter in response to our inquiry, which we reproduce *in toto* as an example of the frustration facing the scholar who attempts serious research on Latin American periodicals:

22 de octubre de 1962

Mui señor mío:

Hai en mi Biblioteca un tomo de la "Revista Ilustrada de Nueva York," el de 1891; pero mi Biblioteca está desde hace dos años, en la Universidad "Juarez" de Tabasco, en Villahermosa, a cual la doné por testamento. Si le es necesario, allá podrá consultarlo. Tuve varios otros tomos, pero me fueron salteados hace dos años. Lamento no poder serle más útil mas estoy a sus ordenes como su atto. i S S

The University of Tabasco, in turn, claimed it never had received *La Revista*.

In view of the magazine's New York imprint, we next centered our search in that area. In an attempt to find the descendents of the founder and first editor, Elías de Losada, we wrote all of the Losadas listed in the Greater New York telephone directory. Many responded, but none could

1. Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras*, Vol. I (Mexico: Universidad Nacional Autónoma de México, 1959), p. 431, n. l.

2. Gutiérrez Nájera wrote to *La Revista Ilustrada* (in his essay on Luis G. Urbina): "Me invita usted á entrar á su palacio, y aunque vengo en traje de calle, cedo a tan bondadosa instancia y entro á él. No fué hecha para ser pisada por piés de palurdo, como son los míos, esta soberbia escalinata de mármol." "Cartas mexicanas," *La Revista Ilustrada de Nueva York* (January 1891): 10.

help us in our search. Next we contacted the Spanish and Portuguese synagogue, Shearith Israel; its distinguished rabbi, Dr. David de Sola Pool, searched in vain through all the archives of the congregation. Inquiries addressed to the New York Historical Society were equally fruitless. Also, the owner of the Editorial Losada, a publishing house in Buenos Aires, wrote that Elías de Losada had not been a member of his family.

At this most discouraging moment, a chance examination of new books received by the Watson Library of the University of Kansas revealed a *Discurso de ingreso de Don Cristóbal de Losada y Puga*, on the occasion of his entrance into the Academia Peruana Correspondiente de la Real Academia Española (28 August 1959). The surnames Losada and Puga suggested that Cristóbal de Losada y Puga might be a descendent of Elías de Losada and Amalia Puga, a well-known Peruvian authoress and contributor to *La Revista Ilustrada*.

A letter dispatched to a post office box number listed in a Lima telephone directory under the name of Cristóbal de Losada brought a response from Ingeniero Jorge de Losada, head of the engineering department of the International Petroleum Company, Lima, Peru. He informed us that his father, now deceased, was indeed the son of the original owner of *La Revista Ilustrada de Nueva York* and of Amalia Puga, whom Don Elías married after selling his interest in *La Revista Ilustrada* to Power and Company in 1892.<sup>3</sup> Ingeniero Losada generously offered us the privilege of microfilming all of the issues of the magazine in the possession of his family. With funding from the University of Kansas and Washington University, Professor Chamberlin flew to Lima and copied the issues of *La Revista* in the Losada family library. Other leads were uncovered during this trip, most of them spurious. One such report indicated that the late Hector Cuenca, former Venezuelan ambassador to Peru, had a complete run of *La Revista*. In Caracas, Pedro Grases of the Sociedad Bolivariana de Venezuela not only helped us to locate and photocopy some issues on deposit in the Biblioteca Nacional but also put us in contact with the widow of Hector Cuenca. Unfortunately she had just sold the magazines and newspapers of her husband's library. The buyer insisted that a complete collection of *La Revista* was among the periodicals he had acquired, but he claimed he had donated them to the Centro de Historia del Estado Trujillo (Venezuela). A member of the latter institution informed us that the Centro de Historia had no record of ever having received or seen copies of the magazine.<sup>4</sup> Our search continued in other areas of Latin America. In Mérida, Yucatán, Licenciado Rodolfo Ruz Menéndez, the grandson of one of *La Revista's* collaborators, located issues of the magazine that proved to be duplicates of some we already had (1891-1892).<sup>5</sup> Similarly, the Instituto de Literatura y Lingüís-

3. In the February 1893 issue Losada bid farewell to his readers after eight years of dedicated service to *La Revista*. In his "Despedida y Presentación" he introduced Andrés Power, his successor, as a "caballero ilustrado y entusiasta por todo lo que se relaciona con nuestro América" (p. 53).

4. Marcos Rubén Carrillo wrote (5 October 1965): "Con mucha pena le participo que la colección de esa Revista no figura entre las colecciones que posee el Centro de Historia en su biblioteca." (Letter in possession of the authors.)

5. Licenciado Rodolfo Ruz Menéndez has written about Professor Chamberlin's visit to Mérida and the subsequent discovery in a private archive of the complete run of *La Revista Ilustrada* for the years 1891-1892. His articles, entitled "La Revista Ilustrada de Nueva York," appeared serially in the *Diario de Yucatán* (29 October-17 December 1967) and as a single essay in the *Revista de la Universidad de Yucatán*

tica of Cuba generously furnished us some previously obtained issues (May and October 1887), and from Spain the Hemeroteca Municipal de Madrid and the Biblioteca Menéndez Pelayo (Santander) also wrote to offer several duplicates of the 1891–1892 period.

After Professor Chamberlin's return from Latin America, Ingeniero Losada wrote that a more exhaustive search of the family possessions had produced additional issues of the magazine. These, together with previously obtained issues, gave us a complete run of *La Revista Ilustrada* through 1893 as well as all issues of *La Revista Mercantil de Nueva York*, from which *La Revista Ilustrada* evolved.

Although we do not yet have every issue of this magazine, those we do have are probably the most interesting from a literary viewpoint, since after 1892 *La Revista* suffered a considerable decline and lost its most distinguished contributors. It is conceivable that some stray issues may yet be discovered. More likely, however, the collection of *La Revista* will remain incomplete, as have those of other New York Spanish-language periodicals such as *El Economista Americano*, *El Cronista Americano*, *La Juventud*, and *El Avisador Hispanoamericano*.<sup>6</sup> For this reason we have decided to offer our study of *La Revista* and the uncollected or rare articles and poems that appeared in it at this point rather than prolong our twelve-year search for the missing issues.

## A Commercial and Literary Monthly <sup>7</sup>

*La Revista Ilustrada*, as its title indicates, was an illustrated monthly. Elías de Losada, in explaining its metamorphosis from *La Revista Mercantil de Nueva York*, made a special point of justifying the adjective "ilustrada" in its first issue (December 1886). A contemporary of Losada's, Justo A. Facio, in comparing it with *Harper's Magazine*, clearly delineated the nature and purpose of *La Revista's* artistic illustrations:

En este género ella realiza admirablemente, en español, el tipo genuino del *magazín*: es ni más ni menos, el *Harper's Magazine* nuestro. Sus grabados completan y perfeccionan las impresiones de la lectura, que, gracias á ellos, adquiere representación artística, —y son tan finos y tan bien ejecutados que por sí solos é independientemente del motivo que ilustran, constituyen otros tantos trabajos de arte.<sup>8</sup>

9 (1967): 89–122. Ruz Menéndez briefly analyzes the content of the issues of *La Revista Ilustrada* for the years 1891–1892, focusing upon the collaboration of his grandfather, Rodolfo Menéndez de la Peña. Further information regarding the latter, as well as his family's history and arrival from Cuba in Yucatán, may be found in Ruz Menéndez's "La primera emigración cubana a Yucatán," *Estudios y Ensayos: Revista de Investigación Cultural y Científica* 1 (Mérida, April–June 1969): 89–169.

6. James F. Shearer, in his study of "Periódicos españoles en los Estados Unidos," *Revista Hispánica Moderna* 20 (1954):50, notes that there is no complete set of many of these magazines, either in the United States or in Latin America; and some, such as the following printed in New York, have no extant copies at all: *El Economista Americano* (1886–1887?), *El Cronista Americano* (1888), *La Juventud* (1889).

7. *American Newspaper Annual* (Philadelphia: N. W. Ayer and Son, 1890), p. 512, refers to *La Revista* as "a monthly devoted to commerce and literature."

8. "La Revista Ilustrada de Nueva York," *Revista de Costa Rica* 1 (3 January 1892):142–51. Reproduced in *La Revista Ilustrada* (March 1892):168–69.



The editorial board of *La Revista Ilustrada* developed further Facio's concept in an unsigned statement of their own, "Los proyectos de la Revista" (January 1893):

Con el carácter de verdadero *magazine* que sigue paso á paso todas las evoluciones de la actividad humana, dará cuenta exacta de los acontecimientos de importancia que ocurran en todas las partes del mundo, y, siempre que sea posible, *irán ilustrados pictóricamente*. De este modo, LA REVISTA girará en más amplia esfera, y vendrá a ser el complemento indispensable del diario noticioso. [Italics added.]

Although it was designed as a complementary publication to the news daily, Losada emphasized the literary contribution of *La Revista* as late as January 1893 at the moment he was taking permanent leave of his readers. In his "Despedida y presentación" he alluded with satisfaction to his successor's concern with art and literature, a natural consequence, he theorized, of his Latin "race": "une [Andrés F. Power] á la actividad ingénita de la raza angloamericana, el sentimiento artístico que es proverbial en la que puebla el vasto continente sur-americano." In the same issue (again in "Los proyectos de la Revista"), the magazine's literary concerns were less romantically set forth:

Consagraremos particular atención a los asuntos literarios, que tanto seducen á nuestros pueblos de imaginación lozana y de temperamento apasionado, y así daremos novelas de pequeñas dimensiones, que puedan caber en un sólo número; cuentos ingeniosos y amenos, ya originales ya traducidos, pero que sean de los más distinguidos escritores; críticas literarias, que contribuyan á formar el buen gusto; producciones poéticas de los más renombrados líricos de España y de América, y en general todo cuanto tienda á hacer de esta sección una especialidad que acojan siempre con marcada predilección todos nuestros abonados.

Clearly, it was not the intention of *La Revista Ilustrada* to limit its columns to literary articles, and in presenting its materials the illustrative nature of the magazine was as prominent as its Hispanic orientation.

## A Hispanic "Civilizing" Mission

*La Revista Ilustrada*, although published in the United States, did not primarily cater to residents of that country. As a partial consequence of the fact that its editorial staff consisted in large measure of voluntary or forced Latin American exiles, the magazine had a political and cultural revolutionary and missionary zeal whose effect, it was hoped, would be felt in the countries south of the Río Grande. Losada considered the United States to be a singularly advantageous location from which to speak to Latin Americans, and, when necessary, to sound the voice of alarm: "Falta hace una publicación de ancha base, de gran espíritu, genuinamente americana, que las sirva á todos por igual en su despertar enérgico á la vida colectiva; que desde esta metrópoli del mundo [New York], a donde llegan los ecos de todos los pueblos civilizados, dé la voz de alerta, siempre que sea necesario" (May 1892).

From New York *La Revista* circulated via distributing agents in Argen-

tina, Bolivia, Chile, Colombia, Curaçao, the Dominican Republic, Honduras, Guatemala, Jamaica, Mexico, Nicaragua, Peru, the Philippines, Puerto Rico, Texas, Trinidad, and Uruguay. The magazine traveled even as far as Tangiers.<sup>9</sup> Its mission, however, fundamentally concerned Latin America, and by July 1890 the editors of the magazine could boast, “Nuestra *Revista* circula profusamente, no sólo en las grandes ciudades, sino en las poblaciones de segundo y tercer orden de todo Hispano-América.” Like the journalists of other New York-based Spanish magazines, those who contributed to the columns of *La Revista* attempted to inspire its Latin American readers to emulate the United States’ cultural and technical development whenever appropriate. Losada had insisted on this policy even for *La Revista*’s forerunner; in an editorial entitled “Nuestro Programa” (4 July 1885), he presented the importance of material progress in Latin America to his readers and explained the magazine’s role in reporting current technical developments:

Será especial cuidado de LA REVISTA MERCANTIL el mantener una sección muy circunstanciada sobre muchas industrias pequeñas y grandes que pueden ser adaptadas en Sur América y que por falta de un conocimiento práctico de ellas no se acometen allá. LA REVISTA MERCANTIL que cuenta con relaciones valiosísimos en este país, las cuales le dan acceso á todos las fábricas y talleres, está en aptitud de estudiar los métodos prácticos de esas industrias y describirlas con toda propiedad, de manera que con solo seguir el texto de dichos artículos pueda cualquiera plantearlas.

The magazine also looked to France as a model, and in 1889 the senior editor, Bolet Peraza, went to Paris to report on *l’Exposition universelle*. In an editorial entitled “*La Revista Ilustrada* en ambos mundos” (August 1889), Mayorga Rivas explained that only a Latin American could effectively interpret the Universal Exposition for the maximum benefit of Spanish-speaking people in the New World. Thus, for several months the pages of *La Revista* included not only laudatory descriptions and photographs of individual Latin American pavillions at the exposition but also provided extensive coverage and praise for such French “marvels” as the newly built Eiffel Tower, the Pasteur Institute, and the latest scientific and industrial exhibits at the exposition.

In the course of its civilizing mission, *La Revista* most often, however, compared life in the United States with that in Latin America. The editors and the owner believed that in union there was strength, both culturally and racially. At the same time, they felt Latin Americans would be unwise to imitate blindly the innovations of the more materially progressive country to the north. Concern over the political intentions of the United States in Latin America alternated with admiration for American progress, liberty, and technology, especially in the mid-1880s.

9. Between January and July 1890, *La Revista Ilustrada* published photographs of 160 subscription agents and all except 2 (from the Philippines) gave addresses in the Western Hemisphere: Texas, Mexico, the Caribbean Islands (including Jamaica and Curaçao), Central and South America. In the September and October 1892 issues, the names of 150 subscribers who had not remitted their payments were printed. All were from Latin America, with the exception of 3 persons living in the United States, 2 in Paris, and 1 in Tangiers.

## Also a Women's Magazine

*La Revista Ilustrada* was a family magazine, and women's interests occupied considerable space in each issue. Both Nicanor Bolet Peraza, the first director of the magazine, and Elías de Losada felt that much of the future of Hispanic culture rested upon feminine influence and looked forward to the proper recognition of women's role in the family and society. In presenting the Peruvian writer Amalia Puga to the readers of *La Revista*, another editor of the magazine, Román Mayorga Rivas, expressed his sentiments on the role of the Latin American woman in a piece he entitled with unrestrained simplicity "La mujer hispano-americana y *La Revista Ilustrada de Nueva York*" (February 1890). Mayorga defined the magazine's credo for women:

Entre otros nobles y patrióticos empeños, han tenido [los dueños de *La Revista*], el de hacer de este periódico arsenal riquísimo de espirituales ideales, album de la más amena literatura y estuche que encierre artísticas y preciosas joyas, para que la mujer, enamorándose de la obra, la hiciera cosa suya y la alumbrase con la luz de su prestigio sin rival.

After alluding to the sacred union of fatherland and society, a union based on the solidity of the home where a woman should preside like a goddess and be a "santa y ordenadora Providencia," Mayorga strove to refocus the traditionally stigmatic view of Latin American women:

Más de una vez hemos leído con indignación en periódicos extranjeros, que la mujer de nuestra América vive apartada del todo de la vida intelectual, que en la ignorancia vegeta y en el estéril misticismo se consume. A tales aseveraciones vamos nosotros á oponer la verdad práctica, y ya se verá cómo saben presentarse ante el mundo las americanas, para figurar digna y altivamente en la escogida legión de los que viven del pensamiento y del espíritu y van alumbrando á la humanidad con sus luces.

This instance was by no means isolated. When the National University of San Salvador graduated its first woman engineer, *La Revista Ilustrada* published her picture and was quite lavish in its praise of her (January 1890), as it was of its first female subscription agent (in Ibagué, Colombia).<sup>10</sup> However, the most renowned of all women accorded special attention by *La Revista* was probably Emilia Pardo Bazán. When the Spanish countess began writing for the magazine, she was accorded a special four-page introduction that included her photograph. She was described as having "una prodigiosa cultura intelectual, superior quizá a la de cualquiera otra persona de su sexo . . . [é] insaciable afán de abarcarlo y poseerlo todo, como si quisiera emular en un solo día el trabajo de muchas generaciones de hombres, y arrebat[ar]lo como por asalto, para corona y timbre de su sexo" (December 1891).

Such concerns in an age of growing feminine influence were not unusual; in fact, they were characteristic of Hispanic writers of the period. Consequently, in *La Revista* many things were published that would inter-

10. June 1890, p. 11. *La Revista* repeatedly characterized its subscription agents as an indispensable element in its cultural and civilizing campaign.

est young women—fashions, musical selections, poetry, and sentimental prose—but there was at the same time a conscious effort not only to stimulate their cultural and intellectual aspirations but also to elevate moral standards. It is therefore understandable that, bowing to objections concerning the erotic suggestiveness of Jacinto Octavio Picón's novel *Dulce y Sabrosa*, the editors discontinued its serialization after the first installment.<sup>11</sup> The editors of *La Revista* followed the prevailing moralistic attitude described by the editor of another New York-based Spanish magazine, *El Latino Americano*, in 1885 and followed by José Martí in writing *Amistad Funesta (Lucía Jerez)*: "En la novela había de haber mucho amor; alguna muerte; muchas muchachas; ninguna pasión pecaminosa; y nada que no fuese del mayor agrado de los padres de familia y de los Sres. sacerdotes. Y había de ser hispano americana."<sup>12</sup>

### A Defender of Hispanic Values

Losada's and Bolet Peraza's interests as editors and journalists, however, transcended feminist issues. Their most fundamental preoccupations were the social, political, and economic aspirations of the Hispanic community, both in the United States and Latin America. In his 1890 New Year's greeting to his readers, Losada wrote:

Como sucede al artista que en la mente lleva un ideal superior á los vuelos de su talento y superior á la habilidad de sus nervios, así llevamos nosotros un ideal de publicación, por el cual vive suspirando nuestro anhelo y vive luchando nuestro espíritu. Por delante de nosotros tenemos un vasto campo que nos convida á colmarlo con grandezas de pensamiento, con revoluciones de progreso, con maravillas de libertad, con resplandores de ciencia, con sublimidades de poesía y con un aliento fecundo de fé y de entusiasmo por los destinos de este mundo para quien trabajamos con amor y valentía: las América generosa, la tierra del porvenir.

11. With respect to the deletion of this novel, the author of an editorial published in June 1892 makes reference to the "gusto extremadamente delicado de nuestros numerosos lectores de Hispano-América, y con especial el de nuestras damas." The "delicate" constitution of such readers, the commentator said, views "con desagrado" and rejects any work inspired by "las repugnantes desnudeces de la moderna escuela naturalista, por más que la forma literaria sea irreprochable y el asunto interesante." However, in what to some might seem a reversal of the above position, but in our opinion is a testimonial to Losada's liberal, catholic tastes, the magazine's staff notified its readers that "los que deseen continuar leyendo la novela *Dulce y Sabrosa*, de cuyo estilo é interesante trama tienen una brillante muestra por lo que ya conocen, pueden pedirla á La Librería de los señores E. de Losada & Company, donde se encuentran ejemplares para su venta." Even after giving up the editorship of *La Revista*, Losada maintained his interest in this bookstore. In a letter to Juan Valera (12 December 1893) he writes: "Pues continúo exclusivamente con el negocio de libros en 124 Chambers Street. Y—como creo haberle informado—ageno por completo a la marcha y coparticipación financiera de la Revista Ilustrada" (letter in possession of the Losada family).

12. José Martí (writing in this instance under the pseudonym of Adelaida Ral), *Obras completas*, Vol. 25 (Havana: Trópico, 1936-1953), "Nota preliminar," n.p. A curiously close reflection of these words is contained in Losada's statement of May 1892 (p. 248) announcing an expansion of the magazine. In this document he states "para hacer La Revista un periódico, noticiosa y variada, que sirva á todos los gustos y profesiones, *sin ofender á ninguno*" (italics added).

Losada's emphasis on the future was not misplaced. His magazine spoke for Spanish-American countries at a moment when they were just beginning to grope their way toward modernized institutions, struggling against formidable cultural and material odds to gain equality in the main stream of Western civilization.

When the magazine's editorial policy was delineated early in its existence (see July 1887), service in the cause of civilization and progress constituted its ideological base. The editors' Spencerian positivistic philosophy—evolution toward progress achieved in social systems characterized by order and stability—led them to eulogize North American life in which progress, order, liberty, and technical advancement stood in such marked contrast to Latin America's. Typical in this regard was the July 1886 (*La Revista Mercantil*) statement by Losada that his magazine would contribute "al bien de nuestra raza, llevándole ejemplos de grandes cosas realizadas por el pueblo de los Estados Unidos; presentándole las ideas que aquí bullen, el espíritu que aquí reina, la noble ambición que aquí alienta, el secreto, en fin, de esta maravilla de nación." The editor covered negative aspects of the United States by declaring: "Los lunares, se los dejamos á aquellos que gustan de pintarlos; nosotros creemos que el mundo tiene bastantes sombras, y que lo que pide la humanidad es luz, mucha luz; lo que necesita son modelos puros, virtudes prácticas, enaltecidas para imitarlas." *La Revista* was intended to be, as the editor wrote in July 1887, a compendium of "civilization"; that is, of material progress and technology of both of the Americas and Europe.

As the threat to Latin America's cultural independence increased, however, *La Revista* reflected prevailing fears and adopted a franker, more negative position toward the United States' attitudes and policy. In the introductory remarks to the first article by Pardo Bazán published in *La Revista* (December 1891) the missionary plea for Hispanic unity in the face of a potentially destructive enemy was clearly manifest. At the same time the extravagant view of the United States had been eclipsed by genuine concern over Spanish America's independent political survival:

LA REVISTA espera ver colmado uno de sus deseos más ardientes, cual es el de hacer de sus páginas poderoso torna voz para los más escogidos miembros de la gran familia hispano-americana que, por desdicha, no ha ocupado hasta hoy este palenque, sino para traducir y exagerar dolorosas disidencias cuya imprudente prolongación y criminal envenenamiento comprometerían a la larga superiores intereses comunes a toda la raza. En presencia de la anglosajona, que por superioridad industrial indiscutible *nos menosprecia, y por cálculo nos espía en cada una de nuestras lamentables caídas*, españoles de España y de América deben aparecer unidos, siquiera sea en el terreno literario, mantener sus tradiciones, perseguir sus propios ideales, y afirmar en este nuevo mundo revelado a la civilización cristiana, la parte de influencia que de derecho le corresponde por semejantes títulos. [Italics added.]

The following year, 1892, the editors' position became firmer. An unsigned lead editorial published in November, "Las simpatías de Hispano-América y sus causas," had the ostensible purpose of celebrating Grover Cleveland's presidential victory. A brief history of the two major political parties and their relationship to Latin America broadened the article's scope and made it clear that the United States would no longer be portrayed

idealistically. *La Revista's* editors hoped that "bajo la acción del próximo gobierno, se restablecerá la confianza hoy virtualmente suspendida de las repúblicas del Sur en su poderosa hermana del Norte, y que las antiguas corrientes de simpatía sacarán naturalmente á flote los intereses que una política egoísta y de proceder violentos, ha hecho más bien fracasar." However, they expressed a desire for just and democratic treatment from the United States, an optimistic position considering the foreign policy of Secretary of State James G. Blaine, which the editorial called "agresiva y conminatoria so color de una protección que nadie solicitaba."

To meet the challenge of the northern neighbor, the remarks preceding Pardo Bazán's first article were aimed at the status of Latin American development and the meaning of *americanismo*. Both Elías de Losada and Nicanor Bolet Peraza opposed Latin American assimilation of foreign modes. They hoped Latin Americans would move forward without sacrificing culturally authentic institutions or traditions, a belief that explains much of the magazine's patriotic fervor. The editors' praise of fruitful cultural, social, or economic innovations in Latin America, which suggested to them the dawning of a new, more modern era, reflects their idealism.

In a period of ideological flux, when Latin American thought remained in the shadow of eighteenth-century faith in man and progress, Bolet Peraza hailed New Year 1890 in *La Revista's* columns by summarizing contemporary technological advances and the relationship of material progress to religion and morality. His faith may seem misplaced to the contemporary reader, but such idealism was not uncommon for a person of that period:

Todo está cambiado y todo sigue cambiándose con la marcha de estos tiempos de revolución infatigable. A los concilios de la fé, se han sucedido los Congresos de la paz; á las Coaliciones las Conferencias; á las Cruzadas las Exposiciones; á las Conquistas los Ferrocarriles; á la pasión de la guerra el ardimiento de la fraternidad. Guttemberg venció á Torquemada; Morse desacreditó á Bonaparte; Fulton destronó á Nelson, y entre todos esos hombres que han hecho luz con el fósforo de los cerebros y con la química de los cielos, han alumbrado las conciencias y reformado el criterio.

Algunos sostienen que el Progreso está expulsando á Dios del Universo; y nunca como ahora ha estado Dios tan presente en todas las cosas. No lo busquéis en las palabras: buscadlo en las obras. No lo busquéis en el mal: buscadlo en el bien. Está en el Derecho, que es salvaguardia de los débiles; está en la Democracia, que es la soberanía de los pueblos; está en la Libertad que es su gracia derramada sobre las sociedades; está en la Fraternidad, que es la fuerza de las naciones; está en todas las alturas en que se sube á orar el pensamiento humano cuando se espacia buscando injusticias que enderezar, males que suprimir y debilidades que fortalecer.

No desmayen, pues, los que creen ni los que esperan. No flaqueen los que no pueden ni los que sufren. Los tiempos no van hacia atrás; no van hacia la Fuerza sino hacia el Derecho. Los privilegios van escaseando, las aristocracias van cayendo en ridículo; todo lo que el hombre inventó para dominar al hombre se va pudriendo. El talento y la virtud se adelantan. El amor es el verdadero conquistador moderno, y el Progreso es su aliado. La máquina redime, el telégrafo une los corazones y esparce las ideas; con el vapor viajan los intereses en activo cambio; el periódico va al lecho del trabajador y los despierta con el eco



de voces que parten de todos los pueblos del globo; y entretanto los ejércitos se tullen en las barracas y los artilleros se duermen sobre las cureñas de sus cañones, aguardando en vano una guerra que no llega, porque la guerra es un fiasco en las evoluciones de la humanidad moderna.

### *La Revista's Rise and Fall*

*La Revista Ilustrada de Nueva York* had unusual origins, and its success was due almost entirely to the efforts of one man. Elías de Losada (1848–1896), the founder and original owner of the magazine, was a third-generation American. He was born in Panama and settled in New York, becoming by 1877 a partner in the import-export business of Ascencio-Losada.<sup>13</sup> Next he became associated with the prestigious firm of Thurber-Whyland, which communicated with Spanish-speaking customers through a modest publication entitled *Thurber-Whyland and Company's Spanish Review*. When Losada took charge of the firm's Spanish section he also assumed directorship of their *Review*. According to the contract by which Losada acquired exclusive rights to the publication, it was to become henceforth *La Revista Mercantil y de Precios Corrientes del Mercado de Nueva York*.<sup>14</sup> A subsequent agreement, or more likely Losada's good judgment, shortened the title to *La Revista Mercantil de Nueva York*, under which title the magazine first appeared July 1885.

Although Losada modified the magazine's title, he did follow the original contract stipulation to publish Thurber-Whyland's price lists, and they appeared in every issue of *La Revista Mercantil*. Subsequently they were appended each month to the pages of its sequel, *La Revista Ilustrada de Nueva York*, until 1892.

Only sixteen issues of *La Revista Mercantil* were published. In December 1886 Losada decided to launch *La Revista Ilustrada de Nueva York*. In a brief note, "Nuevo título," he explained the change:

En primer lugar, la sección Mercantil es secundaria en nuestra publicación; y en segundo lugar, el antiguo título nos obligaba a entrar amenudo [*sic*] en explicaciones con el público, que acostumbrado á recibir gratis el mismo periódico, cuando no era sino una hoja destinada á noticias comerciales, suponía, en muchos casos, que debía seguir recibiéndolo bajo las mismas generosas condiciones.

Desde el día en que esta empresa vino á manos de sus actuales Editor y Redactor, se nos alcanzó que íbamos á tropezar con aquellos inconvenientes, y para prevenirlos debíamos cambiar el título. Pero pudo en nosotros, más que estas consideraciones, el dictado de la modestia. Parecíamos que aquel título era menos pretencioso que ningún otro, y no vacilamos en cobijar nuestras producciones con el humilde nombre de "Mercantil."

Así quedará pues llamándose *Revista Ilustrada*, ésta que en realidad lo es, porque publica ilustraciones y quedará al propio tiempo borrado todo vestigio que pudiera inducir á algunos á creer que somos continuadores de aquella antigua publicación destinado á propagar gratis intereses puramente mercantiles, cuando la verdad es que,

13. "Datos Biográficos de Don Elías de Losada y Plisé" prepared by Ingeniero Jorge de Losada (in possession of the authors).

14. "Agreement made between Messrs. Thurber, Whyland and Co. and Mr. E. de Losada" (photocopy in possession of the authors).

aunque sirviendo como servimos una sección comercial muy detallada, nuestro primordial objeto es más amplio y trascendental, como lo dejamos expuesto en el Programa que en nuestro número de Julio de 1885 publicamos, y como lo han visto nuestros lectores desarrollado en el curso de los 18 meses que hace conducimos esta Revista.

It was in the Thurber Building on New York's lower west side amid the commercial activities of a large import-export business that Losada developed his *Revista Ilustrada* from its mercantile beginnings. Losada worked closely with Nicanor Bolet Peraza, his first editor (1885-1890), then with Román Mayorga Rivas (1890), and finally with Ricardo Becerra. In December 1892, however, he decided to sell *La Revista* to Andrés F. Power for ten thousand dollars. Losada left behind years of work, resulting in the creation of an extraordinary publication that would deteriorate without his guidance (see the 1893 issues).

Correspondence and statements of writers of note testify to the prestige *La Revista* held at its zenith.<sup>15</sup> The high esteem in which the magazine was held, coupled with its wide circulation—nine thousand in Latin America in 1892—rewarded Losada and his staff and motivated expressions of pride, such as the following in December 1886: "*La Revista Ilustrada* va á todas partes en que se habla el hermoso idioma de Castilla, y en donde quiera se arraiga, y en donde quiera la aprecian."

Why then did Losada wish to sell his magazine? In the January 1891 issue there are suggestions that Losada had sacrificed his health for the sake of his magazine (p. 1). In February 1893, only three years before his death, in the farewell to his readers ("Despedida y presentación"), he spoke openly of eight years of hard work that had sapped his strength and undermined his health; "Me veo obligado," he wrote, "á emprender un viaje de reposo y de método." There may also have been monetary considerations. When Losada made his final push (announced in the issues of December 1890 and January 1891) to put his magazine on a par with the best illustrated monthlies in the United States and Britain, he may have also made serious financial sacrifices.<sup>16</sup> We may be sure that to obtain the collaboration of such famous writers as Juan Valera and Emilia Pardo Bazán he had to spend generously. (In fact, Valera's personal correspondence reveals that he was initially attracted to *La Revista* only by the generous honorarium offered, and he was somewhat skeptical of Losada's ability to pay.<sup>17</sup> It became necessary to increase the yearly subscription price to three dollars, "oro americano, ó su equivalente," and to make repeated requests for payments of delinquent subscription accounts.<sup>18</sup> The cajoling of debtors, incen-

15. "En gloria de nuestra publicación" (March 1892) contains an affirmation of the proverbial view that the praise of others is best heard from others' lips. The article goes on to note that for that very reason "hemos dejado pasar en silencio, aunque agradeciéndolos profundamente, los innumerables artículos y sueltos encomiásticos que la prensa de toda América nos ha consagrado y nos viene consagrando." This problem of self-conscious modesty serves to introduce the unusually laudatory article of Justo A. Facio concerning *La Revista Ilustrada* (see note 8).

16. Cf. January 1891, p. 1, and December 1891, p. 718.

17. *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo, 1877-1905*, intro. Miguel Artigas Ferrando y Pedro Sáinz Rodríguez (Madrid: Espasa-Calpe, 1946), p. 434.

18. In addition to the lists of delinquent subscribers (see note 9), during the last three months of 1893, the magazine published photographs of 111 attractive prizes that readers could obtain by renewing their subscriptions (October 1893, pp. 529-32). In addition, paid up subscribers were entitled to a 4 per cent discount on all advertised merchandise.



tive offers of merchandise to those who paid, and the publication of the names of the recalcitrants, however, proved ineffective. Then in May 1892, to coincide with the Columbian Exposition in New York, the magazine proposed an ambitious scheme for incorporating *La Revista*, selling stock, and broadening not only the financial base but also the cultural and political content of the magazine. A reading of all the subsequent issues until the sale of the magazine (from April to December 1892), however, provides no further information. The project had either collapsed or been abandoned from lack of response. Moreover, with his health failing, Losada probably reached the conclusion that if he were ever going to sell the magazine, he should do so while its prestige was still high.

After the sale, Power and Company published the magazine for an indeterminate period, perhaps even until 1898, according to the not-always-reliable Ayer index.<sup>19</sup> However, the last issue we have personally examined is an incomplete advertising sample of four pages dated October 1894, which is on deposit at the Library of Congress.

Andrés F. Power and his Yankee associates<sup>20</sup> presided over the decline and demise of a magazine that had reached its zenith between 1890 and 1892. Without Losada's leadership, *La Revista* was unable to hold its editor, Ricardo Becerra, or a single one of its prestigious collaborators. Reader response apparently slackened, and the magazine lost the luster and appeal that had distinguished it as one of the leading Spanish-language periodicals published in the United States in the late nineteenth century. As early as 1893, after selling *La Revista*, Losada perceived that the magazine had begun to deteriorate. In a letter to Juan Valera he wrote with despondency: "[*La Revista*] según he podido observar, va decayendo rápidamente en todo sentido."<sup>21</sup>

It is hoped that this study will reconstruct the literary distinction of *La Revista*, rescue it from oblivion, and recreate for contemporary readers some of the vitality and excitement that Losada's magazine provided for its turn-of-the-century public.

19. Unfortunately we have no certain knowledge regarding the date of the magazine's final issue. Standard reference works on American periodicals are enigmatic or confusing where *La Revista* is concerned. George P. Rowell and Company's *American Newspaper Directory* (New York, 1867–1908), for example, does not include *La Revista Ilustrada* in its entries of 1883, 1886, or 1895. N. W. Ayer and Son's more extensive index, *American Newspaper Annual*, lists it for the first time in 1889 but does not give a circulation figure. In 1890, it is described as a monthly devoted to commerce and literature, established in 1881, with a circulation of 7,000. Thereafter it is listed in consecutive years through 1898, a year of upheaval in Spanish America, particularly with respect to relationships with Spain and the United States. In 1897, the circulation, according to the Ayer figures, dropped from 8,000 to 7,500. It is easy to speculate that the Spanish-American War resulted in a dispersal of many of the Spanish-American exiles connected with *La Revista Ilustrada* as well as other New York Spanish magazines. The Ayer figures, however, must be taken with considerable caution. The statement contained in the 1890 volume (and repeated again in the 1891 volume) that *La Revista* began in 1881, coupled with the fact that in 1887 it does not yet include a listing for the magazine, leads us to question the reliability of the Ayer's annual.

20. Letter from Elías de Losada to Juan Valera, dated 12 December 1893. Original in the possession of Ingeniero Jorge de Losada, reprinted in Vernon A. Chamberlin, "La colaboración de Juan Valera en *La Revista Ilustrada de Nueva York* (Documentado con cinco cartas inéditas)," *Hispanófila* 53 (January 1975):13.

21. *Ibid.*

## *Principal Contributors to La Revista Ilustrada*

We have selected a small nucleus from the many contributors to *La Revista Ilustrada* who either helped to formulate the magazine's aspirations or whose publications in its pages were fundamental to *La Revista's* characteristics. These brief biographies are included with the hope that they will add to the reader's understanding of the history and spirit of this magazine. Presented in alphabetical order, they deal with the magazine's editorial staff as well as with writers from Spain and Latin America.

The length of each biographical sketch does not necessarily reflect the artistic stature of the person treated; we have omitted standard biographical details when dealing with figures whose lives and works are common knowledge to students and *aficionados* of Hispanic letters. We intend instead to focus primarily on the authors' roles in an extraordinary nineteenth-century literary venture.

# ECOS DE TRIUNFO,

## MARCHA CAPRICHIO,

Homenaje de La Revista Ilustrada de Nueva York, a la Señorita D<sup>a</sup> Amalia Puga,

por E. de LOSADA

### INTRODUCTION

con brio. *f*

### MARCIA.

*cres.* *f* *dim.*

*f* *fz*

*fz* *cres.*

*f* *dim.* *p*

*cres.* *dim.*

*cres.* *sva.....* *sva.....* *sva.....*  
*sch. p* *p sempre ben marcato.*

# Nicanor Bolet Peraza

Venezuela, 1838–1906

Bolet Peraza's alliance with Elías de Losada began during the publication of *La Revista Mercantil* and spanned the beginning of *La Revista Ilustrada* as well as the period of its greatest distinction. A journalist, *costumbrista*, and short-story writer, Bolet Peraza served as the magazine's editor from 1885 to 1890. He resigned from the magazine to accept an appointment made in March 1889 by his government as *Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de Venezuela en Washington*.<sup>1</sup> Years later, from the columns of his own publication, *Las Tres Américas*, he wrote of his role with *La Revista*: "No parece sino que nuestros antiguos lectores de LA REVISTA ILUSTRADA, quieren ahora, con su calurosa ayuda, hacernos olvidar la suerte que individualmente nos cupo en aquella publicación, que con tanto amor y consagración *contribuimos a fundar y a acreditar*" (January 1895; italics added).

Bolet Peraza, like so many other Latin Americans of the period, came to New York as a political exile, bringing with him considerable experience as a journalist. Losada may well have relied heavily upon his expertise, at least in the beginning, as Bolet Peraza maintained. Losada's previous journalistic experience was certainly not equal to that which Bolet Peraza had gained in four separate publications, the first of which had a continental reputation: *El Oásis*, *El Museo Venezolano*, *La Opinión Nacional*, *La Tribuna Nacional*.

In many ways Bolet Peraza was a prototype of his period. His formal education was limited; he fought against the dictator of his country, Antonio Guzmán Blanco; he chose exile with his family over political compromise. Primarily a journalist, he also wrote *costumbrista* sketches, short stories, plays, travel literature, and sociological essays; he directed and founded literary magazines, became an accomplished orator, worried about Latin America's retarded material progress, and advocated new opportunities for women.

While he was not of the same literary stature as José Martí, a number of Bolet Peraza's varied activities parallel the Cuban's. In fact, there are intriguing coincidences in their biographies: They knew each other in New York, they delivered speeches at the same literary society there (La Sociedad Literaria Hispano Americana), and they were both connected for a time with the same Venezuelan newspaper, *La Opinión Nacional*. In New York, Bolet Peraza, like Martí, served as consul for a Latin American government other than his own, and both contributed to *La Revista Ilustrada*, although their associations with Losada differed.

For both Bolet and Martí, their stay in the United States focused their attentions on the problem of stimulating Latin America's development and "civilizing" the continent, to use Domingo Sarmiento's term. However, the Venezuelan's concepts never acquired the profundity of the Cuban's, nor did Bolet Peraza possess Martí's clear vision of the potential danger that the presence of the United States in Latin America represented. Bolet was preoccupied by the desire, shared in part by Martí, to see the products of

1. Losada, commenting on Bolet's departure, felt that in his new post the Venezuelan diplomat's contributions to *La Revista* would be strengthened (January 1890).

an industrialized, consumer society introduced into Latin America as an antidote to the lack of economic development there. For Bolet Peraza, as for the positivists of his time, order and material progress held the promise of ushering in a golden age. Of Latin America's tardy technological development, in contrast with its abundant intellectual movements, Bolet expressed the following thoughts:

Asunto digno de estudio para los pensadores de Hispano-América es el fenómeno que presentan nuestros pueblos cuando se examina y se compara el proceso de sus adelantos materiales y el de sus progresos intelectuales. Evidentemente existe en ellos una desigualdad notable en la marcha de esas dos manifestaciones de la civilización, y no puede menos que llamar la atención del extranjero, el hecho de que guerras y trastornos, escasez de recursos, la pobreza de población, accidentes topográficos y otras causas que han retardado ó embargado el desarrollo de la prosperidad material en muchas de las jóvenes nacionalidades del Nuevo Continente, no hayan, sin embargo, sido parte á impedir ni á debilitar el progreso de la literatura y la cultura de las sociedades [May 1890].

In his enthusiasm for modern technology, Bolet Peraza, unlike Martí, failed to understand that the new economic and social forces he championed were destined to threaten Latin America's independence. Even in his own period they were causing an alienation of the artist and a tension between art and reality. Artists and intellectuals developed a dichotomized attitude toward material luxury, an attitude that Darío caught in *El rey burgués* and in the following concepts on materialism expressed in the *Revista de América* (October 1894):

El yankee, tan ferozmente práctico, siquiera derrama su oro para tener en su casa las obras del arte que no entiende; el americano-latino, la raza de los licenciados, doctores y coroneles [Bolet was a general], tiene que conformarse con ser la madre por excelencia de ese monumental y portentoso tipo que instala nuestra pequeñez á la luz del mundo: el Rastaquouère. Y mientras triunfan los *rastas*, los artistas que tengamos se morirán de hambre, ó irán al manicomio, ó vivirán tragando su propia bilis.<sup>2</sup>

In the light of these remarks, Bolet Peraza's enthusiasm for material goods seems not merely excessive, but naive. However, it must be kept in mind that the modernist period was an age of innocence and confusion as well as a renaissance. In spite of Martí's or Darío's sense of alarm and impending tragedy in regard to the artist and society, most figures of the period took inspiration from material splendor. As Bolet Peraza noted in his article for *La Revista* on "Biografías de literatos guatemaltecos," Latin America was prepared for material progress "con una actividad de cerebros y una irradiación de ideas verdaderamente singular" (May 1890).

2. Boyd G. Carter, ed., *La Revista de América* (Managua, Nicaragua; Imprenta Nacional, 1967), p. 58.

# Rubén Darío

Nicaragua, 1867–1916

A laudatory review of Darío's book *Azul* by a fellow Nicaraguan, Pedro Ortiz, was published in *La Revista* in February 1889. The review, entitled "Rubén Darío en Chile," served to introduce Darío to the readers of the magazine.

A second salute to Darío appeared exactly three years later, in February 1892, when a two-page unsigned article entitled "Rubén Darío" was published with an accompanying photograph of the Nicaraguan poet. In this article, the editor quoted extensively from a review of *Azul* by Juan Valera and then personally praised Darío's style, his *cuentos*, and his poetry. Concerning the latter, he said, "sus versos son límpidos, cincelados con primor de sabio artífice, y en ellos cabalgan las ideas como en corcel de fuego, dejando rastro luminoso que deslumbra cuando no ilumina á los que contemplan con justificado entusiasmo. . . . ¡Cuánto eroticismo, qué adoración por la fecunda madre naturaleza!"

As always, the editors of *La Revista Ilustrada* strove to instill in its readers a pride of Latin American cultural achievements.

Sus cuentos, sus deliciosos cuentos que tienen el corte francés y la espontaneidad americana, pueden competir con los más celebrados de Daudet y Catulle Mendes; y preciso es reconocerlo, sobrepujan á aquellos con su deslumbrante atavío. . . . ¡Qué derroche de luz, de imágenes felices, de comparaciones admirables, de agudezas, de ingenio! . . . Puede, pues, envanecerse la América hispana de contar personalidad literaria de tanta valía como Rubén Darío, y nosotros nos complacemos en enaltecer sus méritos y reproducir su retrato; que digno es de estas distinciones quien es uno de nuestros más reputados literatos y figura en el cuadro de honor de nuestros más distinguidos colaboradores [p. 86].

Four selections from *Azul* were published in *La Revista Ilustrada*, three *cuentos parisienses* and one poem: "La Ninfa" (February 1890), "El rubí" (March 1890), "El sátiro sordo" (May 1890), and "Estival" (December 1893). The other selections by Darío that were published in the magazine between 1888 and 1893 were "La cabeza de Rawi" (June 1888); "Lieder" (January 1890); "El dios bueno" (July 1891); "La risa (a José Martí)" (October 1891); "Una fiesta nacional: El héroe de Costa Rica, Juan Santamaría" (November 1891); "Los presidentes en el destierro" (December 1891); "Palimpsestos" (January 1892); "Un sermón" (September 1892); "Señor don Rafael Nuñez" (February 1893); "Blasón" (August 1893); and "La sonrisa de la princesa Diamantina" (December 1893).

In 1891 Darío wrote three of the above selections especially "para la *Revista Ilustrada* de Nueva York": "La risa (a José Martí)," "Una fiesta nacional: El héroe de Costa Rica, Juan Santamaría," and "Los presidentes en el destierro." The second of these exclusives ("Una fiesta nacional") appears only in an altered and much-shortened form in Darío's *Obras completas* as "Bronce al soldado Juan." Therefore, we are including this *crónica* in the anthology section of this book just as Darío wrote it for *La Revista Ilustrada*.

It is significant that Rubén Darío, José Martí, and Manuel Gutiérrez Nájera, three major writers of the modernist period, were all special correspondents for *La Revista Ilustrada*. Darío's relationship with the magazine was different from that of Martí and Gutiérrez Nájera. Martí maintained a personal correspondence with Losada about his participation in the magazine and commented on *La Revista* in his letters. Gutiérrez Nájera, in his first exclusive contribution, makes a reference to the director's invitation to join the magazine, alluding in his prefatory remarks to the magazine's standards of excellence. In Darío's case, however, we have no correspondence with the *editor propietario* nor any incidental references, either in letters or in the text of the articles he sent to *La Revista*. It is possible, however, that Darío met Elías de Losada and perhaps visited the offices of *La Revista Ilustrada* when he stopped in New York in 1893 and met José Martí on his way from Paris to Buenos Aires.

The fact that Darío's works, both reproductions and originals, were included in the pages of *La Revista* testifies to the ability of the magazine to present the best of three civilizations to its Latin American readers. Figures such as Darío in the company of Martí, Gutiérrez Nájera, Sanín Cano, Montalvo, Valera, and Pardo Bazán are proof of Losada's capability of providing his far-flung readership with the most exciting, novel, and substantial literary materials from the Hispanic world of the 1880s and 1890s. It was a period of crisis for Latin American arts. Darío himself noted with chagrin in 1894 in the *Revista de América*: "El Arte va reduciéndose á un grupo de cultivadores é iniciados cada vez más escaso. . . . En nuestras repúblicas latinas, el viento de la Mediocridad sopla sobre el alma criolla. Nuestras sociedades recién formadas no se cuidan del alma; el Arte no puede tener vida en donde . . . el Lucro y la Política hinchén cada día más sus enormes vientres."<sup>3</sup> *La Revista Ilustrada*, through Losada's insistence on quality and broad cultural coverage, successfully weathered the forces of mediocrity that disenchanting Darío and created a metaphysical anguish within him and the writers of his generation.

3. Carter, *La Revista de América*, p. 58.



# Salvador Díaz Mirón

Mexico, 1853–1928

*Lascas* (1901) marked a turning point in Díaz Mirón's poetic development. In a prologue to the volume, "Dos Palabras," he rejected the effusive, combative, Hugo-like verses of the pre-*Lascas* period, preferring more polished, restrained forms of expression in greater harmony with the reigning modernist aesthetic. "Esta colección de versos," he wrote, "constituye, por hoy, mi único libro AUTÉNTICO; y ninguna de las poesías que lo integran ha sido publicada antes de ahora."

The poems by Díaz Mirón, published in *La Revista Ilustrada* are products of the first of his two pre-*Lascas* poetic periods.<sup>4</sup> Some of his early compositions are clearly romantic in tenor:

La efusión de tus dolores  
En el rocío que hiende  
La noche azul, y desciende  
De las luces á las flores.

The contrastive, antithetical juxtapositions common to romanticism are as evident as his turbulent, revolutionary spirit in this period of his work:

Cual de una nube de borrasca y guerra,  
Y en medio de una convulsión, caíste:  
pisaste ortigas al tocar la tierra,  
y la cruzaste claudicando y triste.

In violent images the figure of Byron is thus evoked; the English poet's passion is justified in verses that suggest the Mexican's personal inclinations, for passion was Díaz Mirón's way of life:

¿Fuiste un loco?—Tal vez; pero esplendente.  
El sentido común razón menguada,  
nunca ha sido ni artista ni vidente,  
ni pasión ni redentor—ni nada!

In the midst of the *porfiriato* he expressed with compassion in "Los parias" the tragedy of the poor who lived marginal lives. The protest is directed to a divine being: "Oh Dios! Las gentes sencillas rinden/ culto a tu nombre y a tu poder." Only a hint of social revolution is timidly advanced: "mas como el ruego resulta inútil/ pienso que un día,—pronto tal vez,—/ no habrá miserias que se arrodillen."

Díaz Mirón's first poems, "La nube" and "Margarita," appeared in *La Revista Ilustrada* in 1890. "A Eva" was printed in 1891 and the last two, "A Byron" and "Los parias" in 1892. Although not the year of the poet's transcendental poetic evolution, 1891 was the year in which he shot Federico Wólter and was subsequently imprisoned. A second *cause célèbre* occurred

4. Antonio Castro Leal divides Díaz Mirón's work into three periods: primera época (1876–1891), segunda época (1892–1901), and ultima época (1902–1928). Antonio Castro Leal, ed., *Poesías completas* (México: Porrúa, 1945).



in 1910 and also resulted in the poet's incarceration. The passionate Díaz Mirón, opponent of Porfirio Díaz although later an apologist for Victoriano Huerta and a fiery legislator, never quite succeeded in his late period of creativity in abandoning his early volcanic emotions. These are the principal elements of the poetry of the Mexican modernist that reached the readers of *La Revista* between 1890 and 1892.

## Manuel Gutiérrez Nájera

Mexico, 1853–1895

One of a group of six distinguished Spanish-American writers whose works appeared in *La Revista Ilustrada* (among them Martí, Sanín Cano, Montalvo, Darío, and Palma). Gutiérrez Nájera initiated his active participation in the magazine with his famous *crónica* on Luis G. Urbina, written in 1890 and published in January 1891 under the title "Cartas mexicanas." In a style characterized by Justo Sierra as *la gracia*, Gutiérrez Nájera referred to the magazine as a "hermoso vestíbulo de un gran palacio, construido para albergar a los magnates y los próceres de la literatura hispanoamericana." Playing deliberately, almost coquettishly, with the image of the magazine as a marble palace, he contrasted his style, which he called *incoloro*, and his *silvestres margaritas* with the marble columns of the magazine. This introduction to his article served also to confirm the enormous prestige that *La Revista Ilustrada* enjoyed in its period of splendor.

In his Urbina article Gutiérrez Nájera spoke of his entering the palace of *La Revista*. In point of fact, however, the Mexican modernist's prose and poetry first appeared in the magazine as early as July 1888 when his article "En defensa de Juan de Dios Peza" was printed. But it is clear from Gutiérrez Nájera's comments in his Urbina piece that it was written in response to an invitation by the editor to be a regular contributor with an exclusive byline. The title "Cartas mexicanas" suggests a series of articles similar to Valera's "Cartas americanas." Whether because of the sale of the magazine to Power and Company, or for personal reasons, the series never materialized. Gutiérrez Nájera's name, however, did not immediately disappear from the pages of the magazine. In December 1891 his poem "Para un menú" was reproduced. But whereas the Urbina article is typical of Gutiérrez Nájera's best prose, the poetry included in *La Revista Ilustrada* ("Deseo," "Para un menú," and the uncollected "Ante el mar") does not represent the modernist innovations introduced by Gutiérrez Nájera, who died less than two years after Losada's sale of *La Revista Ilustrada*.

## Elías de Losada y Plisé <sup>5</sup>

Panama–U.S.A., 1848–1896

Elías de Losada, the founder and original owner of *La Revista Ilustrada de Nueva York*, was born 15 January 1848 in Panama. His paternal grandfather, Juan Miguel de Losada y Ortiz (b. Málaga, Spain, 1763), had emigrated to the New World to become *Oficial primero de la real tesorería* in Florida. After the sale of the territory to the United States, the Losada family moved successively to New Orleans, to Cuba, and finally to Panama. There Elías's father, Cristóbal de Losada (b. Florida, 1812), married a prominent Panamanian, Petra Plisé y de la Vega.<sup>6</sup> The lack of details about the life of Elías de Losada is explained in large part by the fact that he died when his only child was barely two years old; the wealth of information that is often transmitted orally from father to son is absent. From letters, documents, and miscellaneous notes, Elías's grandson, Ingeniero Jorge de Losada, has been able to supply the following information.

Elías de Losada left Panama at age twelve and traveled extensively, acquiring a cosmopolitan outlook. In one letter, he wrote of having been in "Quito, por cuyas calles solía pasear a caballo, durante la administración de Borrero [1875–1876]." <sup>7</sup> He also visited Lima and spent considerable time in London and Paris, where he was a student about 1876.<sup>8</sup>

In New York, on 15 April 1877, he and a Mr. Asencio (probably Tomás) became cofounders of the import-export company of Asencio-Losada. In late 1883 or early 1884, however, he joined the firm of Thurber, Whyland and Company: Importers, Manufacturers, and Grocers. In April 1885 he signed a contract with the same company, taking over management of their export division as well as its journal, which in time evolved into *La Revista Ilustrada* (see p. 10).

Although the diversity of talents, wide cultural interests, and high intellectual and moral ideals of Elías de Losada are in evidence throughout the issues of *La Revista Ilustrada* that were published during his ownership, there are only two specific selections that can, with absolute certainty, be attributed to him. The first, signed *El editor propietario*, is a New Year's editorial (January 1890) entitled "Nuevo año y nuevas esperanzas." Both the idealism of the owner and the high purpose he envisaged for his magazine are to be found here.

In the same article he wrote that Nicanor Bolet Peraza's new duties as *Representante de Venezuela* would not detract from, but rather would strengthen, his contribution to *La Revista Ilustrada*. In addition, he an-

5. All biographical information is from the "Datos Biográficos de Don Elías de Losada y Plisé" prepared specifically for this study by Ingeniero Jorge de Losada.

6. Elías de Losada's mother was the daughter of Carlos Antonio Piassareto Plisé and María Antonia de la Vega. Her father was "un acaudalado comerciante italiano, afincado en Panamá, en cuyo golfo era propietario de grandes pesquerías de perlas (entre los que se contaba la isla Pacheca), también fue dueño de tres buques de vela, uno de los cuales se llamó 'La joven Teresa.' Dn. Carlos Antonio fue generalmente mejor conocido por su apellido materno, Plisé, que es el que adoptaron sus hijos." ("Datos Biográficos de Don Elías de Losada.")

7. Letter from Elías de Losada to Amalia Puga, New York, 27 February 1892, in the possession of Ingeniero Jorge de Losada.

8. Letter from Elías de Losada to Amalia Puga, New York, 1 October 1892, in the possession of Ingeniero Jorge de Losada.

nounced a new coeditor, Román Mayorga Rivas, "actualmente Secretario de la Legión de Nicaragua en los Estados Unidos" and observed that "con semejantes fuerzas creadoras, á las cuales se junta toda una pléyade gloriosa de escritores y poetas de Hispano-América que nos honra con el contingente de sus lucubraciones é inspiraciones, bien se comprenderá el caudal de obra grande y fecunda que podemos llevar a cabo en el año que tan feliz comienza" (p. 5).

The second and final selection signed by Elías de Losada is his "Despedida y presentación," in which he announced and explained the sale of *La Revista Ilustrada* in February 1893 to Andrés F. Power. In addition to expressing his appreciation to all of the contributors and subscribers and affirming his confidence in the continued success of the magazine, Losada revealed, in the opening paragraph, "Ocho años de labor afanosa y constante han postrado mi salud, hasta el punto de que, para recuperarla, me veo obligado á emprender un viaje de reposo y de método por varias de las repúblicas de la América meridional" (p. 53). The truth of Losada's statement concerning his health may have been greater than he realized, for he died three years later.

Although the article "Amalia Puga en el Ateneo de Lima" (March 1892, pp. 138-39) is not signed by Losada, he may have been the author. He at least checked it with great care, because it was an introduction to a gala section concerning his fiancée, the Peruvian authoress Amalia Puga. For this same issue, Losada also composed and published a musical tribute to his future wife, entitled "Ecos de Triunfo. Marcha Capricho. Homenaje de La Revista Ilustrada de Nueva York, a la Señorita D<sup>a</sup> Amalia Puga."<sup>9</sup>

The friendship, understanding, and love that Elías de Losada and Amalia Puga came to share developed during the course of 139 letters, which they exchanged between September 1889 and March 1893. In October 1892 Losada proposed marriage. After selling *La Revista Ilustrada*, he journeyed to Peru (probably in March 1893), and they were married in Lima on 8 July 1893 in the Iglesia de la Recoleta. Their only child, Cristóbal de Losada y Puga,<sup>10</sup> was born 14 April 1894, after the couple had established their residence in New York. During a subsequent visit to Peru for the purpose of introducing their son to the rest of the family, Elías de Losada died in Cajamarca, on 24 March 1896.

9. This is the only known musical composition written by Elías de Losada. However, he must have had a strong interest in music, since nearly every issue of *La Revista Mercantil* and *La Revista Ilustrada* reprinted a well-known musical selection.

10. Crisóbal de Losada y Puga made very significant contributions during an outstanding career of educational and public service in Peru. A mathematician by training (with a doctorate in Ciencias Matemáticas from the Universidad Mayor de San Marcos in 1923), he was a visiting professor at the University of Madrid (1928) and subsequently held professorships at the Universidad de San Marcos and the Universidad Católica de Lima. At the latter institution, he also served as *Decano de la Facultad de Ingeniería* (1938-1946; 1948).

In 1948, he became Director de la Biblioteca Nacional del Perú and served until 1961. He published more than four hundred scholarly contributions, including articles, monographs, and books in both French and Spanish.

## José Martí

Cuba, 1853–1895

Six letters written by José Martí to Elías de Losada attest to a relationship based on respect and mutual admiration.<sup>11</sup> In the first of these, written in 1890, we read: “Recibo la benévola carta de Vd., que es un primio de veras . . . y mi paga verdadera . . . está en ver á los hombres, decorosos y libres, que es la obra que lleva Ud. adelante en *La Revista*.” The Cuban was drawn both to the magazine and its editor by their unflinching defense of Latin America’s best interests: “Me pareció el periódico, cosa mía, por la tolerancia y pensamiento americano, del bueno, que Vd. pone en él: y tuve un gusto vivo y personal” (1891). In the last of these letters, dated 1891, Martí again praised *La Revista* and confirmed its wide circulation in Tampa, Florida, where he had recently visited: “Hoy quiero escribirle para que sepa lo mucho que quieren por Tampa, de donde vengo, a Vd. y a su Revista, y el placer con que la ví, como cosa privilegiada, en las casas de vivienda y en los talleres del trabajador.” At the outset of this letter Martí spoke of times of great personal trial in which he, a man preparing a political revolution, must place the needs of others above his writing. In the last paragraph he takes exception to this notion, however, for in it he makes specific reference to his projects for the magazine: “Yo le estoy acabando para *La Revista* la traducción de una linda novela de nuestras cosas, y acaso pueda en la semana que entra levantarle una roncha al Colón legendario.”

The novel must have been the translation of André Theuriet’s “Un idilio de Pascua,” which appeared in the May 1892 issue and was signed with the initials M. de S., an obvious variant of the M. de Z. used by Martí in his articles sent to *La Opinión Nacional* of Caracas. As to the polemic article on Columbus, either Martí never found time to write it or it appeared in a folder or special number on Columbus whose pages have reached us only in fragments.

However limited Martí’s contributions to *La Revista* may have been, it is significant that they included at least two of his basic social and political essays: “Nuestra América” (January 1891), and “La conferencia monetaria de las repúblicas de América” (May 1891). As the Uruguayan delegate to this continental meeting, Martí was instrumental in defeating United States Secretary of State James G. Blaine’s attempt to impose the silver standard upon the Latin American republics. Defending the need for an independent position and for avoiding a servile stance, Martí wrote: “Mos-trarse acomodaticio hasta la debilidad no sería el mejor modo de salvarse de los peligros á que expone en el comercio, con un pueblo pujador y desbordante, la fama de debilidad.” The meeting turned out to be the encounter of a *cóndor y un cordero*, as Martí put it; Blaine proved to be an unexpectedly weak match for the Cuban, who mustered support for his position from the Latin American delegates. Of even greater significance is “Nuestra América,” which appeared in January 1891, a chronological detail that establishes the fact that this essay was not published first in *El Partido*

11. Five of these letters were published in “Unas cartas de Martí,” *Revista de la Universidad Católica del Perú* 8 (1945):131–35. In our article “José Martí y la *Revista Ilustrada de Nueva York*,” *Cuadernos Americanos* (July–August 1968):141–53, these letters were reproduced together with a sixth that Ingeniero Losada was kind enough to allow us to publish.

*Liberal*, as has been thought until now. "Nuestra América" is the theoretical cornerstone of Martí's *credo americano*. In it he registers his fears regarding the future development of the Latin American republics faced with the growing imperialist designs of the United States. Martí advocated an autonomous position to counter this impending danger: "El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!" This sententious statement represented Martí's position as well as *La Revista Ilustrada's*, as already noted in the introduction. Martí recommended prepared alertness: "Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vienen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra."

Martí's two other contributions to the magazine, both unsigned, appeared in the years 1891 and 1892. They included "*Las crónicas potosinas del Sr. Vicente G. Quesada y una carta del autor*" (May 1891), and "Un colegio en Central Valley" (July 1892). The latter was ascribed to an anonymous contributor but is actually a small portion of a previously published essay by Martí on Tomás Estrada Palma's "Central Valley School."

# Román Mayorga Rivas

El Salvador, 1862–1926

Román Mayorga Rivas was born in León, Nicaragua, but lived for many years in El Salvador. Because of his lengthy residence there, his founding of the *Diario del Salvador*, and his three-volume work entitled *Guirnalda Salvadoreña*, literary historians usually classify him as a Salvadoran.

For two years, 1889 and 1890, Mayorga Rivas was associated with *La Revista Ilustrada de Nueva York* while serving as secretary of the Nicaraguan legation in Washington. In the February 1889 issue, a photograph of Mayorga Rivas was included in conjunction with his article “Las mujeres hispanoamericanas,” and he was described as “uno de los talentos más simpáticos de Hispano-América” (p. 15). In January 1890 he became coeditor with Nicanor Bolet Peraza, and the editors of *La Revista* celebrated the occasion by presenting another photograph of him and praising Mayorga Rivas as “gallardo, ansioso de gloria, rico de ideas, chispeante la imaginación, enamorado también de América, jóven en el vivir y en el sentir [así como] maduro en el pensar y perseverar” (p. 5).

Mayorga Rivas’s association with *La Revista* was brief but productive. He wrote seventy-three signed contributions during the two-year period, much more than any other single contributor. The importance of Mayorga Rivas in setting the tone and influencing the content of *La Revista* may be seen in the August 1890 issue, in which five of the eight signed contributions are by him.

The most important of Mayorga Rivas’s wide-ranging contributions to *La Revista Ilustrada de Nueva York* may be grouped under the following categories: poetry, current events, literary and artistic news and comment, and active participation in the elevating cultural campaign of *La Revista Ilustrada*.

Mayorga Rivas’s dual poetical interests were translations of European and North American verse and his own original compositions. Examples of the first include “Ahora no más!” (Franz Juraschek), February 1890; “Las palomas” (Théophile Gautier), August 1890; and “El nombre suyo” (Peter Buckhan), October 1890. Original verse by Mayorga Rivas included “Versos inéditos” in the June 1890 issue; “En el album de autógrafos de Carneggie [sic],” July 1890; “Episodio de verano,” October 1890; and “Canto estival,” November 1890.

Mayorga’s first news chronicle, “Noticias del exterior” (May 1890) gave a complete account of the events that were making headlines throughout the world at the beginning of the last decade of the nineteenth century. In the June and August issues of 1890, Mayorga Rivas changed the title and scope of his worldwide reporting. Now entitled “Baturrillo,” Mayorga’s column included a potpourri of newsworthy curiosities and some artistic and literary reporting in addition to the previous accounting of historical events. However, the author was at his best when he concentrated upon a single happening, as in his vivid description and personal emotional reaction to the burning of the Palacio Nacional in El Salvador, “El incendio de un palacio,” in the January 1890 issue.

Mayorga Rivas’s literary and artistic commentaries often took one of two forms. In his formal book reviews, Mayorga Rivas carefully described

and evaluated the work. Frequently, however, he gave personal, almost stream-of-consciousness reactions to works of art and literature. As examples of the former, one notes Mayorga Rivas's two long contributions entitled "Notas Literarias," which appeared in the August and December 1890 issues. Because these books were offered for sale through the Librería de E. Losada y Cía., Mayorga Rivas gave detailed accounts to interest potential buyers. When Mayorga Rivas was not so constrained, however, he shared his emotional reactions to works of art or literature spontaneously and without inhibition—as in his reviews of Nicolas Camille Flammarion's novel *Urania*<sup>12</sup> and Madelaine Lemaire's painting *El sueño* (both in the July 1890 issue).

We have already noted in the introduction that when Amalia Puga accepted *La Revista Ilustrada's* offer to become a regular contributor, it was Mayorga Rivas who personified her as the new Latin American woman in his special article for the occasion entitled "La mujer hispano-americana y *La Revista Ilustrada de Nueva York*" (February 1890). The editors also praised women for achievements other than literary in order to encourage the intellectual interests of female readers. An illustration is the article "Una mujer salvadoreña" (January 1890), in which Mayorga Rivas commended the accomplishments of Antonia Navarra, the first woman to obtain an engineering degree in that Central American republic.

Probably the best example of Mayorga Rivas's participation in the "civilizing" campaign of *La Revista Ilustrada* is seen in his article "El puente de Forth" (August 1890), in which he described the construction of the long suspension bridge across the Firth of Forth in Scotland. This engineering feat was accomplished only through international cooperation. Mayorga Rivas explained that when British engineers realized that they did not have the expertise to complete the project, they swallowed their pride and turned to France (the land of the Eiffel Tower) for help. Thus, as individuals must do, "en esta edad de oro de la civilización universal, las naciones se hacen hermanas al favor de las conquistas que juntas realizan en el campo sin límites del progreso humano!" (p. 7).

12. Mayorga Rivas, upon concluding his review of *Urania*, felt compelled to add the following note: "Al narrar este idilio lo he arreglado á mi antojo. El lector que conozca la novela de Flammarion, podrá reconocer lo que es de mi cosecha y absolverse ó condenarme por el pecado que he cometido para darle interés y novedad a mi escrito" (July 1890, p. 11).



## Juan Montalvo

Ecuador, 1832–1889

Both of Montalvo's contributions to *La Revista* were published posthumously. The first, entitled "Poesía de la historia: Sáfira" appeared in January 1890. The second, published in April 1893 and dated Paris, 1869, was a letter from the Ecuadoran preceded by a florid introduction to the "ilustre propagandista" whose letter the anonymous commentator found to be "un atestado precioso del habla castellana, y un arranque nobilísimo del corazón sensible de Montalvo."

Montalvo was unquestionably a romantic. His idealistic concept of liberty and freedom gave this intellectual aristocrat a brilliance so often lacking in his somber, cynical contemporaries. He fought with courage against the dictators of his country: José María Urbina, Gabriel García Moreno, Ignacio de Veintemilla. Upon hearing the news of García Moreno's assassination, Montalvo is said to have exclaimed, "My pen killed him," referring to his *El Cosmopolita* articles and his pamphlet *La dictadura perpetua*. His pen surely poisoned the dictators' lives or at least caused them extreme discomfort, as is evident from a reading of the issues of *El Cosmopolita*, *El Regenerador*, and his twelve pamphlets against the dictator Veintemilla, *Las catalinarias*. With equal virulence, Montalvo exposed the personal flaws of Archbishop Ignacio Ordóñez and the practices of the Ecuadoran Catholic church in *La mercurial eclesiástica*.

His polemic with the Catholic church was not motivated by a spirit of liberalism or reform. It sprang from the author's insistence on orthodoxy and conservatism and was a direct consequence of Archbishop Ordóñez's banning his *Siete tratados*. A defense of individual liberty within a context of traditionalistic idealism was characteristic of Montalvo's life-style and literature.

His romanticism coupled with traditionalism also led him to view the past as golden and more perfect than the present. Thus, where language was concerned, he was an innovator whose experiments stressed *casticismo* and antiquated forms of expression, particularly of the Spanish Golden Age. It has been suggested that his *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* is a museum of gems that, in spite of its moments of perfection, is a stylistic anachronism. The defender of political freedom failed to comprehend the enlightened Cervantine philosophy and produced a *Quijote* that imitated the original's style far better than its spirit.

To call Montalvo antiestablishment would be to misinterpret the foundations of his liberalism, which was fundamentally preservative of the status quo that the Ecuadoran wished to see improved or more justly arranged. He jostled verbally with tyrants, the clergy, or prevailing social institutions, but he never suggested a restructuring of the church or society. Instead, he argued for a moral regeneration of sacrosanct, established systems and ideas.

A love of righteousness permeated his writing and formed the basis of his historical tragedy that appeared in *La Revista* under the subtitle "Sáfira."<sup>13</sup> His broad historical and ecclesiastical learning contributed to the creation of a prose that in its best moments contained passages of genuine but antiquated aesthetic quality.

13. This is not the same episode nor the same "Sáfira" of Montalvo's book of artistic essays, entitled *Geometría moral*.

# Ricardo Palma

Peru, 1833–1919

Ricardo Palma was one of a distinguished group of Latin American writers whose works appeared regularly in *La Revista Ilustrada* between 1888 and 1893. Rather than his ironic verses, the editors chose Palma's *tradiciones*, forerunners of the modern Latin American short story and, as one of his critics described them, a "falsificación agrídulce de la Historia." In the *tradiciones* history was not presented as a series of providential events, as Andrés Bello had previously viewed Spain's role in America. Palma instead wrote from the perspective of a benevolent satirist who ridiculed the sham and farce of colonial and independent Lima for whose culture and people he felt a deep affection.

The *tradiciones* began to appear in print in 1860, and their production continued with regularity until 1915. In *La Revista* the following were published: "Hermosa entre las hermosas" (May 1888); "Una camisa" (July 1888); "El coronel Fray Bruno" (August 1888); "La viudita" (April 1889); "La gran querrela de los barberos" (January 1890); "Oficiosidad no agradecida" (May 1890); "Ir por lana y salir trasquilado" (July 1890); "Un libro condenado. Noticias sobre el autor y su obra" (June 1892); "Los amores de San Antonio" (July 1892); "El alma de Fray Venancio" (September 1892); "Tradiciones y filigranas: Contra pereza diligencia; Voltaire chiquito" (December 1892). The Peruvian's poetry was not entirely neglected. Two poems, "A Amalia" (March 1892) and "Por una letra" (April 1893), also appeared.

Although most of Palma's contributions were reproduced from other sources, the fact that his *tradicción* entitled "Un libro condenado" was sent "Para 'La Revista Ilustrada de Nueva York'" indicates that his personal contact with Losada or his editorial staff was sufficiently compelling to obtain the Peruvian's special participation in *La Revista*. In addition, Palma's work was represented in *La Revista's* tribute to Amalia Puga on the occasion of her entrance into the Ateneo de Lima. The poem he wrote for this event, although no indication of his inventive genius, must have endeared Palma both to the lady of his inspiration as well as to Losada:

Dios puso en tu rostro muy dulce sonrisa:  
un astro á tus ojos prestó su fulgor;  
y tiene tu acento, gentil poetisa,  
cadencias de himno y arpegios de amor.

Palma's link to *La Revista* was more than personal, however. Losada must have found the *tradicionista's* Americanism in harmony with his own concerns regarding the present and future status of Hispanic culture. Palma was convinced that the *tradicción*, a product of romantic, *costumbrista*, and *criollista* concerns, was the best representation of literary Americanism. He further noted:

América es el teatro de los sucesos; costumbres y tipos americanos son los exhibidos; y el que escriba Tradiciones, no sólo está obligado a darles colorido local, sino que hasta en el lenguaje debe sacrificar, siempre que oportuno lo considere, la pureza clásica del castellano idioma, para poner en boca de sus personajes frases de riguroso provincialismo, y que

ya perderá tiempo y trabajo el que se eche a buscarlas en los diccionarios.<sup>14</sup>

In an unsigned, brief article entitled "Una nueva tradición de Palma" (June 1892), which served as *La Revista's* traditional *carta de presentación* accorded nearly all of its major contributors, special note was taken of the linguistic and stylistic qualities identified with Palma's miniature, homeopathic novels, as he once termed his *tradiciones*. *La Revista's* *editorialista* (possibly Losada) in speaking of "Un libro condenado," echoed Palma's concepts: "son más de notarse la riqueza del estilo y las galas de la dicción que la sustancia misma del asunto, y, sin embargo, no le falta á este último su sal y pimienta." In conclusion, the anonymous writer proffered a rather traditional thought: "Esperamos que las columnas de La Revista no le serán en lo sucesivo indiferentes y querrá, por el contrario, enriquecerlas con su valiosa colaboración." No further Palma contributions written "Para la Revista Ilustrada," however, appeared in the magazine after July 1892.

14. Ricardo Palma, "Prólogo" in Clorinda Matto de Turner, *Perú: Tradiciones cuzqueñas* (Arequipa: La Bolsa, 1884), pp. iv-v.

# Emilia Pardo Bazán

Spain, 1851–1921

The staff of *La Revista Ilustrada* was clearly pleased to announce (in December 1891) the collaboration of such a distinguished person as the Countess Emilia Pardo Bazán: “De hoy más *La Revista Ilustrada de Nueva York* se honra y enriquece con la colaboración permanente de esta ilustre dama é insigne escritora española, cuyo nombre es ya harto conocido donde quiera que se habla la lengua castellana. Su compatriota Valera no ha vacilado en compararla en estas mismas páginas, con Santa Teresa de Jesús” (p. 715). The editors capitalized much more on Pardo Bazán’s collaboration than they had Juan Valera’s. Valera’s first “Carta de España” had been presented without introduction on an inside page (September 1891, p. 531) and neither his photograph nor any information about him were published until a filler was needed when Valera’s fifth letter did not arrive on time. Pardo Bazán, however, received an immediate front-page introduction and her first contribution, “La novela española en 1891,” was made the lead article.

In a clear appeal to its women readers, an introductory presentation was published praising Pardo Bazán’s many accomplishments.

Doña Emilia Pardo Bazán, mujer joven agradable y discreta, favorecida largamente por los dones del nacimiento y de la fortuna, ha encontrado en su propio impulso y vocación incontestable los medios de adquirir una prodigiosa cultura intelectual, superior quizá a la de cualquiera otra persona de su sexo, de las que actualmente escriben para el público en Europa, sin excluir país alguno [p. 715].

Mentioning her interest in the natural and physical sciences, modern and classical languages, mathematics, history, and other disciplines, the editors added: “Esta curiosidad febril é impaciente, este insaciable afán de abarcarlo y poseerlo todo, como si quisiera emular en un solo día el trabajo de muchas generaciones de hombres, y arrebatar como por asalto, para corona y timbre de su sexo, la ciencia que por tantos siglos fué patrimonio exclusivo del nuestro, se revela á la simple lectura del catálogo de sus obras” (p. 716).

In order to sustain *La Revista’s* appeal to female readers, the editors understandably emphasized Pardo Bazán’s *Vida de San Francisco de Asís* rather than her interest in naturalism. They conceded in passing that she had written five novels “en la mayor parte de las cuales la tendencia naturalista se ostenta sin rebozo”; but, notwithstanding, the countess “tiene nombre imperecedero en las letras castellanas, por muchas novelas naturalistas que escriba, y eso que serán buenas siendo suyas” (p. 716).

Pardo Bazán wrote three articles for *La Revista Ilustrada*. She began her first article, “La novela española en 1891,” (written 15 October 1891 and published in the December 1891 issue) by stating that she had consulted with Valera and they had reached an understanding that would prevent duplication. She explained the fundamental difference between her articles and his:

Son las crónicas de don Juan Valera a modo de memorias ó anales donde se habla indistintamente de todo género de noticias, en vista de

lo cual yo prefiero remitir artículos de asunto especial, que amplíen y completen lo rápidamente indicado por Valera. Digo *completar* en el sentido extensivo de la palabra, no en el que pudiera insinuar la más leve sospecha de perfeccionamiento, porque Valera, en pocas frases, siempre dice bien y exacto. Mas como hay asuntos literarios que despiertan sumo interés y en que complacen los pormenores, yo tomo á mi cargo el tratarlos, y doy principio á mi tarea con *La novela española en 1891* [p. 718].

Pardo Bazán continued by agreeing with Émile Zola that Spain deserved to be ranked third (after France and Russia) in the importance and quality of its contemporary novel. The countess devoted the rest of her article to a discussion of recently published novels, obviously (because of the amount of space and enthusiasm accorded each) ranking them in order of her preference: Benito Pérez Galdós, *Ángel Guerra*; Luis Coloma, *Pequeñeces* (Pardo Bazán taking issue with her friend Juan Valera's previous severe criticism of the book); Jacinto Octavio Picón, *Dulce y sabrosa*; José María de Pereda, *Nubes de estío* and *Al primer vuelo*; Armando Palacio Valdés, *La espuma*; Antonio de Valbuena, *Capullos de novela* (a collection of short stories); and Leopoldo García Ramón, *La nena*.

Pardo Bazán's second and third letters to *La Revista Ilustrada* did not deal with literary matters. She was one of the participants engaged in a gala series of lectures at the Ateneo in Madrid, celebrating the quatercentenary of Columbus's discovery of America. In the first of her two-part "El descubrimiento de América ante la ciencia peninsular y americana" (dated Madrid, 9 November 1891 and published January 1892) Pardo Bazán carefully identified each of the fifteen participants and then evaluated the lecture of each. She closed by promising that her next letter to *La Revista Ilustrada* would discuss the second series of lectures, but warned: "sólo de un conferenciante no podré decir nada malo ni bueno... porque ese conferenciante, que tratará de 'Los franciscanos y su influencia en el descubrimiento de América'... soy yo misma. Emilia Pardo Bazán" (p. 10).

The countess's second letter about the Ateneo lectures is dated Madrid, 12 February 1892, and appeared in the April 1892 number of *La Revista Ilustrada*, again with the title "El descubrimiento de América ante la ciencia peninsular y americana." Once more Pardo Bazán began by reviewing the Ateneo lectures in chronological order. This time she progressed no further than the fourth lecture, however, and devoted the rest of her article to it, because "cayó como una bomba [la conferencia]." This lecture by Luis Vidart caused a great controversy within the Ateneo and subsequently in the press. Vidart's lecture in two parts, "Colón y Bobadilla" and "Colón y la ingratitud española," instead of praising Columbus as the audience had expected proved to be a virulent attack. First, Vidart charged Columbus (significantly not a Spaniard but a native of Genoa) of cruelly mistreating and exploiting both Spaniards and Indians and of being at the point of open rebellion against the crown. In the second session of the lecture ("Colón y la ingratitud española"), Vidart maintained that Columbus did not die poverty-stricken and in disfavor, as is generally believed, but rather ended his days in Valladolid, "rico, y atendido, y honrado, de lo cual debemos regocijarnos los buenos españoles" (p. 189). Seeing the opportunity for removing a serious defamation against Spanish character, Pardo Bazán picked up Vidart's point with patriotic enthusiasm and wrote that one should indeed

realistically recognize the weaknesses of great men (as in the case of Lope de Vega and Francis Bacon) and that the quatercentenary should more properly celebrate the discovery of America rather than glorify Columbus.

"La novela española en 1891" and Pardo Bazán's letters concerning the Ateneo lectures may be considered "lost" works in the sense that they were written for *La Revista* and do not appear in her so-called *Obras completas* (Madrid: various publishers, 1891-1922). Consequently, they are included in the anthology section of this study.

Although Pardo Bazán promised to write about the remaining Ateneo lectures in a subsequent letter (p. 190), the second installment of "El descubrimiento de América" was for some unexplained reason destined to be the last of her contributions written especially for *La Revista Ilustrada*. However, it was not the last of her works to appear in the magazine. In the May 1892 issue *La Revista Ilustrada* had begun serial publication of Jacinto Octavio Picón's *Dulce y sabrosa*, which was mentioned favorably by Pardo Bazán in her "La novela española en 1891," p. 721. When further installments of this work were suspended, Pardo Bazán's novel, *La piedra angular*, was substituted and ran for eleven installments (June 1892 through April 1893). However, the last of Pardo Bazán's writings known to have appeared in *La Revista Ilustrada* was the well-known short story "Sedano" in the October 1893 issue.

## Néstor Ponce de León y Laguardia

Cuba, 1837–1899

Unlike so many other Cuban exiles of his generation, Ponce de León was able to return to his homeland prior to his death. He was a resident of the United States for many years after the Cuban government impounded his possessions—including his extraordinary library—and accused him of *infidencia* in connection with the 1868 Revolution.

During his exile, Ponce de León continued the journalistic and publication interests that he had developed in Cuba. In Havana he had founded *Brisas de Cuba* (to which José Ignacio Rodríguez contributed), *Joyas del Parnaso Cubano*, and *Revista Crítica de Ciencias, Literatura y Artes*. In addition, he wrote for many Cuban newspapers and magazines. In New York, he directed *El Educador Popular*. His most important pursuit while in exile, however, was his publishing house, which produced handsome editions of Cuban literature and also published several of his own works, including his translation of *The Book of Blood* (1873).

Upon his return to Cuba he took charge of the Archivos Nacionales and drafted a resolution proposing the creation of two fundamental institutions of Cuban culture, a national library and a historical museum.

A measure of this man's extraordinarily broad learning—a hallmark of the writers of the Spanish colony in Cuba—is his articles written for *La Revista Ilustrada* under the title "En mi biblioteca," which have been republished only once, in 1909, in the *Revista de la Biblioteca Nacional* (Havana).

His extensive knowledge is also manifest in his famous translation of Heinrich Heine's "Intermezzo," his *Technological Dictionary: English-Spanish and Spanish-English*, and a history of Cuba of which part of the introduction and the first chapter were published (1911).



## Amalia Puga de Losada

Peru, 1866–1963

Amalia Puga sent her first manuscript to *La Revista Ilustrada* when she was nineteen years old. Román Mayorga Rivas acknowledged receipt of her contribution in an article in the September 1889 issue, "Escritoras hispano-americanas: Amalia Puga."<sup>15</sup> Although this prose piece, entitled "La felicidad," was not published until February 1890, the editor congratulated her on her literary talent, encouraged her to continue her writing, and informed the readers of *La Revista Ilustrada* that she had been received into the Círculo Literario de Lima.

Fifteen poems and five prose selections by Amalia Puga were published in *La Revista* between February 1890 and January 1893. In the February 1890 issue, Román Mayorga Rivas announced under the headline "La mujer hispano-americana y *La Revista Ilustrada de Nueva York*" that Amalia Puga had accepted the invitation of *La Revista's* editors to become a collaborator. He stated that *La Revista* needed women writers, since much of the support for the magazine's educational ideals came from its female readers. "Más de una vez hemos leído con indignación en periódicos extranjeros que la mujer de nuestra América vive apartado del todo de la vida intelectual, que en la ignorancia vegeta y en estéril misticismo se consume." The writings of Amalia Puga would disprove this belief, Mayorga Rivas continued: "y ya se verá cómo saben presentarse ante el mundo las americanas, para figurar digna y altivamente en la escogida legión de los que viven del pensamiento y del espíritu y van alumbrando á la humanidad con sus luces" (p. 15).

In consonance with these sentiments, Amalia Puga's first composition defined the elusive condition of human happiness. This same February 1890 issue also contained four of her poems, three of which (as did most of her poetic compositions in *La Revista Ilustrada*) revealed great sensitivity when dealing with destiny, nature, and human emotions. The fourth poem, entitled "*La Revista Ilustrada de Nueva York* (Soneto dedicado a su digno Editor, señor E. de Losada)" reflected her enthusiasm and support for the lofty educational ideals of the magazine.

In "La memoria," the second of her prose contributions (published April 1890), Amalia Puga illustrated that memory will vary as one consults a young girl, an adolescent, an adult, and finally an old woman, the latter "apagada ya en su interior la llama de las pasiones por la nieve de la vejez" (p. 24).

While seven of Amalia Puga's poems, "Moisés," "Soneto (Improvisado ante las ruinas del alcázar incaico)," "*La Revista Ilustrada de Nueva York*," "El mundo!" "La vida," "Rima," and "Dudas, temores y deseos"; and the two prose selections, "La felicidad" and "Memoria," were published in the magazine during the first year of her collaboration, in the following year (1891) *La Revista Ilustrada* published only one, "A Leonor de Mayorga (Contemplándola en su retrato de novia, donde sobre el fondo oscuro de la

15. Elías de Losada also acknowledged Amalia Puga's manuscript by means of a personal letter, dated 9 September 1889, and he sent her a copy of the September 1889 *La Revista Ilustrada*, which contained the article "Escritoras hispano-americanas: Amalia Puga." (Letter in the possession of Ingeniero Jorge de Losada.)



tarjeta se destaca su figura)" (p. 168). However, in July 1891 her photograph appeared in connection with an unsigned article, "Amalia Puga," which praised her poetic sensitivity and encouraged her in her literary endeavors.

The year 1892 was the most important in Amalia Puga's association with *La Revista Ilustrada*. In a prose selection "Cáloc: A mi tía Margarita Puga de Ampuero" (January), she described pleasant experiences in a spot high in the Andes. In the February 1892 issue, the editors announced under the headline "Magnífica Ovación" that Amalia Puga had been initiated into the Ateneo de Lima. "Tarde han llegado hasta nosotros los detalles de esa memorable fiesta para poderles dar cabida en el presente número, con toda la amplitud que deseamos, pero lo haremos en el próximo cumplidamente, cual lo merece la brillante ateneísta, tan virtuosa como bella, tan sencilla y modesta como culta y afable" (p. 86).

To *La Revista's* readers, Amalia Puga was the ideal, cultured Latin American woman. "Seguramente que nuestros lectores se complacerán de esta amplia ofrenda á la dama, á la amiga y á la colaboradora, recordando también al rendir homenaje á Amalia Puga, somos consecuentes con nuestra propaganda enaltecedora de las victorias intelectuales de la mujer americana" (p. 87).<sup>16</sup>

As a preview of the next issue, *La Revista Ilustrada* published a poem by Domingo de Vivero entitled "Amalia Puga," which the editors had selected "al azar de la corona poética que á la mimada hija de Cajamarca han dedicado . . . [diecisiete] poetas de su patria" (p. 87).

Several pages of the March 1892 issue were devoted to a celebration of the Peruvian authoress's acceptance into the Ateneo de Lima. The author of an unsigned introduction of two parts (possibly Elías de Losada), entitled "La literatura en la mujer" and "Amalia Puga en el Ateneo de Lima," described the initiation ceremony, quoting at length from Lima newspapers. Amalia Puga's photograph was published, along with her acceptance speech in full ("La literatura en la mujer") as well as ten poems in her honor, including Ricardo Palma's "A Amalia" and a repeat of Domingo de Vivero's "Amalia Puga."

Even people who had not attended the Ateneo initiation had come to appreciate the Peruvian authoress by this time through the pages of *La Revista Ilustrada*. Two Venezuelans, F. Daldin and the poetess Polita J. de Lima, each contributed a poem in her honor, "A Amalia Puga" (May 1892) and "A la calandria cajamarquina: Amalia Puga" (July 1892), respectively. The Ecuadoran Numa Pompilio Llona composed two sonnets (July 1892) because Amalia Puga acknowledged his "Las nuevas musas del Perú (Dedicado a una de las más jóvenes e inspiradas entre ellas, la señorita Amalia Puga)" with a sonnet of her own, "Descubrimiento de América (Al eminente vate americano Numa Pompilio Llona)." The Ecuadoran, in turn, replied with "A la señorita Amalia Puga (Acabando de leer su gallardo soneto)," calling her "de Cajamarca la gentil princesa" (p. 402).

Two of Amalia Puga's remaining contributions deserve special mention. In June 1892 her "Carta literaria" was published. This piece described the various literary groups active in Peru and introduced her fellow

16. Because Elías de Losada did not have a copy of the waltz "Amalia," which Joaquina Tristán de Tillit wrote and presented to Señorita Puga as part of the initiation program at the Ateneo in Lima, he composed his own musical salute, entitled "Ecos de triunfo. Marcha Capricho. Homenaje de La Revista Ilustrada de Nueva York, a la Señorita D<sup>ca</sup> Amalia Puga" (March 1892, pp. 142-43).

countryman Ricardo Palma and his “linda tradición,” entitled *Los amores de San Antonio*, which appeared in the same issue. Her last contribution to *La Revista Ilustrada* (dated 12 October 1892) was written especially to celebrate the quatercentenary of the discovery of America. Entitled “El descubrimiento,” this long, seven-part poem appeared in the January 1893 issue four months after Elías de Losada had asked for her hand in marriage and one month before he announced the sale of *La Revista Ilustrada*.<sup>17</sup>

17. Although she never wrote again for *La Revista Ilustrada*, Amalia Puga de Losada continued to be active in literature for many years, until her death at the age of ninety-three. After Elías de Losada died, she devoted her life to the education of their son, Cristóbal, and was able to see him attain intellectual prominence. Of all the works subsequent to her collaboration with *La Revista Ilustrada*, probably none is more touching for those interested in the magazine and the people connected with it than Amalia Puga's poem “1896,” the year in which she had to tell her only child that his father had died. See Luis Alberto Sánchez, *Indice de la poesía peruana contemporánea* (Santiago de Chile, 1938), p. 85.

## José Ignacio Rodríguez y Hernández

Cuba, 1831–1907

The life of José Ignacio Rodríguez (b. Havana; d. Washington, D.C.), admirably represents the tensions and conflicts of colonial Cuban intellectuals. He was a talented student at the University of Havana, earning a degree in civil and canon law (1851), and subsequently taught philosophy at the university and chemistry and physics at the Colegio El Salvador. Like José Martí, Enrique José de Varona, and other prototypical figures of his period, his diverse intellectual interests were reflected in far-ranging publications such as *La educación en Prusia*, *Breve exposición de "La Eneida,"* *Curso elemental de química*, and a Spanish translation of *Uncle Tom's Cabin*. His cultural aspirations clearly transcended that of most Cubans. His devotion to Cuban culture is reflected in such works as his two monumental biographies, *Vida del Presbítero don Felix Varela* (1878) and *Vida de don José de la Luz y Caballero* (1874), whose second edition was published by Néstor Ponce de León. His activities during the 1868 Revolution resulted in his emigrating to the United States. Rodríguez y Hernández was an annexationist at heart who promoted the concept that the Cubans were incapable of self-government, and that therefore the island should be absorbed by the United States. He was the product of a colonial society who, unlike Martí, was drawn into the camp of the powerful neighbor to the north, joining the staff of the United States Department of State. He contributed to the *Revista de Jurisprudencia*, *Brisas de Cuba*, *Revista de Cuba*, directed *La Idea*, and was the New York correspondent for the Mexican paper *El Monitor Republicano*.

In *La Revista Ilustrada* José Ignacio Rodríguez, reflecting his ties to North American culture, wrote a series of articles dealing with American women novelists: Harriet Beecher Stowe, Helen Hunt Jackson, Susan Warner, Anna Bartlett Warner, and Catharine Maria Sedgwick. In addition, he contributed a short piece on the ex-slave Charlotte Scott that revealed that his sterling liberal and humanitarian ideals remained strong where Cuba, the United States, or the fervent Catholicism of his latter years were not involved:

aquel perpetuo antagonismo . . . entre el principio de la abnegación y el sacrificio, y el del amor de la riqueza, que acaba siempre y tiene que acabar por el triunfo del pobre, del desválido y del humilde. . . . Hay sin embargo hombres, y gobiernos, que en ceguera pasmosa, se esfuerzan por divorciar los pueblos, en nombre del progreso y de la libertad, de ese espíritu de abnegación y sacrificio; que es la base del cristianismo, y el cimiento verdadero, y el único realmente inquebrantable, del valor cívico y de las libertades públicas.

It is a testimony to the anomaly characteristic of colonial writers that this Cuban exile should have given expression to the second set of ideas while denying to his native country its right of political self-expression.

## Baldomero Sanín Cano

Colombia, 1861–1957

In the course of his ninety-six years Baldomero Sanín Cano became a living example of culture for several generations of Latin American intellectuals. He represented authenticity, liberty, learning, and idealism and was a successor to Andrés Bello, Domingo Sarmiento, and José Martí, as well as a model of excellence for writers such as Pedro Henríquez Ureña and Alfonso Reyes. His interests were profound and broad; they embraced Latin America and Europe, including some of the areas of European civilization most neglected by Latin American writers. He was well acquainted with French culture and civilization, English language and literature, and became knowledgeable in Dutch, German, Swedish, and Danish—the latter in order to read the essays of Georg Brandes in the original. It may have been Sanín Cano who translated and explicated the art of Heinrich Heine's poetry to José Asunción Silva.

Sanín Cano contributed four selections to *La Revista Ilustrada* between July and December 1890, and because they are not included in any of the various collections of his works they are reproduced in the anthology section of this study. The first, "Confidencias inportunas," is creative literature, a brief narrative on the theme of love and matrimony. After leaving the company of his sweetheart, a young man enters a tavern to buy cigarettes. Friends that he joins there regale him with their own matrimonial experiences, leaving him with a new view of life. The story reflects the humor for which Sanín Cano is famous.

The second of Sanín Cano's contributions, "Literatura americana" (August 1890), was written specifically for *La Revista Ilustrada*. In it he reviewed Santiago Vaca Guzmán's novel, *Su Excelencia y Su Ilustrísima*, and in his introductory remarks broached the still-unsolved problem of the insularity of Spanish America's presses; in his recommendation for improving the situation he assigned a special role to *La Revista Ilustrada*:

Sería recomendable la formación de una Junta literaria con la mira de facilitar el canje de los libros americanos. En ella se habría de resolver el problema meramente económico, sin preocuparse de la gloria ni del buen nombre literario de los de la Junta. Esta gloriola ha sido el abismo en que perecen sin remedio las Academias y Ateneos de Sur-América. A facilitar el advenimiento de este tráfico de las ideas deben contribuir publicaciones que ya tienen fama en el continente, como LA REVISTA ILUSTRADA DE NUEVA YORK.

The substance of this article and its genuinely American orientation reflected the cultural interests of the *editor propietario* of *La Revista Ilustrada*. These concerns prompted Elías de Losada on another occasion to publish (on Martí's recommendation) a study of similar thematic content, a letter to Martí concerning Vicente G. Quesada's *Crónicas potosinas*. Sanín Cano's "Literatura americana," however, was far broader in its exposition than the Quesada piece. He displayed his Hispanic culture, his extensive readings in foreign literatures, and his knowledge of linguistics without excessive erudition.

Sanín Cano's third contribution, "Fisiología de lo romántico" (Septem-

ber 1890), was a spoof of romanticism in the same vein as Ramón de Mesonero Romanos's famous *costumbrista* sketch of 1837: "El Romanticismo y los románticos." In "Fisiología de lo romántico," Sanín Cano accomplished his purpose primarily in two ways: first, in the description of a romantic literary *soirée*, and second, by means of a visit with a friend who has become a romantic poet. The latter character is almost as comical as the nephew in Mesonero Romanos's sketch, and a *jocoserio* cure is prescribed for returning him to reality.

Sanín Cano's last contribution to *La Revista Ilustrada* was "Sinceridad de artista" (December 1890). More serious in tone, this piece dealt with the basic emotional conflicts of an artist. Sanín Cano explored the problem of being both sincere and creative as well as meeting the basic sexual needs of an imaginary poet in relationship to the creative process.

## Los hermanos Sellén Antonio Sellén y Bracho

Cuba, 1838–1889

Like José Martí and José Ignacio Rodríguez, Antonio Sellén lived much of his life in exile. While not as substantial a literary figure as his brother, he was, like Francisco, a poet, translator, and journalist. With Francisco he founded and directed *El Heraldo Cubano* and on his own, in New York, *El Amigo de Los Niños*. Among his translations were English and German works, including those of George Byron and Friedrich von Schiller, and a six-canto poem by Adam Michiewicz. In New York he befriended Martí, who commented on both his and his brother's works.

Antonio contributed three poems to *La Revista Ilustrada*, one in January 1887 and two in May 1889. The first of these, "El viajero," is somewhat romantic in its asymmetrical, five-part structure and treats life as a journey with the family home as the point of departure and return. In the second, "El ave," the poet expressed his romantic love of freedom through the view of a bird who is at liberty to soar to great heights and contemplate the smallness of man. "Adelante," the last of Antonio's poems in *La Revista Ilustrada*, is a sonnet that exhorts one to always go forward no matter how great the adversities.

## Francisco Sellén y Bracho

Cuba, 1836–1907

Francisco was the older of the Sellén brothers and was more active as a literary and public figure. Toward the end of the 1860s, Francisco Sellén formed part of the Reformista party, which included Rafael María Mendive, Antonio Zambrana, Anselmo Suárez y Romero, and José Armas y Céspedes. His political activism forced him into exile, first to Spain and then to New York, where he aided Martí in founding the Partido Revolucionario Cubano. Like Antonio, he was a poet and a translator, but Francisco wrote prose pieces and taught foreign languages in addition. The periodicals to which he contributed included *La Aurora*, *La Aurora del Yapurí*, *El Siglo*, *La Revista Contemporánea* (Madrid), *Mundo Nuevo*, and *La América Ilustrada*. He translated works of Heinrich Heine, Lord Byron, Nathaniel Hawthorne, and Robert Louis Stevenson, as well as some French and Portuguese poets. Néstor Ponce de León's press published some of his translations and Abraham Da Costa Gómez (Martí's brief partner of *La edad de oro*) some of his plays. His abundant poetry appeared in three volumes: *Libro íntimo* (1895), *Poesías* (1890), and *Cantos de la patria* (1900).

Besides translations, Sellén contributed eight original poems to *La Revista Ilustrada* between 1886 and 1892, all (except his youthful "A las ondas de un río") written in *endecasílabos*. His first contribution, "Panteísmo," appeared in the December 1886 issue. In this poem, Sellén ex-

pressed his belief in pantheism and described the intellectual satisfaction, peace, and joy that his faith had given him.

In January 1888, *La Revista Ilustrada* published "En la barricada (París—1871)." This tribute to the Commune of Paris is typical of the patriotic poetry of the nineteenth century and is similar to that of José María de Heredia and José de Espronceda. Using a *de rigueur* mixture of neoclassicism and romanticism, Sellén did not mention Cuba specifically; but in his enthusiastic championing of liberty and freedom he must surely have been thinking of his homeland.

In "Mañana de primavera," Sellén's third contribution, the beauties of nature were contrasted with the sadness of the *íntimo ser*, which reflected the ephemerality of existence. Containing romantic sensibility regarding nature as well as modernist doubt (reminiscent of Rubén Darío and Julián del Casal), this poem was written in New York, published in the June 1888 issue, and reprinted in February 1889.

Under the headline "Poesías de Francisco Sellén," *La Revista Ilustrada* in May 1890 referred to Sellén as "el inspirado poeta cubano, nuestro admirado y querido amigo y colaborador" (p. 12). The publication of a volume of his poetry, *Poesías de Francisco Sellén* (New York: A. da Costa Gómez, 1890), was also announced. The writer of the article said that the poems—"ahora que el vate es filósofo, que sus versos de hoy son gritos del alma ó interrogaciones a la esfinge muda"—would give the reader the work of the youthful, beginning poet. Thus the magazine published on the same page "A las ondas de un río" as a sample of the *dulces rimas* that the reader could expect to find in the new book, which was published at the insistence of the poet's wife so that Francisco Sellén's early poems would not be lost.

The December 1891 issue of *La Revista Ilustrada* contained a review of Sellén's well-known, but never performed, five-act dramatic poem *Hatuey*. The reviewer, identified only as "uno de nuestros más activos colaboradores,"<sup>18</sup> judged Sellén "poeta de nobles y vigorosos arranques" and commended him for his extensive research of the epoch and the personality of the title protagonist, an Indian chief who resisted the Spaniards. The review contained several sample passages from *Hatuey* and stated that in this fine work "abundan las bellezas en versos fluidos, conceptuosos y por regla general, bruñidos como el bien templado acero."

In 1892, three of Sellén's poems appeared in *La Revista Ilustrada*: "Lo más triste" (January), "El sueño de Sócrates" (April), and "Las olas" (December). "Lo más triste" is the only poem Sellén ever designated as specifically "para '*La Revista Ilustrada de Nueva York*.'" A philosophical poem that used the exotic setting of the royal Persian court, "Lo más triste" focused on the age-old sentiment that the greatest misfortune of life is that of having been born.

In "El sueño de Sócrates" (April 1892), antiquity's most famous teacher dreams of an ugly duckling that he nourishes and befriends. Finally the creature flies away as a beautiful swan. Upon awakening, Socrates receives a new pupil, immediately equated with the duckling-swan, who reveals that his name is Plato.

18. The article seems purposely unsigned and, in an appended *nota editorial* (p. 747), the writer stressed the magazine's continual policy of *fraternidad* for all races and also carefully dissociates *La Revista* from the article's criticism of Christian missionaries.

In "Las olas" (December 1892), a moderately romantic ode, the poet described waves and assigns to them symbolic properties. Then he compared himself and his beloved to the waves and meditated on destiny, the uncertainty of existence, and the forces that govern the latter.

The last poem of Francisco Sellén to appear in *La Revista Ilustrada* (May 1893) is "Fatum," in which he expounded the inevitability of fate, especially in regard to the time and place of death.



# Juan Valera y Alcalá Galiano

Spain, 1824–1905

Five years after finishing his service as Spanish ambassador to the United States, Valera began his series of seven articles for *La Revista Ilustrada de Nueva York*.<sup>19</sup> Entitled “Carta de España,” the series appeared between September 1891 and March 1892. Valera explained the intent of his articles in the opening paragraph of the first, dated at San Ildefonso, 25 July 1891:

Señor director de la Revista Ilustrada de Nueva York: . . . Accediendo gustoso al deseo de usted, voy á escribir cada mes y en forma de carta, un artículo para su interesante REVISTA. El asunto exige usted que sea literario, si bien deja á mi arbitrio el determinarle singularmente. Usando yo de esta libertad, me decido á escribir, considerándolo mejor, una reseña de cuanto vaya ocurriendo, con la cual pondré al corriente á los lectores de América, aunque sea de modo sumero, del actual movimiento intelectual de la antigua patria mía [September 1891, p. 531].

These contributions have been collected (along with similar letters to *El Correo de España*, Buenos Aires) in *Cartas americanas*, volume forty-three of Valera’s *Obras completas* (Madrid, 1916). Because these letters to *La Revista Ilustrada* are well known and readily available, no analysis of their content will be made here nor will they be included in the anthology section.

Valera’s fifth letter did not arrive in time to be included in the January 1892 issue of *La Revista Ilustrada*. Consequently, the magazine substituted a photograph of Valera and a five-page lead article about him, entitled “Juan Valera y Alcalá Galiano.” In this article, “R. B.” (Ricardo Becerra) told of first becoming acquainted with Valera’s writings through the latter’s contributions to the *Revista de España*.

Me interesaba vivamente, así por su incomparable estilo, el más claro, elegante, sencillo y mejor articulado de cuantos pueda revestir la lengua española, como por la ingeniosidad de sus conceptos, la seguridad de su crítica, y cierta ironía muy fina, más francesa que española, que le servía para dar á los vicios y defectos de los hombres, sin perjudicar la dignidad de los acontecimientos, la parte que en éstos tienen a menudo [p. 4].

Becerra recalled that as editor of the Chilean journal *El Deber* he published Valera’s *Pepita Jiménez* in serial form. It was not until Valera became the Spanish ambassador to the United States in 1883, however, that Becerra came to know him personally. As a consequence of their Washington friendship, Becerra was able to describe physical details not apparent in the magazine’s photograph of Valera (p. 3).

Es de estatura más que mediana, complexión delicada y fisonomía intelectual, distinguiéndose entre sus facciones, la frente por su amplitud

19. A previous Valera article entitled “El naturalismo,” which was extracted by the editorial staff from his *Apuntes sobre el arte de escribir novelas*, appeared in the September 1887 issue (pp. 9–13).

y belleza, y la boca por la finura de sus labios y la sonrisa casi siempre irónica que en ellos se dibuja. Sus manos son pequeñas, así como sus pies, lo que denuncia su procedencia en parte al menos arábica, como que ha nacido en Córdoba, donde, como se sabe, la flor y nata de aquella fina raza fundó y dilató uno de sus más vastos imperios [p. 4].

Becerra also spoke of Valera's facility as a conversationalist, his importance as a contemporary novelist, his political beliefs, and his philosophical outlook. He reviewed Valera's diplomatic career in some detail. It was significant to Becerra that Valera did not assume the condescending attitude of most European ambassadors toward Latin American diplomats stationed in Washington. Rather, Valera worked actively to remove the mutual bitterness and estrangement between Spain and her former colonies. This concern for Latin America is reflected in Valera's literary criticism, for which Becerra expressed gratitude. "En Hispano-América el señor Valera ha cautivado no sólo nuestra admiración, sino también nuestra gratitud, por el importante servicio de hacer conocer y juzgar él mismo muy favorablemente una parte siquiera de nuestra incipiente obra literaria, en la cual nos concede la palma de la victoria sobre los americanos del norte" (p. 6). Becerra's only criticism was that, with respect to the ex-ambassador's industriousness, "no es modelo de laboriosidad hasta el punto de que nadie podrá hacerle el cargo de haber saludado un sol naciente" (p. 6). This statement probably reflected the frustration of a member of the editorial staff who had to write an article himself to replace the tardy fifth "Carta de España." However, an official pose of courtesy is maintained in the small print of a footnote to Becerra's article: "Ligeros quebrantos de salud han impedido esta vez al señor Valera favorecernos con el oportuno envío de sus interesantes trabajos. Esperamos resarcir á los lectores de *La Revista* publicándolos en nuestro número de febrero, pues sabemos que no han de faltarnos para aquella fecha" (p. 6).

True to their word, in the February 1892 issue the editors were able to publish not only letter number five (dated Madrid, 18 December 1891) but also letter number six. The reason for this double contribution can be found in a letter from Valera to Losada, dated 13 January 1893: "Mi deseo es que las Cartas V y VI vayan juntas y seguidas en el n.º de Febrero, sin que á mí me valgan sino como una, . . . [porque] juntas serán de mayor efecto."<sup>20</sup>

There is no further record of a single payment or of Valera's reaction to Becerra's article. It is a fact, however, that Valera chose to write only one more article for *La Revista Ilustrada*. His seventh contribution appeared on schedule in the March 1892 issue, and Valera concluded it with no hint that it would be his last, promising instead to speak of new trends in Latin American literature "en otra Carta, porque estoy cansado y quiero terminar por hoy, á pesar de lo mucho que me dejo por decir" (p. 126).

Valera offered no explanation for his failure to submit his promised eighth contribution to *La Revista Ilustrada* until 21 March 1893, one year after his seventh article had appeared. In a letter dated 18 February 1893, Losada had informed him that, although he had sold the magazine to Andrés F. Power and Company, he was urging the new owners to solicit Vale-

20. Original in the possession of Ingeniero Jorge de Losada, Lima, Peru; reprinted in Vernon A. Chamberlin, "La colaboración de Juan Valera en *La Revista Ilustrada de Nueva York* (Documentada con cinco cartas inéditas)," *Hispanófila* 53 (January 1975): 9.

ra's renewed collaboration. Valera replied: "La empresa de *El Centenario*, que, por la detestable administración y perversa economía de mi consocio, ha sido para mí un semillero de disgustos, de compromisos y de gastos, fué causa de que yo no tuviese humor ni reposo para nada y dejase de escribir en la dicha *Revista Ilustrada* y de hacer otras cosas de más provecho y más honra."<sup>21</sup>

Valera added, however, that he was prepared to resume writing for *La Revista Ilustrada*: "Tendré mucho gusto en complacer a Ud. colaborando de nuevo en tan excelente publicación periódica." This statement was no idle expression of courtesy, for the following month, in a letter to Marcelino Menéndez y Pelayo, Valera remarked, "pienso volver a escribir en la *Revista Ilustrada* de Nueva York, y su libro de usted [*Antología de poetas líricos americanos*] es el mejor asunto para ello."<sup>22</sup>

A trip to Peru delayed Losada's reply to Valera until 12 December 1893. The former owner of *La Revista Ilustrada* then commented on Valera's willingness to renew his collaboration with the magazine: "En cuanto a su admirable y valiosa colaboración en dicho periódico, tenía yo entendido que los nuevos empresarios (yankees) se iban a dirigir a Ud. en solicitud de ella, pero como esa publicación, según he podido observar, va decayendo rápidamente en todo sentido, dudo que le convenga a Ud. entrar en relaciones con ellos."<sup>23</sup>

This apparently settled the matter. Although volume forty-four of Valera's *Obras completas* does contain an article by Valera dated 22 March 1897 that the editor labeled "Cartas a la Revista Ilustrada, VI," an examination of its contents reveals that the article is completely misentitled. It is clearly the sixth in an immediately preceding series of articles that, according to the editor, was written by Valera expressly for "*El Correo de España* en Buenos Aires."<sup>24</sup> (Article number six continues the discussion begun in number five of José María de Pereda's entrance into the Royal Spanish Academy: "Según anuncié a V. en mi última carta, la solemne recepción del Sr. D. José María de Pereda en la Real Academia Española tuvo lugar el día 21 de Febrero" [p. 11]).

It appears certain, then, that in spite of Valera's intentions, the seven "Cartas de España" published between September 1891 and March 1892 constitute the whole of his active collaboration with *La Revista Ilustrada*.

21. Chamberlin, "La colaboración," p. 11.

22. *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, Introduction by Miguel Artigas Ferrando y Pedro Sáinz Rodríguez (Madrid: Espasa-Calpe, 1946), p. 452.

23. Chamberlin, "La colaboración," p. 13.

24. *Obras*, Vol. 43 (Madrid: Imprenta Alemana, 1916), p. 167. It has been impossible to confirm the existence of the journal *El Correo de España*. There is on deposit at the Biblioteca Nacional in Buenos Aires a journal entitled *El Correo Español*, but an examination of issues from the years 1890-1900 reveals no contribution by Valera. (We are indebted to our colleague John Brushwood for his thorough examination of this journal.)

## *Anthology Section*

Many contributions that appeared in *La Revista Ilustrada* have been “lost” in the sense that they do not appear in the complete, collected, or individual works of the author printed elsewhere. In some instances the contribution was altered when it was reprinted, or it occurs in a publication so rare as to be generally unavailable today.

In order to preserve the integrity of the anthology selections (and to allow the reader to savor fully the flavor of the period), we have made no attempt to modernize, correct, or regularize accentuation, spelling, and grammatical constructions. We have, however, regularized the punctuation at the end of quotations and, to help the reader, have supplied a few missing quotation marks. In those rare instances where the material in *La Revista Ilustrada* was illegible, we have so indicated.

The following selections are offered not only to help complete the picture of *La Revista* but also to make them readily available.

# LA REVISTA ILUSTRADA

## DE NUEVA YORK

Vol. XII

NUEVA YORK, AGOSTO DE 1893

No. 8

PUBLICACIÓN MENSUAL CONSAGRADA AL COMERCIO, INDUSTRIAS, ARTES,  
LITERATURA E INTERESES GENERALES DE LA AMÉRICA LATINA.

**POWER & COMPANY**

Editores

81 WARREN STREET, NEW YORK

Pago adelantado

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN ANUAL:

PRECIO DE UN EJEMPLAR:

\$3.00 oro Americano, o su equivalente.

Treinta Centavos, oro Americano.

Entered at the New York Post Office as second class matter.

Copyright 1893, by Power & Co. All rights reserved.

## MINERVA

AL PRIMER CONGRESO CIENTÍFICO EN COLOMBIA



**RECIA!** Tierra del sol, bañada por una luz blanca y brillante, con montañas que, desprovistas de verdura, se destacan nítidas, con vivas aristas sobre un cielo de azul turquí, envueltas por una atmósfera suave y llena de color, música y aromas, á la vez que dominan costas ondulantes que besa con amoroso rumor océano

lleno de islas y paisajes no menos fantásticos y voluptuosos. En ese feliz suelo queda el Atica, península con su célebre Pentélico á cuyos piés la más famosa acrópolis arrulló el sueño de la ciudad que fué la nodriza de la humana ciencia. Allí, en rica célula, en recintos murados por doble y mármorea columnata, iban los Helenos á rendir culto á la maravilla del arte, que encarnaba la maravilla de la creación: el espíritu, representado por sus dotes culminantes como son el pensamiento que sondea el pasado y el futuro y la ciencia que hace al hombre rey de la naturaleza.

En efecto, allí, sobre enhiesto pedestal, memoria del fracaso de Pandora, que no guarda más que esperanzas, levantóse hecha de oro y marfil y pedrería, con todos los tesoros de la tierra y todos los recursos del ingenio, la estatua de Athenée, astro que eclipsaba las maravillas todas de esa acrópolis; faro, que, á veinticuatro siglos de distancia, aun brilla esplen-

doroso en las riberas del piélagos que surca la humanidad y que fué luz tan viva para ella como la de los mismos luminares que hoy levanta con vigor creciente en la titánica batalla que libra nuestro siglo para ganar renombre imperecedero y alumbrar, aunque solo sea en parte, esa ruta misteriosa que no tiene fin. Y no podía ser de otra manera, porque en torno de esa acrópolis una y otra vez quedó vencido el Oriente, vencido para jamás, quedando desde entonces abierta la ancha ruta que pasa por el Calvario y se dirige al progreso ilimitado; ruta bendecida, puesto que en ella medra la humanidad al mismo tiempo que adelanta, apesar de sus desmayos y caídas. Inmensa es la etapa recorrida, y sin embargo aun llega hasta nosotros rumor que embelesa el alma: es el rumor de las voces de los académicos griegos que celebran los primeros torneos del espíritu, festejando la victoria que hará inmortal su obra. Ah! si aún existiera la creación de Fidias, ella presidiría hoy los torneos no menos brillantes del siglo. Espectáculo único, en verdad, sería ver las régias figuras de la moderna ciencia, departiendo en amigable consorcio á la luz del estro que evoca sin quererlo, nombres no menos egregios que ya se ocuparon de la Atlántida y soñaron con las grandezas americanas.

Empero, si no pueden los ojos de la carne contemplar la Diosa, pueden en verdad hacerlo los del espíritu que ella representa. Miradla! es de tamaño heroico; de estatura tres veces gigantesca; está de pié y á su lado los hombres más robustos á penas parecen hombrecillos. La virgen divina usa armaduras de guerrero, tiene fiero el porte y el ademán, altivo el rostro, noble la frente: representa el tipo de la mujer fuerte, de la Sophia que el neoplatonismo por magnífica concepción hizo ser aparte, encargado de la salud de la humanidad, suponiéndola emanación del cerebro de Zeus omnisciente y todo poderoso. Alegoría sublime, puesto que la ciencia, hija de Dios, en el hombre tiene el cerebro por morada, y aunque á veces rebelde desconoce á su señor, cuando abarca de repente inesperados horizontes, siempre acaba por reconocer su origen y su fin. Y mayor es aún, si cabe, esa alegoría. En efecto, Athenée fué Diosa de veinte pueblos, y paulatinamente encarnó desde la

## Una fiesta nacional

El héroe de Costa Rica, Juan Santamaría <sup>1</sup>

Para “La Revista Ilustrada de Nueva York”

San José, C. Rica, septiembre 16 de 1891

Acabo de llegar de la ciudad de Alajuela, una de las primeras de este hermoso país de Costa Rica. Costa Rica, para los europeos es “un lugar... allá... muy lejos.” Creo que es en *Los trabajadores del mar*, donde Victor Hugo habla de un personaje que se marchó á Costa Rica!... Como hubiera dicho al fondo de las selvas de la India asiática, ó á las regiones de la Tierra del Fuego. Así Alfonso Daudet manda á Jean Gaunir, en su *Sapho*, á Arica, puerto del Perú.

Lo que no saben los europeos es que este país que les manda el buen café, es una verdadera excepción entre las cinco desacreditadas repúblicas que componen el istmo centro-americano. Su pueblo es viril y tiene el hábito del trabajo. No se conoce aquí la populachería de otras tierras vecinas, ni el militarismo encontraría buen ambiente. Nadie quiere ser soldado, porque el último cholo tiene su yunta de bueyes y su huertecito. Acontece que la clase popular es la más rica. Hay hombres de piés descalzos que podrían comprar todos los zapatos que fabrica el país en un año. Los campesinos son blancos y rubios, en su mayor parte, acusando la buena procedencia de la raza fundadora. Aquí vinieron á colonizar los gallegos. Los campesinos son de tal belleza y porte, que he visto en un camino, salir de un rancho, con su cesto, como una canéfora, á la más preciosa virgen que pudiese pintar Murillo. El progreso de esta república es notable desde que uno desembarca en sus costas. El puerto del Limón, unido con el interior del país por un ferrocarril, la pone en constante comunicación con los EE.UU. y Europa. El Gobierno, á cuya cabeza está el señor Rodríguez, procura el constante bien de la nación; y como hasta la política costarricense está mejor organizada que la del resto de Centro-América, hay aquí un partido opositor que es tal vez el único bien constituido de toda la antigua patria de Morazán. No entro en apreciaciones sobre una y otra agrupación política. Observo, describo. Cabalmente, he admirado á este pueblo ayer no más, cuando ha ido, sin distinciones de ninguna clase, á celebrar la memoria de un antiguo mártir de la patria. Fueron, á la ciudad de Alajuela, que tiene verdes colinas y bellos montes á sus alrededores, los ciudadanos de las distintas partes del país, con gozo patriótico, á fiesta fraternal y plausible, á ver cómo se descubriría la figura de bronce del héroe Santamaría, aquel que le dió fuego al Mesón, allá en Rivas, cuando los yankees, cuando fuimos librados del extranjero invasor. La alegría nacional, la pompa oficial, las marciales músicas, dominaron la hermosa población vecina, donde hay agraciadas mujeres, agua cristalina, sol ardiente y áureo, clima propicio á la salud. Así se repobló la ciudad, se relleno de visitantes. Casi faltaban casas donde contener tanta ola humana. Desde la víspera del día nacional, hoteles, posadas y habitaciones particulares estaban colmados. Por

1. Part of this article has been published as “Bronce al soldado Juan” in Rubén Darío, *Obras completas*, Vol. 4 (Madrid: Aguado, 1955), pp. 1111-14.



fin, hé allí que llega ese gran día en que la estatua se muestre al sol de Dios y á la vista del pueblo costarricense, que va á ver la glorificación y apoteosis del "gallego," del pobre hijo de Alajuela, cuyo nombre es hoy símbolo heróico en los anales de la nación. Allá fueron juntos el botón rojo y la escarapela tricolor; los hombres de uno y otro partido; los de Rodríguez y los de Esquivel, todos en un corazón, porque iban á un concurso, de patriotas, á una celebración de casa, de hogar, de terruño, de familia; á ver el vencimiento de la idea de la patria sobre todas las ideas parciales y de cuerpos políticos; á ver á la madre Costa Rica poner bajo solio de inmortalidad al "Erizo" humilde, hijo de la tierra propia, hermano sublime de los héroes legendarios, miembro de la raza común, sér épico y cantado por los poetas, cuya encarnación de bronce pierde su grandioso perfil en las más luminosas y triunfales auroras de nuestra historia.

El día catorce, de las dos á las seis de la tarde, entraron á la población los militares josefinos cartagineses y heredianos; entraron, con su clarín á la cabeza, llenos de entusiasmo. Y á las ocho de la noche, cuando un enorme florecimiento de luz se extendía por toda la ciudad, cuando de los edificios públicos y particulares, brotaba un pintoresco diluvio de claridades distintas, ya de los jarros rosados ó verdosos de los faroles chinoscos, pintados de grandes rosas rojas ó de grullas pálidas y azulejas, ya de las lámparas de cristal alineadas sobre los frisos, en lo alto de las puertas, ó en los marcos de las ventanas, por donde se asomaban las niñas; estallaron las músicas marciales, se oyeron las alegres fanfarrias, la explosión sonante y vibradora de cuatro bandas, que bajo el cielo de la noche comenzaron las tocatas de una retreta. Era esto en el Parque donde la estatua estaba aún cubierta por el velo que debía rasgarse en el siguiente día. Gente había mucha; hombres, mujeres, niños. Grupos de hombres pasaban conversando; las mujeres sonreían; los niños lanzaban sus carcajadas, ó compraban dulces; hasta los pobrecitos muchachos de las casas modestas, los compraban joviales, amables y sencillos, con vestido nuevo. Los que no se desvelaron tuvieron un súbito y alegre despertamiento, cuando á las cuatro de la madrugada, con la luz del alba, mientras sonaban las salvas de los cañones, fueron las bandas por la población, tocando dianas. La ciudad se levantó con su traje de fiesta; las gentes se echaron á la calle; las damas lindas estaban en las puertas, rosadas al fulgor del sol; y el cielo estaba claro y el tiempo benigno, porque así quiere Dios que la naturaleza contribuya con su esplendor, tranquilidad y galas mejores, á la magnificencia de un santo día de la patria. Fúe á las diez cuando sonó la locomotora, anunciando la llegada de la comitiva oficial. Fué recibida ésta con los correspondientes honores, en medio de una enorme concurrencia. El general regocijo se demostraba. Luego el banquete. ¡Espléndida y fraternal agapa! La Comitiva Oficial estaba allí: los Supremos Poderes, el distinguidísimo señor de Arellano, Ministro de S. M. Católica; los altos dignatarios de la Iglesia; Camilo Mora, caballero joven, en representación de su ilustre padre de inextinguible memoria y del General don José Joaquín, uno de los mejores hijos de Costa Rica, y junto con Camilo, el descendiente del preclaro General Cañas; después los gobernadores y los municipales; los cónsules, los periodistas, los miembros del estado mayor, con su vistoso uniforme de gala, y el comité municipal de las fiestas de Alajuela. Las tropas llegaron á la plaza principal. El oro de los galones y el acero de las armas espejeaban á la luz. Momentos después, la comitiva toda se dirigió al parque de la estatua, para que se diese principio á la solemne ceremonia del descubrimiento. Á un són de clarín

quedó la plaza en silencio. El señor Ministro Rafael Iglesias comenzó su discurso. Discurso elocuente y magnífico fué el suyo. Su palabra vibró oportuna siempre, y en una lengua de patriotismo y de nobleza, conmovió feliz y ardientemente el ánimo de todos los circunstantes. Bello fué aquel final, cuando se dirigió á los inválidos, cuando habló á los compañeros del “Erizo,” cuando hizo descubrir el monumento y apareció el “Erizo” con su tea empuñada. Fué un formidable grito universal. Las bandas hicieron estallar en trueno marcial y armónico el himno patrio, vivo y sonoro; las mujeres en los balcones agitaban los pañuelos y buscaban las flores del corpiño; lloraban con ardiente y súbito júbilo los caballeros de sombrero de pelo y los trabajadores de chaqueta y sombrero de pita; se mezclaban los aplausos y los gritos, al canto militar de los cobres, al redoble de los tambores del ejército, al clamor agudo y vibrante de las cornetas. Y temblando de emoción, los inválidos de los antes fuertes batallones y los soldados nuevos, presentaban las armas. Los más altos honores se hicieron al “gallego,” en tanto que sonaban con estruendo poderoso las salvas que daban al viento los infantes y los artilleros. Tocábale al Presidente del Congreso hablar en seguida, pero el honorable funcionario no pudo concurrir á la ceremonia por quebrantos de salud. Quien subió á la tribuna fué Ricardo Jiménez, esa encarnación de todo lo que de vigoroso y de brillante tiene en su espíritu y en su corazón la generosa y noble juventud costarricense. Habló como Presidente de la Corte. Fué su discurso magnífica sucesión de períodos marmóreos, incrustados de los más finos metales de su tesoro de pensador; tuvo frases flameantes como banderas de seda, frases líricas, para la patria común; frases lisonjeras para la provincia del héroe. Á nombre de la Municipalidad de esa provincia pronunció después Marcelino Pacheco un discurso fogoso y patriótico, de las mejores producciones literarias suyas. Y luego el aire se pobló de armonía; cantóse por crecido coro, un himno cuya música fué escuchada como si fuese un cántico de la patria, un pean al vencedor del tiempo y de la gloria, una salutación al coronado por la fama, y colocado en el pedestal de la epopeya por la fuerza sacratísima de la eterna y divina Poesía!

Pero antes de que resonase ese himno, un poeta, Luís Flores, leyó unos versos extensos y viriles, que fueron acogidos con el más vivo entusiasmo. Después de la obra musical á que me he referido, y que fué compuesta expresamente para ser estrenada en ese día, por el maestro Chaves, cuyo talento de artista, según se me informa, no solamente ha logrado los aplausos de sus compatriotas, sino también los de competentes apreciadores europeos, siguieron dos himnos más, que fueron asimismo escuchados y aplaudidos, ambos obras de mérito, debidas á la inspiración de los celebrados artistas Calderón y Morales. En seguida rompieron las bandas en un paso doble y comenzó el desfile del ejército delante de la estatua. Grandemente fué aclamado el cuerpo de inválidos, cuando pasaron éstos en marcha, frente á la efigie del compañero alajuelense: gozosa iba la tropa de viejos, cuyas canas se veían blanquear bajo los kepis. Entre los veteranos iba un ciego que quiso concurrir, él también, á la fiesta del triunfo de su camarada Juan, y que para marchar, se apoyaba en el brazo del inválido que tenía más cercano. Ya la Comitiva Oficial estaba en el palacio de la Municipalidad, cuando los veteranos llegaron; les recibió el Presidente de la República y hubo honores y vítores. Y ved algo profundamente conmovedor: gentes de valía fueron las que tomaron en sus manos los rifles de los antiguos defensores del común hogar, cuando éstos se sentaron á la mesa



que se les tenía preparada. Los antiguos y buenos combatientes tuvieron allí un rato de la más franca alegría. Reían y conversaban entre ellos, con sus modos expansivos y campechanos, y bebían á la memoria del bravo "Erizo"! Las ocho de la noche. El parque Santamaría se ilumina con profusión de luz, y está lleno de concurrentes que oyen la música de las cuatro bandas; y en la plaza principal pueblan el espacio con sus colores luminosos y sus rápidos incendios, los fuegos artificiales.

Y después, damas y caballeros, al baile. Se bailó hasta la aurora. Con sol nuevo se concluyó el último vals. Los trenes partieron, atestados de concurrentes. Así acabaron las fiestas de la apoteosis del tambor sublime.

Esto ha hecho Costa Rica por un pobre diablo de un barrio de Alajuela! Oh, ha sido agosto y admirable, ver ascender al pobre diablo á cuasi semidios. Bronze al soldado Juan! Música, himnos al mestizo! Pompas y gloria al "gallego," Costa Rica celebra al pueblo en el soldado y al heroísmo en el ciudadano humilde que murió valiente, en trance raro y épico, digno del canto de un Homero indígena, con su antorcha en la mano! Bronze al soldado Juan! para que vea el costarricense de mañana, en su civilización creciente y brilladora, cómo eran los que iban, arma al hombro, al són del clarín de las viejas campañas, mandados por capitanes que hoy tienen la cabeza, fogueada antaño, llena de canas. Buenos tiempos pasados, caros á nuestros padres! Entonces fué cuando se echó al bucanero de rifle y bota, como á una fiera invasora; entonces era cuando cantaban en los campamentos los soldados bravos canciones patrióticas, acompañados de la guitarra que iba sobre el morral del sargento ó la chamarra del cabo, para alentar y alegrar con sus cuerdas, en las noches de vivac, á los que luchaban por la patria y por la libertad. Eran los atrevidos combatientes de la guerra nacional; era el momento histórico en que Costa Rica fué el país salvador de sus hermanos de Centro América. Y en una noche, en un instante, de entre los hijos del pueblo, brota una hermosa encarnación del heroísmo, admirablemente á propósito para ser eternizada en una estatua por escultor fogoso y fuerte, por un artista magistral.

Juan Santamaría!... He oído discutir su acción...; que es vago y dudoso el personaje...; que no es de Alajuela sino de Barba...; que era un hombre vulgar, feo, con el pelo erizado...; truenos de Dios! Si no hubiese existido sería un sagrado símbolo para la patria costarricense. Del estúpido Erostrato se sabe que existiese, después de tantos siglos que han pasado sobre su memoria. Ayer no más realizó su hazaña Santamaría, y ya habría que discutir su existencia? Nazca en Barba ó en Alajuela ó en San José, lo que brilla es su frente de héroe, resplandeciente en una lírica y espléndida apoteosis. La pobre madrecita, hija del pueblo como él, y á quien se le dió pensión escasa aunque aliviadora, diría cómo era su hijo Juan Santamaría, el "gallego," el "erizo," el pobrecillo que ahora tiene un pedestal de granito para su estatua y una aureola de luz inmortal para su nombre. Se ha comparado á Juan Santamaría con Ricaurte. Ambos son de sangre heroica, y en la sublime democracia de la gloria, pasan juntos, bajo el mismo arco de palmas, ceñidos con los mismos laureles, el capitán gallardo que voló el polvorín, y el soldadito atrevido que prendió fuego al Mesón. Cuando llegaron á Rivas los militares de Costa Rica, el 8 de abril del año 56, iba en las filas el hijo de Alajuela, camino de la muerte, con su fusil de chispa, sin advertir que sobre su cabeza desplegaba las grandes alas la diosa soberbia que haría resonar el nombre humilde, al eco augusto de su bocina de oro. Ibase á arrojar del suelo de Centro América al bizarro aventurero y sus

cazadores yankees; íbase á combatir con ellos y con los nicaragüenses que se unían á los invasores de Guillermo Walker. Así era la campaña de nobilísima! Así caminaban los batallones costarricenses, á ayudar al hermano, á echar de su casa al filibustero. La bandera de Costa Rica flamea en una luz de triunfo el día en que se inaugura la estatua del héroe popular. Quiere Dios que en determinados tiempos surjan del pueblo figuras grandiosas, dignas de los cantos de los bardos y de los eternos monumentos. Salen de entre los proletarios, del bosque, ó de la montaña. Ya es Tell el cazador de Suiza, cuyo enorme perfil se confunde con las vagas nieblas de la leyenda, ya es Aldea, el sarjento de Chile, que como Santamaría en Alajuela, tiene en Valparaíso su simulacro triunfante que saludarán con respeto y admiración profundísima las generaciones venideras. Estos son los buenos, los altos, los grandes, los que no mueren en la memoria de las naciones; éstos son los que se cantan en los romanceros y en las epopeyas, los que lucen con mayor auerola en las historias y en los anales, los que sirven de eterno ejemplo y de eterna enseñanza, y forman en el cielo de la patria, resplandecientes y supremas constelaciones. Bronce al soldado Juan! música, himnos al mestizo! Gloria al que se sacrificó por la libertad bajo el flameante pabellón de su tierra! Apoteósis al hombre mínimo, cantado por la primera vez por la palabra de fuego de Alvaro Contreras, celebrado por los versos de los poetas nacionales, y eternizado en el metal de la inmortalidad por el cincel de artífice europeo. Ya han vuelto de las fiestas ricos y pobres, ciudadanos y labriegos. La ciudad hierve en el labor continuo y en la fragua de los negocios. Y allá, en el cultivo de la tierra, que el costarricense ama tanto, cantan sus canciones los dischosos y fuertes campesinos, junto á los grandes bueyes mimados, que llevan por adorno, en la punta de los cuernos, dos esferas de bronce.

Vol. 10, No. 11 (noviembre de 1891)

Ante el mar

¡Que espere el barco! La mañana fría,  
Con su túnica blanca y la corona  
De húmedas rosas, á la mar descende;  
Canta el gaviero; el marinero adusto  
En su atezada pipa alegre fuma;  
Allá, doquiera, cual nevados cisnes  
Que de pié sobre el mar ráudos caminan  
Aparcen las velas de los botes;  
Se acerca el sol y puéblanse las ondas;  
Como de duendes áureos que traviosos,  
Luciérnegas acuáticas semejan;  
Los pescadores sus cabañas dejan  
Y, cansados al fin, duermen los besos.

¡Que espere el barco! Siga la mañana  
Muy quedo y muy despacio su camino,  
Una joven, la musa americana,  
Llorando se despide en la ventana  
Del poeta divino.  
Le dice: “¡No te vayas todavía!  
Como á su amante la gentil Julieta,  
Y entre besos respóndele el poeta:  
Me voy y vas conmigo: tú eres mía!”

Vol. 9, No. 3 (marzo de 1890)

## Poesía de la historia

### Sáfira

Antes que el Rey de Francia hubiese incorporado á su corona los pequeños Estados soberanos que le rodeaban, Carlos el *Atrevido*, duque de Borgoña, imponía su autoridad sobre tierras que se dilataban hasta la Zelandia. Como príncipe, Carlos no podía vivir sin cortesanos; como juez, ni delito ni crimen dejaba sin castigo. El disimulo de las faltas ajenas es complicidad indirecta: Dios pide cuenta á los Reyes, no solamente de sus acciones, pero también de las de sus dependientes, cuando las malas son pasadas en silencio por los que tienen el deber de corregirlas.

\* \* \*

Alzura, señor de capa y espada, ha merecido por sus hazañas toda clase de recompensas y condecoraciones: después de una guerra cuyas victorias fueron debidas al brazo de tan poderoso capitán, recibió éste la gobernación de Zelandia en premio y como prueba de la amistad de su señor. Alzura poseía las virtudes de la guerra y las de la corte: ejemplo raro de los hombres, reunir en una sola personal cosas que casi siempre suelen ir separadas; como que la lealtad y la franqueza de los héroes no admiten las blandas falsedades de los palaciegos. Hombre disimulado, cruel, no perdía ocasión de castigar ni de vengarse. Con los varones era terrible; con las mujeres horrible; el fuego de su temperamento se derramaba afuera en seducciones, engaños, raptos y violencias. Suerte de Práculo. Alzura era terror de padres y pesadilla de los maridos; la Zelandia está temblando con su nuevo Gobernador.

\* \* \*

Sáfira es una mujer de un hombre de bien de esa comarca. Sófocles llama funesto el don de la hermosura; Sáfira es hermosa, más de lo que hubiera convenido á su felicidad; y no es extraña á las virtudes, que cuida y cultiva no menos que las perfecciones de su cuerpo. Alzura ha puesto los ojos en ella; arde en deseos, se consume, se muere; Sáfira grande y majestuosa como una deidad ofendida, le echa fuera de su casa á la primera insinuación. Las dificultades son incentivos del cariño, el desdén sirve de leña al fuego del corazón soberbio: el tirano jura que Sáfira será suya, aunque tiemblen cielos y tierra, y esta obra de condenación la jura por la salvación de su alma. Así son los malvados.

\* \* \*

Damburto, marido de Sáfira, se halla preso, va á pagar con la vida la conspiración que ha estado urdiendo contra el Serenísimo Duque de Borgoña. La impostura es gran ministro de opresores iníquos: conspiradores son los dueños de riquezas; conspiradores son los padres de hijas bellas;

conspiradores los maridos de mujeres codiciables. Damburto, buen ciudadano, hombre inocente, es conspirador, y como tal, se halla arrojado en una lóbrega mazmorra: al día siguiente pagará sus fechorías con el garrote vil. Sáfira se viste de negro; suelta la cabellera en lastimero desorden, toma las reliquias de la familia y va á tirarse de rodillas ante el Gobernador.—La vida de tu marido está en tus manos—le dice éste,—sal de aquí hoy llena de riquezas y pónle hoy mismo en libertad. El infame se entornece, se postra á su vez ante su víctima, gime y suplica en demanda desesperada. La virtud es sorda; proposiciones deshonestas no las oye. El Gobernador echa mano por la fuerza: la virtud es más fuerte que la fuerza. Larga, obstinada fué la lucha.—¡Bien está! exclamó Alzura enderezándose; si hasta mañana á medio día no me veo satisfecho, la cabeza de Damburto rodará por el suelo. Sáfira no responde; sale y va á contarle á su marido lo que acaba de suceder. Damburto es hombre común: su espíritu no se levanta al cielo, ni su corazón se desordena en esa locura celestial que acomete á los varones excelsos en las grandes ocasiones. No se atreve el miserable á expresar con palabras su deseo, pero con ojos indignamente suplicantes, le da á entender que quiere vivir; vivir á todo trance, vivir comprando con la deshonra de su esposa; vivir vida de verdugo, puesto que la sacrifica. No sabe el triste que la tumba es asilo de perseguidos, y que en su silencio acalla miserias y amarguras.

\* \* \*

Sáfira ha comprendido la voluntad de su esposo: taciturna, lúgubre, su belleza es la de una muerta animada por una espantosa resolución. Sale del calabozo, sin decir palabra, vuelve al palacio del Gobernador y se entrega á él. Frenético de alegría, exclama:

—Sáfira, Sáfira, anda y saca de su prisión á tu marido; pero no lo llesves á mal si he tomado providencias necesarias para que no estorbe nuestra dicha en adelante. Sáfira corre, vuela; ha llegado al calabozo: ¿por qué se queda pálida, muda? El cuerpo de Damburto está á un lado, la cabeza á otro, boqueando todavía en medio de un mar de sangre.

\* \* \*

Ni llora ni exhala una queja la viuda; se pone en camino ese mismo día y no pára hasta que llega á la corte. El duque le concede audiencia, enjuga sus lágrimas, la acaricia como un padre.—Señor,—dice la viuda—soy una infeliz que no ha querido conservar la vida sino hasta verse en vuestra presencia. He vivido cumpliendo con mis deberes, practicando las virtudes, haciendo por mis semejantes cuanto ha estado en mi poder. Mi felicidad ha sido completa hasta el día en que compareció entre nosotros el nuevo Gobernador que nos mandasteis: mi marido muerto y yo deshonrada; si sois clemente, compadecedme; si justo, hacedme justicia; si amparador de desvalidos, amparadme, salvadme.

Cae desmayada la hermosa forastera y el duque la pone en brazos de una doncella que acude á sus voces.

Leído el memorial que Sáfira había presentado, Carlos el *Atrevido* mandó venir á su presencia al Gobernador de la Zelandia. Nada ha oído todavía y ya tiembla el delincuente. El juez condena por la justicia, no por la ira: el príncipe está sereno. El juez pronuncia sus fallos sin vehemencia;

el príncipe está en calma, pero en calma aciaga: salta de sus ojos la muerte del perverso.

—Señor, me casaré con ella,—exclamó el hombre inícuo, arrastrándose á los piés de su dueño. Sáfira dió la mano al matador de su esposo, nadie resiste á la voluntad de Carlos el *Atrevido*.—Ahora bien—dijo el duque, enderezando la palabra al Gobernador,—no quedaré satisfecho, ni pensaré que amáis á vuestra esposa, si no otorgáis en favor suyo una escritura de vuestros bienes de fortuna. Otorgada la escritura, el príncipe agregó:—habéis reparado en lo posible la deshonra de Sáfira; la muerte de su marido, ¿cómo la reparáis? Y mandó cortarle la cabeza. <sup>1</sup>

Vol. 9, No. 1 (enero de 1890)

1. El nombre verdadero de Alzura es Claudio Rinsault; el de su víctima Danvel. Pero como le he dado al pasaje histórico la forma trágica, ha sido preciso buscar nombres adecuados para este género de composiciones. Byron, en *Parisina*, del Nicolás de la historia, sacó un Azo.

Emilia Pardo Bazán

## La novela española en 1891

Madrid, 15 de octubre de 1891

Señor Director de La Revista Ilustrada

Nueva York

Muy señor mío: Deseosa de complacerle escribiendo para su importante publicación el trabajo mensual que me pide, y sabedora de que nuestro ilustre Valera envía á la REVISTA ILUSTRADA una crónica mensual también, me concerté con el autor de *Pepita Jiménez* para evitar incurrir en coincidencias y repeticiones, con las cuales saldría perjudicado el interés de nuestros escritos y el público americano que nos lea. Son las crónicas de don Juan Valera á modo de memorias ó anales donde se hable indistintamente de todo género de noticias, en vista de lo cual yo prefiero remitir artículos de asunto especial, que amplíen y completen lo rápidamente indicado por Valera. Digo *completar* en el sentido extensivo de la palabra, no en el que pudiera insinuar la más leve sospecha de perfeccionamiento, porque Valera, en pocas frases, siempre dice bien y exacto. Mas como hay asuntos literarios que despiertan sumo interés y en que complacen los pormenores, yo tomo á mi cargo el tratarlos, y doy principio á mi tarea con *La novela española en 1891*.

\* \* \*

No le engañaba á Valera el amor propio cuando afirmaba aquí mismo que si nuestra vida política no ofrece gran interés, la literaria es activa y fecunda, y que debe llamar la atención y ser notada por las personas cultas de otros países. Si algunos géneros literarios se encuentran decaídos por acá (ejemplo, el drama y la comedia, de los cuales no tardaré en hablar despacio) en cambio florece, fructifica y va adquiriendo singular importancia la novela, precisamente el género en que han descollado los países más ilustrados de Europa, como Inglaterra y Francia, y también los que más fecundas esperanzas brindan al porvenir, como Rusia.

La novela inglesa tuvo su período de esplendor desde principios hasta mediados de este siglo. Hoy ha naufragado, encallando en la enorme cantidad é inferior calidad de la producción. Otro tanto ocurre á la novela alemana, que tenía antecedentes menos gloriosos. Las naciones que al presente reinan sin contradicción en la novela son dos: Francia y Rusia. Tal vez habría que decir Rusia y Francia. Discutible es el punto: pero no quita ni pone para nuestro propósito, que es señalar puesto relativo á la novela española.

Un corifeo francés, tan célebre como discutido, Emilio Zola, otorgó á nuestra novela el tercer lugar, inmediatamente después de Rusia y Francia. Aunque quité valor á su importante testimonio, he de advertir que, en una curiosa entrevista, celebrada en San Sebastián entre Zola y el señor Soriano, redactor de *La Época*, resultó probado que el pontífice del naturalismo no conoce novela española alguna, exceptuando *La Papallona*, de Narciso Oller, para la cual escribió un brevísimo prólogo. Lo que sabe de nuestras

letras Zola, es lo que ha deducido de una traducción francesa de mi *Cuestión palpitante*, libro que citó con encomios para mí tan sorprendentes como halagüeños. Mal informado y todo, Zola, en mi entender, apreció con suma justicia nuestra novela, al concederle la primacía en Europa, descartadas las dos naciones directivas y maestras en el arte de novelar. Adviértase que este juicio, que nos coloca en tercera línea, es apreciación *de conjunto* y no se opone á que entre nuestros novelistas haya alguno que pueda hombrearse con los rusos y franceses, y entre nuestras novelas alguna digna de compararse con las mejores que en ambos países se publican: como tampoco la evidente supremacía de nuestra novela actual respecto á la italiana, inglesa, dinamarquesa, sueca, belga, alemana, austriaca, rumana, griega y japonesa (que todas estas tierras producen sus novelitas correspondientes) no riñe con la afirmación de que en Italia, por ejemplo, se escriben primores como *Cavallería rusticana*, de Verga, que ponen la ceniza en la frente al más lindo cuento francés ó ruso, de Daudet ó Tourgueneff, y lo mismo digo de los españoles.

También declaro que no faltan lectores (y franceses muchos de ellos) que encuentran en nuestra novela un perfume y un sabor especial, más fresco, delicado y gustoso que el de su misma patria. Paréceles á estos admiradores extranjeros que la novela española,—libre de las extravagancias y delirios místicos y nihilistas de la rusa (que además, y exceptuando ciertas obras maestras, peca de difusa é incoherente) y preservada también de la crudezas, verdores oscuros y pesimismo negro de la francesa,—puede recomendarse por su realismo equilibrado y sano, por su alegre vitalidad, por su variedad amenísima y por otras circunstancias que la hacen especialmente encantadora.

Yo me inclino á creer que en estos certámenes entre naciones no es el mérito literario estricto lo que determina á los París de la crítica á otorgar la manzana. La gloria militar y política, ó la mayor civilización y prepotencia, suelen influir también para el caso. Litigio que resolverá el tiempo, y que á nosotros no nos toca fallar. Baste á satisfacer nuestro puntillo de buenos españoles, el que conste no hallarse marchito aquí el ingenio ni tomadas de orín las plumas... y reseñemos lo que ha dado de sí nuestra novela durante el año que va á fenecer.

\* \* \*

Galdós es nuestro primer novelista. Esta verdad se impone á la conciencia de todos, aunque por espíritu de partido y móviles ajenos al puro amor de las letras se le haya querido disputar el puesto de honor para adjudicarlo á Pereda, en quien la crítica reposada y despreocupada del porvenir no verá ni siquiera un *maestro* de la *novela* propiamente dicha, aunque sí de la pintura de costumbres, tipos y paisajes de una región. Empecemos, pues, por Galdós, que será empezar por el principio.

Galdós ha dado en 1891, con no muy largos intervalos, los tres voluminosos tomos de *Angel Guerra*. De dos ó tres años á esta parte se nota en Galdós (en los albores de su carrera literaria tan influido por los maestros ingleses, y en especial por Carlos Dickens) que mucho del ambiente ruso, de los cierzos del Norte que traen en sus alas aroma de incienso y rocío de lágrimas, consiguió impregnar el espíritu del autor de *Marianela*. No se interprete que Galdós imita deliberadamente á los autores rusos. Es que *ha sentido su atmósfera*: es que la reacción literaria psico-mística que de ellos



procede, llega de rechazo hasta el escritor español más capaz de asimilársela; el Galdós, que muchas veces estudió el problema religioso (*Gloria*, *Doña Perfecta*, *La familia de León Roch*), y que nunca desatendió en sus novelas cuestión tan seria y tan estrechamente enlazada hasta con el arte, en un pueblo como el español, más creyente de lo que parece, aun en esta edad racionalista. La diferencia entre las demás novelas *religiosas* de Galdós y *Angel Guerra*, es que las anteriores,—escritas en años juveniles, reciente aún el fragor de la revolución de 1868, cuyas luchas se prolongaron hasta la restauración de Alfonso XII,—no eran sino alegatos á favor de la libertad de conciencia, la tolerancia religiosa y los ideales modernos... y *Angel Guerra*, obra de madurez y desengaño, es más bien una apología de la vieja fe española y un himno á sus esplendores. No obstante, en el fondo de la novela palpita ese libre misticismo, que tiene al conde León Tolstoy por apóstol y gran sacerdote.

*Angel Guerra*, héroe de la historia, fué en sus mocedades libre-pensador y ardiente demagogo. Afiliado á *clubs* y envuelto en conspiraciones, llega, un día de pronunciamiento, á disparar un revólver contra un oficial del ejército, que muere en la asonada. Ángel queda hostigado por remordimientos que trata de ocultarse á sí propio; y mientras la conciencia le acusa de homicida, pierde en poco tiempo cuanto amaba en el mundo: su madre, señora austera y rígida, que espira maldiciéndole casi, y su hija, preciosa criatura, arrebatada por una meningitis. La tristeza le agobia, haciéndole ver el mundo distinto de como antes lo veía. Su corazón está predispuesto, caldeado, pronto á recibir nueva forma.... Entonces aparece *Leré*.

*Leré* es una criatura singular, hija de la realidad y de la imaginación unidas en estrecho vínculo. Es difícil decir dónde acaba la observación y empieza el sueño, en la figura de *Leré*. Tiene rasgos humanos y hasta vulgares, y de pronto su cabeza se destaca sobre el nimbo misterioso que rodea la de las santas de la Edad Media. *Leré*, ó Lorenza, que tal es su nombre verdadero, es una muchacha toledana, aya ó profesora de la hija de Ángel Guerra, y que experimentó, desde su niñez, irresistible vocación al estado monástico. Ángel se enamora perdidamente y sin recompensa de la futura monjita; y ésta, al rehusar á Guerra como marido, acepta el don de su alma, y va lentamente trabajando en la conversión y edificación del ex-demagogo. La conversión, que empieza en Madrid y prosigue en Toledo, está observada con la profunda, sutil y tierna lucidez propia de Galdós, que sabe como nadie ir desenvolviendo y registrando las telas del corazón y los repliegues del pensamiento....

No sólo se convierte Guerra, sino que va refinando el espíritu hasta tocar los confines de la santidad: y si el puñal de un asesino no cortase su vida, tal vez llegaríamos á verle en los altares. Yo creo que Galdós, á pesar de los tres gruesos tomos que colma narrando las vicisitudes del alma de Ángel Guerra, no dice en ellos todo lo que desea decir. Acaso temió que el público, siempre enemigo de la extensión, recibiese un cuarto tomo con la misma apatía y pereza de leer que recibió el de *Fortunata y Jacinta*. Porque la muerte violenta de *Angel Guerra* parece recurso para desenlazar el libro y cortar el análisis cuando precisamente llegaba á lo más hermoso, íntimo y recátado; á la séptima Morada, diremos recordando á Santa Teresa.

No es *Angel Guerra* la mejor novela de su autor, pero sí de las que mejor descubren las cualidades peculiares de su ingenio. Hay en ella humorismo,

fantasía, vida á raudales, y *mucha España*, de la buena, de la neta, jugosa y tradicional España, que Pereda sólo ve *por encima*, mientras Galdós la ve *por dentro*, en el sentir y en el pensar característico. Ángel Guerra es español genuino; Leré, española hasta la médula; español de verdad el ambiente, Toledo con su catedral admirable, su clero tan finamente pintado, sin un solo brochazo sectario, sin un rasgo de mal gusto!

A pesar de ser *Angel Guerra* novela seria, de trascendencia grande para los que saben reflexionar y entender, apenas se ha comentado ni discutido. En opinión general peca de *larga*: demasiadas páginas: cantidad adecuada para el lector sajón, nó para el meridional. Verdad es también que el Padre Coloma y sus célebres *Pequeñeces* absorbieron y monopolizaron la no muy cuantiosa reserva de atención y calor que hay aquí disponible para los libros.

En el número de Septiembre de la REVISTA ILUSTRADA, Valera sacude un recio guantazo al famoso Jesuita y á su obra. En algo tendría razón Valera, si aceptásemos su punto de vista especial, que no en vano escribió un gran poeta:

En este mundo traidor  
Nada es verdad ni mentira:  
Todo se ve del color  
Del cristal porque se mira.

No puedo negar que la novela del Padre Coloma es naturalista y pesimista; sólo que ni lo uno ni lo otro se ha de decir en son de censura, antes de elogio. Porque el Padre Coloma, al trazar una novela inspirada á cada página por la observación directa de la ruda realidad, no hace más que seguir la tradición gloriosa de nuestras letras. Ni Cervantes, ni Hurtado de Mendoza (ó quien sea el autor de *Lazarillo*), ni el Padre Isla, ni el profundo conocedor de las flaquezas humanas que con pluma extranjera pero con materiales y espíritu tan español trazó el *Gil Blas*, han procedido de otro modo que el autor de *Pequeñeces*. Y también es de alabar en un Jesuita la resolución de escribir con sinceridad y sin ambages, ya que desde principios del siglo la escuela católica se había dejado llevar en demasía de un idealismo empalagoso y amerengado, pareciendo como si el toque de ser escritor católico consistiese en no llamar á las cosas por su nombre y en mojar la pluma en agua bendita, en vez de tinta. Respecto al pesimismo del Padre, se explica y justifica recordando que, si los datos de su novela son reales y exactos, la intención es *satírica*, y, por lo tanto, se agrupan y condensan las observaciones del modo más conducente á los fines fustigadores del autor. En esto también abonan al Padre Coloma ejemplos muy calificados, empezando por su mismo compañero de hábito el Padre Isla.

Otro merecimiento del Padre, que don Juan Valera no acaba de reconocer á boca llena, es el del acierto en una cuestión donde todos habían desacertado. Me refiero á la pintura de las costumbres de la alta sociedad ó *jilifa*, como dicen aquí la gente que no sabe inglés (y ya supondrán mis lectores americanos que esta gente abunda).

Ha sucedido con la novela aristocrática una cosa extraña y casi increíble. Los novelistas españoles de la moderna escuela más ó menos realista, no quieren ir ni atados á los salones del gran mundo, pero se han empeñado en describirlos como si los frecentasen. El fenómeno se explica, al menos

para los que conozcan nuestro estado social. La clase media y la nobleza no tienen aquí línea divisoria tan marcada como en Inglaterra, por ejemplo. En provincia, sobre todo, á iguales paseos, teatros y reuniones concurre el tendero de ultramarinos que el hidalgo ó el título del reino. Así se comprende que Pereda, verbigracia, emprendiese un estudio de altas clases madrileñas, *La Montalvez*, sin más *documentos* que lo visto en su provincia y lo oído contar en círculos, cafés y tertulias maldicientes. El caso es que en Madrid, aunque la línea divisoria no consista sino en un cabello, ese cabello existe, y no traspasándolo, es decir, no estudiando de cerca á la aristocracia, es imposible salir airoso del empeño de escribir una novela satírica, nó porque la sátira sea más ó menos *fuerte*, sino porque tiene que ser *inexacta*. Sin contar con que los iniciados en las costumbres y en los mismos deslices de la *crema*, se rieron de la impericia de los pintores, y hubo revistero de salón, de esos á quienes Pereda trata con tanto desprecio, que podría dar lecciones muy útiles al costumbrista montañés, con la misma autoridad con que el zapatero de Atenas se las daba á Apeles.

El público seguía lleno de curiosidad y mostrando cierta maligna avidez, las tentativas y fracasos de la novela aristocrática. Al ver que el Padre Coloma salía á la palestra con tanto donaire, tanto acierto, mostrando hallarse tan versado en materia de salones, modas, conversaciones, comidas, ideas, sentimientos, etc., de la alta sociedad, resonó un aplauso nutrido, y *Pequeñeces* se disputó, se arrebató en las librerías.

Me cabe la satisfacción de haber iniciado este aplauso y vaticinado este éxito, lo cual me concitó diversas iras y desencadenó contra mí algunas tempestadas. ¿Qué menos ha de costarnos el proclamar lo que tenemos por verdad?

Tenía que suceder: el mucho ruido y venta de la novela del Padre Coloma le suscitó agrios censores y criticadores severos. Entre los millares de artículos y folletos que se dieron á la stampa con motivo de *Pequeñeces*, no pocos merecieron que se les aplicasen estos versos de una sátira de *Machuca*, *La Envidia literaria*:

Con Jusepe de Salas y Rengifo  
Probaré que ese autor es un insano,  
Que debe ir á escribir á la Siberia,  
Pues, en punto á canciones,  
No sabe lo que es forma ni materia.

Según lo enojados que cerraron contra el Padre algunos articulistas, cabría pensar, con el mismo autor, que

... entre sus garras  
Ver deshechos quisiera y palpitantes  
Impresores, cajistas,  
Libro, librero, autor, panegiristas.

Me parece ocioso advertir que, en cambio, el folleto de Valera titulado *Currita Albornoz al Padre Luís Coloma*, es un modelo de aticismo y suave censura.

El éxito de *Pequeñeces* fué tal, que infundió vivo deseo de conocer los antecedentes biográficos del Jesuita novelista, y yo, instada por un editor en extremo diligente, me ví en la precisión de ampliar mi estudio sobre

*Pequeñeces*, inserto en el *Nuevo Teatro Crítico*, con una biografía y páginas complementarias, bajo este título: *El Padre Luís Coloma*.

\* \* \*

Son *Angel Guerra* y *Pequeñeces* las dos novelas de la temporada; la primera, por escribirla quien la escribió, y también por su valor intrínseco; la segunda, por ser notabilísima revelación de un novelista inesperado, rico en alientos y personalidad, y que al extremarse [*sic*] puso en ejercicio cerebros y plumas. Descontados estos dos autores, de los demás puede decirse, como de los espadas en las corridas, que, á lo sumo, *cumplieron*.

Hagamos una excepción honorífica en favor de Jacinto Octavio Picón y su lindo idilio *Dulce y sabrosa*. Picón, en estos últimos años, progresa en todo: como observador y como artista. Su vista se afina y aclara; su estilo se depura. *Dulce y sabrosa*, sin pretensiones de trascendencia, da más de lo que promete, infundiendo cierta melancolía benigna y delicada, parecida á la que producen los versos de los poetas menores griegos, coleccionados en la *Antología*. El argumento de la novela no puede ser más sencillo. Un Tenorio seduce á una mujer joven, bella y todavía pura. Cásase y la abandona; pero ella se propone recobrarle, nó por despique, sino por amor verdadero. Para lograrlo, siendo soltera y pobre, se finge casada, rica, madre de un hermoso niño, inaccesible por la familia y la virtud. Entonces el libertino, que la tenía olvidada, siéntese otra vez loco de amor, y pronuncia aquello de

Flérida para mí *dulce y sabrosa*  
*Más que la fruta del cercado ageno;*  
 Más blanca que la leche, y más hermosa  
 Que el prado por abril de flores lleno!

Ya había desarrollado Galdós esta misma idea en *Lo prohibido*; pero Picón la presenta revestida de nuevas galas.

Pereda ha dado á luz en 1891, casi á un tiempo, dos novelas. Son de Pereda, y es cuanto puede decirse en su elogio; reconozcamos la marca de fábrica, que hay que saludar y respetar, pero declaremos sin embargo que el valor de esa marca no sube un céntimo con la aparición de *Nubes de estío* y *Al primer vuelo*. Ambas obras vinieron á confirmar lo que he dicho en distintas ocasiones, no sin gran despecho de ciertos incondicionales turiferarios que engañan á Pereda, engañándose tal vez á sí mismos.... ¿Quién sabe?

Pereda no es novelista nato. Es un pintor incomparable, y sobre todo un gran paisajista y marinista. La figura humana le cuesta sudores... y, al fin y al cabo, ni la dibuja ni la entona. Sus mujeres (excepto *Sotileza*) parecen maniqués.—Hoy que se exige á la novela tanta y tan elevada psicología, tanta penetración y tanta intención; hoy que la parte pictórica y descriptiva no se admite *como fin*, sino *como medio*, y aun *como medio* se castiga y recorta, Pereda lucha con inconvenientes mucho mayores, para aspirar á novelista completo, y resaltan más sus deficiencias. Aconsejo al lector que salte, en *Nubes de estío* y *Al primer vuelo*, las mezquinas é insignificantes intriguillas amorosas de Nieves y Leto y de Irene Brezales con el novio madrileño que acaba por despedir, y se recree con las descripciones de Santander y de la costa. Sobre todo—si es persona de gusto, salga con Pereda

á cruzar las olas del mar cantábrico; embárgese en el lindo balandro *Flash*, y satúrese de aire salobre y fresco. Todo lo del balandro, en *Al primer vuelo*, es exquisito.

*Nubes de estío* tiene su historia privada, que no deja de ser curiosa. En Santander, pueblo donde reside el autor, diéronse por aludidos con la novela varios convecinos, y así como en el libro del Padre Coloma se creyó ver retratadas á personas de la alta sociedad, en *Nubes de estío* hubo quien reconoció su propia fotografía ó la de sus amigos y parentela. Con tal motivo se cruzaron artículos en los periódicos locales, y el mismo Pereda insertó un comunicado defendiéndose.

De las prensas de la casa Henrich, de Barcelona—editora de *Al primer vuelo*—salió *La Espuma*, de Armando Palacio Valdés. Pretendía el novelista asturiano retratar en los dos tomos de su libro á la aristocracia, y sólo consiguió prestar más realce con sus desaciertos á *Pequeñeces*, dadas á la estampa en forma de libro poco después de *La Espuma*. Armando Palacio no conoce un verdadero salón, y las páginas de su novela, más que arrancadas á una crónica del gran mundo, sea del financiero ó del aristocrático, parecen en ocasiones inspiradas en los anales que Luís Taboada consagra á *la vida cursi*. No por eso perderá el autor del *Idilio de un enfermo* su justa fama de ameno escritor; sólo necesita, en la primer [*sic*] novela que publique, hablar de cosas que conozca y con las cuales esté familiarizado y encariñado como la aldea del *Idilio* ó el pueblecito de *El cuarto poder*. Acaso se notaron más las inexactitudes de *La Espuma*, porque no las revestía el soberano ropaje del habla magistral de Pereda. Armando Palacio deja que desear como estilista y hablista. Su estilo, á veces, es lánguido y apagado; sus faltas gramaticales numerosas, y probablemente escribe aprisa y con descuido, hasta el extremo de confundir, en el prólogo de *La Hermana San Sulpicio*, al abate Prevost, autor de *Manon Lescaut*, nada menos que con Prevost Paradol. Es lástima que tan estimable ingenio como Armando Palacio, que dispone de medios de fortuna y publica á lo sumo un libro por año, no reflexione y se esfuerce, á fin de florecer y adelantar en el camino que bajo tan excelentes auspicios emprendiera.

No es el Padre Coloma la única novedad de la temporada. También Antonio de Valbuena, el encarnizado adversario de la Academia Española, el filólogo desmenuzador del Diccionario, ha impreso un libro, *Capullos de novela*, donde colecciona algunos cuentos—muy sabrosos por la forma castiza y la naturalidad del relato—aunque sin gran cosa de miga ni de filosofía. Parece que son anuncio de otras empresas más meditadas y graves; de alguna *novela formal*. Cuando aparezca, podremos decidir, con conocimiento de causa, si tenemos novelista. Lo que sí pronostico es que, caso de tenerlo, será un novelista original, *sui generis*. Porque Valbuena es, amén de católico á macha martillo, muy reaccionario en política, y en estética jurado enemigo del naturalismo “venga de donde viniere,” y no pondría yo la mano en el fuego para apostar que no se haga Valbuena una docena de cruces en ciertos pasajes de la novela del Padre Coloma. Al mismo tiempo, leyendo ciertas sátiras de *Miguel de Escalada*, no concibo que su autor pueda rendir tributo al convencionalismo, y maldito si sé con qué fórmula conciliará sus donaires y latigazos con sus idealismos y repulgos. Allá veremos, que ingenio, doctrina y agudeza le sobran para cualquier conciliación.

Entre las novelas de autores menos conocidos del público, es muy digna de fijar la atención *La Nena*, de Leopoldo García Ramón, pintura fiel y viva de las costumbres de los cantantes italianos en París. Leopoldo García Ra-

món es el más concienzudo escritor que conozco. Nacido en Sevilla y recriado en Francia, de donde no ha vuelto á salir, no podrá nadie figurarse el trabajo hercúleo que le cuesta la tarea de escribir el castellano—único idioma que quiere emplear para las letras—con bastante colorido y fuerza, desterrando poco á poco los galicismos que al principio no sabía evitar. García Ramón, á poder de voluntad y constancia, progresa. *La Nena* señala un gran adelanto en su carrera de escritor.

Podría nombrar á otros muchos novelistas, porque este es un año de fertilidad, de opima cosecha, y si entre las espigas hay cizaña, en conjunto la mies debe calificarse de sazonada y rica. La novela se ha desestancado. ... No sólo tropezamos con un novelista á la vuelta de cada esquina, sino que los novelistas ya populares y famosos rivalizan en fecundidad con los novicios. Antes se consideraba la novela trabajillo baladí: creo que sus panegiristas hemos conseguido rehabilitarla y darle su verdadera estimación, puesto que, actualmente, profesores como Polo y Peyrolón y Rodríguez Carracido tienen á gala el cultivarla, y los Jesuítas y los Agustinos no se envanecen menos de sus novelistas,—los Colomas, los Castillos, los Muñños—que de sus teólogos ó de sus historiógrafos. ¿Estaremos abocados á un *crack* de la novela? ¿Nos encontraremos aquí, como en Francia, ahogados por la producción?

Nó. Lo que haya de sobrenadar sobrenadará siempre. Sirva esto de oración fúnebre al autor de *El sombrero de tres picos*, *La pródiga* y *El niño de la bola*; á Pedro Antonio de Alarcón, cuya necrología acabo de escribir, y que ya reposa el eterno sueño... mientras su hijo se dispone á vestir el hábito de jesuita, y á ser compañero del novelista más semejante á Alarcón en la chispa meridional y en la viveza del relato: el padre Coloma.

Vol. 10, No. 12 (diciembre de 1891)



Emilia Pardo Bazán

## El descubrimiento de América ante la ciencia peninsular y americana

Madrid, 9 de Noviembre de 1891.

Señor Director de La Revista Ilustrada.

Muy señor mío y de mi mayor aprecio: creo que el asunto de esta carta será muy del agrado de los lectores, que por ella conocerán lo que aquí se trabaja y especula sobre el gigantesco acontecimiento cuyo cuarto centenario se celebrará el próximo año de 1892, ó sea el descubrimiento del Nuevo Mundo por el inventor de tierras, Colón el genovés.

Dará tan señalada fecha ocasión á múltiples solemnidades y festejos, como cabalgatas, bailes, funciones de teatro, y hasta corridas de toros; mas no es esta clase de homenajes á Colón y su obra la que deseo reseñar, sino la que directamente se relaciona con las letras, el arte oratorio y las ciencias históricas, físicas y naturales, y puede servir de muestra para juzgar del estado actual de nuestra cultura y lista de nuestra plana mayor intelectual. Me refiero á la brillante serie de lecturas y discursos que, con arreglo á vastísimo programa, se escucharán en el Ateneo científico y literario de esta Corte.

El Ateneo de Madrid tiene fastos gloriosos; en él voló libremente la palabra y resonó el fragor de la discusión, como no habrá resonado nunca en centro alguno de París ni de Londres: allí entonó Castelar sus lecciones sobre la “Civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo”; allí enseñaron, presidieron, brillaron como estrellas,—ya apagadas, aunque vivas en el cielo de la inmortalidad—el Duque de Rivas, Olózago, Alcalá Galiano, Mesonero Romanos, Martínez de la Rosa, Lista, Donoso Cortés, González Bravo... é hicieron sus primeras armas, ensayándose para la ardiente lid de la tribuna, la fructuosa labor del libro ó la reposada oratoria del foro, muchos hombres ilustres que aún respiran: Cánovas del Castillo, Menéndez Pelayo, Federico Balart, Rafael María de Labra, y recitaron nuestros grandes poetas, Campoamor y Zorrilla, y, en suma, lucharon ó resplandecieron todos los que llevaban en el cerebro luz vivificadora, en la palabra fuerza y persuasión, ó en la garganta dulces melodías. ¿Quién no ha pasado por el Ateneo de Madrid?

Pues con ser tan abierto, tan lucido su palenque, todavía era posible ensancharlo más, y el Ateneo ha dado este paso al admitir en el programa de las Conferencias relativas al descubrimiento de América, no sólo á la segunda nación peninsular, ó sea la portuguesa, sino, con justo acuerdo y hospitalaria fraternidad, á los Estados americanos, representados por una falange de oradores.

Para que no se me acuse de que soy panegirista sistemática del Ateneo, he de confesar que durante estos últimos años, y en particular desde que se trasladó de la calle de la Montera á la calle del Prado, se notaba que habían decaído algún tanto su actividad é importancia, aun cuando conservaba siempre el primer puesto entre las Sociedades matritenses, y el lugar original y característico que nadie puede regatearle entre las europeas. Para refrescar sus lauros y concentrar de nuevo en el Ateneo todos los

elementos intelectuales, agregando muchos desconocidos hasta ahora, se ha organizado esta serie de Conferencias, que ha de dejar memoria.

Inicióse la idea en junio de 1890, al plantearse el problema de cómo debía contribuir el Ateneo á solemnizar las fiestas del Centenario del descubrimiento. El señor Sánchez Moguel, Presidente de la sección de Ciencias históricas, (ó de Historia, como la nombran otros) trazó el boceto del programa, con la justísima innovación de dar cabida en él á los oradores americanos y portugueses, sentido que vino á imperar después en la Junta del Centenario. Reunióse el 10 de octubre del mismo año la sección; aprobóse la idea por unanimidad; señaláronse los primeros conferenciantes y los primeros temas; á fines de diciembre nombróse una Junta *ad hoc*, presidida por Cánovas del Castillo; el programa se amplió, se aumentaron temas y nombres, y quedó el señor Moguel encargado de completar el vasto plan.

Inició las Conferencias, el 13 de febrero de 1891, un discurso de Cánovas, contado entre los mejores del eminente hombre de Estado. Al nombrar así á Cánovas del Castillo, (y permítase la digresión) tengo que advertir que aunque *sumo*, no *íntegro*; es decir, que considero á Cánovas persona eminente, y hombre de Estado también, pero más eminente como persona que como piloto de la nave del gobierno. Más suele acertar escribiendo ó disertando, que en el terreno político. Es ante todo un literato y un hombre de variada é intensa cultura; gústale aparecer osado é innovador en su pensamiento y en sus especulaciones sociológicas, mas en la práctica se limita á poner el pié donde ve marcada la huella agena y anterior. De él no podemos esperar iniciativas ni siquiera restauraciones: en cambio, su vigorosa inteligencia, fresca todavía como lo fuera en años juveniles, nos proporciona á menudo ocasiones de recreo y aplauso.

Versó el discurso inaugural de las Conferencias del Centenario sobre los principales elementos que cooperaron al hecho del descubrimiento, y que en opinión de Cánovas fueron tres: Pinzón y su valor, Colón y su genio, Isabel la Católica y su corazón profético y generoso. Aunque Cánovas ensalzó como debía la intuición y los alientos de la gran reina, se notaba en su modo de defender la política de Fernando de Aragón que, en el fondo del alma, la consideraba más correcta, más discreta, más conforme á la razón que la de su esposa. El elogio de la inspirada mujer fué impuesto, por decirlo así, á los labios de Cánovas, por la fuerza de las circunstancias y la imposibilidad de omitirlo. Diríase que una fuerza misteriosa movía su lengua cuando exclamó resumiendo su discurso: “¡Bendito sea el corazón en la historia!”

Siguió á la de Cánovas la conferencia de don Eduardo Saavedra, “Doctrinas de los antiguos sobre las tierras atlánticas.” Ya se comprendé que aquí tenía que hacer el gasto la vieja y discutida *Atlántida* de Platón, aquella donde, según el poeta catalán Verdaguer, fué arrojado Colón por el naufragio, después de la lucha de aquellos bajeles enemigos, que el uno ostentaba genovesa enseña, mientras en el otro “ruge, hambriento de apresar, el león de Venecia cercado de sus cachorros.” No fueron, sin embargo, los recuerdos poéticos y mitológicos base de la conferencia del señor Saavedra: fundóse, al contrario, en los estudios geológicos modernos, ajustándose casi siempre á las doctrinas del ilustre Ingeniero de Montes señor Botella, autor del Mapa geológico de España. Saavedra, que es Académico de la Lengua, arqueólogo, ingeniero y arquitecto, y autor de un estimable



Catálogo bibliográfico de la literatura aljamiada, hizo sobre *La Atlántida* un trabajo de exposición clara, sin elocuencia ni calor.

La conferencia que siguió á ésta revistió proporciones de acontecimiento literario é internacional: como que vino expresamente desde Lisboa á leerla en idioma castellano nada menos que el célebre historiador Oliveira Martins, que, muerto Herculano, es tal vez quien marcha hoy al frente de la ciencia histórica peninsular. Oliveira Martins reúne á su erudición gran caudal de pensamiento y vigor crítico, al par que la pincelada descriptiva del novelista y la frase sintética del poeta. El pesimista de hoy, el fustigador del Portugal contemporáneo, llegaba al Ateneo de Madrid para desarrollar un tema patriótico: "Descubrimientos geográficos de los portugueses anteriores á Colón," poniendo de realce el impulso de ese genio casi semítico que lanza á la gente peninsular, como á la fenicia antaño, á la "aventura de los mares." Presentó en toda su sombría grandeza el carácter del infante don Enrique, hijo de don Juan I, nacido para fijar los destinos de una raza de argonautas, de un pueblo más grande en el alma que en la geografía; describió maravillosamente la carabela, gaviota de las embarcaciones, de alas ligeras y combadas, que se desliza á flor de agua como saeta voladora; dedicó un recuerdo curioso á las glorias náuticas de Galicia, observando que el origen de la navegación portuguesa viene del cantábrico gallego, por la organización del obispo Gelmírez contra los normandos, tradición que vino propagándose hasta aquella escuela de Sagres que el conferenciante llamó *nido de águilas*, y donde se formara Cristóbal Colón. Terminó la admirable página del ilustre portugués con una hermosa imagen, diciendo que España y Portugal son "dos brazos de un mismo tronco para abrazar la tierra."

Gratisíma impresión produjo en los oyentes la lectura de Oliveira Martins. Su figura noble, simpática, de hombre maduro por el saber y mozo aún por los años; su reposada y clara dicción; el leer y hablar en castellano, pronunciando con bastante acierto; y más que todo, su justa fama y su mérito verdadero, le ganaron una ovación. El corto tiempo de su estancia en Madrid fué serie no interrumpida de obsequios: se le otorgaron los nombramientos de Caballero Gran Cruz del Mérito Naval, y de Socio honorario de la Academia de la Historia, y aunque rehusó por sistema los banquetes y festejos de carácter ibérico, algún tanto político, aceptó el de Cánovas del Castillo, donde tuvieron representación todas las corporaciones, el muy elegante y selecto del Marqués de Hoyos, y honró mi casa, donde reuní para él la flor de nuestras letras.

Una nota del discurso de Oliveira Martins es acreedora á que se tome en cuenta. Para defender la política de don Juan de Portugal empleó los mismos argumentos que Cánovas para sacar á flote la de Fernando de Aragón, el *Católico*.

Siguieron á Oliveira Martins dos conferencias de menor interés y resonancia: la de don Manuel María del Valle, Profesor de Historia Universal en la Universidad Central, que versó sobre "Doctrinas cosmográficas y descubrimientos geográficos en la Edad Media" y la de don Daniel López, Vice-presidente de la Sección de Ciencias históricas en el Ateneo, tratando de "España en 1492." La primera fué extensa y erudita, más propia de libro impreso que de disertación verbal; la segunda hizo desfilas ante el auditorio una serie de cuadros de costumbres, instituciones y vida social, que en concepto de estudio al por menor no dejó que desear, pero que acaso ganaría en lucimiento con aparecer más sintético. Había allí, como suele decirse,

*demasiada tela.* El señor López se propone plantear este año, en su sección, la discusión sobre la política de los Reyes Católicos, tema escogido por su oportunidad y actualidad, dentro del curso en que se conmemora la magna obra de Fernando é Isabel.

El Marqués de Hoyos es un ateneísta resuelto y constante. Se cuenta en el número de los que ni pierden conferencia, ni desatienden discusión, ni juzgan completa y bien empleada la noche en que no han dado su vuelta por la Biblioteca y el salón de lectura de *la casa*, que así suelen llamarla sus adictos. Elegido este año Presidente de la Sección de Ciencias Históricas, lugar que por su ilustración tiene bien ganado, reclamó participación en las Conferencias del descubrimiento, encargándose de tratar el punto “Colón y los Reyes Católicos.” Y tuvo la oración del Marqués la siguiente nota característica: á fuer de aristócrata, fijóse muy especialmente en las glorias que pueden corresponder á la aristocracia española en el descubrimiento de América, recordando que el Duque de Medinaceli se ofrecía nada menos que á costear la expedición de Colón en busca de tierras desconocidas. Algún mal intencionado que le escuchase y que fuese, como el Padre Coloma, zumbón detractor de la sangre azul, podría destruir el valor del hecho alegado por el Marqués de Hoyos, recordándole que si el Duque de Medinaceli se ofreció á sufragar los gastos del viaje de Colón, en cambio el de Medina Sidonia, Señor de Palos de Moguer por ser Conde de Niebla, y representante de la rama mayor de los Guzmanes de Tarifa, perdió la ocasión de inmortalizar su nombre, por el desprecio y frialdad con que miró la empresa del insigne navegante.

Debió seguir al Marqués de Hoyos el señor don Cesáreo Fernández Duro, (escritor tan docto como ameno, que ha llenado volúmenes con relaciones y estudios de nuestras empresas y hazañas marítimas) hablando del “Descubrimiento.” Mas como quiera que el ilustrado marino se hallaba en París, hubo de saltar esta conferencia, quedando aplazada para el segundo curso, y principiar las que naturalmente la seguían: el grupo notabilísimo que corresponde á las *Ciencias naturales*, y que forma una completa descripción del continente americano, tal cual estaba al sentar en él la planta los aventureros heroicos capitaneados por el descubridor.

Empezó este importantísimo curso por el principio, ó sea por la “Gea americana,” ó dígase descripción del territorio: geología y mineralogía. Fué el orador el Ingeniero de Minas don Daniel Cortázar, que amontonó cifras y datos, algunos de ellos totalmente nuevos, sobre el laboreo minero en el Nuevo Mundo. Si costaba cierto esfuerzo el seguir las hileras de cifras con que apoyaba el sabio Ingeniero sus afirmaciones, tampoco podía negarse la utilidad y solidez de su trabajo. A continuación, “Flora americana,” por don Máximo Laguna, Ingeniero de Montes é Inspector general del Cuerpo; persona doctísima, á quien se deben dos tomos sobre “Plantas silvestres y asilvestradas de la Península” y que hizo maravillas al pintar la espléndida flora de las feraces regiones americanas. No sólo usó un estilo elegante y puro, sino que se mostró observador y artista, al representar los lujuriosos bosques vírgenes, las ondulosas lianas y las gallardas ceibas. No será esta conferencia—que puede contarse entre las mejores—la última que á la flora americana consagre el Ateneo. En el nuevo curso que va á abrirse, oiremos otra del eminente decano de los botánicos españoles, don Miguel Colmeiro. Este respetable señor es el continuador de los trabajos concienzudos de aquellos meritisimos botánicos de la época de Carlos III, los Cabanilles, los Lagasca, cuyos libros, para vergüenza de la patria, duermen aún manus-

critos en el Jardín Botánico de Madrid. Coronado de dignidad por la nieve de los años y por la aureola de la ciencia, don Miguel Colmeiro ha llegado á decano por ser el más antiguo de los Profesores de su Facultad, y á Rector de la Universidad de Madrid por ser el más antiguo de los decanos. Cuando contemplo su anciana cabeza, tan parecida á la de Gladstone, me siento penetrada de veneración. Don Miguel es un monumento.

El vizcaíno señor Aranzadi, (ayudante de la Facultad de Ciencias y autor de un importante estudio etnográfico sobre los Vascos, muy ensalzado por el famoso Quatrefages) se encargó de explicar la "Fauna americana." Fué la conferencia ingeniosa, hasta puede decirse que amena, y la adornó el orador con la exhibición de ejemplares zoológicos disecados, traídos del Museo de Historia Natural, que le sirvieron para convertir la disertación en *lección viva*.

Las "Razas americanas" correspondieron al Profesor de la Facultad de Ciencias don Manuel Antón, iniciador de los estudios antropológicos en el Ateneo. Fué conferencia muy bien parlada, con clasificaciones metódicas y rigurosas, y con el auxilio del aparato de proyección, que arrojaba á la pared las siluetas de los indios, en placas preparadas por el señor Martí. Fué la de Antón verdadera conferencia, no leída, sino hablada con soltura, y le dieron importancia las relaciones entre las razas americanas y las asiáticas y europeas, que supo demostrar por medio de observaciones llenas de novedad científica.

El ya clásico Vilanova, el abuelo de los estudios paleontológicos en España, aquel cuyo *hombre terciario* dió origen á tantas pullas; el académico de todas las academias de carácter científico, nuestro representante en todos los Congresos europeos, el que puede alardear de cuarenta años de incesante y asidua labor, fué el encargado de disertar acerca de la "Protohistoria americana." Hízolo con mapas, con doctrina, tal vez con poco sabor literario.... Mas no hemos de ser severos con este precursor, tan digno de estimación en su línea.

La "Lingüística americana" corrió á cargo de don Francisco Fernández y González, Catedrático y decano de la Facultad de Filosofía y Letras, y Académico electo de la Española. Tal fué la suma de erudición y de conocimientos especiales con que recargó su discurso el señor Fernández y González, que el público femenino se levantó y abandonó las tribunas abrumado bajo el peso de la doctrina. Entre las ideas originales y dignas de consideración que esmaltaron el discurso del nuevo Académico, se destaca la comparación del idioma azteca con el griego moderno; él cree análogas ambas lenguas.

Nadie mejor que don Juan Facundo Riaño, Académico de la Historia y de San Fernando, y tan profundo conocedor de la materia, podría hablar del "Arte monumental americano." Para dar idea de la competencia de Riaño, baste saber que á él solía encomendar el Gobierno inglés la adquisición de los objetos artísticos españoles con que deseaba enriquecer sus Museos. Riaño imprimió á su conferencia carácter de vulgarización, haciendo entrar por los ojos los conceptos. Auxiliado por un aparato de proyección, hizo surgir sobre inmenso telón de lienzo, ya la silueta de un templo peruano para compararlo con otro etrusco, ya las formas extrañas y simbólicas de un *teocalí* mejicano al lado de una pagoda japonesa. Por estas indicaciones puede advertirse que la conferencia versó casi exclusivamente sobre arquitectura. Buscó y encontró misteriosa semejanza entre el carácter tosco, ciclópeo, del arte quichua y del etrusco, así como entre la caprichosa

disposición ornamental del estilo mejicano y del nifonés. En la segunda parte de su discurso, Riaño explicó estas relaciones y analogías, y de paso rebatió con gran copia de doctrina la tesis sostenida por don Eduardo Saavedra, que había votado en pro de la incomunicación absoluta de los dos continentes hasta la llegada de Colón.

Rada y Delgado es un arqueólogo de bastante nombre. Pertenece á la Academia de la Historia y á la de San Fernando, y es Director del Museo Arqueológico, y Catedrático y Director de la Escuela Superior de Diplomática, que en Francia se llama *École des Chartes*.—Me detengo en explicar los títulos, cargos y honores de cada conferenciante, á fin de que se note en América cómo están elegidos de entre lo más granado y encopetado de nuestra hueste científica.—Pues bien, el señor Rada se encargó del interesante tema “Cerámica americana.” Trajo del Museo vasos, ánforas y otros objetos, algunos de ellos de indiscutible importancia, aun cuando otros pareciesen modernos á varios americanos entendidos que asistían á la conferencia. El público seguía con atención un tanto distraída la docta disertación del orador, cuando éste presentó los famosos *llorones* ó vasos fúnebres del Perú. Al oír la rara y plañidera voz de tan curiosos vasos, la concurrencia se animó, se incorporó sorprendida en el asiento, y desde aquel mismo instante fué toda oídos, como suele decirse. ¡Tal es el influjo de la imaginación, elemento esencial hasta de la propia enseñanza científica!

Uno de los hombres que en España gozan de mayor consideración es don Francisco Pí y Margall, jefe de los republicanos federales, político de mucha cuenta, escritor de vastos conocimientos, é historiador de las regiones americanas. El Ateneo no podía prescindir de él, sin deslucir su programa tan completo y tan comprensivo, en el cual entran personajes de todo orden de ideas y de toda procedencia, sin más condición para el ingreso que la de representar dignamente un aspecto ó fase de la cultura patria. Pí y Margall fué pues invitado—como lo fué el jefe del partido carlista, Marqués de Cerralbo—y resolvió dar dos conferencias, una, la que ahora reseñaré y que versó sobre el “Estado general de América en la época del descubrimiento,” otra la que sobre igual asunto ha de abrir el segundo curso, y que se verificará dentro de una semana, el lunes 16 del corriente. Pí y Margall es hoy un viejo sano y apacible, de cutis fino y sonrosado como el de una doncella, de barba blanca como el ampo de la misma nieve, de ojos profundos y enigmático mirar: parécese en su corte fisionómico y en su colorido á los santos bizantinos de piedra que decoran la Gloria de la Catedral de Santiago, y algo también á los magos y astrólogos que pintan Rembrandt y Durero. Tiene un hilito de voz escasa y apagada: dice sin fuego ni pretensiones de galanura retórica: su estilo es sencillo hasta dar en monótono: emplea á cada momento las oraciones primeras de activa,—y no obstante todas estas que bien pueden llamarse deficiencias oratorias, el concurso permanece suspendido de sus labios, porque sabe que de ellos no brotará nada vulgar. Además, el Ateneo saborea con doble golosina la peroración de Pí, porque es la vez primera que Pí toma la palabra en aquella tribuna, y lo hace para cooperar á la grande obra nacional.

Fijóse Pí muy principalmente en las creencias é instituciones de los indios, y con gran método expuso las notas comunes que encuentra entre la civilización americana anterior á la conquista y la europea de la misma época. Observó lo que faltaba á los indios para poder desarrollar su agricultura, su industria y su navegación, y se fijó en el sorprendente partido que supieron sacar de la imperfectísima canoa, embarcación tan identificada,

por decirlo así, con el americano, que en la guerra del Paraguay con el Brasil pudieron apresarse buques acorazados por medio de canoas. Consagró después largos párrafos al estudio de la lingüística americana, llenando los vacíos que pudiera dejar el estudio de Fernández y González. Y con prudencia digna de sus años y de su conocimiento del mundo, supo evitar todo alarde de radicalismo político ó religioso, y habló como debe hablarse desde aquella cátedra, con serenidad y moderación. El público á su vez, depuestas las prevenciones que la política amontona siempre en torno de algunas privilegiadas cabezas, oyó con atención, con gusto, con respeto, y acudió tan numeroso y apiñado como sólo había acudido á la de Oliveira Martins. Muchos que no se tomarían la molestia de conquistar á codazos y empujones un asiento en la tribuna parlamentaria, sufrieron aquella noche apreturas y calor, á trueque de oír á Pí y Margall.

Él, que cerró las Conferencias del Descubrimiento, las volverá á abrir con llave de plata dentro de muy pocos días. Y si esta carta no se hubiese alargado tanto, yo daría aquí alguna idea del magnífico programa del cual sólo son mínima parte las quince conferencias pronunciadas ó leídas en el curso anterior. Considero preferible, sin embargo, hasta en beneficio de la mejor distribución de la materia, reservar para mi carta próxima la lista de lo que se proyecta, y el juicio que merecen los futuros conferenciantes, entre los cuales se cuentan muy esclarecidos americanos. Sólo de un conferenciante no podré decir nada malo ni bueno... porque ese conferenciante, que tratará de "Los franciscanos y su influencia en el descubrimiento de América"... soy yo misma.

Vol. 11, No. 1 (enero de 1892)

## El descubrimiento de América ante la ciencia peninsular y americana

Señor Director de La Revista Ilustrada.

Madrid, 12 de febrero de 1892.

Muy señor Mío y de mi mayor aprecio:

Las quince conferencias dedicadas al Centenario de Colón, de que hablaba á los lectores de esa [*sic*] REVISTA en mi carta última, fueron sin duda importantes desde el punto de vista científico, mas no consiguieron fijar la atención de la prensa ni de los profanos: cayeron llenas de solemnidad en el gran salón rojo, con decoración pompeyana, del Ateneo, arrancando acompasadas salvas de aplausos, sin que á la salida ni al día siguiente fuesen discutidas ni apenas recordadas. En cambio, de las otras quince que me dispongo á reseñar, hay alguna que desde el primer instante fué objeto de todas las conversaciones, no sólo en lo que suelen llamar *círculos literarios*, sino en salones y tocadores, mientras los periódicos atestan sus columnas de alusiones é impugnaciones inspiradas por ella. No extrañe, pues, el público de los Estados Unidos que, fiel á mis deberes de cronista,

dedique mayor espacio á la conferencia que logró romper el hielo y hacer que se fijasen todas las miradas en el Centenario de Colón.

Decía en mi anterior que á Pí y Margall le estaba reservado abrir el segundo período de las conferencias. Así fué, y el trabajo versó igualmente sobre el “Estado general de América al tiempo del descubrimiento.” Los que conocen la *Historia de América* del ilustre hombre público, (obra por desgracia interrumpida,) podían encontrar en su discurso una síntesis ó, por mejor decir, una contracción de las ideas emitidas en esa obra, (ideas que no sancionan, por cierto, todos los peritos en asuntos americanos). Generalizando lo que en la Historia particularizaba, Pí disertó sobre las instituciones políticas y religiosas de México; combatió el supuesto de que fuese una república Tlascalá; recordó ritos y supersticiones, costumbres patriarcales y costumbres sanguinarias, como los sacrificios humanos al terrible dios de la guerra; comparó las pirámides, sobre todo la gran pirámide de Cholula, con las egipcias, y dedujo que no suponían parentesco entre ambas razas; y sin perder el compás de la moderación en gesto ni acento, bajó de la tribuna, donde le sucedió pocos días después Cesáreo Fernández Duro.

Este señor, verdadero iniciador de la gran disputa colombina en el Ateneo, ha consagrado su vida á esclarecer, por medio de prolijas y doctas investigaciones, que forman muchos volúmenes, la historia y los fastos, más gloriosos que felices, de la marina española. Su libro sobre la *Armada invencible* es clásico, de consulta, para cuantos desean conocer á fondo el episodio más triste (aun contando á Trafalgar) de nuestras empresas navales. Revestido de gran severidad en sus investigaciones, Fernández Duro rara vez acepta la leyenda histórica, y ha deshecho algunas, por ejemplo la que atribuía á Felipe II, al saber la pérdida de la *Invencible*, la famosa exclamación: “No la envié contra los elementos, sinó contra los hombres.” Desde hace bastantes años, siguiendo las huellas de Navarrete, venía Fernández Duro aplicando los mismos procedimientos analíticos á la leyenda colombina, como puede verse en una de sus obras más curiosas, *La nebulosa de Colón*. Sin embargo, Duro, al defender nuevos puntos de vista históricos, al atacar los antiguos, dulcificó la forma, se calzó guante blanco, para no herir ni escandalizar, llevando la crítica por la suave y resbaladiza pendiente de la literatura. La conferencia, titulada *Primer viaje de Colón*, fué realmente y en alto grado minorativa de la gloria del descubridor de América, puesto que le dió un colaborador digno de compartir sus lauros, por la parte principal que tomó en la realización del viaje y en el descubrimiento: Martín Alonso Pinzón. Del discurso de Fernández Duro se desprendió claramente el carácter del cosmógrafo genovés y el del marino español: aquel prudente, cauto, receloso cuando se necesitaba, para dar cima al intento, una audacia suprema; éste resuelto, con la ardiente tenacidad de la raza ibera, que se agiganta en presencia de lo imposible. Sin Pinzón—resulta de la conferencia de Fernández Duro, (y las mismas corrientes de pensamiento habían predominado ya en la de Cánovas) ni el equipo y armamento de las carabelas, ni el descubrimiento mismo, se hubieran obtenido entonces.

Lo repito: no obstante lo rotundo y nuevo de tales afirmaciones, Duro no sublevó al auditorio. Se le oyó en paz, con gusto, con aquiescencia, hasta con patriótica alegría, porque, hábil en sortear escollos (marino al fin y al cabo) supo envolver en gasas poéticas su tesis. Hubo quien salió de allí convencido de que acababa de oír un ditirambo á Colón.

No fué de estos don Patricio Montojo, capitán de navío de primera clase,



y persona muy competente y discreta, encargado de la conferencia que por riguroso orden siguió á la de Fernández Duro y versó sobre la *Primera tierra descubierta por Colón*. El conferenciante llenó su cometido cumplidamente, demostrando con abundancia de argumentos que la opinión fundada é incontrovertible es la sostenida por don Juan Bautista Muñoz en su *Historia del nuevo mundo*, donde asegura ser la primer tierra americana que Colón pisó, la isla de Guanajaní. Este don Juan Bautista Muñoz, dicho sea de pasada, puede aspirar al dictado de venerable padre ó abuelo de los americanistas contemporáneos, que en el riquísimo tesoro de datos recogidos por él han encontrado las fuentes de su ciencia.—Volviendo á la conferencia del señor Montojo, diré que el sabio marino, muy contrapuesto en opiniones á Duro, no perdió la ocasión de entonar un himno de entusiasmo al descubridor del Nuevo Continente.

Cuál si no esperase otra seña para romper el fuego, salió inmediatamente á la palestra don Luís Vidart, oficial retirado del cuerpo de artillería, y escritor ó más bien polígrafo muy respetable, conocido y apreciado en toda España. La historia literario-científica de Vidart, que ahora es oportuno recordar sucintamente, tiene algunas páginas brillantes y que no deben echarse en olvido, siendo quizás la principal su tomo de *Indicaciones bibliográficas*, titulado *La filosofía española*, impreso en 1866, enteramente agotado, y de que muchos desean se publique una nueva edición. En este libro, anticipándose á las explícitas afirmaciones de Menéndez y Pelayo, Vidart dió cuerpo á la idea de que en la Península hubo pensadores y pensamiento filosófico original é independiente, gloria que nos negaron y todavía nos niegan escritores extranjeros y nacionales—entre ellos el Doctor Guardia, en un artículo asaz comentado de la *Revue Philosophique*.—Vidart ha escrito mucho más, pues consagra todos sus ocios á la lectura, el estudio y el manejo de la pluma; y dotado de entusiasmo en cierto modo juvenil, y de mucho espíritu patriótico, aparece siempre su nombre al frente de las empresas que tienen por objeto honrar á España en la gloria de sus hijos ilustres; por ejemplo, el centenario de Calderón, el del Marqués de Santa Cruz de Marcenado, el de don Álvaro de Bazán, conquistador de las Islas Terceras, cuya estatua se eleva hoy en la plaza de la Villa.—Cuéntase también Vidart entre los fieles del Ateneo, y dada la dirección de sus estudios, principalmente históricos en estos últimos años, no podía faltar su nombre en la lista de los conferenciantes.

Las conferencias del Centenario no corren impresas todavía, morosidad que no puedo menos de censurar, porque entiendo que deben estarlo el mismo día que se leen, y repartirse y venderse sueltas al siguiente, aun cuando luego, ya terminadas, se reuniesen en un tomo ó más; pero yo, deseosa de que mis lectores de América conozcan el discutidísimo texto de las afirmaciones más atrevidas que Vidart lanzó, las he tomado taquígráficamente, y gracias á esta precaución puedo dar un extracto de tan debatido trabajo, que ha producido una especie de motín ateneísteco-social.

Titúlase la conferencia “Colón y Bobadilla.” Nadie ignora que estos dos nombres se habían considerado hasta hoy en dramática contraposición ó antítesis, digna del teatro de Víctor Hugo. Colón era el héroe sin tacha y sin miedo, representante de Dios, emblema de la perfección suma, no sólo en inspiración é inteligencia, sino en bondad y paciencia; sufridor de injustas persecuciones y de ingratos desvíos, acusado y cargado de prisiones, y resplandeciente de serenidad augusta en medio de la tiránica crueldad con que se le recompensaba por habernos regalado un mundo. En cambio Boba-

dilla era el ruín envidioso, el negro traidor emboscado en acecho de su víctima; era el genio del mal, el vampiro de la gloria, el verdugo que tortura á un inocente; su nombre había venido á ser padrón de infamia; y lo mismo que se dice “un Zoilo, un Mevío, un Aristarco, un Tércites,” decíase “un Bobadilla” para significar un sér despreciable. “En lo que puede llamarse la leyenda colombina,” declara Vidart: “Al lado de las manchadas figuras del Rey don Juan II y del Comendador Bobadilla, se agrupan las del Obispo don Juan de Fonseca, injusto enemigo de Colón, las de los ignorantes doctores salmantinos, que negaron la posibilidad del viaje á las Indias por los mares hasta aquel entonces nunca navegados, la de don Fernando el Católico buscando medios para no cumplir lo que había ofrecido en las capitulaciones de Santa Fé, la de Martin Alonso Pinzón, maquinando traiciones contra el primer almirante del mar Océano, la del Comendador Nicolás de Ovando, impidiendo sin causa justificada que desembarcase en la Española el inmortal nauta que pocos años antes la había descubierto; en suma, casi todos los portugueses y españoles que mayor parte tuvieron en el descubrimiento del Nuevo Mundo, á creer la leyenda colombina, merecen eterna condenación de la justicia y de la historia.” Contra esta sed de acusaciones que cubre de afrenta y sonrojo la faz de la Península, dirige Vidart sus tiros, y dispara (es frase que le aplicaron los periódicos) estruendosos cañonazos, sin mirar qué edificio derrumba, ni tener compasión de las más altas torres.

Sin embargo, en muestra de imparcialidad, Vidart principió leyendo los capítulos que en la *Historia del Almirante de las Indias don Cristóbal Colón*, escrita por su hijo, refieren el despacho de Bobadilla, y cautiverio y proceso del genovés.—Esta obra, (que hoy se está reimprimiendo,) es fuente de donde manó la leyenda colombina, y donde se empaparon los ardientes colombófilos, como Roselly de Lorgues; los que pedían para Colón el nimbo de los santos y el pedestal del altar. —¿Qué ha de escribir de su padre un hijo? La obra, aunque dignísima de interés, claro está que no se puede aceptar sin discusión. Por eso advierte Vidart: “Lo escrito por don Fernando Colón al tratar de Bobadilla, más que relato histórico, es una sentencia condenatoria del sucesor de su padre en el gobierno de la Isla Española, sentencia que ha sido aceptada como firme, y valedera por la mayor parte de los historiógrafos de los tiempos modernos, y que aumentando con la distancia las proporciones del error y del mal, porque las sombras crecen á medida que el sol se aproxima al fin de su carrera, ha llegado un día en que un escritor, que se precia de ferviente católico, se ha permitido calificar de *infame* al comendador de Calatrava, que en nombre y representación de España y de sus católicos Reyes doña Isabel y don Fernando, procesó á quien estaba acusado de cruel é injusto gobernante, de mal versador de los caudales públicos, y hasta de que fraguaba planes de rebelión contra sus reyes y su patria adoptiva.”

¿Eran fundados tan graves cargos? Vidart repasa la historia y declara *que sí*. Con la autoridad de dos historiadores contemporáneos de Colón, y no publicados hasta pocos años hace, el Padre Las Casas y el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, demuestra que sobrada razón asistía á los reyes Católicos para delegar con amplias facultades, al pesquisidor Francisco de Bobadilla. —En primer lugar, ese Bobadilla pintado con tan feos colores, era, al decir de Oviedo, “hombre muy honesto y religioso;” según Las Casas, “nada se hablaba de él deshonesto, ni que supiese á cudicia [*sic*]”; lejos de alzarse al punto con el mando de la Isla, como aseguraron los Colones, no



lo hizo hasta ver que era conveniente, y obedeciendo á la orden expresa de los reyes católicos; y tanto era conveniente, que cuando llegaron á la Española las carabelas de Bobadilla, en una semana “se habían ahorcado siete hombres,” caballeros españoles, cuyos cuerpos aún se columpiaban, y en la fortaleza había otros cinco “para los ahorcar”; y que abierta información sobre la conducta del Almirante, apareció acusado “de malos y crueles tratamientos que había hecho á los cristianos en la Isabela, cuando allí pobló, haciendo por fuerza trabajar á los hombres sin dalles de comer, enfermos y flacos, en hacer la fortaleza y casa suya y molinos y aceña y otros edificios, y en la fortaleza de la Vega, que fué la de la Concepción, y en otras partes, por lo cual murió mucha gente de hambre y flaqueza y enfermedades, de no darle los bastimentos según las necesidades que cada uno padecía; que mandaba azotar y afrentar muchos hombres por cosas livianas, como porque hurtaban un celemín de trigo muriendo de hambre, ó porque iban á buscar de comer. Item, porque se iban algunos á buscar de comer á donde andaban algunas capitanías de cristianos, habiéndole pedido licencia para ello y él negándola y no pudiendo sufrir la hambre, que los mandaba ahorcar; que fueron muchos los que ahorcó por esto, y por otras causas, injustamente. Que no consentía que se bautizasen los indios, que querían los clérigos y frailes bautizar, porque quería más esclavos que cristianos...” Hé reproducido el párrafo íntegro, á fin de que se vea lo peligroso de ciertas idealizaciones... ¡El bienaventurado á quien los católicos franceses andaban en canonizar, prefiriendo esclavos á cristianos, y acallando el hambre con la soga!

Se comprende que la magnánima Isabel y su consorte, á quienes de cierto habían llegado noticias del proceder de Colón, invitiesen á Bobadilla de tan omnímodas facultades para “prender los cuerpos y secretar los bienes” del mismo Almirante, si era preciso.—Y lo fué, porque Colón, mientras Bobadilla no se presentó más que en concepto de pesquisidor real, negóse á someterse á su autoridad, alegando que él la poseía más firme y fuerte: y aún después de exhibir Bobadilla su nombramiento de Gobernador, no parece que Colón dejaría de resistirse, si hubiese contado con la adhesión de los españoles; mas no contaba, que le aborrecían por su rigor y amor al lucro... Tanto que los franciscanos, enviados de Cisneros, le aplicaban el terrible dictado bíblico de *rey Faraon*—¡Cómo llamar, en efecto, a quien por ilusorios delitos ordenaba *cortar la lengua*; á quien arrojaba los prisioneros á los pozos; á quien, de trescientos españoles que tenía á su cargo no mandó ahorcar menos de cincuenta!

Ni eran sólo razones de humanidad las que pudieran mover á los reyes católicos á tan grave medida como la que tomaron con Colón. De las mismas historias se desprende que había otras razones políticas, más trascendentales y de más peso para el porvenir de España. El ávido genovés iba transformándose en rebelde.—Obró, pues Bobadilla, el llamado infame por Roselly de Lorgues, según cumplía á su deber de vasallo y español, y ya encargado del gobierno de la Isla “la tuvo en mucha paz é justicia fasta el año de mil é quinientos é dos.” “Es preciso—exclama el conferenciante—decirlo muy alto y muy claro: el oprobio con que se pretende manchar la memoria del Comendador Francisco de Bobadilla, desvirtúa y ennegrece toda la gloria que alcanzó España en el descubrimiento del Nuevo Mundo.” “Si la prisión del almirante fué un atentado inaudito, una maldad sin ejemplo, como hoy propalan el Conde de Roselly y otros historiadores, sin duda que podría decirse con verdad *el infame Bobadilla*; pero á nuestra patria,

que consintió, que dejó sin castigo, que aún hizo más, que aprobó aquel atentado inaudito, aquella maldad sin ejemplo, ¿qué oprobioso nombre le daría el augusto tribunal de la conciencia y de la historia? No quiero consentir, no puedo consentir, que á la gloria de Colón le sirva de pedestal la deshonra de mi patria.”

Lo repito: cayó como una bomba la conferencia. Aun cuando Vidart no aportaba noticias recónditas, sacadas de ningún cerrado archivo, ni de ningún manuscrito amarillento y rancio; aun cuando se limitaba á coordinar y extractar textos conocidos de todos los aficionados á esa sección de nuestra historia; aun cuando su parecer difería poco del más común entre los americanistas principales, como Jiménez de la Espada, Justo Zaragoza, Fernández Duro, y de americanos tan sabios como Peralta; aun cuando sus aseveraciones tenían por objeto vindicar á España de la fea nota de ingratitude, es tan grande y poderoso el prestigio que rodea el nombre de Colón; tan resplandeciente su gloria; tan indestructible quizás la aureola de poesía que cerca su frente, que á estilo de reguero de pólvora cundió la indignación entre todas las clases sociales (no exajero) y se manifestó en la prensa, viva y chispeante. *El Liberal*, en uno de los amenos *Platos del día* que firma Mariano de Cavia, acusó á Vidart de que recordaba su antigua profesión bélica, y demolía á Colón á cañonazos. En *La Época*, Peña y Goñi publicó una especie de *sueño*, la estatua de Colón, que se yergue en una plaza de Madrid, bajando de su pedestal para quejarse de la deshonra póstuma que infligen al descubridor del Nuevo Mundo.... Otros muchos diarios arremetieron contra el profanador, en artículos, sueltos y gacettillas; la aristocracia, en cuyas filas se cuentan varios descendientes del cardador de Génova, torció el rostro; las señoras, acostumbradas á venerar á Colón, tocaron el cielo con las manos; y—cosa más singular aun—en el seno del mismo Ateneo, la marejada subió, y no faltó quien vaticinase que si Vidart daba otra conferencia más, conocería, por elocuentes indicios, el desagrado del auditorio.

¿Qué necesidad hay—preguntaban los más doloridos—de sacar á plaza las flaquezas, los errores del genio? ¿Ha de ser el genio perfecto en todo; no ha de llevar, entre partículas de luz, motas de barro humano? ¿Conviene imitar la indecente conducta de los hijos de Noé, que descubrieron la desnudez y embriaguez de su padre?

Cuando yo escuchaba estas objeciones, pensaba en que mis interlocutores no veían de la cuestión sino un aspecto solo, y por eso no la entendían.—Ciertamente que quien dice *genio* no dice *perfección* ni *santidad*, y siempre me ha parecido ridiculez identificar ambos conceptos. Pero quien más los identifica, es cabalmente quien pretende envolver en sombras y engañosas nubes el alma del genio. Lope de Vega, nuestro soberano poeta y dramaturgo, escribió ciertas cartas de donde no sale muy bien parada su moralidad. Trabajo costó que se publicasen; publicáronse al fin por alguien que tiró de la manta, y si no se publican, á estas horas creería medio mundo (con detrimento de la santa verdad) que Lope de Vega era un sacerdote ejemplarísimo. En Inglaterra nadie ignora que fué concusionario el Canciller Bacon; ¿qué pierde, en cuanto fundador de método, por sus concusiones?

Y cuenta que los dos ejemplos que acabo de poner no tienen paridad con el suceso de Colón. Ocultos el libertinaje de Lope y las concusiones de Bacon, nadie era denigrado por su causa, mientras la errónea opinión de la impetabilidad del Almirante implica el descrédito de España, de sus reyes

más ilustres, y secundariamente, el de Bobadilla, Ovando, etc. Nuestra mala reputación colonial (profundamente injusta, pues nadie, ni aun en nuestro siglo, ha podido colonizar más benigna y honradamente que nosotros en los XVI y XVII) se reforzaba con la fama del ínclito trato dado al hombre que nos brindara un mundo nuevo. En versos tan lindos como absurdos, Enrique Heine se quejaba de que la historia colocase, al lado del “augusto nombre” de Colón “el hombre de bandido” de Hernán Cortés. Colón era el mártir, el filósofo, el perseguido, el héroe sublime; nosotros los facinerosos, los sanguinarios, y peor que todo eso, los DESAGRADECIDOS, los Luzbeles; y el estrépito de los grillos de Colón al entrechocarse, nos perseguía como maldición eterna!

Esto es tan palmario, que espero el desengaño y la retractación de los que hoy piden, sin quererla pedir, la ignominia de la patria española; y como, dada la importancia del asunto y el ruido que aquí mueve, he tenido que hacer hincapié en él y no cabrían en esta carta las otras once conferencias, prefiero invertir el orden y pasar sin dilación á la segunda de Vidart, corolario de la primera y encabezada con el expresivo título de *Colón y la ingratitud española*.

Haciendo pareja al cuadro en que aparecía Colón sobre el puente de la carabela, rendidas las manos al peso de los grillos, fijos en el cielo los llorosos ojos, como para invocar al Dios protector de la inocencia, no faltaba quien pintase otro, acaso más triste: Colón muriendo oscuramente en Valladolid, afligida su achacosa ancianidad por la miseria y por el olvido de los monarcas.—Á destruir esta nueva fase de la leyenda vino la segunda conferencia de Vidart, de la cual también puedo anticipar algunos extractos.

Empezó lamentando que, cuando la leyenda colombina redonda en sonrojo y deshonor de España, se alcen ruidosas protestas contra los que, rindiendo tributo á la verdad, prueban á destruirla. “Se nos acusa, por unos de falta de patriotismo, por otros de falta de oportunidad; porque dicen que ahora, al celebrarse el Centenario de Colón, sólo deben oírse elogios, no censuras, del insigne navegante. La acusación de falta de patriotismo me recuerda aquel personaje de una pieza cómica, que dice: ‘Á mí me gusta mucho que me dén con la badila en los nudillos.’ Parece que hay españoles á quienes les gusta que la Historia califique duramente á nuestros antepasados. En lo tocante á oportunidad, he de manifestar que, á mi juicio, lo que se conmemorará el 12 de octubre de 1892 es el descubrimiento de América y Oceanía, no el Centenario de Colón.” Los Centenarios no deben ser la apoteosis semipagana de un hombre, que por grande que fuese, siempre estaría sujeto á lo que hoy suele llamarse *las impurezas de la realidad*.”

Es verdaderamente asombroso cómo se derrite una leyenda con sólo aproximarla al crisol encendido de la historia. Recuerdo que en mi niñez, en una habitación interior de mi casa de Marinida, había ciertas litografías iluminadas que yo miraba con inextinguible curiosidad.—Representaban las aventuras del Almirante, y una de las que me fascinaban más era la que figuraba (lo decía al pié) *les moines de Salamanque condamnant les projets de Colomb*.—Varios frailes, ya viejos, ya mozos, pálidos, atrabiliarios, echando fuego por los ojos ó velándose la faz, rechazaban y maldecían al genovés, que de pié, grave, intrépido, despreciativo, señalaba á un mapa y á una esfera, como diciendo: “ahí está mi futura gloria.” Como yo sabía entonces menos aún que hoy, vivía muy persuadida de que los frailes, oscurantistas al fin, habían cometido realmente tan gran picardía. ¡Cuál fué mi sorpresa al averiguar más adelante que los dominicos de San Esteban,

los inquisidores, no sólo favorecieron á Colón dándole aposento y comida y haciéndole el gasto de sus jornadas, sino que apoyando sus opiniones lograron imponerlas á los doctos!

Si protegido fué de los frailes, más lo fué de los reyes. Cargado de distinciones y honras; nombrado almirante, visorrey y gobernador de toda la tierra descubierta; nombrado su hijo don Diego paje del Príncipe don Juan, puesto sólo otorgado á los primogénitos de la más alta nobleza; obsequiado con un vitalicio de diez mil maravedíes; regalado con mil doblas de oro; autorizado para aposentar gratis en los pueblos que atravesase su persona y un séquito de cinco criados; titulado capitán general de la armada, y provisor de oficios en Indias: autorizado para sacar sin pago de derechos los bastimentos, merced á nadie otorgada; condecorado su hermano don Bartolomé con la dignidad de adelantado de Indias y facultado para fundar varios mayorazgos; naturalizado en España, por singular favor, don Diego Colón;—sin incluir en esta cuenta de gracias y favores los enormísimos estipulados antes del descubrimiento, y cumplidos hasta donde cabía en lo humano... bien puede decirse que sólo el reciente espectáculo del delirio de entusiasmo por Peral tiene cotejo (atendidas las respectivas épocas) con el del que Colón despertaba en esferas altísimas.

Probadas ya las deficiencias y lunares de Colón como gobernante, la consideración de su gloria le sirvió de escudo, y los reyes Católicos, con exquisita política y miramientos, no sólo trataron de desagraviarle y apaciguarle á su llegada á España, sino que inmediatamente lo dedicaron á aquello para que Dios le tenía destinado en sus altos fines: á inventar tierras: con oportunidad tal, que entonces fué cuando inventó, en realidad, el continente americano.”—“Afirman—dijo el conferenciante—que al regresar Colón de su último viaje, se le dejó vivir en el abandono y casi en la pobreza, hasta que llegó la hora de su muerte, en una miserable casa de Valladolid, el jueves 20 de mayo de 1506; día en que, sin duda por coincidencia providencial, caía en dicho año la fiesta movable de la Ascensión del Señor. Yo me propongo demostrar que en esta parte de la leyenda colombina hay una verdad y cuatro errores; porque es cierto que Colón murió en Valladolid, pero no se sabe si la morada en que espiró era miserable ó suntuosa, y se sabe que no murió abandonado, ni pobre, ni en el día de la Ascensión del Señor.”

Y con datos concluyentes, á renglón seguido, prueba su tesis el encarnizado enemigo de la leyenda colombina: Colón murió rico, y atendido, y honrado, de lo cual debemos regocijarnos los buenos españoles, porque sería bien amargo que en el apogeo de nuestro poder hubiésemos pagado con la mendicidad y el abandono la dádiva de un mundo. Vidart terminó rindiendo homenaje al héroe de la leyenda. “La ciencia, el valor y la fortaleza de ánimo tejen las coronas de laurel que ciñen y ceñirán la frente del primer Almirante de las Indias, y la voz de la fama imperecedera, uniendo su nombre con el de su patria adoptiva, repite de siglo en siglo:

Por Castilla y por León  
Nuevos mundos halló Colón.”

“Con Pinzón” me pareció oír murmurar entre dientes á Fernández Duro. “Por Aragón” murmuraba Sánchez Moguel, gran admirador del Rey Católico.—Contra los vaticinios pesimistas, el Ateneo oyó á Vidart atentamente, sin protestas que en aquel centro científico, libre palenque de la

discusión, hubieran sido tan importunas como extrañas; la prensa amainó, las tertulias declararon á Vidart incorregible, y una vez más se demostró la verdad del axioma: la primera vez, escándalo; la segunda, silencio.

Me he detenido en estas conferencias por las tempestades que provocaron, y dejo las otras para nueva carta, donde llegaré hasta la última, en que ya salieron á plaza los oradores americanos residentes en Madrid.

Vol. 11, No. 4 (abril de 1892)

## En mi biblioteca.

### Notas al vuelo.

Al oír la frase *mi Biblioteca*, no vayas á figurarte, lector amigo, un espacioso y magnífico salón, con techo de cristales, lujoso muebleje, anaquelería de maderas esquisitas, bustos de grandes escritores, etc., etc.: es decir, un retiro tal cual yo anhelo sea lo que hoy se me antoja llamar mi Biblioteca: no es compatible ese brillante cuadro con el modesto rincón en que se albergan mis libros, y como soy aficionado á la geografía y pienso conducirte á él algunas veces voy á darte una pequeña descripción corotopo-geográfica de ese lugar, bastante conocido de muchos de mis amigos.

Redúcese á una salita, ó como aquí se llama, *back-parlor*, á diez piés de elevación sobre el nivel de la acera ó del patio: está situada á los 40° 0' 42" de latitud N., y 74° 0' 3" de longitud al O. del meridiano de Greenwich, ó sea 3 al E. de Washington. Linda por el N. con el patio de la casa, y tendría una hermosa vista de patios y chimeneas si no se la quitase una iglesia con su inmensa pared de desnudo ladrillo, que si bien evita el rigor del frío en el invierno, también impide la circulación del aire en el verano: por el S. linda con el corredor y la sala de la casa y por el E. y O. con las casas de dos vecinos cuyos nombres ni á tí ni á mí importa saber.

Mide de N. á S. 16 piés y de E. á O. 15, de modo que su periferia es 62 piés: su superficie abraza 240 piés cuadrados, y como tiene 10 piés de puntal, su capacidad cúbica es de 2.400 piés.

Su población de derecho se reduce á un solo habitante, *Yo*: pero de hecho tiene á veces tantos cuantos mi mujer quiere, pues bajo el pretexto de que esa salita es más fresca en verano y más caliente en invierno que la sala de recibo, suele llevar allí tanta gente que á veces se hace difícil la libre circulación.

Forma su lado N. una ancha ventana, delante de la cual hay una mesa-escritorio con gabetas llenas de folletos y cuyo tablero superior está siempre cubierto de libros: esta mesa es un mueble para mí de gran importancia, pues ha dado margen á graves cuestiones domésticas. Sigue á la ventana una entre-ventana ocupada por un escritorio algo anticuado en formas, pero muy cómodo, y á imagen y semejanza de su dueño, ya bastante estropeado por los años; la parte superior de este mueble también está cubierta de libros, y está separado de la pared lo suficiente para que entre ambos quepa una gran cartonera llena de mapas antiguos y curiosos.

Sigue otra ventana, delante de la cual hay un estante giratorio sobre el cual también se levantan algunas pilas de libros en bello desorden.

El costado S. lo forma un pequeño rincón en que hay varios rollos de planos y una mesita de fumar: una puerta de corredera que da á la sala; otro espacio pequeño que ocupa una mesita, sobre la cual se ostenta una bonita copia, obra de mi amigo Rafael Palomino, de un cuadro de Chartrand, que representa una palma solitaria: después una pequeña puerta que da al corredor.

El lado E. es muy fácil de describir: lo forma una anaquelería corrida que llega casi hasta el techo, tiene dobles entrepaños para aumentar su capacidad.

Empieza el lado O. con otra anaquelería que hace juego con la del E., pero que sólo se extiende hasta una ancha chimenea que ocupa el centro:



síguelo una caja de hierro á prueba de fuego, sobre la cual hay aún más libros y además, una caja de lata charolada, que no solo no es á prueba de fuego, sino que su contenido está destinado al fuego y á solazarme con su humo tanto en mis horas de trabajo como en las de descanso.

Una silla giratoria de bufete, seis mecedores de rejilla (de los que se usan en Cuba) un sillón grande de paja, dos sillas de rejilla y tres pequeños cuadros cumpletan el ajuar propio del cuarto que de día está iluminado por la luz del sol y de noche por cuatro quemadores de gas completamente heterogéneos.

\* \* \*

Dada esta idea general del aposento, pasaré á algunos detalles sobre el ajuar.

Los anaqueles son de pino blanco teñidos á imitación de nogal, por el buen parecer; esto dió margen á que en cierta ocasión, y en letras de molde nada menos, ni buen amigo José Martí, arrebatado por su volcánica imaginación, los calificara de “valiosos anaqueles” olvidándose de aquel conocido refrán: “no es oro todo lo que reluce.”

Mi silla de bufete es giratoria, de alto espaldar, ancha y cómoda, tiene el mérito para mí de ser un recuerdo de tres buenos y distinguidos amigos. Perteneció primeramente al ilustre y valiente excritor chileno Benjamín Vicuña Mackenna, Director del periódico “La Voz de la América,” establecido en Nueva York para defender á Chile y Perú cuando fueron injustamente agredidas por España. Al volver Vicuña Mackenna á su patria la regaló á mi amigo el coronel Juan M. Macías, quien al irse para la República Argentina, allá por los años de 66 ó 67, se la dejó en depósito á otro distinguido amigo y compañero de luchas periodísticas, el médico portorriqueño Dr. José Francisco Bassora, que á una grande ilustración, reunía un corazón de oro, y á quien hace pocos años arrebató la muerte en el destierro; Bassora la dejó en mi poder en 1869, y yo la gocé algunos años como simple usuario. Pero, habiendo vuelto Macías, en cierta ocasión en que vino á mi Biblioteca y se repantigó en la tal silla, á pesar de lo cómoda que ésta era, le hice saber que le pertenecía; entonces me hizo donación graciosa, pura, perfecta, plena y á perpetuidad de ella, y desde hace catorce ó quince años la disfruto pacíficamente como absoluto señor y dueño y con la conciencia tranquila, pues la poseo bajo un título tan legítimo como incontrovertible.

Los adornos de la chimenea son un pequeño reloj de bronce con sus candelabros, algún bric-á-brac, algunos retratos y dos bustos: uno de Cervantes, obra del distinguido artista español Miranda, y otro de Washington. Me recuerda el primero la cuna de mis abuelos, la sangre que corre por mis venas; el segundo el lugar en que hallé seguro asilo en la tormenta, la patria de mi adopción. No creo posible encontrar dos personajes que con mejores títulos representen la vieja Expaña y la joven América. El primero, cuya nobleza de sentimientos nunca ha sido superada, escritor insigne, autor de ese libro inmortal que se llama el Quijote, viva encarnación del tipo que creó, cuya locura asombra y encanta, pues mientras más loco, es más grande, más noble, más generoso y más abnegado; el segundo, insigne escritor también, fundador de la más próspera y libre nación de la tierra, hombre modelo, cuyas virtudes públicas y privadas lo han convertido en dechado de patriotas y mandatarios: el hombre, en fin, que inspiró á mi compatriota, la Avellaneda, aquel magnífico soneto que empieza: “No en lo pasado á tu

virtud modelo, ni copia al porvenir dará la historia” y á quien sus compatriotas aclaman como primero en la paz, primero en la guerra y primero en el amor de sus conciudadanos.

Sobre la chimenea se ostenta una preciosa joya artística, tanto más preciosa para mí cuanto que representa bajo el traje de Rebeca en la fuente, á una hija querida, que el destino, bajo la forma que generalmente asume, cuando trata con muchachas, la de Cupido-Himeneo, arrebató de mi lado, llevándola á las bellas y queridas playas en que ella y yo vimos la primera luz. Para consolarme de su ausencia, mi buen amigo Ramón Páez, distinguido artista que maneja el pincel tan hábilmente como manejó la lanza su heróico y legendario padre, me presentó esa excelente miniatura, que desde aquel elevado puesto preside el hogar de que fué en otro tiempo precioso ornamento.

No podrá menos de llamar la atención de algunos la presencia de una gran caja de hierro en tan poco adecuado lugar: debo explicarlo: no encierra oro, billetes de banco, ni joyas, ni títulos al portador, pero es el depósito de los que yo llamo mis tesoros: que si es cierto no son los de Aladino, ni los de Crespo, ni aun siquiera los de Vanderbilt, no por eso dejan de ser valiosos para mí. Allí guardo gran número de autógrafos de personajes célebres en la historia de mi patria, documentos originales del siglo XVI, que por circunstancias especiales han venido á mis manos; el manuscrito original incompleto y apollillado del Compendio de la Historia de Cuba, obra inédita del escritor cubano Urrutia. Uno de los dos manuscritos completos que existen de la Historia de Cuba del Obispo Morell de Santa Cruz, y por último, algo para mí más valioso, aunque se me tache de inmodesto, mis extensos trabajos sobre la Historia de mi patria que muy adelantados, vi ya una vez desaparecer; pero que con la tenacidad propia de mi carácter, y que creo deber á la sangre vascongada y aragonesa de algunos de mis antepasados, he vuelto á empezar y espero llevar á cabo, si logro retardar la disolución de mi personalidad escapando por algunos años más de las garras de los médicos y muñidores.

\* \* \*

No tiene mucho de atractiva en apariencia la colección de mis libros: no hay allí encuadernaciones artísticas que encanten la vista; no se ven allí muestras del talento de Grolier Petit Bernard, Padeloup, Derome, Payne, Lewis, Coppée, Bradel, Durú, Elliot, Chapman, Lortic, etc.; en cambio la mayor parte de las obras son de las mejores y más completas ediciones: recolectadas en su mayor parte á fuerza de paciencia y sacrificios, adquiridas por lo general en remates ó en librerías de segunda mano, muchas de ellas se resienten más ó menos de las vicisitudes de la suerte: algunas tienen lujosas pastas, en las cuales el uso y el tiempo han hecho crueles estragos, pero la mayor parte, solo viste modesto traje de *cloth* ó percalina, pues aunque me agrada lo bello en los libros, nunca he sido partidario de sacrificar el fondo á la forma, y además, hablando en plata, me ha faltado ésta para darme el gusto de adquirir libros que por fuera y por dentro me fuesen igualmente satisfactorios.

\* \* \*

La composición de una biblioteca, cuando no es un artículo de lujo, se resiente siempre de los estudios, las aficiones, las pasiones y hasta los capri-



chos de su propietario. Una biblioteca para unos muy completa es para otros enteramente inútil. Nunca podré olvidar que hace años una dama educada é inteligente y que es de las que llamamos en mi tierra muy leída y es- cribida, después de estar largo tiempo revisando todos los libros que encontró á su alcance, se volvió á los que allí cerca estábamos y nos sorprendió con la original observación de que “no había econtrado un solo libro que leer.”

Cierto es que en vano buscará el médico, el matemático, el agricultor ó el botánico, algo que le interese en mi biblioteca. De medicina sólo tengo el “Family Doctor” que conservo por ser una memoria de mi heróico y desgraciado amigo Juan Osorio. De matemáticas, el Vallejo, en el que debí estudiar y nunca estudié; de agricultura ó botánica, nada, tanto porque mis conocimientos en esta materia no superan en mucho á los de un célebre canónigo de la Habana, que sólo podía distinguir una mata de coco de otra de aguacate cuando tenían fruto, cuanto porque las muy pocas obras que sobre estas materias tengo, fueron llevadas á mi oficina con el objeto de sacar de ellas algunas palabras técnicas que necesitaba para cierto trabajo que tenía entre manos: después que las extraje el jugo las dejé allí, pues en mi casa estorban.

Pero no creo que una persona medianamente ilustrada, pueda considerar justo el juicio de mi buena amiga, que era una gran lectora de novelas modernas; y un examen ligero lo demostrará. En los ramos de historia antigua y moderna, geografía, viajes, mi colección es bastante extensa y escogidísima, especialmente en lo relativo á la América española, y más aún á mi hermosa patria, Cuba. Allí están, además, todos los clásicos latinos y griegos (estos últimos en original y traducción, pues el griego es para mí... griego), casi todos los buenos prosistas y poetas españoles, hispano-americanos, anglo-americanos, franceses, ingleses, italianos y alemanes; muchos de los portugueses, suecos, daneses, holandeses, polacos, húngaros, rusos, rumanos, árabes, indios, persas y chinos: las últimas obras importantes de ciencias morales y físicas que representan el movimiento intelectual moderno; muchos de filosofía y aún más de religión y controversia; muchos de Bellas Artes, algunos de política y no me faltan manuales de cocina, del fumador, del jugador de tresillo y de carpintería. Completan la colección muchas revistas y periódicos, algunas enciclopedias y gran número de diccionarios y gramáticas de varias lenguas; preciso es tener un cerebro organizado de un modo extraordinariamente raro para no encontrar allí pasto espiritual.

\* \* \*

La afición á los libros es en mí una enfermedad hereditaria: apenas recuerdo á mi padre, pues tenía yo á su muerte poco más de tres años, pero sé que era hombre de vasta instrucción, gran lector y además que sabía escoger lo que leía, pues dejó una extensa biblioteca de más de dos mil volúmenes, compuesta de obras de los mejores autores en varias lenguas, que poseía perfectamente, pues había vivido largos años en países extranjeros. Mi madre, modelo de madres y mujer de superior inteligencia y excelente educación, desde que era yo muy niño procuró infundirme afición á la lectura y á los libros, empezando por enseñarme los que tenía láminas y poniendo gradualmente en mis manos aquellos que estaban al alcance de mi inteligencia; como la simiente caía en terreno adecuada prendió bien

y creció con tal vigor, que los libros han sido y son para mí una pasión, y creo que esta es una de las cosas que más tengo que agradecer á mi madre, porque á esa afición debo la alegría de mi carácter, pues no hay disgusto ó dolor que no logre yo disipar, ó por lo menos suavizar, con un buen libro.

Yo creo que un libro es el mejor amigo que puede tenerse, no come, no bebe, no se viste, no gasta zapatos, no se afeita, no va al teatro, no usa prendas, no pide prestado, no ocasiona compromisos; además, no contradice, no disputa y ni siquiera se ofende cuando lo injurian, lo calumnian, lo maltratan ó lo tiran. Solícito y amable, está constantemente dispuesto á servir á su dueño, á instruirlo, á aconsejarlo, á distraerlo, á consolarlo en sus aficciones, cambiando el orden de sus ideas y haciéndole olvidar sus penas, llevándolo á una región más elevada que este pícaro mundo en que desgraciadamente nos encontramos. Nunca importuna, pues en cuanto se usa se echa á un lado y no viene á reclamarnos el pago de sus servicios. Es un amigo absolutamente desinteresado, el amigo modelo, el amigo ideal. Y sin embargo, contra ellos se cometen los actos más inicuos de ingratitud. ¡Cuánto autorzuelo, después de haber robado á un libro todo lo que ha podido y dádolo audazmente como de su propia cosecha, no sólo ha olvidado citarlo con agradecimiento, sino que hasta lo ha criticado injusta y despiadadamente!

\* \* \*

No todos los libros, sin embargo, despiertan en mí los mismos sentimientos. Quizás lo que más feliz me ha hecho durante el curso de mi ya bastante larga vida, es no haber jamás conocido la pasión que ha sido origen de mayores sufrimientos para la humanidad, el odio, ya á uno de mis semejantes, ya á un pueblo ó una raza; esto es constitucional en mí pues á pesar de que he luchado y sufrido mucho, no me acuso de haber jamás hecho daño voluntariamente á persona alguna, y ni aún siquiera de habérselo deseado. En cambio he sentido y siento odio profundo, irreconciliable á instituciones, á sistemas, y además, á ciertos libros que me inspiran profunda aversión, que he hecho extensiva á sus autores.

Por un proceso mental que reconozco es hasta cierto punto injusto y absurdo, pero que no ha podido más que mi razón, he confundido á menudo en un solo conjunto al autor y al libro: desprecio las individualidades negativas, aquellas que no tienen ni vicios ni virtudes: egoistas que, por temor á la ley, no hacen acto alguno en contra del prójimo, que pueda hacerlos incurrir en castigo, pero que tampoco hacen nada en beneficio ajeno, á menos que les produzca algo: gentecilla correcta que tiene más miedo al diablo que amor á Dios: quiero al hombre, hombre, es decir, con todos los vicios y virtudes inherentes á nuestra flaca naturaleza, sin hipocresía, sin doblez, leal hasta en sus vicios; de hombres de esta clase puede uno guardarse y aceptarlos ó rechazarlos, según preponderen sus buenas ó malas cualidades; pero no quiero hipócritas ni farsantes, gente en quien nadie puede fiarse: así es que cuando veo que los hechos de un autor están en completo desacuerdo con sus palabras, y sobre todo, cuando sé que ha escrito contra su opinión, vendiendo miserablemente su pluma ó poniéndola al servicio de bastardas pasiones, á mi desprecio por el autor viene siempre á unirse profunda aversión á sus libros.

He sido siempre tolerante con las opiniones ajenas, cuando las he considerado hijas de la buena fe. Esta tolerancia ha ido aumentando gradual-

mente con los años: me he equivocado yo mismo tantas veces en la vida, he tenido que rectificar tantas opiniones mal fundadas, me he convencido tan á menudo de mis propios errores, que ya no sólo no me asombra oír sostener teorías á primera vista estupendamente absurdas, sino que cuidadosamente las estudio antes de rechazarlas, pues acaso tienen racional fundamento. Además, cuando leo un libro de cuyas páginas todas brotan la buena fe y la convicción profunda de su autor, aunque sus ideas sean diametralmente opuestas á las mías, no puedo menos de respetar y estimar al autor, y si escribe bien, leo con gusto sus obras. No participo de las creencias religiosas de Cervantes, Fenelón, John Bunyon ó Swedemburg, ni de las políticas, económicas ó sociales de Montaigne, Saint Simon, Jovellanos y Proudhon; pero sus obras exhalan perfume de buena fe, y me es gratísima su lectura. Hasta la siniestra figura de Robespierre se dulcifica y se hace simpática para mí, al recordar las proféticas palabras de Mirabeau: "Ese joven llegará á ser mucho, cree én lo que dice."

Por el contrario, me disgustan, me encocoran, me irritan y me obligan acaso á ser injusto con ellos, ciertos autores á pesar de su gran mérito, unos por hipócritas, otros por cobardes, rastreros y aduladores, otros por desleales y otros por venales. Salustio y Ovidio entre los antiguos, Lope de Vega, Rousseau, Chateaubriand, Southey, Lafuente y otros que á su tiempo mencionaré, entre los modernos, son indudablemente grandes escritores, cada cual en su género; pero nunca he podido evitar que entre sus obras y mi inteligencia se interponga, á guisa de espeso velo, su carácter personal, haciéndome parecer hasta malo lo que admirablemente escribieron. Me son odiosos, pues por lo menos ponen en ridículo grandes principios, Ollivier predicando la consecuencia política, Cánovas del Castillo la honradez gubernamental, ó el Cardenal Gibbons y sus satélites en el concilio de Baltimore, las libertades de pensamiento é imprenta en que está basada la grandeza de esta República.

\* \* \*

Al hallarme solo entre mis libros, muchas veces me figuro que estoy en un inmenso panteón. ¡Cuántos de ellos traen á mi memoria recuerdos tan gratos como tristes de las personas que me los donaron y que descansan para siempre en paz! Allí se levantan ante mí José Antonio Saco, José de la Luz, el Conde de Pozos Dulces, Antonio Bachiller, Morales Lemus, Aldama, Aguilera, Gaspar Betancourt, Gonzáles del Valle, León y Mora, Ramón Zambrano, Fernando de Castro, José María Casal, Anselmo Suárez, José Manuel Mestre, Vicuña Mackenna, Arnao, Bassora, Villa-Urrutia, Mola, José Antonio Echeverría, Mendive, Suzarte, Zenea, Bramosio, Cortina, el General Páez, Mantilla, Camacho, Antonio y Manuel Sellén, Velez, Luacez, Ozorio y otros muchos, acaso desconocidos para mis lectores, pero que fueron maestros ó amigos queridos, cuyos rostros jamás volveré á contemplar y cuyas manos jamás volverán á estrechar cordialmente las mías.

Otros me recuerdan muchos amigos que andan por este mundo, mejor ó peor tratados por la suerte, pero no me detendré en mencionarlos pues su nombre es *légión*.

Como un tesoro conservo estos libros-mementos, que serian muchos más si durante la tormenta revolucionaria que azotó mi desgraciado país de 1868 á 1878 no hubiera sido yo despojado inicuaamente de todo lo mío, incluyendo mi biblioteca, reunida durante tiempos más felices. Menos de

una quinta parte de ella me fué devuelta en 1878, habiendo desaparecido lo más valioso entre las garras rapiñeras de la famosa “Junta de Bienes Embargados.”

\* \* \*

La contemplación de mis libros evoca también ante mi vista no pocas grandes figuras históricas. La casualidad ha traído á mis manos obras ó papeles pertenecientes á la bella y desventurada Mariá Antonieta, á la heroica María Teresa, á la bondadosa Josefina, al invencible Páez, al famoso Conde de Revilla-Gigodo, al ilustre Padre Varela, á nuestro gran poeta Heredia, al imbécil Carlos IV de España y á su disoluta esposa María Luisa y su valido el Príncipe de la Paz, y á otros muchos personajes notables, no faltándome alguno que lleve estampado el “Yo el Rey” por la mano del Demonio del Mediodía, el sombrío y feroz ermitaño y fundador del Escorial, y otro con el “Yo la Reina” de la desdichada Doña Juana, á quien su ambicioso padre el Rey Católico hizo pasar por loca, para continuar su empresa de destruir las libertades españolas, echando así los cimientos de aquel coloso con piés de barro, que un siglo después, bajo la férrea mano de Felipe Segundo, amenazó hundir otra vez al mundo civilizado en las tinieblas de la Edad Media.

\* \* \*

Resiéntese además mi biblioteca de las condiciones especiales de mi carácter; confieso humildemente que nunca he sido hombre de orden, que no recuerdo haber perdido jamás el tiempo en arreglar mi ropa ó mi cuarto; pero en cuanto á mis libros, ya es harina de otro costal; están clasificados perfectamente, pero á mi modo; á pesar de ser muchos, gracias á mi buena memoria y á mis frecuentes relaciones con ellos, sé con exactitud donde está cada uno y á ojos cerrados puedo decir en qué tabla y en qué fila se encuentra cualquier obra importante. Como el espacio de que dispongo es reducido, unos están acostados, otros de canto, de modo que su desorden es más aparente que real y obedece á causas inevitables. Este aparente desorden ha sido fecundo manantial de tempestades domésticas y como esta frase brota otra vez de mi pluma, paso á explicarla.

Llevo más de cincuenta años de aficionado á libros, pues desde que empecé á hacer pininos, me entretenía con los que tenían figuras: cargo hace treinta y un años la cruz del matrimonio; así pues me considero graduado *in utroque* y hombre de experiencia en materia de libros y matrimonio: pues bien, amigo lector, te aseguro que el bibliomaniaco no puede tener enemigo más encarnizado, molesto y temible que su mejor mitad, su cara costilla; es peor mil veces peor que la polilla, pues no puede salvarlo de ella ni el tabaco, ni la pimienta, ni el alcanfor, ni el ácido fénico. Te contaré mis sufrimientos y me ayudarás á sobrellevarlos.

Mi mujer sufre desde hace largos años de una monomanía de la cual soy yo generalmente la víctima: esta monomanía es la del *orden*. Durante los primeros años de nuestra vida matrimonial, no me inspiró temores, pues en la Habana mi biblioteca no se hallaba á su alcance, y además, los muchachos ocupaban casi todo su tiempo; pero los pájaros han comenzado á abandonar el nido, la mitad de la familia desertó ya del paterno hogar; la mitad restante es talludita y se sabe cuidar y los nietos por desgracia están lejos;

resultado, que mi mujer no tiene en qué ocuparse y se ha entregado á la satisfacción de esa ansia mórbida de orden. Me temo llegue la hora en que perezca yo á consecuencia de un ataque de orden y pueda decirse en mi desierta biblioteca: *El orden reina en Varsovia!*

Nadie respeta ya mi sagrado asilo; convertido en sala de recibo para visitas de confianza, (y no van otras á mi casa), la encuentro constantemente invadida por gente de faldas, que no titubea en cometer una profanación echando *sobre* las obras de grandes autores que yacen en el escritorio, la caja de hierro y las mesas, sombreros, gorras, capas, sombrillas, abanicos, guantes, y ¡horrible profanación! hasta los zapatones de goma que guarecían sus lindos piés de la intemperie, colocó una vez una bella niña *sobre* un volúmen de Tácito. Es acaso tolerable esta situación?

Todavía es mayor mi desventura: cree mi señora esposa, dominada por ese espíritu de orden, que parecerá anti-estético á sus amigas que haya libros amontonados en las mesas ó en el escritorio, que uno esté de pié, otro acostado, otro de canto: á veces estoy haciendo algún trabajo importante y dejo muchos libros ya preparados y marcados para consulta: llego á casa con ánimo de continuar mi tarea y encuentro que todos han desaparecido. Un satélite de mi esposa, ó sea un paje femenino de escoba, bajo la forma de una anticuada irlandesa, los ha colocado en los huecos de los estantes, pero, de qué manera! ella todo lo que hace es echar garra al libro, tender la vista, descubrir un espacio en que quepa, y zamparlo en él sin cuidarse de si es ó no es su lugar. Un tomo de Montaigne está ocupando el lugar de uno de Shakespeare; éste forma parte de las obras de Víctor Hugo; la Biblia está entre la colección de Voltaire; y ésta ocupa el lugar de un Diccionario, y hasta un tratado de cocina ha hallado en correcta formación con los inspirados cantos de Lord Byron.

Creo que si las maldiciones alcanzaran ya habría sucumbido ó estaría seca como un sarmiento la desgraciada hija de Erín; pero por el contrario, está hecha una pandorga. Por más que trueno y relampagueo contra esta invasión de mis sagrados derechos, á los dos ó tres días se repiten las variaciones sobre el mismo tema. Materia es ésta que más de una vez me ha hecho pensar seriamente en el divorcio, pero no me ha sido posible encontrar en los 6,500 volúmenes de Reports de los tribunales de esta nación, un solo precedente que me sirva para fundar mi demanda, pues ni siquiera una sentencia hay que declare causa legal de divorcio, el delito que comete la mujer cuando se entromete á poner en *orden estético* la biblioteca de su marido.

\* \* \*

Como ya va haciéndose largo este primer arículo, creo llegado el caso de dar á conocer, no el plan que me propongo seguir, pues no tengo ninguno, sino qué es lo que pretendo hacer.

Durante el largo curso de mis lecturas, he tenido por costumbre tomar notas de ciertos pasajes, que me han llamado la atención: los he comentado, comparado y criticado á vuela pluma: forman ya una inmensa mole que me estorba y de que deseo deshacerme. Muchos he destruído y continuaré mi obra de destrucción; pero como no soy egoísta, quiero dar á conocer algunas de aquellas que considero dignas de la atención de los aficionados á estudios literarios. Hay en ellas mucho personal, autobiográfico, anecdótico: todo es resultado de impresiones momentáneas, hasta tal grado, que

al escoger entre estos apuntes, tendre que rasgar ó reformar muchos, pues he encontrado algunas apreciaciones erróneas ó injustas, y juicios apasionados y acres, escritos en forma poco culta y por lo tanto no propia para ser presentada al público.

No es éste un trabajo serio, ordenado, capaz de resistir á una crítica severa: como antes he dicho, mi único objeto hoy es comunicar las impresiones que en mí han causado ciertas lecturas. Si logro entretener á mis lectores, me dará por satisfecho, pero si no consigo ser agradable, téngase en cuenta mi buen deseo, considérese que á pesar de haberme costado algún trabajo compaginarlo, lo doy gratis, y recordando el proverbio: “A caballo regalado no se le mira el colmillo,” téngase benevolencia con el autor.

Vol. 9, No. 2 (febrero de 1890)

## En mi biblioteca.

Notas al vuelo.

II.

Pocos libros han sido para mí de tan grata y sabrosa lectura como la obra de Rufino Cuervo, “Apuntaciones críticas sobre el lenguaje Bogotano.”

Cuatro ediciones se han publicado ya de esta obra, y cada nueva edición ha sido una mejora notabilísima de la anterior: aumento grande en el vocabulario, en los comentarios, en las citas; de un pequeño volumen en 18° ha pasado á ser un hermoso en 8°.

No sólo me deleita este libro por la solidez y exactitud de su doctrina, por la gracia con que está escrito, que lo despoja de la aridez inherente á toda obra de su clase, sino además por los copiosos y bien escogidos ejemplos en que apoya sus decisiones.

Sensible es que en todas las repúblicas hispano-americanas no tenga imitadores el señor Cuervo, pues cada uno de nuestros pueblos ha tenido que agregar á su vocabulario castellano gran número de palabras, para expresar aquellos objetos y condiciones que le son peculiares. A Cuba, á pesar de no ser aún nación hispano-americana, corresponde el honor de haber sido la primera en publicar un tratado sobre las voces especiales que allí se usan. La primera edición que tengo á la vista, salió á luz en 1836, y la cuarta en 1875: como la obra de Cuervo, cada nueva edición ha sido muy corregida y aumentada.

Desgraciadamente nuestro laborioso y erudito Pichardo se hallaba muy lejos de poseer los conocimientos lingüísticos que adornan al señor Cuervo, quien quizá y aun sin quizá, es el hombre que mejor conoce la lengua castellana, como lo demuestra su magnífico diccionario de “Construcción y Régimen,” del cual sólo ha publicado el primer volumen.

Muchas de las observaciones del señor Cuervo acerca de los defectos de pronunciación y acentuación, y del uso indebido de muchas palabras en Bogotá, pudieran aplicarse á Cuba, pero como hay infinitos que nos son peculiares, voy á hacer una ligera reseña de los más importantes en que, al hablar, incurrimos los cubanos.

En Cuba, como en todos los demás países de la América un tiempo española [*sic*], se *escribe* perfectamente la lengua castellana por la gente



educada, pero por regla general, se *pronuncia* detestablemente, aun por esa misma gente educada: muchas son las causas determinantes de este mal, y voy á indicar las más importantes.

La educación pública ha sido siempre desatendida en Cuba de una manera vergonzosa; á pesar de los nobles y generosos esfuerzos de la patriótica Sociedad Económica de Amigos del País y de algunos patriculares, que han logrado hacerla adelantar algo, la verdad es que en este punto estamos aún en mantillas. Bien sabido es que España jamás se ocupó en ilustrar á sus colonias: lo cual no es de extrañarse, pues la misma España es aún uno de los países más atrasados en materias de educación, y sólo en los últimos 20 años ha hecho grandes esfuerzos por educarse. El presupuesto de educación de la isla de Cuba es ridículo por su insignificancia, y á menudo se cierran escuelas, por deberse uno ó más años de sueldos á los maestros, y no haber de donde sacar dinero para pagarles, pues á pesar de lo enorme del presupuesto de Cuba, la burocracia todo lo devora, gracias al detestable sistema de administración y gobierno entronizado allí. Hay excelentes colegios privados y una Universidad bastante buena, y muchos jóvenes se educan en países extranjeros: por eso vemos que junto á un grupo bastante notable de personas perfectamente educadas, se encuentran muchos individuos, que apenas han recibido los primeros rudimentos de educación ó que no han recibido ninguno absolutamente.

La segunda causa es la diversidad de razas: desde nuestra infancia estamos en constante roce con los negros, muchos de los cuales son africanos, en su inmensa mayoría totalmente iliteratos, y que hablan detestablemente el castellano, y con la multitud de chinos que han sido introducidos allí para las faenas agrícolas y el servicio doméstico, y que no pueden pronunciar todas nuestras letras, de un modo claro: tanto unos como otros son cocineros, cocheros, criados de mano, etc., hay que hablarles de modo que nos entiendan, y ellos contestan como pueden, acostumbrando á su mala pronunciación los oídos de los niños, que los imitan. Además las criadas que manejan á los niños son, por lo general, de color: todas hablan mal, y como son las personas que están en más íntimo contacto con ellos, les comunican fácilmente su bárbaro modo de expresarse.

El tercero y más importante factor de nuestro defectuoso modo de hablar es la inmigración española: compónese ésta, en su mayor parte, de gente completamente ignorante, muy pocos saben leer, y menos aún escribir: vienen de los pueblos, caseríos y campos de las diferentes provincias de España y de las Canarias. En esos lugares, por lo general, no se habla el castellano, sino ya lenguas regionales como la catalana y vascongada, ya dialectos como el mallorquín, valenciano, asturiano, gallego, aragonés, navarro, andaluz, etc. Vienen á Cuba en busca de fortuna, pero nada les importan las letras; algunos logran enriquecerse, pero raro es el que trata de ilustrarse; y como todos llegan ya de cierta edad y se agrupan por provincias, jamás pierden su habla peculiar. Muchos se casan y constituyen familias en el país, y con ellos aprenden sus hijos á pronunciar mal, pues peor castellano se habla por el pueblo de cualquier provincia de España, que por los descendientes de españoles en cualquier región hispano americana. Además, algunos de esos inmigrados se colocan de criados en las casas de cierto viso, y son cocheros, porteros y lacayos, llevan los niños á las escuelas, á paseos y están constantemente con ellos y les enseñan sus defectos de pronunciación.



Pasemos ahora una revista rápida al alfabeto, y veamos letra por letra las varias maneras en que las maltratamos.

Contra las letras pueden cometerse graves delitos, que posemos reducir á cuatro clases, con infinitas variaciones sobre el mismo tema. 1° por emisión ó elisión, 2° por agregación ó intromisión, 3° por transposición, 4° por variación, transformación ó metamorfosis.

La *a*, lo mismo que las demás vocales, no es mal pronunciada en Cuba: á Dios gracias nuestra hermosa lengua no ha podido *agallegarse* ni *acatalanarse* entre nosotros; pero algunas veces la ponemos donde no debemos, ó la suprimimos ó trasponemos, y aún de cuando en cuando la cambiamos por otra vocal. La cambiamos en *e* en *espaviento*, *empolla*, *frezada*: en *u* en *aruñar* y en *truje*, aunque este último es un arcaísmo, pues así se decía en el Siglo de Oro de nuestra literatura: la agregamos indebidamente en *amellar*, *arrempujar*, *arremangar*; y en *arrebatar*, no sólo la agregamos, sino además la trocamos en *e*: la usamos en lugar de otra letra ó síbala en *alante*, *antejuela*, *aspearse*, *compaña*, etc.

B. En Cuba, como en casi todos los países en que se habla la lengua castellana, se confunden lastimosamente en la pronunciación la *b* de buey y la *v* de vaca, como la denominan con mucha gracia nuestros cajistas, que porque andan con letras, se creen á veces hombres de letras, literatos, letrados, y hasta facultados para bautizar á su antojo las letras que manejan. Sólo las personas muy educadas y cuidadosas las pronuncian debidamente.

La *b* terminal de una sílaba rara vez se oye en boca del pueblo, comunemente se dice *ojeto*, *ostrucción*, *astraido*, *astinencia*, *ovio*: y hay una palabra que sufre infinitas metamorfosis, en que la letra *b* juega gran papel, y es BONEATO, que hemos oído llamar *boniato*, *buniato*, *buñato*, *moneato*, *moniato*, *moñato*, *numiato* y *muñato*. Muchos de nuestros campesinos dicen *güey* por buey y *güerba* por vuelta.

La *c* antes de *e* ó *i*, así como la *z*, es pronunciada fatalmente en Cuba, pues siempre le damos el sonido de *s*: llega á tal grado este vicioso hábito, que nos desagrade oírla pronunciar bien, á menos que lo haga un español nacido en Castilla y bien educado, entonces nos agrada: pero no tratamos de imitarlo, porque como no estamos acostumbrados á usarla, constantemente la trocamos, poniéndonos en ridículo al decir *cinsero*, *cecsión*; este vicio nos viene de Andalucía.

En algunos casos la duplicamos indebidamente; nada más común que oír *ácido* y *sujección*.

Los de origen astur suelen seguir el ejemplo de sus padres, y se comen la *c* terminal de sílaba, diciéndonos que “el ata está perfetamente redatada y en castellano muy correto” ó que “le han sacao en una atituz manífica.”

La *ch* solemos introducirla donde no debemos: por eso decimos *chicharra* por cigarra.

D. Cuando es final la pronunciamos tan suavemente, que casi no se oye; huímos como del cólera de la insoportable pronunciación asturiana y madrileña, que dió lugar al gracioso epígrama:

Los descendientes del Ciz  
Tienen por grande virtud  
Saber tocar el lauz  
Y haber nacido en Madriz

Pero si en esto no imitamos á los madrileños, en cambio por regla general, lo superamos al engullirnos la *d* de los participios, y solemos decir

*comprao, bebio, matao.* En compensación no falta algunos de aquellos que en Cuba llamamos *fisnos*, que la ponga donde no deba, y no diga que se ha *comío* un plato de *bacalado*, y se ha *hincao* con una espina de *ayuda*, ú otro que nos cuente que su hijo aunque es muy *creció* para su edad, es algo *tardido* para hablar.

A veces la suprimimos, como en *despear*, del cual hacemos ya *aspear*, ya *aspiar*, ó la agregamos como en *descote* y *descotado*, que en castellano son escote y escotado.

E. Esta letra solemos convertirla en *i* ó *ie* en algunas verbales, y no es raro oír *estropiar*, *peliar*, *entriega*, etc. Al terrón de azúcar lo hacemos turrón, al cernícalo, *sarnícalo*, y llamamos *injundia* á la enjundia.

La *f* la pronunciamos siempre bien, y se comprende: no hay modo posible de hacerlo mal: sin embargo, por no dejar de ofenderla, la usamos donde no debemos, como se verá en la *h*.

Con la *g* nos llevamos pasablemente: pero á veces nos empeñamos en llevarla á donde no está convidada, como también se verá en la *h*.

A pesar de que tenemos muchos gallegos en Cuba, no han logrado *acemilarnos* hasta el extremo de que se diga aquello de “que sacamos un jato por santo y una viega por pendón.”

Suele ser suprimida antes de la *m* y *n*, y es común oír *enima*, *indino*, *manífico*: y no falta quien diga *ahuja* por aguja.

Llegamos á la *h*: con esta pobre letra cometemos los desatinos *h*: no hay tortura que no le inflijamos: hay quien la convierta en *b*, diciendo *buevo* por huevo; y en *d*, diciendo *badía* por bahía; en *f* como *fierro*; en *g* como en *güevo*, *gallejo*, *guisopo*; y en *j*, como en *jalar*, *jato*, *jeder*, *jorro*, *ajumar*, *juir*, y sus diferentes tiempos, y en muchos nombres geográficos de origen siboney; en cambio suele usarse donde no corresponde, como se verá en la *j*.

La *i* sufre sus torturas en las verbales: por cambia, rabia y vacia nos suelen espetar *cambea*, *rabea* y *vacea*; no falta alguno que llame *taburón* al tiburón y *etiricia* á la ictericia. Tampoco es raro oír *suidad* y *suidadano* por *ciudad* y *ciudadano*.

En cuanto á la *j* ya hemos dicho que muchas veces se usa en lugar de la *h*: pero por reacción los *fisnos* de que antes hablé suelen convertir la *j* en *h*. Una señor rica y que pronunciaba *superfirolíticamente* me decía que había heredada de su padre un jato y 160 negros, todos buenos hornaleros, y que con el hornal de éstos tenía para vivir con desahogo: los de esta familia nos dicen también *icotea*, *iguera*, *ico*, *mohonera*, y las escriben con *h*.

La *l* suele trocarse lastimosamente en *r*, aunque lo contrario es más común: pero no es culpa nuestra solamente; de España nos vino el cuento aquel de cierto maestro de escuela que al regañar á un chiquillo le decía “muchacho, SORDAO se escribe con *l* y con *d*”: este defecto es andaluz legítimo.

La *ll* la pronunciamos siempre como la *y* en *yema*: verdad es que sólo se pronuncia bien en Castilla y es lástima, pues éste es uno de los sonidos más gratos del castellano y casi exclusivo de este idioma.

En cuanto á la *m* todos sabemos que antes de *b* ó *p* no se escribe *n* sino *m*, pero siempre olvidamos la regla al hablar. Por eso la introducimos en *trompezar*, *trompezon*, *zambullir* y otras palabras, algunas de las cuales ha aceptado ya la Academia como más onomatopéyicas.

No pronunciamos mal la *n*, pero solemos usarla donde no hace falta, como en *desnunciar*: pero como la suprimimos casi siempre en el prefijo *trans*, diciendo *trasformar*, *transportar*, vaya lo uno por lo otro y en paz. La *ñ* la usamos indebidamente cuando decimos *ñato* por chato.

Con el objeto de ofender á la *o* hacemos regulares algunos verbos, y hay quien diga *renoyo*, *denosto* y *emporeo*, y cuando se irrite con un inferior, le grite, “mira que todos no *semos* iguales.”

Poco pecamos contra la *p*, pero solemos cambiarla en *b* al final de sílaba, diciendo obción y óptico.

Podemos pasar por alto la *q* por las razones expresadas en la letra *f*.

La *r*: esta desgraciada letra es fieramente maltratada en la Isla de Cuba, sobre todo por la gente de campo, que á menudo la convierte en *l* y nos dicen *mayol*, *amol*, *dolol* y *bálbaro*: á veces se suprime por completo y oímos *amó*, *mayó*, *doló*: algunos la convierten en *s* y nos rompen el tímpano diciéndonos *casne* por *carne*. Ciertos individuos de la raza de color, llamados *curros*, la convierten á menudo en *i* al final de sílaba, y nos dicen, no *pueo* con la *caiga*, dígame que se *laique*, la coló *veide*, me dejó *mueito*. Tampoco falta gente educada que la suprima en *por* y diga *po* que sí y *po* que nó, *po* lo mismo, *po* aquí y *po* allí.

Llegamos á la *s*: esta es acaso la letra más maltratada entre nosotros; diríase que la odiamos, y que por ese motivo la devoramos siempre que nos es posible.

Decíame hace años un eminente estadista y escritor mejicano, que no comprendía como podía haber cubanos flacos, pues sólo con las *eses* que se comían, bastaba no ya para alimentar, sino para indigestar á una gran nación: lo sensible es que le sobraba razón al ilustre Lerdo de Tejada.

Muchos escritores distinguidísimos he conocido que jamás pronunciaron una *s* al final de sílaba ó palabra, y son pocas las personas educadas que las pronuncian debidamente; yo creo que por nosotros se inventó la burlesca frase “si *lo pato* se comen la *moca* qué no harán *lo ganso*.”... “Dame lo fóforo,” es frase que oigo cien veces al día: los sur-americanos reconocen nuestra procedencia por este defecto, es nuestra piedra de toque, nuestro “Shibboleth.”

Además de suprimirla, sometemos la *s* á otras torturas; una de ellas es agregarla al final de las segundas personas de los perfectos, como bebistes, comistes, vinistes: esto sólo lo usan los pocos que siempre la pronuncian.

No faltan quienes digan *nojotros* por nosotros, los *jestado junidos*, etc.

Es nada que yo recuerdo de momento ofendemos á la *t*.

A la *u* solemos trocarla á veces en *i* diciendo *ingüento*: también solemos suprimirla, como en *mensal*.

En cuanto á la *v* ya hemos dicho al tratar de la *b* que su uso es casi desconocido.

La *x* generalmente la pronunciamos como *s*, diciendo *flusión*, *ausilio*, *esámen*, *esigencia*, y siempre como *s* antes de consonante, como *estraer*, *esportación*.

Abusamos de la *y*, pues al hablar la usamos siempre por la *ll*: sin embargo, en *haya* y *huya* la *y* inspira terror al vulgo, que casi siempre nos dice *haiga* y *huiga*: y muchos sin temor de Dios, nos largan un *juiga*, diciendo tres disparates en cinco letras.

Este maldecido *haiga* es de origen español, y se ha extendido como una mala yerba por todos los países americanos: se oye á veces en boca de personas muy cultas, que saben escribir perfectamente: ha sido usado, lo mismo que *huiga*, por autores españoles de gran nombradía, como Cervantes, Fray Luis de Granada y Lope de Vega.

No debo pasar por alto que los que dicen *dil* por *ir*, dicen también *diendo* por *yendo*.

Llegamos por fin á la *z*. Dice el refrán, el “último mono se ahoga,” y

como ésta es la última de las letras, en el alfabeto fonético cubano la hemos suprimido por completo.

Pasemos ahora á las muchas corruptelas que se han introducido en nuestro modo de hablar. Como consecuencia de la viciosa pronunciación que adquirimos en la niñez, solemos comernos muchas sílabas finales; eso no sirve *pa na, ven pa ca*, no le dijo *na ma*, son frases que se oyen á menudo en boca de gente educada, y siempre en la del vulgo, que suele además endilgarnos *dil* por ir, *otavía* ó *entoavía* por todavía, *versar* por versificar, *transar* por transigir, *nadien* y *naiden* por nadie, *reclamo* y *contesta* por reclamación y contestación, *rabiasca* por rabieta, *tongonearse* por contonearse, *lamber* y *lambiar* por lamer, *lambión* y *lambetaso* por lamentada, *relambío*, *lampuso* y *relampuso* por relamido, *avaricioso* por avariento, *desinquietao* por inquieto, *adulón* por adulador, é infinitas palabras más que no son peculiares nuestras, sino simplemente palabras castellanas bárbaramente estropeadas.

También solemos maltratar muchos nombres propios, diciendo *Grabiél*, *Alifonso*, *Idelfonso*, *Tribulcio*, *Juanquín*, *Prefeto*, *Pretona*, *Gertrudis*....

Debo de paso llamar la atención hacia un gran número de palabras y frases de uso corriente cuya introducción en nuestro estilo familiar se debe en parte al origen de nuestro pueblo. Cuba, rodeada por el mar, con una inmensa extensión de costas, y colonizadas por gentes venidas en su mayoría de las costas de España, se resiente algo en su modo de hablar de su origen marineresco; ningún cubano educado usará por escrito cierta palabrería que trasciende á alquitrán y brea, pero en la conversación familiar puede apostarse que no dirá *ata*, sino *amarra* ó *trinca*; ni desata, sino *zafa*; ni arroja, sino *bota*; ni soporta ó sufre sino *aguanta*; ni vuélvete, sino *virate*; ni cueлга, sino *guinda*; ni tira, sino *hala*; ni afloja, sino *arría*; ni derriba, sino *tumba*; ni márchate, sino *lárgate*; ni despedaza, sino *desguasa*; etc. etc. Sería cosa de nunca acabar citar todos nuestros términos de mar, y hombre habrá del riñón de Castilla que se quede *zurumbático*, como dicen los colombianos ó *alelado* como decimos en Cuba, al oír—se armó allí un zaferrancho—estoy corriendo una trinquetada—vivo en un socucho—le solté una andanada—qué brisote corre—estoy fondeado—lo pasé por ojo—lo eché á pique—voy viento en popa—me aguanto á palo seco—viré de rumbo—y otras muchas curiosas frases á que nadie nos hará renunciar porque son tan expresivas como pintorescas.

Olvidaba decir que también usamos de cuando en cuando diminutivos algo exagerados, como *chiquirritín*, *mismito*, *ahorita*, *náitica*, etc.

Tenemos además un número infinito de frases peculiares y vulgares, que realmente no son defectuosas pero que son incomprensibles para cualquier miembro de la gran familia española, á menos que haya nacido en Cuba, ó residido allí durante largos años:—mude el catre que cae gotera—vaya á que le compren bollos—me dijiste—también lo dudo—lo dificulto—eso es viento—eso es de nieve—en oro ó en papel—no hay quitolis—de p y p w y pilita—de rechupete—no me gusta la carne de puerco—no arrugue que no hay quien planche—ese palo tiene jutía—al salto de la pulga—á como quieran van los mangos—como mono—del fondo de la pipa—mepa—porsia—no te descarriles—romper por el eje—meterse á muerto—qué fino está el cañamaso—asujeta y deja dir—etc. etc. Seguro estoy de que esto será griego para muchos de mis lectores.

Existe, finalmente, un gran número de palabras que sí son en realidad

verdaderos cubanismos, que se usan frecuentemente en la conversación familiar, y no disuenan en gacetillas y artículos de costumbres, pero que serían impropios en un trabajo serio: *palucha*, *paluchero*, y *paluchería*, por charla, charlatán y charlatanería; *piche*, por miedo; *fajarse*, por pelear; *fajazón* y *fajatina*, por pelea; *cachifollar*, por descalabrar; *fugitivarse*, por escaparse ó fugarse; *topar*, por tropezar; *chaquetear* por huir; *manganilla* por jugarreta; *faino*, *zanguango* ó *sanaco*, por mentecato; *mascavidrio*, *patinador* ó *cambiador de paso* por ebrio; *candela* por fuego; *guanajo* por pavo; *tabaco* por cigarro ó puro; *cigarro* por cigarrillo; *galleta* ó *galletazo* por bofetada; *trompada* por puñada, etc.; y además el considerable número de palabras indígenas, que aún se usan para nombrar las producciones naturales de Cuba, son provincialismos peculiares nuestros, y corrientes y admisibles en la conversación familiar: yo por mi parte confieso que lejos de disonarme, son gratísimos á mis oídos, pues despiertan en mí dulces recuerdos de la lejana pero siempre presente patria.

Vol. 9, No. 3 (marzo de 1890)

## En mi biblioteca.

Notas al vuelo.

III.

*El Plagio, los plagiaros y otras muchas cosas más.*

No recuerdo que autor célebre antiguo ó moderno, aunque esto nada hace al caso, dijo: desgraciado del hombre que no ha tenido valor suficiente para cambiar más de una vez en su vida de modo de pensar. Y á fe que rebosaba de razón el buen señor!... Nadie nace sabiendo, ni puede escapar á la influencia del medio físico é intelectual en que se mueve. En cuanto á mí, tengo que confesar que he sido una veleta en muchas materias, que he sufrido grandes evoluciones mentales, y que viejo y todo, creo que todavía me quedan por pasar algunas más y aún más gordas.

Desgraciadamente me ha ocurrido, como á todos, algo poco grato, pero que muy pocos tienen la lealtad de reconocer: mientras más he estudiado, menos he sabido, pues más he dudado y la duda es sólo una forma de la ignorancia. Fui educado sin superstición, pero religiosamente, creía saber perfectamente quién había hecho el mundo, cuando, cómo, por qué y para qué lo había hecho, quiénes fueron nuestros primeros padres, dónde y cómo vivían y hasta sus cuestiones y escándalos domésticos: además, estudié afanosamente la Historia, y creía saber de un modo indudable quienes fueron los fundadores de los grandes pueblos de la antigüedad, las vicisitudes y causas de la decadencia de éstos, etc. La Historia sagrada de Royau-mont y las obras de Rollin y de Anquetil fueron mis primeras lecturas: las estudié con febril entusiasmo y á los doce años me las sabía casi de memoria: creía como artículo de fe todo cuanto decían, y por lo tanto estaba plenamente convencido de que en materias de religión y de historia sabía cuanto era posible saber... después leí otros libros, abriéronse ante mi vista

nuevos horizontes, dudé de todo lo que había aprendido; estudié aún más, y ví desmoronarse el edificio de mi sabiduría y desvanecerse mis ilusiones de sabio para no volver jamás á halagarme.

Uno de mis maestros más queridos, Anselmo Suárez y Romero, fué el primero que puso en mis manos, cuando apenas contaba yo trece años, á uno de los demolidores modernos, al más fiero de los iconoclastas, á Niebuhr; cuando este maldito hipercrítico alemán me demostró, como dos y tres son cinco, que Tito Livio y Floro no son más dignos de crédito que Perrault ó Madame Leprince de Beaumont, que Rollin y Anquetil eran sólo unos malos copistas de aquellos fabuladores, que mis héroes favoritos, Rómulo, Numa, los Horacios, Clelia, Escévola, Coriolano, etc. eran personajes tan históricos, poco más ó menos, como el Barba Azul, Tomás Pulgar, el Marqués de Carabas ó el Gato con Botas, apoderóse de mí frío de fiebre y profundo abatimiento, y me pregunté tristemente, para qué he estudiado? qué es lo que he aprendido? y convertíme desde entonces en un intratable pirrónico.

Peor aún me fué en materias religiosas; en el curso de mis estudios universitarios tuve por necesidad que estudiar fundamentalmente la religión: su historia, que es simplemente el registro de las aberraciones del espíritu humano, me aterró. Pasé á la Teodicea: Balmes y el Padre Perrone abrieron ante mí insondables abismos; quise explorarlos y colmarlos con nuevos estudios, lancéme al espinoso campo de la Teología y aquí fue Troya!... Al investigar los deleznable fundamentos de todas las religiones reveladas, al estudiar la sangrienta historia de las persecuciones religiosas, al contemplar los espantosos estragos causados por la intolerancia, el fanatismo, la superstición y la ambición sacerdotal, desde las más remotas épocas hasta nuestros días, por una violenta reacción perdí toda mi fe y creencias, y caí en el ateísmo, después fuí panteísta, luego deísta, más tarde agnóstico, y si he de decir la verdad, no sé lo que soy ahora ni lo que seré mañana.

Pero el mal no llegó á su colmo, hasta que por obligación, me engolfé en los estudios filosóficos: tuve por profesores de Derecho Natural y Religión Filosófica al enciclopédico Antonio Bachiller y Morales, cuya reciente pérdida hemos conmemorado aquí debidamente; de Lógica al ilustrado sacerdote Francisco Ruiz; de Estética al ilustre y querido maestro Domingo de León y Mora; de Psicología y Teodicea é Historia de la Filosofía, al conciencioso Manuel González del Valle y al inolvidable Ramón Zambrana; todos maestros de primer orden, pero que se veían obligados á explicar sus cursos, siguiendo los textos forzosos de nuestra vetusta Real y Pontificia Universidad, textos todos ortodoxos, y que tenían que pasar por la censura eclesiástica. Mi afición á los estudios metafísicos fué extraordinaria, yo no leía, devoraba libros. Nuestro texto reglamentario era Balmes, pero Valle era ecléctico, y nos recomendaba siempre que leyéramos á Bacón, Descartes y sobre todo á Cousin, que era entonces su favorito. Bachiller y Mora eran liberales y nos recomendaban á Ahrens y la caterva de filósofos alemanes: Zambrana y Ruiz eran católicos, más liberal el sacerdote que el lego, y nos recomendaban á Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Perrone, Paley, y otros de la misma estofa. Yo me estudié á estos autores y otros muchos más, con ansia de aprender las verdades que podía enseñarme la filosofía; sobre todo la alemana, pues ahora creo que por ser la más ininteligible me parecía la más profunda, y de los quince á los veinte y dos años perdí miserablemente mi tiempo con ellos: Leibnitz, Kant, Fichte, Hegel, Schelling, Krause fueron



estudiados por mí de cuerito á cuerito con indefinible placer, que hoy no me explico, y puedo jurar sin mentir, ni temor de condenarme, que entonces estaba convencido de que los entendía. Cuando pasaba la vista por aquella clarísima definición que reza “lo bello es la unión individual é hipostática de un tipo inteligible con un elemento sensible, etc.” ó con la grandilocuente tirada de Fichte que dice “el yo y el no yo, son ambos igualmente productos de acciones primitivas del no yo: el yo y el no yo en cuanto son puestos idénticos y opuestos por la noción de la limitación sensible, son algo en el yo como sustancias divisibles, puestas por el yo, sujeto absoluto, limitable, al cual nada es idéntico y nada es opuesto”—ú otras cosas por el estilo, me quedaba tan satisfecho como el Ilustre Hidalgo Manchego cuando leía en sus libros de caballerías pasajes como “la razón de la sinrazón que á mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de vuestra ferrosura”—pues se me antojaba estupendamente profundos estos logogrifos metafísicos, que el mismo Diablo, sabio por ser diablo, y más aún por ser viejo, no es capaz de descifrar. Atacóme al fin tal indigestión de metafísica, fué tal el baturrillo que se formó en mi cerebro con tantas hipótesis á cual más absurdas, tantas frases y palabrotas vacías de sentido y tantas opiniones encontradas, que abandoné por completo aquellas lecturas; y desde entonces, hasta hace cosa de diez años, sólo cuando me atacaba el insomnio abría un libro de metafísica, y á los pocos momentos roncaba como un lirón.

Pero lo más curioso del caso es, que después de entrado en años, ya con juicio más maduro, he encontrado que al leer de nuevo cualquiera de aquellos libros que tanto me deleitaban, no entiendo ninguno de ellos, si exceptúo la estética de Hegel y algunas obras de Krause: con uno la Crítica de la razón de Kant, me ha sucedido algo muy cómico; más de veinte veces he intentado volver á leerlo, lo he empezado y nunca he podido llegar al tercer capítulo, pues no he podido comprender los anteriores, ni en español, ni en inglés, ni en su lengua original: sólo he venido á reconciliarme con la Psicología cuando Herbert Spencer en sus Primeros Principios, vino con admirable claridad á explicarme lo que yo pensaba, pero no podía coordinar en mi mente de una manera metódica.

Pero no se crea por eso que dejé de estudiar Filosofía: cambié solamente de chucho, como dicen en mi tierra. En lugar de continuar llenándome la cabeza de hipótesis absurdas, tratando de entender libros incomprensibles, escritos al parecer para hacernos perder el poco juicio que tenemos, en vez de entristecer mi espíritu con Heráclitos ó Schoppenhauers [*sic*], ó con la escuela neciamente materialista ó naturalista moderna, como siempre, felizmente para mí, he sido algo optimista, escogiendo entre los buenos libros que había leído me formé un curso especial de filosofía, para mi uso exclusivo, y los textos para ese curso, textos que siempre he seguido estudiando con gran placer, son los libros literarios de la Biblia, Aristófanes, Horacio, Lucrecio, Tácito, Macrobio, Luciano, Ariosto, Rabelais, Montaigne, los Romanceros y Cancioneros españoles, Cervantes, Quevedo, Shakespere, Molière, Voltaire, Goethe, Byron y Victor Hugo. Y sin vacilación alguna, proclamo en alta voz que no hay idea ó pensamiento que valga un camino, que no se encuentre en alguno de estos autores, (que sólo Dios sabe de donde los tomaron) y que no haya sido plagiado, imitado, parafraseado, disfrazado, torcido y retorcido por todos los autores subsiguientes.

El que quiera formarse una filosofía propia, risueña, consoladora y atractiva, dedíquese al agradable estudio de las obras de esos grandes pen-



sadores, y á poco tiempo verá que ha aprendido en ellas más verdadera filosofía, que la que puede extraer de todas las maldecidas, descarnadas, voluminosas é incomprensibles obras que se han escrito para enseñarnos cuales son las relaciones del alma con el cuerpo, y lo que somos, y de dónde vinimos y para que vinimos y á donde iremos á parar; preguntas que al cabo de tantos siglos están aún por resolver, excepto para aquellos que están dispuestos á dejarse comulgar con las ruedas de molino que bondadosamente les propina la fe, en cualquier sistema filosófico basado en una revelación.

\* \* \*

Pero no vayan á figurarse mis benévolos lectores que mi afición á la lectura se ciñó exclusivamente á las obras que llevo apuntadas: lejos de eso, desde niño fuí un verdadero devorado de libros, una polilla de biblioteca, y aún continúo con la misma afición, que es en mí, si no una enfermedad, por lo menos un estado patológico. A pesar de que el rasgo más distintivo de mi carácter ha sido siempre la alegría, por una de aquellas contradicciones bastante repetidas del espíritu humano, siempre he preferido los estudios más serios; y á pesar de mi impaciencia natural en todas las relaciones de la vida, he tenido siempre, en materia de libros, la paciencia de un benedictino; y cuando he querido estudiar ó aprender algo, no me ha arredrado jamás ni el volumen del libro, ni lo desaliñado del lenguaje, ni lo absurdo de algunas ideas, ni aun siquiera que éstas estuvieran en completo desacuerdo con las mías, pues por el contrario, siempre me ha gustado más leer las opiniones de mis adversarios que las de mis correligionarios en cualquier materia. Verdad es que algunas veces, arrebatado por irresistible furia, he tomado sumaria venganza de algunos autores, y no falta en mi biblioteca algún volumen de Chateaubriand, otro de Maistre que me avergüencen con sus cicatrices, recordándome que han sido víctimas de mi coraje y mala crianza: tampoco olvido que hice una vez un auto de fe con la fenomenal versión de Werther, perpetrada por Mor de Fuentes, el extravagante traductor del Derrumbamiento y Vuelco del Imperio Romano, que así tituló el muy bellaco á la inmortal obra de Gibbon, y que otra vez hice trizas el Rolla de Alfredo de Musset disfrazado en carnavalesco traje español por un tal Chavez; pero creo que debe concedérseme indulgencia plenaria por esos exabruptos, al considerar que he tenido la paciencia de leerme de cabo á rabo, reléyendo muchos de sus capítulos, todo el Antiguo y Nuevo Testamento, el curso de Literatura de la Harpe, la Historia Universal de César Cantú, y las de España por Mariana, Masdeu y Lafuente, y lo que es aún más extraordinario los cuatro enormes y soporíferos volúmenes que zurció, un hambriento escritor, llamado don Eleuterio Llofríu, y que intituló, porque le dió la gana, Historia de la Revolución de Cuba.

No faltará algún majadero á quien se le antoje que todo cuanto llevo dicho huelga aquí, y que murmure entre dientes ¿qué tendrá que hacer esta especie de autobiografía literaria-psicológica-evolucionista con el plagio y los plagiarios? Puedo darle cuatro, y aún más, contestaciones satisfactorias: la primera es que, como después verá, tiene que hacer y mucho; la segunda que es conveniente que el lector sepa con quien trata, pues así se evitará acaso un buen chasco; la tercera es que estamos en un país libre cuya constitución garantiza á todos los que bajo su gloriosa bandera se cobijan, el derecho de hablar y escribir á sus anchas, sin trabas ni cortapisas y que estoy haciendo, porque me acomoda, un uso más ó menos discreto de ese

incontrovertible derecho, (y de paso advierto que ningún artículo de esa constitución, prohíbe á aquellos á quien el uso de mi derecho fastidie, que en uso del suyo, deje de escuchar lo que yo diga ó de leer lo que yo escriba), y mi cuarta y última contestación, por ahora, será que el título de mi trabajo me autoriza á escribir cuanto me venga en mientes, sin circunscribirme á límites de clase alguna, pues para no tener coartada mi libertad de acción lo he puesto á la cabeza como un pararrayo, contra los que hagan alguna insinuación malévola ó pretendan llamarme al orden.

Continuando mis digresiones diré que de muchacho tenía yo un memoria espléndido, lo cual dió lugar á que muchas veces superara en mis estudios á compañeros que flaqueaban algo por ese lado, aunque tenían mejor desarrolladas que yo las demás facultades del alma. Aún no es mala esa memoria, á pesar de que los años, las circunstancias desagradables que me han obligado á dejar de ser estudioso para atender al pan cotidiano, y según dice mi médico, el uso inmoderado de cierta humeante y fragante hoja que crece sin rival en mi patria, le han hecho perder mucho de su antiguo vigor.

Esta buena memoria mía dió lugar á que en el curso de mis variadas lecturas, me encontrase á cada instante al recorrer un nuevo libro, con frases, ideas, opiniones, y á veces párrafos enteros, que conocía ya perfectamente, que tenía seguridad plena, absoluta, de haber leído antes: muchas veces no me era posible encontrar dónde ó cuando; pero otras, gracias á mi buena memoria lo recordaba, buscaba y careaba los autores, comparaba las épocas, lugares y circunstancias en que habían sido escritos, y generalmente concluía por convencerme de que no había tal plagio, sino simplemente que aquellos dos escritores habían pensado lo mismo y expresado sus pensamientos de idéntica manera: algunas veces, las ménos, el plagio era posible, pero había alguna variación esencial en el fondo ó en la forma que lo hacía tolerable: en otras pero muy raras, el plagio era manifiesto, y no había excusa posible para el autor: muchos cuadernos tan curiosos como interesantes en que iba dando entrada á estas notas comparativas, perdí al abandonar mi país, pues por razones personales, importantísimas para mí en alto grado, pero de poca monta para mis lectores, escaseóme bastante el tiempo en aquellos días para arreglar mi equipaje y recoger mis papeles.

Añadiré algo más: desde mi infancia he gozado de la salud más envidiable, y aunque tengo más de cincuenta años, aún no sé lo que es guardar cama, por una enfermedad física ó corporal: no puedo decir lo mismo respecto á enfermedades metafísicas ó mentales, pues me ha afligido siempre una sumamente grave que también aqueja á muchos de mis lectores: aquella que los latinos llaman *cacoethes scribendi* lo cual en buen romance significa, *flujo ó prurito de escribir*. Niño aún escribía en los periódicos manuscritos de la Universidad; más tarde, casi imberbe, redactaba periódicos literarios, violaba las Musas, impiamente, componiendo versos más ó menos peores (estado álgido de la enfermedad ya citada) ó soltaba articulazos sobre literatura, historia, filosofía, bellas artes, etc.,—después navegué en el tormentoso mar de la política: nada diré del derecho, pues era asunto profesional; pero puedo asegurar que las resmas de papel que he emborronado no tienen guarismo, y con no poca satisfacción puedo decir, que malo ó bueno, no hay en todo ello una sola palabra de que pueda avergonzarme ó que me arrepienta de haber escrito, pues siempre escribí [*sic*] lo que pensé, y nunca defendió mi pluma ninguna causa que no creyese yo noble y justa.

Y, cuantas veces yo mismo, después de haber escrito algo que me había

costado mucho trabajo pensar y coordinar, me he dicho mentalmete: “esta idea no es mía, yo he leído esto en alguna parte con palabras más ó menos análogas.” Cuántas veces, algunos años después, he abierto un libro viejo, enteramente desconocido para mí, en la época en que he publicado algún artículo, y he encontrado en él lo mismo que yo había dicho, en palabras casi idénticas: cuántas veces he abierto un libro, acabado de publicar, y he visto en él con asombro, que un autor moderno, que de seguro no sólo jamás leyó nada escrito por mí, sino que jamás tuvo siquiera la más mínima idea de mi existencia, copia casi literalmente lo que yo he escrito años antes, casi sin más cambios que los requeridos por el genio de la lengua en que ha escrito!

Resultado de estas comparaciones y coincidencias ha sido que se haya rebustecido cada día más en mí la opinión de que, por regla general, lo que vulgarmente se llama plagio, por no serlo en realidad, no sólo no es un crimen ni un delito, pero ni siquiera un cuasi delito, ó una culpa grave ó leve, que sea acreedora á que el Dios del Parnaso, le aplique el más ligero correctivo.

Para fijar bien la cuestión veamos en primer lugar el significado de las palabras *plagio*, *plagiar* y *plagiar*.

Siendo la autoridad principal en materia de lengua, aquella que lleva el lema “LIMPIA, FIJA Y DA ESPLENDOR” abrámos el Diccionario de la Academia,—plagio, acción y efecto de plagiar—soberbia definición *académica*, que nos ilustra admirablemente, diciéndonos nada entre dos platos.

Veamos el Diccionario de la Sociedad de Literatos, aquel de las célebres definiciones de sol, luna, relámpago, cuello y otras de la misma ralea: Plagio—el hurto ó apropiación de personas, de conceptos, de obras, de libros ó trabajos ajenos, compuestos por otros, etc., etc. El vergonzoso prurito de lucirse á costa del sudor ajeno, vendiendo como de la propia cosecha aquello que otro ha discurrido, etc.

Oigamos á Webster, y no admire á nadie que yo acuda á un diccionario extranjero para definiciones, pues dice el cantarcillo: “cada cual tiene señora mía sus aficiones y sus manías,” y una de mis manías es no gustarme ninguno de los diccionarios de la lengua castellana que hasta la fecha existen: todos, cual más, cual menos, me sacan de mis casillas, pues rara vez encuentro en ellos lo que busco, por cuyo motivo acudo siempre para definiciones á uno de los dos monumentos lingüísticos levantados por Webster ó Littré, con la seguridad de quedar siempre satisfecho.

Webster dice—“plagio: el robo ó hurto de escritos ajenos.”

“Plagiar,” dice la Academia: “que plagia...” Otra definición académica que nos deja tan sabios como antes: para salir de dudas busquemos inmediatamente lo que significa plagiar. “1a acepción, entre los antiguos romanos... Dejémoslos en paz y que sigan inspirando con sus novelas ideas á los inmortales de la calle de Valverde. “2a acepción *figurada*, apropiarse y dar por suyos escritos ajenos”—gracias á Dios que sabemos ya lo que plagio, plagiar y plagiar, significan académicamente en sentido figurado!

Y dice el de la Sociedad de Literatos “plagiar: el que hurta los conceptos, sentencias, discursos ó versos de otros, vendiéndolos además por suyos, especialmente en materia de literature contemporanea.”

Y define Webster al plagiar: “el que hurta los escritos de otros y los da como suyos, ladrón en literatura; el que roba obras ajenas y las ofrece

al público como propias.” Debo llamar la atención á una cita de Milton, que al pié de esta definición nos da Webster, y que está impresa en vergonzante letra microscópica, como invitando a pasarla por alto, dice así: “esta clase de empréstito, a menos que haya habido mejora por parte del tomador, se considera como plagio entre los buenos autores.”

¡No tienen poca miga estas breves palabras del inmortal autor del “Paraíso Perdido”!

Estas definiciones parecen de poca importancia á primera vista, pero bien pesadas, encierran estupenda significación y enseñanza: demuestran entre otras cosas la amplitud de miras, el cosmopolitismo y espíritu asimilador de la raza anglo-sajona, y la estrechez de miras y el espíritu de campañario, aunque á la verdad más honrado, de nuestra raza española.

Para que haya plagio exige el inglés que se robe una obra ó por lo menos un escrito; para la comisión del delito bástale al español que se roben conceptos, sentencias ó versos: el español no admite circunstancias atenuantes sino agravantes, pues es mayor el delito cuando se plagia á contemporáneos; el inglés estatuye que no hay crimen cuando se ha mejorado el original, y esta es la opinión de uno de sus más grandes genios, quien, de paso sea dicho, en materias literarias fué más ladrón que Caco ó que Alejandro Dumas.

No nos ocuparemos de los plagiarios á la inglesa: estos, no deben ser juzgados en el Tribunal de las Musas, sino en la Sala de lo Criminal, dándoles Torquemadas por jueces, trataremos solamente de los plagiarios á la española, aunque después haré ver que nadie ha faltado con más brillante éxito á los principios de la jurisprudencia plagiaria española que los ingleses; también advertiré, pues por ser abogado soy enemigo de negocios con la Justicia, que sólo me ocuparé de los plagios y plagiarios *literarios*, y no de los que en Cuba, México y otros países plagian hombres y los someten á rescate, y que en mi desgraciada tierra de irregularidades, infiltraciones y chocolates, andan disfrazados con el moderno hombre técnico de *secuestradores*, á diferencia de México, donde aún llevan el castizo y antiguo hispano-latino tratamiento de *plagiarios*.

Vol. 9, No. 4 (abril de 1890)

## En mi Biblioteca.

Notas al vuelo.

IV.

*El Plagio, los plagiarios y otras muchas cosas más.*

(Continuación)

Tendamos una investigadora mirada sobre el vastísimo campo que nos presenta la literatura, tanto antigua como moderna, y tratemos de indagar las fuentes de que han tomado muchos hombres de genio algunas de las obras que más nos instruyen ó nos deleitan.

Me limitaré á ocupar la atención de mis lectores, solamente con los

autores ó libros de primer orden: en cuanto á los demás, me contentaré con ligeras menciones, pues de otro modo jamás lograría llegar al término de mi tarea.

Nada diré de las literaturas india, egipcia, caldea ó babilónica, pues su antigüedad y lo poco que aún conocemos de ellas, merced á la barbarie y al fanatismo de nuestros predecesores, hace imposible descibir las fuentes en que tomaron origen: algo diré de la hebrea; algo también de la griega, aunque para nosotros puede casi considerarse ésta como la madre de todas las demás; ya al llegar á la romana veremos el gran desarrollo que tomaron tanto el espíritu asimilista como el anexionista, desarrollo que fué aumentando en la Edad Media y que, en la Moderna, ha adquirido fenomenal crecimiento. Deteniéndome bastante en las cinco grandes literaturas, española, francesa, italiana, inglesa y alemana, haré algunas incursiones en las de los otros pueblos, buscando por todas partes expoliadores que no fueron muy dignos de castigo pues á su vez fueron expoliados, y expoliados que tampoco son acreedores á nuestra lástima, pues á su vez fueron expoliadores.

El resultado de este estudio sólo será obtener el triste convencimiento de que son exactas en lo absoluto las amargas palabras vertidas hace más de dos mil años por el insigne autor del *Eclesiastes*, Salomón, ó quien quiera que fuese: "Nada hay nuevo bajo el sol, ni puede nadie decir, hé aquí algo nuevo, pues ya procedió en los siglos que fueron antes de nosotros"; palabras que traducidas libremente al lenguaje científico moderno, significan simplemente, que así como no existe en nuestro cuerpo un solo átomo que no haya antes pertenecido á otro cuerpo, tampoco hay ni puede haber en nuestra mente una sola idea que no haya preexistido en otra mente; que así como nada podemos crear en el mundo físico, nada tampoco podemos crear en el mental y que lo único que nos es dable pretender es dar nuevas, y acaso más bellas formas, á lo ya creado sea en el mundo físico ó en el mental.

\* \* \*

*A tout seigneur, tout honneur!*

Empezaré por el libro que más veces ha sido impreso, que más ha circulado en el mundo, sobre el cual más se ha escrito, y que por lo tanto debemos suponer sea el que más ha sido leído: es también el libro que mayor influencia ha ejercido sobre la humanidad: además, es el libro por antonomasia, LA BIBLIA, el Libro de los Libros; advierto que no voy á considerar esta gran enciclopedia desde el punto de vista religioso; eso no es de mi incumbencia. Voy á ocuparme de ella solamente como obra literaria.

La primera parte de la Biblia, es decir, el Antiguo Testamento, *en su actual forma*, no tiene gran antigüedad. Los libros sagrados de la India, los de la China, el Zend-Avesta, la Iliada y la Odisea, y muchas otras obras griegas, son muy anteriores á ella; así mismos lo son los papiros egipcios descubiertos é interpretados durante los últimos cincuenta años, y los pocos restos que aún nos quedan de las civilizaciones caldea, asiria y babilónica. Hoy está universalmente reconocido por los más eminentes escritores cristianos, que el Antiguo Testamento, en su forma actual, no pudo ser redactado hasta el siglo V, antes de la era cristiana: formóse de una agrupación de innumerables mitos, tradiciones, leyendas, leyes, etc., unas de origen judaico, otras tomadas de los pueblos bajo cuyo yugo estuvieron largo

tiempo los judíos, como los egipcios, caldeos y babilonios; algún libro es completamente extranjero, y como fueron muchas las manos que tomaron parte en su redacción, se encuentran en él narraciones duplicadas y á menudo contradictorias.

Pero ese libro es una recopilación casi completa de toda la literatura histórica, poética, religiosa, legal y hasta médica, de una nación, que si bien pequeña, proscrita é injustamente despreciada, ha ejercido y ejerce aún inmensa influencia en la historia de la humanidad y que produjo grandes genios, á los cuales han sido atribuidos con mayores ó menores fundamentos, las diferentes obras que lo componen: Moisés, Josué, Débora, Samuel, David, Salomón, Isaías, Jeremías, Daniel, los Profetas, Esdras, Jesús el hijo de Sirach, y algunos más, son los nombres que han llegado hasta nosotros. Pocas seguridades nos ofrecen las atribuciones, pero estúdiense las obras; cualesquiera que sean sus autores, exactos ó no sus nombres, esos libros son inmortales, pues son productos sazonados de colosales inteligencias. ¿Dónde encontrar poemas que superen en valor intrínseco á los cantos de Moisés, los de Débora, los Salmos llamados de David, ó las lamentaciones de Jeremías? ¿Dónde idilio más bello, que el Libro de Ruth, ó poema erótico más tierno que el Cantar de los Cantares? ¿Dónde estudio más profundo del corazón humano que el grandioso poema de Job? ¿Y hay en toda la literatura antigua ó moderna algo más valioso que el libro de los Proverbios, el de la Sabiduría, ó el desesperado y desengañado Eclesiastes, precursor de todos los pesimistas?

Pues en ese libro hay también muchos plagios, y voy á indicar algunos.

\* \* \*

Empezaré por la Creación, y no se asusten mis lectores, pues hablo de la creación bíblica, que es bastante moderna, habiendo ocurrido solamente hace cosa de seis mil años, lo cual es decir, ayer, si atendemos á las indicaciones de la ciencia, que á cada época geológica asigna centenares de siglos.

La leyenda de la Creación, que en el Génesis se presenta en dos formas irreconciliables, es tomada en parte de los caldeos; en Beroso y las inscripciones descifradas hasta el día, la encontramos con muchos más detalles y mucho mejor explicada, pues hasta nos dan razón de la existencia de los monstruosos animales de épocas anteriores, que fueron destruidos por los dioses antes de dar vida al hombre.

Pero son tantas las variaciones introducidas en ella por los redactores bíblicos, que no nos detendremos más que en llamar la atención á ella, refiriendo á Maspero, Lenormant, ó cualquier otro escritor moderno al que desée compararlas.

Pero no haremos lo mismo con la del Diluvio, que vamos á copiar tomándola de Beroso y las inscripciones cuneiformas: creo excusado relatar la leyenda bíblica, pues sería una ofensa á mis lectores suponer que la ignoran; así es, que paso directamente á la leyenda caldea.

Una noche el rey Xisouthros oyó al dios Nouah que le decía: “haz una gran nave para tí y los tuyos, porque voy á destruir los pecadores y la vida . . . haz entrar en esa nave el germen de la vida de todos los seres para conservarlos.” Le mandó que enterrara los libros, aquellos que contenían el principio, el medio y el fin, en la ciudad de Sippara, y después de prepararlo todo que partiese. Habiéndole Xisouthros preguntado “¿á dónde iré?”



le respondió: “adonde están los Dioses” y agregó “que era preciso que orase para que algo bueno sucediese á los hombres.” Xisouthros obedeció y construyó una nave calafatrada con betún. “Reuní todo lo que poseía en plata; reuní todo lo que poseía en oro; reuní todo lo que poseía del germen de la vida, y lo hice meter todo en el arca. Todos mis servidores varones y hembras, los animales domésticos de los campos, los animales salvajes de los campos, y los jóvenes del ejército, a todos los hice entrar en la nave. Concluída la operación, el dios Samas elevó su voz en medio de la noche, y dijo: “haré llover del cielo abundantemente, entra en la nave y cierra la puerta.”

“El día que celebré su fiesta, el día que él había fijado, tuve miedo, entré en mi nave y cerré mi puerta, y para guiar la nave hacia las inaccesibles cimas de las montañas, confié al piloto su gobierno.”

Por la mañana se levantó una furiosa tempestad que se extendió por todos los ámbitos del cielo. Bin tronó en medio del cielo, Nebo y Saron avanzaron de frente y los desoladores barrieron las montañas y las llanuras. Nergal, el destructor, lo trastornó todo. Adar marchó hacia adelante y todo lo derribó. Los Genios llevaron la destrucción por todas partes y barrieron de la Tierra todo su esplendor. La brillante Tierra fué convertida en un desierto. El hermano no vió más á su hermano. La tempestad no perdonó ningún pueblo. Los mismos Dioses en el cielo se atemorizaron, y en busca de refugio subieron hasta el firmamento.

Istar lloró por la suerte de la humanidad, y los Dioses y los espíritus también lloraron con ella. Los Dioses en sus tronos se lamentaron.... Seis días y seis noches pasaron; se enseñorearon de todo la tempestad y el huracán. Durante el curso del sétimo día el huracán se calmó, y la tempestad que, como un temblor de tierra, todo lo había destruido, se apaciguó. El mar se secó, el viento y la lluvia cesaron. “Yo fuí llevado á través de los mares; flotaban como juncos los cadáveres de todos aquellos que habían delinquido, y de toda la raza humana que había seguido la senda del pecado. Abrí la ventana y la luz penetró en mi retiro: me senté con tranquilidad y la paz llegó á mi retiro. El arca que contenía los destinos de la humanidad, se detuvo en el país de Nizir, en uno de los montes Gordianos. Después de siete días de espera solté del arca una paloma y partió. La paloma partió y buscó, pero no encontrando donde posarse, volvió: solté después una golondrina y partió, la golondrina partió y buscó, pero no encontrando donde posarse, volvió: solté después un cuervo y partió, el cuervo partió y vió los cadáveres flotando sobre las aguas, y los devoró: voló, vagó hasta gran distancia y no volvió. Solté entonces todos los animales á los cuatro vientos. Derramé una libación y elevé un altar sobre la cumbre de la montaña.” Las plagarias de Xisouthros y de los Dioses calmaron al fin la cólera de Bel, consintió en dejar vivir lo que se había salvado en el arca, de la humanidad, y en nunca enviar otro diluvio. “Cuando esta sentencia quedó decidida, entró en el arca, me tomó por la mano, y me llevó fuera del arca, á mí me llevó fuera, y me hizo traer á mi esposa á mi lado. Purificó el país, estableció un pacto y tomó al pueblo bajo su protección.” Después de haber ofrecido un sacrificio, Xisouthros con su mujer, su hija y el piloto, para que fuesen iguales á los dioses, fueron arrebatados y desaparecieron para siempre. Los que habían quedado en el arca, al ver que no volvía, desembarcaron, y anduvieron en su busca llamándolo por su nombre. No se presentó en persona, pero una voz bajó de los cielos ordenándoles que venerasen á los Dioses, porque él,



en recompensa de su piedad, iba á morar entre los Dioses, y su mujer, su hija y el piloto participaban del mismo honor. Les dijo que se volviesen á Babilonia, que estaba reservado á los que habían salido de Sipara desenterrar los libros y devolverlos á los hombres; en fin, que el país, en que estaban era la Armenia. Después de haber oido estas palabras hicieron sacrificios á los Dioses y se dirigieron á pié á Babilonia. Parte del arca que se había detenido en Armenia, existe todavía en los montes Gordianos. Algunos peregrinos raspan el asfalto que la cubre, y se sirven de ella como de amuletos para evitar los maleficios. Llegados á Babilonia los compañeros de Xisouthros, desenterraron los libros que estaban en Sipara, escribieron otros muchos libros y construyeron templos después de fundar á Babilonia.

\* \* \*

Paso ahora á la leyenda de la Torre de Babel, según los Caldeos. Dice así: “La raza que pobló de nuevo la tierra fué una raza de gigantes. Cuéntase que los primeros hombres, envanecidos de su fuerza y su grandeza, despreciaron á los Dioses y se creyeron superiores á ellos. Erigieron una torre muy elevada en el lugar en que ahora se encuentra Babilonia; ya llegaba al cielo cuando los vientos acudieron á socorrer á los Dioses, y derribaron la fábrica sobre los obreros: sus ruinas se llaman ahora Babel. Hasta entonces los hombres sólo habían tenido un idioma, pero los Dioses los obligaron desde entonces á hablar en diversas lenguas.”

Basta comparar estas leyendas con las leyendas bíblicas, para comprender que no es posible que el acaso sea el origen de tanta semejanza; y como consta de una manera indudable, por los monumentos y por los fragmentos que nos quedan de Beroso, que la leyenda caldea es mucho más antigua; como se sabe que los judíos estuvieron largos años sometidos al yugo de los caldeos, asirios, babilonios y persas, y que tomaron de ellos muchos usos, costumbres, leyes, leyendas y tradiciones, tenemos que reconocer que en este caso los recopiladores del Viejo Testamento fueron los plagiaros.

\* \* \*

Nada creo necesario decir acerca de la influencia que sobre los judíos ejerció el poderoso y civilizado pueblo bajo cuya dominación crecieron y se desarrollaron, y con el cual estuvieron en íntima relación por largos años; el pueblo egipcio, que existía antes de la época en que se supone existió Moisés, y de cuyo pueblo, como era natural, tomaron gran parte de sus dogmas, creencias, leyes y tradiciones; el que quiera hacer un estudio profundo de ello, tome en sus manos á Ewald, Kühne, Robertson, Smith, William Smith, Rawlinson, Maspero, Opert, Ebers, ó cualquier otro de los grandes historiadores, arqueólogos y críticos modernos, y se asombrará al ver los numerosos plagios de origen egipcio que contiene ese gran libro.

Pretenden Rawlinson, Smith, y otros distinguidos escritores cristianos, hallar en esas leyendas una confirmación de la veracidad de la Biblia, pues concuerdan con lo que ésta dice: no se han detenido en pensar que siendo esas leyendas más antiguas que la Biblia, su pretensión llevada al extremo, sólo serviría para demostrar que no ha existido revelación alguna: pero como ya he dicho antes, no es de mi incumbencia hablar de revelaciones,

sino de plagios, aunque casi todas las religiones se han plagiado unas á otras en la parte mítica, dando por revelados sus dogmas fundamentales.

\* \* \*

Presenta el Antiguo Testamento otra circunstancia notable, que evidencia las muchas manos que tomaron parte en su composición, y es el infinito número de plagios mutuos que se hacen sus libros. El Eclesiastes, por ejemplo, es un escandaloso, pero admirable plagio de retazos tomados á troche y moche de la misma Biblia. El Eclesiástico, los Proverbios, la Sabiduría saquean sin piedad desde el Génesis y el libro de Job, hasta los Profetas: los sublimes poetas líricos, cuyos cantos recopilados forman el *Salterio*, plagian trozos de la Biblia y se plagian unos á otros; por ejemplo, el Salmo 18 es hermano gemelo del Capítulo 22 de Samuel; el Salmo 54 es plagio del 14: el Salmo 70 tiene varios versículos tomados del 60: el Salmo 38 está formado de trozos del 67 y del 60: el Salmo 86 es una colección de retazos del Exodo, de Isaías, de las Lamentaciones de Jeremías y de varios Salmos.

Dos libros hay en el Viejo Testamento que no comprendo cómo han podido jamás entrar en el cánón, judío ó cristiano: uno es el bellissimo poema erótico el Cantar de los Cantares atribuido á Salomón, y que tanto que hacer ha dado á los teólogos y comentaristas en su vano empeño de transformar en alegorías religiosas, amores profanos y sensuales: otro el admirable Eclesiastes, que promulga doctrinas filosóficas más pesimistas y desconsoladoras que las del más desengañado de los materialistas modernos; doctrinas que además están en completo desacuerdo con las dos religiones, Judaica y Cristiana, que tienen por base la antigua Ley.

No me detendré en indicar los numerosos plagios del Nuevo Testamento; cualquiera que seriamente estudie una historia crítica de los orígenes del Cristianismo, encontrará con poco trabajo, de donde han ido sucesivamente tomándose, tanto el Nuevo Testamento como los demás dogmas cristianos ó pseudo-cristianos introducidos después de la predicación atribuida al Salvador y que se supone redactada por los Evangelistas.

\* \* \*

Pero si muchos plagios se encuentran en la Biblia, en compensación el número de plagiarios que ha bebido en ese riquísimo manantial, no tiene guarismo. Todos los Padres de la Iglesia, los teólogos, los filósofos, los comentaristas, los historiadores y poetas cristianos y muchos no cristianos, han explotado á su gusto ese magnífico venero que ha sido fuente de inspiración de algunas de las obras que más honran la humanidad, como iremos viendo á su tiempo. El Korán en su mayor parte es tomado de la Biblia; los Arabes tomaron su revancha y con creces.

San Agustín, Orígenes, San Jerónimo, Tertuliano, San Bernardo, el Dante, Abelardo, Lutero, Melanchton, Erasmo, Rabelais, Montaigne, los dos grandes Luises, el de Leon y el de Granada, Lope, Calderón, Quevedo, Milton, Klopstock, Byron, Lamartine, todos, en fin, han explotado esa riquísima mina en que basta extender la mano para encontrar finísimas perlas, muchas veces escondidas entre los más groseros terrones.

## En mi Biblioteca.

Notas Al vuelo.

V.

*El Plagio, los plagiarios y otras muchas cosas más.*

(Continuación)

Ya he manifestado en el anterior artículo que poco podría decir acerca de las rapiñas literarias entre los griegos, pues su literatura es para nosotros la más antigua: sin embargo, los descubrimientos de los dos últimos siglos nos demuestran que casi toda su bellísima mitología fué tomada de los egipcios, indios, fenicios y caldeos: que gran número de sus fábulas provienen de los antiguísimos libros de la India y del Egipto, y que sus sistemas filosóficos, en su mayoría, tienen el mismo origen.

El ilustre literato alemán Schoell, que alemán había de ser el maldito, se ha tomado el trabajo de contar cuidadosamente el número de escritores cuyos fragmentos nos quedan y los autores citados en esos fragmentos y de los cuales sólo conocemos los nombres. Cerca de ocho mil escritores griegos contiene esa lista: no llegan á setecientos aquellos de que poseemos obras más ó menos completas ó solo algunos fragmentos, y ni siquiera de uno solo nos quedan las obras completas: es decir, que no tenemos un diez por ciento de los autores cuyos nombres conocemos, y es probable que lo que hasta nosotros ha llegado de esos autores, sea menos del diez por ciento de lo que escribieron; de modo que podemos estimar, haciendo un cálculo demasiado alegre, que sólo ha llegado hasta nosotros, cuando más, un uno por ciento de las obras de la literatura griega. Pues bien, á pesar de sernos desconocido ese 99 por ciento, en el uno restante se encuentran muchos plagios é imitaciones.

\* \* \*

Las dos grandes epopeyas de Homero, la Iliada y la Odisea, son consideradas como los monumentos literarios más grandiosos del genio humano: no es posible, sin embargo, creer por un momento que sean producto de un arte ó de una civilización en su infancia: muchos y grandes poetas tuvieron que haber existido antes de que tales obras pudieran, no digo ser compuestas, ni aun siquiera ser concebidas, pues la humanidad no anda á saltos, sino á lentos pasos, y no progresa de repente, sino paulatinamente. Quiénes fueron esos poetas en que aprendió Homero, y de los cuales debió tomar, por lo menos, sus maravillosas formas? La implacable mano del tiempo ha borrado hasta sus nombres, y tenemos que aceptar las portentosas creaciones del vagabundo ciego como enteramente originales.

Otro tanto me veo obligado á decir de Hesiodo y de sus maravillosas Teogonías y Poemas.

Los poetas cíclicos imitaron y plagiaron a su gusto á Homero y Hesiodo; pero no quedaron sin castigo: la Tebaida, la Heracleida, los Epigones y otros muchos poemas de esa época, de los cuales sólo conocemos los nombres y alguno que otro fragmento, se convirtieron en fondo común, del cual se apoderaron sus sucesores, especialmente Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Simónides, de Argos, imitó á Hesiodo, pero Focílides no imitó, sino plagió á Simónides y á otros muchos de sus predecesores.

Esopo, esclavo tracio, que recorrió el Asia, el Egipto y toda la Grecia, recogió por todas partes los argumentos de sus fábulas que después han sido imitadas por todos los fabulistas. La famosa fábula El León y El Ratón, que todos hemos leído, imitada por Samaniego, y que está traducida á todos los idiomas civilizados, es copia fiel de una fábula egipcia, tomada de un papiro del siglo XVII antes de nuestra era, descifrado por Brugsch; y la de Los Abogados, es tomada de una fábula, acaso más antigua, de la India.

Ibico, inmortalizado por Schiller, fué un imitador de Estesícoro: Baquí-lides, sobrino de Simónides, de Ceos, robó á éste muchas de sus ideas; como lo hizo á título de pariente, todo quedó en la familia.

Platón confiesa haber tomado mucho de Sócrates, quien á su vez se asimiló mucho de los egipcios, entre los cuales residió largos años.

Herodoto fué acusado por sus contemporáneos de haber copiado pasajes íntegros de muchos historiadores, viajeros y geógrafos, cuyas obras no han llegado hasta nosotros: cítanse entre ellos, algunos de la Descripción de Egipto, por Hecateo.

Ya he dicho que Esquilo, Sófocles y Eurípides tomaron mucho de Homero, Hesiodo y los poetas cíclicos, á quienes trataron del mismo modo que Shakspeare á los antiguos cronistas: apoderándose de unos cuantos versos, de algunos hechos aislados, de algunas ideas, mejor ó peor enunciadas, con el soplo de su genio, construyeron monumentos imperecederos.

Sófocles fué acusado de plagiarario por un escritor de Alejandría, que escribió un libro con el exclusivo objeto de dar á conocer todos sus plagios: sólo se conserva noticia de tal libro.

Latinus escribió otro libro para demostrar que el gran poeta cómico Menandro fué aún más gran plagiarario que poeta.

Los Persas de Esquilo son una imitación de Los Fenicios de Frinicus.

Esquines, según nos afirma Diódoro, se atribuyó arengas que no eran suyas.

Diódoro, de Sicilia, incorpora en su Biblioteca Histórica y nos da como suyos, largos pasajes de Hecateo, Ctesias, Filistis y Agatárquides.

Estrabón ha insertado en su Geografía extensos pasajes de Eratóstenes, Posidonio, Hecateo y otros muchos geógrafos; verdad es que por regla general lo dice, y que gracias á él, conocemos valiosos fragmentos de esos escritores.

Diógenes Laercio no es más que un recolector de ideas y opiniones ajenas: mucho debemos agradecersele, pues á no ser por él, nos serian desconocidos hasta los nombres de muchos insignes autores que cita y copia.

El brillante y elocuente biógrafo y moralista Plutarco, en mi opinión había adaptado el mismo tema que después adoptó Molière; no hay escritor de la antigüedad, griego, romano ó bárbaro, á quien no haya puesto á contribución: como la abeja, no hubo flor en que no se posase, ni pétalo que no libase, devolviendo el fruto de sus merodeos en utilísima cera y exquisita miel.

Luciano, el príncipe de los escépticos y de los satíricos griegos, el Voltaire de la Grecia, imita y explota grandemente á Aristófanes.

Las obras de Eliano no son más que retazos bastante cuidadosamente cosidos de trabajos ajenos.

Excusado es examinar la literatura griega después de esta época: con

raras excepciones sólo encontraremos miserables copistas y zurcidores de centones: sin embargo no son de despreciar; á ellos y solamente á su cuidado en recolectarlos, debemos inmortales fragmentos de grandes escritores que de otro modo nos serían desconocidos.

\* \* \*

Llegamos á los Romanos, pueblo que tenía desarrollado en grado estupendo el órgano de la adquisividad, pueblo conquistador por excelencia, por lo cual no deberá causarnos sorpresa que hubiese robado cuanto pudo á las naciones que cayeron bajo su yugo. No podré perdonarles jamás su vandálica conducta en el incendio de Corinto, en el cual desaparecieron las más bellas obras del arte griego, y menos aún la destrucción de Cartago, y su salvaje empeño en aniquilar todas las huellas de la gran civilización fenicia, que desapareció por completo: pero la ruda soldadesca que domeñó la Grecia por la fuerza bruta, pronto quedó sojuzgada por la deslumbrante civilización helénica, é inmediatamente trató de imitarla, á menudo con el más brillante éxito.

No eran los Romanos gente que se parara en pelillos, ni se detuviese mucho en hacer delicadas y morales distinciones entre lo tuyo y lo mío: ay de los vencidos! *vae victis!* les habían dicho los Galos, cuando por primera vez el extranjero, el bárbaro, como ellos decían, sentó su planta en Roma: aprovecharon esta lección, y adoptaron esa línea de conducta en sus relaciones con todos los pueblos que conquistaron. Las más hermosas estatuas, bajo relieves y pinturas, los más notables manuscritos, extraídos de los templos, palacios y academias, fueron transportados á Roma, de donde se difundieron en poco más de un siglo, por todo el orbe, despertando por todas partes entusiasta admiración, estimulando el amor á las artes y las letras, y dulcificando la rudeza de aquel pueblo, que hasta entonces no había conocido otra ocupación ó placer que la guerra, ni otra ambición que la de conquistar el mundo.

No recuerdo ahora si entre las leyes romanas que estudié en mi juventud, encontré alguna relativa á la propiedad literaria; pero si la hubo, de seguro que no protegía á los extranjeros y menos aún á los pueblos conquistados: romano es el axioma “*adversus hostes eterna lex,*” y en práctica lo pusieron, entrándose audazmente, como Pedro por su casa, en los dominios de la literatura griega.

La literatura romana puede considerarse, según con mucha razón dice Schlegel, como un verdadero remedo de la griega: los romanos, en materias literarias, nada crearon, no hicieron más que imitar. Llegaron demasiado tarde: los griegos habían llevado ya á la perfección todo cuanto abarcó su exuberante inteligencia, si exceptuamos las ciencias exactas y de observación; así es que desde el principio vemos á los romanos seguir servilmente la senda trazada por sus maestros.

El número de escritores romanos cuyo nombre conocemos, pasa de cuatro mil, y nos quedan obras ó fragmentos de menos de quinientos: tampoco podemos asegurar que poseemos las obras completas de uno solo de ellos: un ligero examen de algunos de los buenos autores nos demostrará el poco respeto que á los romanos inspiraba la propiedad ajena.

Livio Andrónico se contentó con adaptar las comedias griegas á las costumbres romanas; sólo hizo lo que hoy se llama en el teatro “arreglar á la escena.”

Plauto, el verdadero fundador del teatro romano, explotó sin misericordia á los griegos. Aristófanes, Menandro, Demófilo, Difilo, Filemón le pagaron cuantioso subsidio. El Anfitrión es de Menandro, y ha sido imitado por Molière, Dryden y Luis Dolci: la Asinaria ó el Padre Indulgente, es de Demófilo: la Aulularia ó la Alcancia fué tomada de muchos, y ha servido de modelo al Avaro de Molière, y á la Comedia Latina de Le Mercier: la Casina ó el Destino, es de Difilo: la Mostelaria ó el Fantasma, tiene escenas tomadas á todos los autores ya citados, y ha sido imitada por Regnard, Addison y Destouches: los Menechmos ó Gemelos son griegos hasta én el nombre y han sido imitados por Shakspeare, Regnard y Goldoni: el Miles Gloriosus ó Soldado Fanfarrón, es de Menandro y Difilo, y ha sido imitado por Hollberg: el Trinummus ó el Tesoro Escondido es de Filemón, y muchas de sus escenas han sido traducidas á todas las lenguas.

Terencio tomó de Menandro tres de sus mejores comedias; Andria, que casi ha sido copiada por Racan; Heautontimorumenus ó el Padre que se castiga á sí mismo, puede llamarse una traducción, y Eunucus, muchas de cuyas escenas han sido imitadas por Lafontaine; de Apolodoro tomó Hecyra ó la Suegra, y el Phormius ó Cesto de mimbre que Molière transformó en las Fourberies de Scapin, y de varios autores, Adelphi ó los Hermanos, de que Molière se aprovechó grandemente para su "Ecole des Maris."

Cicerón imita mucho á Demóstenes y á Esquines en sus Oraciones; en su Retórica copia trozos enteros de Herennio; en sus obras filosóficas explota á su sabor á Platón y á Zenón.

El gran poeta Lucrecio traduce á menudo á Parménides y á Empedocles; la famosa descripción de la Peste de Atenas, al fin del poema, es solamente una espléndida paráfrasis de un pasaje de Tucídides. Catulo ha hecho algo más que imitar á los griegos en sus Nupcias de Tetis y Peleo; roba á Calímaco en sus Elegías y traduce pasajes enteros de Safo.

Salustio también explotó mucho á sus predecesores, especialmente á los historiadores africanos, y desde su época se lo echaron en cara.

Virgilio imitó y plagió á Lucio Vario, á Varrón y a Hircio; copió á menudo en las Geórgicas á Hesiodo, y en las Eglogas á Teócrito; pero dispuso de tan extraordinaria manera de las propiedades de Homero, del viejo Ennio y de Lucrecio que esto merece párrafo aparte.

Macrobio que es adorador de Virgilio, y floreció cuatro siglos después, dedica veinte y un capítulos del libro quinto de libro [palabra ilegible] y el capítulo tercero del libro sexto, nada más que á presentar frente á frente los plagios hechos por Virgilio y los textos originales de Homero, Menandro, Aristófanes, Eurípides y otros autores griegos; son tan considerables que en mi edición, que es la de Nisard, ocupan cincuenta y ocho páginas, en cuarto, de letra pequeña y á dos columnas desde la página 286 hasta la 341 y de la 353 á la 355.

El que quiera saber lo que Virgilio debe á Ennio y á Lucrecio, lea el libro sexto capítulo 1º y 2º de las mismas Saturnales: en [palabra ilegible] edición ocupan trece grandes páginas de dos columnas de la 341 á la 353: empezé [*sic*] á contar todos los plagios de Virgilio citados por Macrobio; pero como no soy alemán, al llegar á 400, viendo que aún no estaba á la mitad, abandoné la tarea.

Horacio imita á Lucilio, y en sus odas á Arquíloco, Alceo, Alcman y Estesícoro: algunas de sus odas y elegías pudieran llamarse traducciones literales de Alceo.

Propercio imita á Calímaco y á Filetas.



Ovidio, en las *Metamorfosis*, traduce ó imita á menudo á Corina, Calístenes, Antígono, Nicandro, Parténides y otros autores: en los *Fastos* imita el poema “las Causas,” de Calístenes, y en su parte histórica copia literalmente los *Anales Máximos*: El *Ibis* es traducción literal de Calímaco.

Varrón imita constantemente á Ennio.

Las fábulas de Fedro son tomadas de Esopo y otros autores griegos; pero no robadas, pues Fedro que debió ser un hombre de bien, cosa excepcional en su época, lo dice terminantemente desde sus primeros versos.

El libro 21 de Tito Livio es casi una traducción de Polibio; en los siguientes, el gran historiador saquea aunque en menor escala al mismo escritor, tomándole varios pasajes: en los primeros libros, explota á los antiguos analistas romanos: fué acusado de plagiarlo por los autores de su época.

Séneca el Trágico saquea á Eurípides y traduce trozos de él en *Hércules* y en *Hipólito*; á Sófocles le confisca largos pasajes en *Edipo* y en *Hércules* en el *Oeta*.

Persio, en sus sátiras, imita demasiado á Horacio.

Lucano imita y traduce en su *Farsalia* á los poetas griegos de *Alejandro*.

Silio Itálico, en sus *Púnicas* empieza el despojo por Homero y Hesiodo, y concluye con Tito Livio, Polibio, Lucrecio, Horacio y otros muchos más.

Valerio Flaco, en sus *Argonautas* imita á Apolodoro; pero llega á tal grado su imitación que pasa de los límites permitidos.

Estacio toma el plan de su *Tebaida* de la de Antímaco; y no contento con esto, le toma también muchos pasajes.

Plinio manifiesta que ha sacado su inmensa obra de las de más de *dos mil* autores, por desgracia casi todos perdidos ya. Como, por regla general, da á cada uno lo que es suyo, no podemos llamarlo plagiarlo, sino recolector.

Quinto Curcio, novelador histórico, y declamador brillante, de quien en línea recta descienden Solís, Lamartine y Castelar, puso escandalosamente á contribución á cuantos escritores griegos trataban de Alejandro Magno; como tenía talento superior, imaginación espléndida y una pluma muy bien tallada, la taracea resultó bellísima, y es uno de los libros histórico-novelescos más deliciosos que nos ha legado la antigüedad romana; pero si el día del Juicio Final hay arreglo general de cuentas, y piden á Quinto Curcio que devuelva lo ajeno fácilmente podrá pagar sus deudas, á menos que pida devolución á los infinitos escritores que, robándolo, han vengado á los Helenos, a quienes saqueó sin piedad, pues raras veces los imita.

Antonio imitó á Marcial y copió á menudo á Virgilio.

Los poemas geográficos de Rufo Festo Avieno son extractos de obras fenicias, cartaginesas y griegas.

La historia romana de Jornandes es una copia de Flaco con palabras cambiadas.

Macrobio, en sus *Saturnales*, tomó bastante de Plutarco y mucho más de lo que debiera de Aulio Gelio.

Dejaremos aquí en paz á los romanos, pues después de este época, la literatura romana pasa á ser latina ó bárbara.

Sólo tres grandes escritores encontramos en Roma á quienes no creo se haya podido aplicar el tratamiento de plagiarlos ó imitadores: Julio César, Tácito y Juvenal; los tres eran de elevada inteligencia, poseían con perfección la lengua griega y conocían admirablemente la literatura patria. El primero acaso pudo inspirarse en Jenofonte: no así los otros dos; grandes



pensadores y políticos profundos, tomaron diversa vía para expresar sus ideas, enriqueciendo la literatura con obras maestras, que han tenido muchos grandes imitadores; pero ninguno de ellos ha logrado arrebatarse de manos de Tácito el cetro de la historia ó de las de Juvenal el de la sátira. La inmortal historia de Gibbon y *Les Chatiments*, de Víctor Hugo, á pesar de su imponderable mérito, no han marchitado una sola hoja de las coronas de laurel que ciñen las sienas de Tácito y de Juvenal.

\* \* \*

Esta ligera ojeada demuestra cuán desarrollada estaba desde la época histórica más antigua que conocemos extensamente por sus producciones literarias, la afición á vestirse con galas ajenas; prueba palmaria de ello nos presenta la fábula griega “el Grajo vestido de plumas de Pavo Real,” que todos hemos leído, y, como ya hemos visto, no estaba esta afición limitada á los escritores adocenados, sino que también contagi6 á los de genio, que con sus mágicas manos embellecieron cuanto tocaron, convirtiendo viles metales en finísimo oro.

Por eso creo que no sólo no debemos pedir á Júpiter que fulmine con sus rayos, ni á Apolo y las Musas que entreguen al furor de las Euménides á esa inmortal cuadrilla de merodeadores, sino por el contrario, suplicarles fervientemente que intercedan con los señores Oidores de la suprema Corte Infernal, Minos, Eaco y Radamanto, para que los envíen á gozar eterna felicidad en los Campos Eliseos, en el Jardín de las Hespérides, y en las Islas de los Bienaventurados. El velo del olvido cubre hasta los nombres de muchos de esos grandes autores; deleznales y mortales fueron sus cuerpos, pero sólidas é imperecederas sus creaciones, que, pasando en gran parte por el crisol latino, desgarraron las tinieblas de la Edad Media, y surgiendo de ellas cual nuevo sol, nos trajeron el Renacimiento y con él la Nueva Era y la libertad. A su benéfico influjo brotaron el Dante, Tasso, Ariosto, Bocaccio, la escuela clásica francesa, y el genio que más profundamente ha analizado el corazón humano—Shakspeare—y ese influjo durará tanto como la raza humana.... Aún en nuestros días podemos decir que resuena en nuestros oídos la lira de Teócrito, pulsada por André Chenier; la de Tirteo, por Quintana, Olmedo y Béranger; la de Píndaro, por Heredia; la de Anacreón, por Tomás Moore; la de Aristófanes por Heine; y las de todos los grandes genios de Grecia y Roma, creadores inimitables de la belleza eterna, heridas por las poderosas manos de Goethe, Schiller, Byron, Musset y el incomparable lírico Víctor Hugo.

## Confidencias importunas.

Esa noche salí a los once de una visita. Había estado con Clara tres horas seguidas y nos habíamos dicho primores. Nunca, como esa noche, quedé tan prendado de su talento y hermosura.

Iba recorriendo las calles á aquella hora, y á un mismo tiempo acariciaba el recuerdo de su imagen. Percibía distintamente el olor de sus cabellos: frotándome las manos recordaba la piel finísima y elástica de las suyas, y mirando al cielo me parecía encontrar por millones la imagen de sus ojos.

La luna se había puesto hacía mucho rato. El Poniente estaba lleno de una claridad lechosa, último resto que había dejado de sus emanaciones el astro muerto. Lo restante del cielo era de color azul oscuro, casi negro. En ese fondo las estrellas, contentísimas por el ocaso de la luna, brillaban á competencia.

Un vientecillo del Norte, frío, sutil, seco, me torturaba el rostro. Tratando de evitar sus caricias importunas, dejé la carrera séptima por donde iba, y tomé por la calle catorce abajo, con la esperanza de que en llegando á casa, ya el viento hubiese cesado. Me producía una sensación insoportable este frío del ambiente, porque, como una burla, recordaba que, dos veces en esa noche, Clara, en un descuido de la señora que estaba de guardia, había apretado sus mejillas contra las mías. La suavidad de raso, la frescura de piel de durazno, la conmoción eléctrica que se difundió por mi cuerpo, merced á aquel contacto, duraban todavía como sensación y como recuerdo en mi organismo sensible y tirante. Solamente el aire frío de la noche, produciendo una impresión más fuerte que la primera, lograba desvanecerla.

Por eso me esforzaba en evitar las caricias del medio ambiente.

Bajando por la calle catorce, hallé un figón abierto y entré á comprar cigarrillos. En la parte interior se oían voces roncadas, aguardentosas y entre ellas una que no me era desconocida.

Pasé adelante por si lograba sacar de allí á un grande amigo mío. En efecto, estaba; pero la idea de hacerlo retirar era nada más ni menos que temeraria.

Los que lo acompañaban á beber y á charlar me invitaron á que tomara parte en ambos ejercicios. No acepté el cargo sino por lo tocante á la charla, para la cual sentía esa noche una disposición excelente. Lo que era beber, yo no bebería en cuanto aquella sobriedad no fuera á comprometer el buen humor reinante.

Dice Darwin, ó á lo menos asegura Preyer haber leído en los libros del naturalista inglés, que la caridad y la conmiseración son sentimientos rudimentarios, de que es capaz no solamente el hombre salvaje, sino hasta los animales de organización más imperfecta: que la capacidad de alegrarse artificialmente por acompañar á los que están contentos, sí es carácter distintivo del hombre educado y del corazón generoso. Con esa máxima en el cacumen, resolví dar ejemplo de alma grande, haciéndome partícipe de aquella alegría pastosa. El medio en que esas gentes estaban sumergidas, no se prestaba para el contento vivaz y ruidoso. En una pieza iluminada por un pico de gas, estrecha, de paredes mugrientas, llena de humo, de olores

alcohólicos y á víveres, la alegría debía ser como la que se siente en las tabernas de una ciudad septentrional, allá en Suecia por los meses de noviembre ó diciembre. Los hombres sumergidos en una atmósfera pesada ó infecta no pueden alegrarse sino de un modo muy severo. Los nervios no vibran con rapidez, porque la sensación gasta mucho tiempo antes de convertirse en idea.

A medida que iba pasando el contenido de las botellas al estómago de aquellos cinco camaradas, el pensamiento, lejos de avivarse, se apagaba, porque estaban bebiendo cerveza y de la peor.

Ya hablaban con mucha dificultad, y alguno de ellos con la cabeza doblada sobre las manos juntas y extendidas en la mesa comenzaba á roncar.

Los cinco estaban casados, y, como era natural, alguno de ellos pensó en que su esposa iba á reñirle esa noche, según era costumbre, cuando aportaba al hogar después de la media noche.

Entonces, uno de ellos, alto, delgado, de color rojo de cangrejo cocido, patillas inglesas, rubias, sucias, y muy desarregladas, dió un golpe sobre la mesa. Hizo, en seguida, cuanto pudo por levantarse, y comenzó á hablar:

“Mi mujer nunca me dice nada. La tengo enseñada á respetar mi voluntad incondicionalmente. Una vez... no me acuerdo si fuí recién casado... ah! sí, cuando estábamos viviendo por la calle de la Moneda... llegué tarde, no mucho, á las doce y cuarto.... Lloriqueos teníamos... la cosa que más me choca... yo llevaba entre el cuerpo cerveza y brandy *in quantitaty magna*. ... Le dije que yo no me acomodaba con esos dibujos y que era menester callarse.... Contestó más de veinte horrores: ‘Canalla, yo no me casé para vivir sola.... Si para eso hubiera sido, pues yo sé muy bien lo que se hace ... y lo que tú no me vienes á imponer tu voluntad... si vuelves á llegar á esta hora, no me encuentras en casa....’ Siguió regañando pero no sé cuales fueron sus últimas palabras, porque estaba yo de nuevo en la calle, cuando terminó su discurso. A la siguiente noche llegué á las doce y media sin un trago en la cabeza. Refunfuñó su poquillo.... Cuando me pareció que tomaba la tonadilla aires de crescendo... me volví á poner el sombrero para salir: en el zaguán me alcanzó la pobrecita.... Un mar de lágrimas... la estatua del arrepentimiento.... ‘No te vayas... no volveré a decir nada....’ Entré de nuevo á la pieza, me acosté tranquilo... y los llantos y las reprimendas cedieron para siempre.”

Otro de los menos borrachos tomó entonces la palabra: dijo que él no se había casado por amor, ni por interés tampoco. Su mujer era rica y hermosa, pero él tenía fortuna mayor que la de ella y jamás le había cautivado su belleza. Se había casado por una peculiaridad de su carácter. Era muy amigo de contradecir y á veces solía hacerlo en términos muy duros. De tal manera que esa costumbre le había ocasionado más de un disgusto durante su vida. Pero su mujer era un ángel. Le gustaba que la contradijeren [*sic*]. La primera vez que la había tratado en un baile, se lo había dicho. Y él comenzó á hacer la prueba. Luego visitó la casa, y las entrevistas eran una disputa cerrada, en que á él se le iba la lengua muy frecuentemente. Pero ella nunca se daba por entendida. Al fin, se casaron y eran felices. Él se abstenía en la calle de contradecir al prójimo, y llegaba á la casa á desquitarse de sus privaciones. “Buenos días, hijo, le decía ella.”—“Ni son buenos los días, ni yo soy hijo tuyo” le decía él, y la pobrecita como si tal cosa. “¿Quiéres almorzar?”—“Yo no quiero á nadie, ni son horas de almorzar.”—“¡Hombre! son las once.”—“Qué sabes tú de

horas. ¿A que no conoces el reloj?” y la consorte se reía buenamente. Si llegaba de noche muy tarde y le preguntaba “¿dónde has estado?”—“¿Sabes que no he estado?” y ella se callaba y él se dormía satisfecho.

El que roncaba levantó la cabeza: “Mi mujer es la causa de mi desgracia. Si no me hubiera casado... casado... sería... pues hombre... completa... mente feliz.” Imposible reproducir fielmente lo que decía. Su voz tenía inflexiones ascendentes, tonalidades vagas, movimientos rápidos, esperezos, silencios oratorios y puntos inapreciables, porque á veces movía los labios solamente sin impulsar el aire de los pulmones. La laringe no vibraba... y nosotros á oscuras. Pero sobre poco más o menos se limitó á decir que era muy desgraciado. Lo repitió en varios tonos y aun sin tono alguno, y fué la única frase inarticulada que le entendimos, pues ya teníamos fija la expresión de los labios al decirlo, de modo que el sonido no nos hacía falta para enterarnos. Cuanto á lo demás, ya era otra cosa. En suma, la mujer era muy celosa. Si llegaba él tempranito á acostarse, ella comenzaba a decirle que seguramente la cita era para las primeras horas del día siguiente. Si llegaba tarde, era como aparecerse con el cuerpo del delito. Lo tenía triste, por eso bebía tanto. Seguro que iba á terminar su existencia con levantarse de un tiro la tapa de los sesos.

“Como mi esposa es de tanto talento, dijo el otro, practica la tolerancia de un modo muy amplio.” Este era el más joven de todos; frisaba con los treinta años y era muy robusto, moreno, color de perla, y vestía correctamente. Ganaba su vida como jefe de una sección en el ministerio. Su esposa, según él lo decía, era mujer de mucho talento y escribía ensayos de crítica, novelas, revistas políticas y correspondencias. Tenía fama continental. De su estilo se hablaba en la prensa americana desde México hasta Buenos Aires. En su casa estaban como en la propia los artistas, los críticos, los poetas, los autores de novelas y los redactores de periódicos. Se trataba de hombre á hombre con ministros, senadores y diputados, y (una de las cosas, tal vez la única que le disgustaba en Lidia) á él lo miraba por encima del hombro, con cierto aire de superioridad. Pero, pensándolo bien, él se había convencido de que ella en parte tenía razón, porque él no sabía ni jota de realismo de ideas innatas, de arte docente, de subjetivismo de sentido estético y de otras varias personas muy conocidas de su esposa. Verdad es que no le daba guerra: “Pepe, le decía algunos días; pásate esta noche por casa del ministro. Me ha convidado á comer, y pienso estarme hasta las diez; allá se reune muy buena gente.”

Por otra parte, esta ubicuidad de su consorte le convenía á él mucho. Dos ó tres veces que había estado en peligro de perder su colocación, ella lo había sabido antes que nadie, se había lanzado á casa del ministro, y ella, la mujer más recursiva que él conocía, lo había compuesto al fin. “Ahora verán ustedes dijo muy ufano, si una mujer como ésta no es una ganga,” y á renglón seguido nos refirió la historia de su nombramiento para jefe de sección. Todo lo cual iba condimentado con ciertos rasgos de modestia alusivos á su notoria incapacidad, á su ignorancia, á la innegable superioridad de su esposa.

El quinto no vivía con la suya. “A mi... por fortuna..., dijo entre dientes, no hay quien me muela los omoplatos. Cuatro meses después de casada, Micaela, la mujer más hermosa y más impertinente que yo he conocido, volvió al seno de Abraham, de don Abraham Contreras, que así se llama su difunto padre. No me pregunten ustedes como fué aquello, pues es cosa que me pone de mal humor.”—Por supuesto, que no se lo preguntamos.

A esta sazón el mozo de la taberna llegó con seis vasos de cerveza:—Despachen ustedes pronto, porque es menester cerrar. El sereno ha llamado cinco veces.

Cuando estuve en la calle me enteré con mucho gusto de que el viento del Norte ya había suspendido su curso. Pero aquella sensación tan complicada que Clara había dejado en mis nervios cuando en un descuido de su tía, puso su rostro en contacto con el mío, ya se había disipado.

Para experimentar esa sensación vivamente, el viento frío y seco, antes era un auxiliar que una rémora, porque la rudeza del contraste, exaltaba las otras sensaciones.

Me tocaba el rostro. Adios suavidad de raso, frescura semejante á la corteza de durazno, conmoción eléctrica, deseos imposibles!

Vol. 9, No. 7 (julio de 1890)

## Literatura americana.<sup>1</sup>

Los habitantes del Nuevo Mundo á quienes consume el gusanillo de las letras, viven casi exclusivamente de la producción europea. No faltan conocedores de las literaturas orientales y hay quienes dan cuenta del drama y la novela, según son entendidos en el Celeste Imperio. Todo por el intermedio de la civilización europea. Pero los americanos vivimos en un aislamiento que da grima pensar en ello. Un libro que sale en Bogotá va á París, á Florencia, á Londres, á Nueva York y á Hamburgo, antes de que la conozcan en Quito y Cochabamba. Los más de ellos, si son dignos de fama, logran llegar al Sur del continente, y si no son muy notables no pasan nunca los lindes de la patria. En Colombia vivimos tan ignorantes de la literatura argentina, verbigracia, que as doloroso tener que decirlo. A pesar del telégrafo y de la navegación por vapor, las relaciones intelectuales entre las repúblicas de Sur-América son más escasas que las que tuvieron Grecia y Egipto, Roma y Atenas en sus bellos tiempos. No es de extrañar que los romanos viviesen á oscuras de la civilización griega en tiempo de Pericles. Eran, por aquellos días, un pueblo bárbaro que apenas se ocupaba en hacer la guerra para constituirse. Mas, cuando las tinieblas de la ignorancia comenzaron á disiparse, la diversidad de lenguas no fué obstáculo para que los romanos se asimilasen la literatura griega.

Tan convencidos están los sur-americanos del aislamiento en que viven, que si algún escritor de por acá siente el deseo de hablarle á un público numeroso, da á luz sus obras en París, escribe en las revistas de Europa, ó en las que se editan en Nueva York en lengua española. Este camino tienen que seguir los que aspiran á ganar fama continental, si no adoptan el sistema de la correspondencia privada y pública con literatos españoles, donde se agote el vocabulario de las alabanzas mutuas.

En todo esto hay que pensar con sólo darle principio á una novela que publicó este año en Buenos Aires, el literato de Bolivia don Santiago Vaca Guzmán. El autor de *Su Excelencia y su Ilustrísima* lo es de otros muchos libros sobre literatura, jurisprudencia y derecho público,<sup>2</sup> mas con todo eso no era conocido de los literatos mejor informados de Bogotá.

Sería recomendable la formación de una Junta literaria con la mira de facilitar el canje de los libros americanos. En ella se habría de resolver el problema meramente económico, sin preocuparse de la gloria ni del buen nombre literario de los de la Junta. Esta gloriola ha sido el abismo en que perecen sin remedio las Academias y Ateneos de Sur-América. A facilitar el advenimiento de este tráfico de las ideas deben contribuir publicaciones que ya tienen fama en el continente, como LA REVISTA ILUSTRADA DE NUEVA YORK.

1. Santiago Vaca Guzmán. *SU EXCELENCIA Y SU ILUSTRÍSIMA*. Una historia verdadera con muchas trazas de novela. Buenos Aires, 1890. —Colección Moen.

2. Obras del señor Vaca Guzmán:—*La Aduana Nacional, Obligaciones del contrato de compraventa, La usurpación en el Pacífico, Intereses comerciales entre Bolivia y el Plata, El derecho de conquista, La literatura boliviana, El explorador Chevaux, La mujer ante la ley civil, Días amargos* (novela), *El Chaco oriental, Reglas de Derecho internacional penal*.—Bolivia.

\* \* \*

El libro del señor Vaca Guzmán consta de un requilorio; de un juicio crítico, pensado por el mismo autor; de tres partes con sus respectivos títulos, como era usanza con los dramas en tiempo del difunto romanticismo, y de un epílogo, para que no vaya á faltar nada. Las tres partes están subdivididas en capítulos cortos, cada uno de los cuales tiene su título muy largo y alambicado, á la manera de los del *Quijote* y de la *Historia de Carlo Magno*. Estamos en todo el vigor de la caballería. La novela, que presume de histórica, se refiere á los primeros años de vida colonial en el Paraguay. En ella (la novela) se cuenta, muy al pormenor, una historia de amores, en que median una viuda muy bella, un Excelencia caballeresco y un Ilustrísimo muy sabio y muy virtuoso. La descripción de la lucha eterna entre el poder temporal y el que les confirió Cristo á los sucesores de San Pedro, puede decirse que es la parte trascendental de la obra. Su Excelencia da en querer á la viuda; la persigue con zalamerías en un principio y al fin la cerca brutalmente, como era costumbre en épocas de desenfreno, parecidas á aquélla. La viuda toma consejo del venerable prelado, y entre los dos se salvan de las torpes asechanzas, no sin que las pretensiones amorosas del garnacha enciendan en el gobierno de la Asunción tal enredo, que hubo de trascender hasta la metrópoli.

Así es la historia. Desde el prefacio el autor dice que le ha picado el deseo de imitar á los escritores castellanos de 1600. Y no era menester que lo dijese, porque basta leer la portada para convencerse de esa verdad. El señor Vaca Guzmán ha leído con deleite los clásicos españoles y se advierte que está empapado, no solamente por el vocabulario sino por el estilo, en la literatura de hace dos siglos. Sin embargo, la imitación se refiere únicamente al *Quijote*. Otros escritores más netamente castizos como Santa Teresa, Fray Luis, Quevedo, no han merecido la predilección del novelista boliviano. Parecerá un escándolo decir que no fué Cervantes tan castizo como la de Ávila, ni siquiera como el chistoso Quevedo; mas por fortuna es una aserción muy fácil de probar con las cartas en la mesa. Lo que para el señor Vaca Guzmán es característico en el estilo del autor que imita, son las transposiciones. En la novela paraguaya abundan con peligro de fatigar al lector; y si no fuera por otros primores que tiene el libro, sería menester dejarlo á poco andar. Hay abuso en la imitación del estilo antiguo. Pero es lo peor de todo que lo imitado por el señor Vaca Guzmán no es genuinamente castizo. El lenguaje del *Quijote* está influido por la lectura de los clásicos italianos, á que fué muy dado Cervantes, y por lo mucho que el pobre soldado tuvo que hacer con aquella lengua en el tiempo que duraron sus campañas. Si este artículo fuera de otra clase, aquí vendrían muy á pelo citas á granel, tomadas del *Decamerón*. Por cualquier parte que abramos las obras de Boccaccio, hemos de hallar transposiciones. Va una cita tomada del cuento que lleva por título *El bello falcón*. Para que todos puedan juzgar de la violencia de las transposiciones, la traducción está hecha, en cuanto es posible, palabra por palabra: "El cual, como á los más de los caballeros les sucede, de una señora llamada doña Juana se enamoró, en sus tiempos tenida por una de las más bellas y graciosas que en Florencia había: y á fin de que su amor lograr *pudiese*, andaba en justas, en batallas, hacía fiestas y regalos, y lo suyo sin medida *gastaba*." En el *Quijote* no son tan frecuentes ni violentas las transposiciones del verbo; pero en el libro del señor Vaca Guzmán, para quien la sintaxis enrevesada era lo más genuino



de la obra de Cervantes, son tan abundantes como en los cuentos de Messer Giovanni.

Es menester repetir que eso pugna con la índole de nuestro idioma, y que si en el *Quijote* se habla de tal suerte no es cualidad digna de imitación ni en serio ni de gorja.

Otra singularidad del estilo imitada por el señor Vaca Guzmán es el recargo de adjetivos, muy pintorescos algunos de ellos, colocados casi siempre antes del sustantivo. Así pasa en el *Quijote* y ese mismo es el caso en el autor italiano ya citado. De modo que esto que imita el novelista americano tampoco es castizo; Cervantes lo tomó de sus modelos; y escritores menos enamorados que él de las letras italianas del siglo XIV y del XVI, no dieron ejemplo des esa “pulpa de adjetivos” que hay en el *Quijote*.

Lo más curioso de todo esto es que ni las transposiciones, ni la abundancia de epítetos son cualidad intrínseca de la prosa italiana. Cuanto al último de estos caracteres hay que tener presente que era idiosincracia de uno ó de algunos escritores italianos. En Boccaccio “la superabundancia de los adjetivos era proveniente de una gran capacidad de referir y una muy reducida para describir.”<sup>3</sup> Y por lo que toca al primero, nació de la desalentada imitación de la sintaxis latina; porque de todas las lenguas romances fué la francesa la primera en convencerse de que tenía carácter propio, muy diferente de la lengua madre. Quedemos, pues, en que los escritores italianos de 1300 imitaron sin cordura la construcción latina; en lo cual iban en pugna con el genio de su lengua; quedamos en que Cervantes produjo un libro bello y humano, á pesar de haber imitado sin discreción los defectos de Boccaccio y sus contemporáneos; quedamos en que el señor Vaca Guzmán, por ser castizo, purista, clásico, ha venido á imitar, pasando de unos siglos á otros y saltando por encima de muchos autores, á los prosistas de la más pura latinidad.

Quien entendiera las cualidades íntimas del frasear español, y quien adaptara la lengua vieja á las necesidades de hoy, el ecuatoriano Montalvo.

No corresponde el vocabulario inagotable del señor Vaca Guzmán á la pobreza sintáctica que hay en su novela. Conoce el autor gran número de voces anticuadas. En el capítulo de los verbos y de los adjetivos tiene materia para frasear á todo gusto; pero quien les robó á nuestros clásicos todo su vocabulario, no pudo como ellos usarlo en rica sintaxis. En esto influye sin duda el haber sido ministro de gobierno el autor de *Su Excelencia*. La fórmula de la correspondencia oficial, en que desempeñan gran papel los gerundios, es muy favorecida en este libro. Hay párrafos enteros en que este modo le sirve de patrón riguroso en todas las proposiciones. Dice así la página 182: “Por el calor de esta sentida deprecación podrá venir el lector en la cuenta y grado de la pena, tribulación y apuro en que aquellas señoras pusieron á los desventurados caballeros, *induciéndolos* á armar pendencia al señor don Filipe. . . . Los defraudados esposos andaban encendidos en cólera y grande enojo por el despojo que de sus derechos y legitima autoridad se les había hecho, no *encomprando* por desgracia suya alcalde alguno ante quien interponer los interdictos. . . . Todos andaban alicaídos y con la cabeza gacha, no *vislumbrando* otro tabla de salvación en el mar de las desdichas. . . . etc., etc.”

Todas estas oraciones pertenecen á un solo párrafo, y á más de la pobreza de estilo que arguyen, son una mácula en libro cuyo autor pretende

imitar en un todo la forma clásica. Este gerundio no está de acuerdo con la índole de nuestra lengua. Como se sabe, tal derivado ha de indicar coexistencia ó anterioridad inmediata con respecto al verbo con que se construye, y aquí le faltan esos requisitos.

\* \* \*

Sería demasiado lo que hasta aquí va dicho sobre la forma del libro. Es pedantería discriminar así, tan menudamente, una producción literaria con honores de novela histórica. Pero como el alma de este trabajo es el estilo, á quien fuera á estudiarlo le tocaba desde luego empezar por la forma. Sin olvidar que, por lo demás, el libro del señor Vaca Guzmán no da materia para estudios profundos.

Ahora vamos al fondo. El autor recomienda su libro como novela histórica: así consta en la portada y así lo dice el autor en las sentencias un tanto audaces y muy graciosas que ensarta en el juicio crítico. El incidente es histórico; pero la novela no cabe en el número de las que la crítica reputa por tales. El señor Vaca Guzmán no ha pretendido reconstruir una época con el acopio de materiales históricos con que ha emprendido trabajos semejantes el novelista alemán Jorge Ebers. Ni tiene aquella intuición de lo pasado, poderosa y tan lúcida, de que dió muestras Gustavo Flaubert en dos libros modelos. Esta falta, sin embargo, no arguye contra el mérito artístico de la obra. Ebers con toda su erudición no ha podido pintar en sus novelas, así se refieran al antiguo Egipto, á los monges del desierto ó á los españoles del siglo XVII, más que alemanes contemporáneos. Y las novelas de Flaubert no tanto son buenas por lo que dan á conocer de tiempos pasados, sino por el arte exquisito que presidió á su creación.

*Su Excelencia y su Ilustrísima*, excepto el lenguaje, muy atildado para ser verdadero, pueden ser un gobernador cualquiera de las provincias americanas de hoy, y un prelado de los mismos tiempos y lugares. Además, las preferencias del autor por los sucesos que relata no le dejan tiempo para profundirles vida á sus personajes.

En el cuadro que el señor Vasca Guzmán ha querido pintar, las figuras humanas son la parte secundaria: apenas sirven de pretexto para representar un sucedido y para quitarle la uniformidad al paisaje. Hablan todas lo mismo. El gobernador y su acólito, el obispo y los clérigos que le hacen séquito, doña Susana, doña Mónica y todas las otras damas que figuran en la novela, tienen un mismo lenguaje.

Por eso el libro del señor Vaca Guzmán es completamente falso, sin quitarle el mérito de la verdad relativa al suceso capital de la novela. Son falsos los personajes, falsa la forma, falso el lenguaje de los interlocutores, y la impresión general es también falsa.

El capítulo II de parte tercera en que está descrita una conspiración de las señoras paraguayas, es el punto culminante en esta epopeya de lo artificial. Las damas que aquí discuten pueden darles quince y raya á los más hábiles parlamentarios de nuestros días. Ya se sabe que son más hábiles los que más enredan. Va un ejemplo: "Bien sabéis, ilustrados caballeros, dijo doña Susana, soltando la palabra como miembro informante de la comisión de guerra y justicia, bien sabéis, ilustres caballeros, el desconcierto, desazón y pena en que por causa del mal gobernante que el cielo nos diera, viven, por desventura nuestra, los matrimoniales consorcios, y bien conocéis la esquividad y desdenes con que las púdicas doncellas el amor de los donceles

pagan. Por el ciego enojo arrebatados, que en los varoniles pechos fácil brota y en ofendientes palabras se derrama, á nosotras culpáis del desamor y alejamiento con que esposas y doncellas os miran y tratan.” Y acaba así: “Las paces buscáis, los lazos anhelando anudar que se rompieron, y nuestros suaves halagos apeteciendo, no a vuestros justos votos murallas opon-dremos . . . etc., etc.” De este modo hablan todas y todos los que asisten á la junta de sublevadas, con mucha frase alambicada, con mucho gerundio de muletilla.

*Su Excelencia y su Ilustrísima* es libro que interesa. En un principio cautiva por la temeridad del proyecto; en seguida se hace leer por la facilidad de la narración. Llega el punto en que comienza á sentir el lector fatiga semejante á la que hubo de experimentar el señor Vaca Guzmán cuando comprendió la magnitud de su empeño. En los últimos capítulos el lector siente que la obra se le escapa de las manos. El estilo decae y el relato pierde el atractivo, cuando se multiplican los incidentes que no tienen mucho que hacer con el asunto capital.

\* \* \*

Hay en América no pocos escritores que se afanan por devolverle á la lengua de Castilla las cualidades que ostentaba en el siglo XVII. Creen que en esa época nuestro idioma, completamente formado y rico de vocablos y modos, había llegado á la suma perfección. Miran de reojo las innovaciones y proscriben la introducción de voces y frases extranjeras. Según ellos, es preciso andar con mucho tiento en la adopción de las palabras nuevas con que las ciencias enriquecen el vocabulario. Temperamentos tamaños como el de Montalvo, é ilustraciones como la de Cecilio Acosta, trabajaron con el ejemplo en pro de esta purificación del lenguaje. Miguel Antonio Caro y Rufino Cuervo, con el ejemplo y con la doctrina contribuyen á que no se pierdan las tradiciones lingüísticas de 1600.

Esta saludable tendencia sirve para contrarrestar otra no menos determinada y enérgica que hoy se nota en los centros más activos del continente. Si ella venciera en la lucha, nuestro idioma acabaría por perder lo que es en él verdaderamente genial. Las exigencias comerciales y civilizadoras de Buenos Aires y México, la comunicación inmediata con países extranjeros y con inmigrantes, van modificando la lengua.

Y entre estos dos extremos se halla la juventud literaria que, sin abandonar las tradiciones del idioma, se esfuerza por hacerlo más apto para servir los fines del arte moderno. Será aventurado ponerse á avanzar juicios sobre cuál de estas tendencias ha de predominar en lo futuro. Lo más probable es que ninguna de ellas triunfará definitivamente. Las lenguas son organismos llenos de vida y actividad, como la más compleja agrupación de animales políticos, según la expresión de Aristóteles. Por eso las introdujo Max Müller en el catálogo de las ciencias naturales. Hay en la historia de las palabras vicisitudes y luchas violentas, semejantes al combate por existir que sostienen continuamente las fieras y los hombres. En la lucha de las palabras también se observa que sobreviven los más aptos, los mejor organizados. La naturaleza indiferente deja que riñan entre sí. No se cuida de los derechos de antigüedad que las unas alegan, ni tiene en cuenta las decisiones de las Academias, ni el consejo de los doctos. En tiempos pasados el pueblo era el árbitro supremo en estas decisiones. El vulgo profano, les daba carta de naturaleza á las palabras que juzgaba necesarias. Y este

supremo poder del *volgo sciocco* dejó la huella en las lenguas antiguas. Los artistas de la palabra echan hoy de menos aquella frase sencilla de los pueblos primitivos, aquel adjetivo pintoresco, tan apropiado. Vuelven la vista los italianos al 1200, los españoles á sus canciones de gesta, y el poeta francés contemporáneo se vuelve hasta Ronsard y los de la Pléyade.

Después de la invención de la imprenta, y sobre todo desde que se inventaron las hojas periódicas, ha venido á ser el diario quien decide sobre la utilidad de adoptar tales y cuales palabras. Es tiranía contra la cual se rebelan los expurgadores doctos. Mas ¿qué le vamos á hacer? Si el periódico ha ganado tanta influencia, si desempeña en la vida actual papel tan importante, debemos respetar las imposiciones del hecho brutal. Hoy ya va pasando la moda de escarnecer el periodismo como escuela de escritores. Por los tiempos en que Zola recomendaba á la juventud la gimnástica del artículo corto y de los folletines, con el lema de *Nulla dies sine linea*, hubo quien se horrorizara de muy buena fé. Hoy lo recomiendan gentes de más lenguas tradiciones, ejemplo, Anatole France.

Libros como el del señor Vaca Guzmán, si alcanzaran á ser populares, cosa que llega á lo castaño oscuro, si de allí no pasa, servirían para templar las riendas al periódico innovador. Aun sin eso, allí quedan para servir de documentos arqueológicos ó literarios cuando una cabeza grande y comprensiva vaya á escribir el curioso desenvolvimiento de las letras en Hispano-América.

Vol. 9, No. 8 (agosto de 1890)

## Fisiología de lo romántico.

Escritos de prisa, con letra nerviosa, menuda, en cuyas desigualdades y atrevimientos se podía reconocer perfectamente un temperamento de artista, recibió Manuel Santos estos renglones, en una esquila timbrada, muy elegante, de Pepe Suárez:

“Estaremos en casa esta noche, nuestro amigo el poeta de Sogamoso; el periodista más favorecido por el cenáculo á que pertenesces; aquel bohemio impenitente que ha dado en que la pintura es el objeto de su vida, y este sincero amigo tuyo. Tengo para que leamos una colección de versos de Guerrini, un cuento de Rubén Darío, de los que trajo el último paquete, y un estudio sobre Baudelaire muy corto y muy delicuescente que trae la *Revista Pagana*. Si alcanzare el tiempo, leeremos algo de las Moxas. *On sera comme chez tous*. Vente.”

Con la esquila á la vista, estudiando en esos rasgos el estado espiritual de quien los había trazado, Manuel se puso á considerar las ventajas é inconvenientes de ir á la reunión. Siguiendo sus hábitos de analista lúcido, pesó primero la condición de su alma en el momento actual, y las sensaciones que la compañía de aquellos amigotes había de producirle. Desde luego, la disposición en que se hallaba era la más apta para entregarse á los placeres de la literatura. La mayor parte del día la había empleado en su escritorio, arreglando las cuentas del mes. Terminadas que estuvieron, y lleno el ánimo de esa abundancia de vida que dejan en los temperamentos delicados las operaciones matemáticas certeras, tomó un volumen de Grant Allen sobre el reino vegetal, como para equilibrar las funciones del cerebro. Era un paso muy brusco el que daba desde la aridez de una suma larguísima, hasta las clarividencias del artista y hombre de ciencia que hay en el famoso estético tan del gusto de Santos.

Había estado leyendo cómo se modifican las hojas de una misma planta, según que las expongan al rayo solar, ó las guarden en piezas oscuras, ó las obliguen á respirar un ambiente húmedo ó á vivir sumergidas en el agua. Acostumbrado como estaba á ese vocabulario abundante, lleno de voces técnicas, á ese estilo vivaz y pintoresco, cuasi plástico de Grant Allen, no echaba de menos las ilustraciones borrosas del libro, y pasaba páginas y páginas como si leyera versos de José Velarde. Tan rápidamente se asimilaba el pensamiento del autor.

Cerró el libro y se puso á pensar: “Nada! que así mismo deben ser los hombres. La planta que vive en un aire lleno de oxígeno tiene hojas grandes, redondas, que presentan una gran superficie para la absorción: y esa otra que nace sumergida en el agua y no recibe nunca las carcias del aire, estira sus hojas en largos filamentos, para que, moviéndose con facilidad, le vayan arrebatando al agua el oxígeno que tiene en disolución. La *espeletia* de los páramos, cuyos órganos perecerían en uno de esos cambios de temperatura bruscos y frecuentes que por allá se verifican, tiene hojas cubiertas de vello impenetrable que las resguarda del frío. Pues bueno, lo mismo pasa con los hombres. El que vive en una sociedad libérrima, se cuida poco de la opinión vulgar. Ese deja espaciarse libremente su espíritu. El otro á quien oprimen tenzadamente las prácticas de una civilización embrionaria, tiene que sutillar lo indecible para darles satisfacción á sus aspiraciones; ó se cubre el

alma con una capa de indiferencia como los vellos de la *espeletia*. Si suponemos que....”

Y llamaron á la puerta y le entregaron la esquila de Suárez. “Una esquila de Pepe, una invitación á que tratemos de lo que más nos interesa. No se puede negar que es una grande ambilidad de este tipo y que vamos á estar contentos durante un rato. No hay sino que voy á perder la mitad del encanto, exprimiéndome los sesos de aquí á las siete, por representarme el cuadro que vamos á formar *tutti quanti*. Porque no faltará ninguno. Como si estuviera viéndolos! Carlos, el periodista costeño, muy pulcro, muy acicalado, de color rojo subido, las narices largas, los ojos claros, pequeños, movibles, como los de la fuina. Ya entra y saluda lacónicamente, devorando tres *eses* de un solo tirón. Ya se frota las manos, ya busca una frase en que haya por lo menos dos palabras técnicas, para decir lo que espera de esta reunión. El poeta de Sogamoso, pequeño envuelto en su gabán, las manos colocadas muy estudiadamente, tan correcto en su andar, y en su porte que parece como si estuviera haciendo *pose*. Y eso que la del cuerpo no es tan rigurosa como la espiritual. Habla poco, porque se está viendo pensar. Una frase que sale de sus labios ha pasado por la criba de un análisis gramatical, en que intervienen desde Nebrija hasta Rufino Cuervo. Y antes de soltar un concepto literario, él ya se acuerda en qué página lo tiene el difunto Hermosilla. En seguida llegará este maldito bohemio, cuya suerte nos preocupa á todos, menos á él. Entrará cantando un coro de *Boccaccio* y le pondrá cuantos repulgos le sugiera su malicia gatuna, su redomada mundología. Ese pintor será todo lo visionario que nosotros queramos; pero vaya usted á negar que está forrado en un vividor tan exquisito como el barón Desforges! Soñador? sí lo es, principalmente cuando se trata del provenir remoto de las artes. También se hace un poco tierno en el capítulo de la amistad, según su manera de entenderla. A veces sube hasta las cumbres de la caballería. Pero en lo demás es un sujeto muy corriente. ‘¿Lo que vale esta vida’ se dirá él, con entonación de filósofo. ‘Pues vale mucho. Es tan bella cuando uno logra tomarla por donde está blando el lomo? Esos están creyendo que, porque suelo pasar crujías, estoy peleado con la existencia: son unos benditos y la verdad es que tiene del vivir un concepto que, *salvo meliore*, me parece más acertado que el nuestro.’ Pepe y yo, verbigracia, con toda la literatura modernista que tenemos áuestas no dejamos de abatirnos una que otra vez. El cuando sabe que en el taller de su padre han disminuído las entradas en diez por ciento; yo cuando...” y se puso la mano en el vientre. Los prodromos de una digestión trabajosilla le habían interrumpido el orden de sus ideas. Había estado leyendo inmediatamente después de comer, contra su costumbre, que era la de pasear un poquito.

Levantose de la poltrona en que estaba sentado, como para librarse de la sugestión hipnótica que ejercía sobre su espíritu el de Pepe, por intermedio de aquellas frases. Pero entonces se le fué el pensamiento al otro mundo, y dió con Olindo Guerrini. De este poeta apenas había leído cuatro ó cinco estrofas distribuídas en juicios ineptos por las columnas de periódicos dominicales. Sin embargo, se le antojaba que había de gustarle mucho. Por lo poco que de Guerrini conocía, sospechaba que había en él un temperamento artístico hecho y derecho: una alma libre de todo compromiso literario y social; un ingenio que no se deja dominar por las exigencias de una escuela, y una posesión de la forma tan absoluta, que á veces la línea aislada de una estrofa le parecía tan firme y definida como el contorno de



una colina en una atmósfera seca. Con todo esto le asaltaba el temor de que fuera á encontrar un Olindo Guerrini brutal, como Vicente Colorado, ó desmañado y astringente como *Fray Candil*. Para evitar la impresión desagradable que esta convicción pudiera llegar á producirle, dejó constancia en su cerebro de que no tenía razones suficientes para suponer que Lorenzo Stecchetti fuera poeta máximo. Por el contrario, hasta donde llegaba su experiencia de casos análogos, los poetas muy alabados por la prensa periódica tenían cien probabilidades contra cinco de resultar unos babosos.

Y las *Moxas*? “Ah! lo que es por este lado—continuó el director de su propia inteligencia,—no tengo temor ninguno de llevarme un chasco. Yo he asistido á la génesis del mundo. Yo conozco diez ó doce, y si es verdad, como dice Pepe, que la más saliente cualidad de su obra es la unidad, estoy seguro de que mis opiniones, ya formadas, no han menester sino muy leves rectificaciones.”

Esto lo iba pensando mientras se pasaba la esponja por la cara y el cuello; mientras le daba el último paso al hongo brillante y llamba al mozo que le lustrase las botas.

A las siete se echó á la calle. Desde la puerta de su habitáculo tuvo que *encender* el paraguas, según su expresión acostumbrada. Sacó un cigarrillo de tabaco ruso, se metió en el boquete de una puerta cerrada, raspó la cerilla, hizo guarda brisa con las dos manos, chupó dos veces, resolló muy recio, con lo cual se apagó el fósforo y quedó ardiendo el pitillo. Estaba cayendo una llovizna importuna, contra la cual era casi inútil el paraguas. Era tan sutil, que la más leve oscilación del aire se lo empujaba en sentido horizontal, y con eso llegaba hasta acariciar los bigotes de los transeúntes. Arriba, en el cielo, las nubes aglomeradas impedían que pasase hasta la tierra la escasa luz con que unos veinte y cinco centavos de luna, muy vecina al occidente, debían bañar los espacios interplanetarios. La luz de los carbones voltaicos no podía atravesar esa atmósfera espesa en que estaba envuelta la ciudad. Las esquinas donde se alzaba un poste de la luz eléctrica contrastaban con la calle larga, medrosa, preñada de sombras tanto más profundas cuanto era más vivo el fulgor de las esquinas. Los hombres atravesaban las bocas de las calles, pasando por debajo del farol, producían el efecto de una aparición repentina, fantástica, en un teatro iluminado *a giorno*. La llovizna, en esos puntos, brillaba con fulgor diamantino á veces; otras se teñía con los matices del rubí. Las baldosas empapadas, cubiertas de lodo, le daban á la calle el aspecto de una ciénaga inmunda donde la luz se reflejaba con resplandores inciertos. Colocado el transeúnte en uno de estos oasis de claridad, sentía pavor al echarse por esa caverna de piso fangoso, de cielo imperceptible, que se veía calle adelante. Santos apelaba á toda su potencia fisiológica, para que no influyera sobre él la tristeza del ambiente.

Al llegar á la esquina de la calle 11<sup>a</sup> y la carrera 7<sup>a</sup>, paró un momento: la llovizna aumentaba con honores de chubasco y dos ó tres veces la luz eléctrica de los faroles había palidecido con el resplandor de un rayo en el oscuro telón de los cielos.

—Santos, dijo una vocecita que sonaba debajo de una paraguas y entre el cuello de un gabán muy grueso, sube conmigo, va á ser largo el chaparrón.

Santos no se enteraba. La voz no tenía caracteres tan marcados que fuera posible reconocerla así de una vez.

—Gracias, dijo, voy á una cita.



—Pero, hombre, si no es á la vuelta, ya vas á hacerte una sopa. Entra, descansa, espera: si escampase pronto....

Manuel, cuando hubo reconocido al amigo Alberto, condiscípulo y vecino suyo en otros tiempos, echó á andar tras él.

Tres meses que no lo veía. En ese espacio, Alberto había escrito mucho para el público y enseñado más en las aulas de San Agustín. Profesor á los veinte años: una bicoca! Ese chico se había dado tal apretón de metafísicas que se le iba secando el cerebro. Si le hubiese tenido más fuerte, y hubiera dado en asimilarse una ó varias ciencias modernas, ya habría tenido Sur América para caso de un encefalitis como apenas se ven por allá en Alemania. San Agustín, San Ignacio, Santo Tomás y pasando de unos santos á otros hasta Balmes presbítero, y el abate Prisco, habían sido alimento cotidiano del condiscípulo con quien topó Manuel á las siete de la noche. En ese cuerpo de Licenciado Cabra, había tenacidad de polilla; talento grande sin originalidad; memoria tan vasta y enredada como las selvas del Brasil; y un concepto de la vida tan triste y tan falso, que con solo oír hablar á don Alberto era suficiente para comprender que había salido del regazo maternal á los senos del *Alma Mater*, como él llamaba su colegio. Tras los anteojos de miope se ocultaban dos ojillos incapaces de ver las cosas en el aspecto brutal que tienen casi todas. Esos vidrios eran una necesidad de su temperamento. Albertico, si hubiese estado en contacto con la vida real, habría reventado de histeria. Sin anteojos no alcanzaba á divisar más que un borrón de contornos inciertos en los objetos vecinos; con sus lentes lograba formarse una idea remota de lo que pasaba fuera de su *yo*. Sin duda este vicio del cristalino influyó muchísimo sobre la opinión que le debían los hombres y las cosas. A miopes de temperamento vigoroso les sirve su enfermedad para ponerse más cerca de unos y otras: sin ayuda de las lentes se meten los objetos en las órbitas, los palpan con la cara, sienten la necesidad de verlo todo, porque no se atienen á lo que dice el mundo. Napoleón supo explotar este mal de su teniente, el mariscal Davoust, á quien le encomendaba minuciosidades del ejército.

Alberto era incapaz de ver en las cosas algo diferente de su apariencia: nunca debía ocurrírsele que sirve la mirada para llegar á lo interior del corazón humano. Y como la apariencia de las cosas para él era falsa, pues le llegaba pasando al través del vidrio bicóncavo, irregular de sus anteojos, no supo sino leyéndolas ó de oídas las pocas verdades de que llegó á enterarse.

En medio de los ojos nacían las narices delgadas, imperceptibles en el principio, terminadas en punta y muy extendidas por la parte de las ventanas. Debajo de éstas había unos labios delgados, sin expresión, como una línea trazada por un aprendiz de dibujante. Estaba muy hundida la boca con respecto á la barba, á quien le debía el rostro cierto sello de senectud prematura, fácilmente reconocible aún en el color terroso dominante.

En el silencio con que empezó la visita en casa de Alberto, Santos se puso á considerar que no había por qué rebelarse contra la naturaleza. Estaba lloviendo: bueno, pues aguardar hasta que escampe, y si no escampase, no habría *Moxas* esa noche ni presentación de Guerrini. Por lo demás, aquella reunión era muy conocida para que le llamase la atención. Cuánto más apetecible era la disección de esta *anima vile*, de un tipo virgen que solía ver muy raras veces, de una personalidad vaga, incoercible, otras tantas razones para que le picase más vivamente el deseo de analizarla!

“Quédense allá los otros envueltos en una atmósfera tenuamente perfumada por un olorcillo á cuero de Rusia, un ambiente en que el humo del tabaco turco sensibiliza los nervios. Aquí estoy bien; ya si escampa no salgo.”

En la pieza de Alberto había una cama grande y alta; sobre ella dos colchones, cada uno muy grueso; y tal cantidad de mantas que no era fácil contar. El cuerpo de Bertucho, metido entre esos dos infinitos, debía desaparecer como un náufrago entre las olas que van y las que vienen. La pieza trascendía francamente á agua de Florida: era un perfume muy sano al decir de Albertico. Los muros estaban cubiertos casi completamente por un *Corazón de Jesús* y otro de *María* grabados en lo de Turgis; por dos oleografías pastosas procedentes de una almoneda; y por tres imitaciones de acuarelas arrancadas de un *Almanaque de la Ilustración Española y Americana*. Entre estos cuadros mayores había profusión de figuritas, cuyo origen inmediato estaba en *El Pórtico*, bazar especialista.

—Pues, hombre, veo que te preocupa el arte, observó Manuel; se me hace raro el adorno de tu cuarto, porque te suponía metido hasta las cachas en la filosofía tomística.

—Gracias, gracias. (Alberto no sabía porqué [*sic*], pero las daba ingenuamente.) Es verdad que me gusta el arte. Escribo artículos de crítica literaria. ¿Los has visto?

Como que no me falta ninguno! Santos mentía cuantitativamente. Leyó uno de los muchos artículos de Alberto y le pareció tan evanescente y alambicado que, sólo por enterarse un poco de esa fisiología, pudo llegar al fin. Bertucho padecía de una tristeza inefable y pesada: le cargaban las costumbres modernas, vivía peleado con el mundo, sobre todo con el de las mujeres. A éstas les tenía miedo cervical. Solía admirar de lejos un rostro juvenil de diez y siete años; pero no le daban inspiración las formas llenas ni los ojos de mirar hondo.

—Aun versos me he puesto á hacer, continuó Alberto.

—Versos... déjame ver algunos. Y, qué procedimiento empleas?

El otro no atinó con la respuesta: era una cosa así como que se le salían: le apretaba un deseo, sentía la necesidad de dejar escapar una parte suya y se sentaba á hacer versos.

—Como éstos, oye:

#### A LA POESIA

Oh, Diosa que inspiraste en otros tiempos  
El desbordante ingenio de los hombres,  
Y le diste á su voz aquella fuerza  
Conque ha llegado intacta hasta nosotros.

—Hombre, excelente invocación.

—Y así sigue, hasta que llega el tiempo de probar que el ingenio poético se agota en nuestro siglo.

—Y lo probarás, lo juro como hay Dios. Otra composición no tan extensa.

—No jures. No te diré. Santos, me chocan las composiciones cortas. Como no sea un soneto con todas sus reglas, yo no me entiendo con las demás. Casi todas las mías están en silva, en romance heroico, en verso blanco. Me encanta la Jerusalén de Melchor Sas.

—Déjame ver una de las más cortas.

A RUIZ. (*Montaña Nevada.*)

Gigante espectador de las edades,  
 En cuyas sienas colocó el Eterno  
 La corona de nieves con que al mundo  
 Le hablas de su poder. Yo me prosterno.  
 Y en éxtasis sublime me confundo,  
 Pensando en las catástrofes que viste.  
 Tú, de la raza abandonada y triste  
 Que hoy gime con dolor grande y profundo  
 La cuna contemplaste y la grandeza....

Y siguió leyendo. El tono era muy alto, triste: acabó comparando al Ruiz con un enorme ataúd en donde están guardadas una historia y una raza. De esta composición resultaba que el nevado antioqueño no tenía vista sino para las cosas tristes: había contemplado batallas, incendios, terremotos, inundaciones causadas por la fusión de la nieve; luchas de las bestias que vivían en sus flancos; robos, asaltos, violaciones, escenas espantosas de carnicería á que se entregaban los bandidos de aquellas comarcas. Mucha cosa real, mucha imagen falsa, todo siniestro y espantable. Parecía como si Alberto se hubiese inspirado en la poesía más bella de Leopardi. Pero no logró competir con el autor de *La Retama* ni en la forma impecable, ni en las audaces invectivas contra la naturaleza indiferente que, al género humano

Con lieve moto in un momento annulla  
 In parte, e può con moti  
 Poco men lievi ancor subitamente  
 Annichilare in tutto;

ni mucho menos logró dejar toques de luz tan viva como ésa que hay en las líneas donde está descrita una erupción del Vesubio.

Pasó otras páginas y comenzó á leer de nuevo:

## EL MAR.

La superficie inmensa de tus aguas  
 Me infunde una tristeza indescriptible.  
 Me pongo á meditar que muchas vidas  
 En tus senos, oh mar, desaparecieron.  
 ¿Qué es la vida del hombre? Una quimera,  
*Huye como la sombra y en porfías*  
*De continua mudanza...*

y seguía imitando á Job un largo rato.

Le interrumpió Manuel, por que le dijera si no se le había ocurrido contarle á la mujer.

—Una vez sólo, dijo Alberto. Tú sabes que ellas y yo guardamos neutralidad completa.

—Sí? Vaya, hombre, me voy enterando. *Avanti.*

## AMORES MEURTOS.

Yo no puedo vivir sin esa ingrata  
 Que acibaró mi juventud alegre.  
 Hay algo entre mi sér que se deshace  
 Al recordar, mi bien, que he de perderte.  
 Para mí no hay razón en la existencia  
 Si no ha de ser contigo....

—Espera. Y tú que no puedes vivir sin ella, ¿has pensado en cómo podríais componéros las viviendo juntos?

—Muy mal de seguro, tú sabes lo que pienso de la vida.

—Y el prólogo? Porque lo tendrá tu libro.

—Sí. Y, además, unas notas explicativas ó cosa así, para poner á lo último. El prólogo comienza de esta manera: “De todas las artes con que el hombre logra poner al alcance del hombre lo suprasensible por medio de signos, ninguna es susceptible de producir tan hondas impresiones sobre el corazón humano como la poesía que vence á la pintura, á la arquitectura, á la escultura, en este concepto, si bien la primera le gana en la variedad de tonos y colores, la segunda en la majestad de las formas, la tercera en la pureza de los contornos!” ¿Te acuerdas que una cosa parecida sostiene Núñez de Arce y Menéndez Pelayo?

—Sí. Un poco menos académicamente.

—Gracias, gracias.

Aquí estaban del prólogo, cuando llegó un excelente sujeto, muy limpio, de maneras muy finas, extraño por completo á la neurosis poética, con una tacita de té en cada mano.

—Hay para todos, dijo Alberto.

—No, señor, observó el sirviente, las dos son para usted, sin leche y sin azúcar. Que diga el caballero si prefiere chocolate ó café.

—Hombre, chocolate, exclamó Santos. Y volvió la vista á una mesa donde estaba un libro abierto en la primera página, que decía: “El sacrificio de nuestra patria se ha consumado, todo está y la vida . . .”

—Son, dijo Alberto, *Le ultime lettere di Jacopo Ortis*.

—Sigo enterándome, añadió Santos como para sí. Y luego con mucha intención: ¿Por qué tomas dos tazas de té?

—No sé porqué [*sic*] me he venido aficionando á esta bebida. Hoy es casi un vicio para mí. A más de estas dos tazas, antes de acostarme tomo otra. En el día dos ó tres.

—Y el apetito, Alberto?

—No es malo. Sólo que me repugnan la carne y los huevos. Los alimentos vegetales sí los devoro con gusto.

—Entiendo. Mira, Alberto, me alegro mucho de haber faltado á la cita de aquellos bárbaros, para darte un consejo á tí, que estás en mejor disposición de recibirlo. No tomes esa bebida ni en poca ni en mucha cantidad; haz lo posible por volver á encariñarte de la alimentación que nos ofrece el reino animal. Pocos vegetales, harta leche; poco dormir, mucho andar, y, sobre todo, que no hay dos colchones ni tantas frazadas en esa cama de Dios. Volveré, si te atienes á mis consejos, á ver con más espacio tus versos: están muy bonitos, musicales, la nota melancólica te hace mucha gracia. Pero ya sabes, chico, té, muy poco ó nada. Búscate una novia de más años que tú, machucha, con hartos amores encima, y si fuese viuda, tanto mejor.

Albertico abría la boca y cerraba los ojos: de esa manera indicaba el esfuerzo que estaba haciendo por comprender.

—Ya verás. Una redomada que te sirva de novia siquiera por tres meses te ayuda á ponerte en comunicación con el mundo. Modificará, cuanto es posible, tu temperamento, y entonces, sí que harás versos buenos. Ni Olindo Guerrini.

—¿Quién es ése?

—Te lo diré más tarde, hoy no me entenderías. Por aquí es la puerta; yo me salvo.

Y le apretó las manos cariñosamente.

Santos se echó á la calle con el espíritu vacilante entre la indiferencia y la tristeza. Su equilibrio mental estaba perdido. Pensaba en lo fácil que hubiera sido evitar la creación de obras funestas, como *Werther*, las *Cartas de Jacopo Ortis*, *Oberman*, *René*, con solo haber cambiado la dieta alimenticia de aquellas organizaciones formidables.

Vol. 9, No. 9 (setiembre de 1890)

## Sinceridad de artista.

### I

Al salir de su alcoba en dirección al comedor, tomó bajo el brazo, sin saber por qué, un libro de versos que estaba sobre la mesa, en un mismo punto, hacía una semana. Lo puso del lado izquierdo mientras se colgaba la servilleta, y, esperando la sopa, comenzó á hojearlo. Era su primer tomo de poesías: DESEOS. Un libro lleno de vida y de calor artísticos, donde el poeta había dejado correr las más bellas sensaciones de su vida, el íntimo sentido que él había logrado descubrirles á las cosas. Este ejemplar estaba lleno de notas marginales: unas con tinta negra, escritas una noche, dos días después de que hubo aparecido el volumen: en ellas saltaba por todas partes la desesperación del talento que llega á convencerse de que no lo entienden. En esos primeros días su alma luchaba entre las angustias de la impotencia y el orgullo de creerse superior á ese público que en dos días no pudo enterarse del mérito de su libro.

Había otras, escritas con lápiz, de prisa, correspondientes á las primeras observaciones de los periódicos literarios: la mayor parte de esos juicios son lisonjeros, mas no podían adolecer de ineptitud mayor. Ni uno solo de cuantos críticos habían tomado á su cargo el estudio del libro y del autor, había dado una nota acertada sobre el origen del uno y sobre el alma y los procedimientos del otro. Con todo, esas notas le servían al joven poeta para rectificar sus conceptos sobre las relaciones de la estética y la sociología. Indudablemente, uno de los trabajos más recios era formarse público, educar á los lectores para entender una obra. Y, volviendo á leerlas, esas notas lo convencían de una verdad que hacía tiempo estaba persiguiéndolo: el artista no puede sustraerse á la lisonja. Por más inepto que sea el juicio del público del individuo, un movimiento de amor propio nos hace considerarlo atinado, si es lisonjero para nosotros. Había otras notas escritas con lápiz azul, sugeridas por la conversación con una dama que había leído el libro muy detenidamente. Era la única que había atinado con el secreto de ese poder vago que ejercía el poeta sobre sus lectoras: la sinceridad artística. La señora había señalado en el volumen las composiciones en que le parecía ver esa cualidad de un modo más brillante, y había querido que el poeta hiciera patente su sinceridad, contestándole algunas preguntas sobre el procedimiento.

Estaba él convencido de aquella verdad; y, si no se la había planteado con la nitidez de expresión que su lectora clarovidente, ya lo había pensado muchas veces. Con ella había repasado el volumen y tuvo que asegurarla cómo era verdad que las composiciones más hondas, de mejor ejecución y las que revelaban más talento de artista, correspondían á estados de conciencia vivísimos, que él podía reproducir á voluntad, releyendo sus poemas. ¡Tan poca diferencia existía entre la emoción y la idea expresada en generosas rimas y ritmos atrevidos!

Y el libro tenía en la página final esta nota, copia de una que había puesto la señora en su volumen de tiro singular, empastado en piel de Australia, con lomo y bordes dorados; una observación tan franca y tan elevada que parecía apócrifa: "Las mujeres amamos la sinceridad de la obra de arte, porque, sin explicárnoslo, sentimos que nosotras hemos con-

tribuído más que nadie á que la sinceridad desaparezca del mundo real. Le devolvemos al poeta en admiración y cariño lo que él nos da sincero y real en su arte.”

Otro crítico de la antigua escuela, así, de paso, y sin aclarar bien su pensamiento, hizo notar otra cualidad verdadera en el tomo de versos, la unidad; pero no pudo atinar con la causa que estaba íntimamente ligada á la factura sincera y real. Esa unidad era resultado de una serie de estados de alma muy semejantes y entre los cuales no mediaba solución de continuidad. Fué este el mismo crítico que terminó su artículo con la observación de que era muy rara la ingenuidad, rayana en indiscreción, de los poetas jóvenes. Cosas, decía él, que ellos hacen á escondidas, que no se atreven á revelarlas ni á sus amigos más íntimos, las ponen por escrito, se las cuentan al público, y ni siquiera se sonrojan. “Y esta observación,” decía el poeta, recordando las frases del crítico maleante, “será malévola, impertinente y todo, pero es muy verdadera.”

Cerró el libro, porque era menester darle principio á la sopa. A no ser por la monotonía de los *menus* en todos los hoteles, dos horas más tarde no habría podido decir de qué platos se había compuesto su almuerzo. Las ideas lo dominaban por completo. Muchas veces había hecho propósito de no leer en la mesa, y lo había cumplido parcialmente apenas. En este caso la sugestión de las notas y de los recuerdos había sido superior al régimen á que estaba sometido voluntariamente. De algunos días á esta parte, venía meditando en las dificultades que le era forzoso vencer ahora, para producir lo más insignificante. Su primer libro de versos había salido hacía dos años, cuando solo tenía veintitrés el autor prematuro, y de entonces acá le había sido imposible poner en limpio más de seis estrofas de seguido.

En su rostro se veían ya las devastaciones de la idea fija. Pero esa mañana, al despertar, le había sorprendido un pensamiento: ¿por qué no le daba principio á otra colección de versos que pudieran caer todos bajo un título insinuante, sugestivo? Y el título se le vino á las mientes, como un relámpago. Su nueva obra se llamaría EL PARAÍSO; la primera composición *Pecado original*, y en todas las demás se debía percibir un olor fuerte, debía palpitar en el volumen la carne fresca, sana, con profusión de coloraciones provocativas, sin una nota que discordara en aquella orgía de apetitos y de incentivos. Sin embargo, desde que hubo pensado en más de tres composiciones, le sobrecogió la preocupación que lo dominaba desde hacía tiempo: la dificultad de producir. Y trataba de explicarse la diferencia sin atinar con ella.

Ahora las notas marginales venían á enterarlo. “No hay duda: falta la sinceridad artística” se dijo varias veces. “Hace dos años mi espíritu no dejaba de ser un espejo de luna clarísima, en donde los objetos se reflejaban fielmente. No había más diferencia sino que la luna de los espejos es demasiado fría, con frialdad que trasciende por modo espiritual á la imagen, y mi mente reproducía con mucho calor. Hoy quiero proceder al revés: en lugar de reproducir el mundo exterior ó los estados de mi espíritu, resultantes del curso natural de los sucesos, pretendo crear estados nuevos, fatigando el cerebro con imaginaciones caprichosas ó con la lectura de pensadores contemporáneos ó de los místicos del siglo XVII: la originalidad se me escapa. Afortunadamente, he dado ya con el hilo para volver á hacerme de ella.”

Este discurso callado tuvo su término con el último sorbo de café. Lo habían servido ese día como nunca: perfumado, espeso, caliente. Volviendo



hacia un lado la pequeña tasa de procelana blanca, se veía en el interior una mancha dorada, por donde había pasado el nivel del líquido. En acabando de tomarlo, no sintió la provocación de abrir el libro: mejor hubiera querido no tenerlo presente. Le molestaba verlo, porque ya tenía en el cerebro otro orden de ideas.

Del comedor, una pieza alta, se alcanzaba á ver, al través de los vidrios limpiísimos que daban sobre la calle, un panorama encantador. La atmósfera estaba tan diáfana que las aves, en la rapidez de su vuelo, proyectaban sus contornos nítidamente sobre el azul muy claro del firmamento. Las colinas yermas, tostadas por un sol asfixiante, ostentaban toda la riqueza de sus perfiles. Las calles que desde aquel comedor eran visibles, presentaban el vivísimo juego de la luz y las sombras, bajo aquel sol quemante. Las gentes que pasaban allá lejos, como impulsadas por un móvil extraño, superior; los coches que rodaban sobre el piso velozmente; los ginetes con sus vestidos extravagantes, no lograban hacer llegar hasta aquella mansión el ruido que producían, y el movimiento silencioso de esas personas y objetos excitaba la actividad intelectual del poeta.

## II

Se levantó de la mesa, tomó la caña y el sombrero, y, escaleras abajo, fué á dar á la calle. No sabía á dónde iba, ni lo que pensaba hacer. Andando por esas calles adelante, sintió el deseo de bañar sus ojos en lo verde, y salió del empedrado vulgar y trillado para pisar la yerba de los prados. Saltaba setos, costeaba sembrados; se metía bajo las cercas de alambres apresando el vientre contra el suelo por evitar las caricias de las púas; se sentaba á la sombra de los árboles; volvía á sentir la necesidad de un rayo de sol; se alzaba de nuevo y emprendía la ascensión de un pequeño otero.

Allá abajo venía una mujer. En aquella abundancia de vida faltaba eso precisamente. ¿Quién sería? Por fortuna, venía acercándose. Deseaba él que siguiera la misma dirección, por si lograba tomar lenguas con ella. Comenzaba á cargarle aquel trabajo perpetuo que las ideas adelantaban en su cerebro desde antes de almuerzo. Conversando consigo mismo hacía tanto rato, se había dado una enorme fatiga intelectual. Seguía á esa forma de mujer en todos sus movimientos; y cuando acaso la veía desviarse de la línea recta que mediaba entre los dos, ó apartarse de la cinta gris, levemente sinuosa, que las pisadas de los viandantes habían formado entre lo verde, experimentaba viva contrariedad. El color del vestido y las formas gráciles, le hicieron pensar en que la conocía. “Podría ser” dijo para sí. Y ella adelantaba serenamente: iban á encontrarse. Al fin, él también resolvió moverse por precipitar el encuentro. A poco andar ya no le quedó duda: era ella. Una joven que había conocido hacía poco, que había galanteado por novelería y que se había enamorado de él peligrosamente. Las circunstancias en que se vió con esa joven dos veces, fueron tan estrechas que le pesó de haberla galanteado en lo más hondo de su alma. Estaba resuelta á todo. Pasado los primeros días, abandonó la defensiva y, con táctica de mujer experta, comenzó un ataque formidable en que él estuvo á punto de secumbrir. Las artes, los atrevimientos de ella, en un principio lo confundieron; mas al fin, temeroso de llegar á un extremo cuyas consecuencias adivinaba sin trabajo, resolvió cortar por lo sano, y no habían vuelto á verse.

Ahora ella estaba en al campo, veraneando muy cerca de la ciudad, y aunque él lo ignoraba, la joven iba á suponer con visos de razón que volvía

á buscarla. Esto lo iba pensando él cuando entre los dos mediaba una distancia tan corta que hacía imposible la fuga. En su alma, este recurso tenía mucho de lo sencillamente bíblico, y le recordaba el episodio de la ardiente Zuleika. Visto por otra parte, la dama habría recibido una ofensa de esas que no se olvidan ni se perdonan.

Cuando estuvieron cerca uno de otra, fué un silencio pánico. Aquella temperatura de gruta mitológica, aquel aire sereno y perfumado con el olor caliente de las flores sombrías, recordaban la hora que solía escoger Pan, el dios lascivo y maleante, para enredar con las zagalas é infundirles terror á los pastores, soplando en sus flautas, mientras dormían la siesta.

Se juntaron sus manos en presión cariñosa y avanzaron del lado de un bosque vecino, sin hablarse. Al fin ella quiso pronunciar una palabra y se le escapó un sollozo. Era menester buscar asiento sobre la grama, bajo esos arbustos discretos que ni siquiera movían sus copas. El poeta sintió que la ternura de la joven se le infiltraba en las venas; y pensando en la naturaleza con sus aires tibios y sus campos alegres, en ese ambiente que lo dominaba por completo, dijo para sí, recordando *El Infierno*:

Galeotta tu fosti, e chi ti fece.

Ella empezó a quejarse del largo desvío con frases en que vibraban juntos el deseo y la ternura en ritmo alternante; con palabras muy distintas de las que en otro tiempo solían producir cansancio en los oídos que las escuchaban. Hoy, el poeta se sentía débil, quería apartarse, aunque fuera bruscamente, porque comprendía la inminencia del peligro. Pero en este punto le vinieron á la memoria el libro de versos que tenía pensado, la sinceridad artística de que siempre había hecho gala, la indispensable sensación para llevar á cabo el primer poema. Y se representaron las diez estrofas plásticas, airosas, rebosando vida, ostentando el vigor de sus primeras creaciones: ya no le fué posible reprimirse.

### III

De vuelta á su gabinete de estudio, se colocó inmediatamente á escribir su poema. La forma se le escapaba, aunque le daba caza con insistencia de frenético, de poseído. No podía verter en rimas sonoras el paisaje con el olor acre de unas florecitas amarillas que matizaban el suelo, con la tibieza del aire que corría entre las hojas, con el pedazo de cielo sin mancha que se dejaba ver por entre las copas tupidas de dos arbustos. Por fin, saltando por cima de los defectos que notaba en las primeras estrofas, llegó á la cuarta, donde era preciso verter el gran pensamiento, poner desnuda la sensación vigorosa y potente: imposible! Dejó cuatro líneas de puntos suspensivos y se puso á meditar en sus estados de espíritu, antes de seguir adelante: experimentaba desde hacía mucho rato una sensación indomable de hastío. En un principio se le figuraba que el paseo largo, después de almuerzo, el calor del sol, eran la causa de aquel cansancio; mas como la sensación de fatiga se complicaba con una tristeza vaga, incoercible, se le vino á la memoria este paso de la *Imitación*: "En resistir, pues, á las pasiones, se halla la verdadera paz del corazón y no en seguir las"; junto con aquel aforismo fisiológico: "*Omne animal tristis est post voluptas,*" y fué como si hubiera hallado la verdad y la vía. Se puso de nuevo á la obra y los versos se iban extendiendo con facilidad soberana, reproduciendo con lucidez

inesperada la sensación de hastío que en ese momento era lo principal de su organismo pensante. Las rimas se le atropellaban en la pluma de oro, sugestivas, oportunas, riquísimas, en tanto que el ritmo se iba desenvolviendo inconscientemente, como trabajo de artista verdadero, y remedaba en su manera lenta y monótona el esperezo de la bestia cansada.

Leyó lo escrito, y de una vez se puso al cabo de la modificación que había experimentado su espíritu. *“Todas las energías de la savia,”* se dijo, recordando á un estético de su devoción, *“todas las fuerzas de la naturaleza, que se informa y modifica á sí misma, todos los ardores del amor universal”*; todo eso que constituye la eterna juventud de la musa helénica, y que un tiempo fué mi patrimonio, hoy está muy lejos de mí. Pero, en cambio, el alma moderna con sus sinsabores y con su eterno trabajo de auto-disección me deja ver sus senos, tan claramente como las pasiones me mostraban de antes su vigor primitivo.

Releyó los versos dos veces con harta complacencia, destruyó las tres primeras estrofas y en vez de *Pecado original* que era el título primero, puso de letra más gorda este otro:

“OMNE ANIMAL”....

Vol. 9, No. 12 (diciembre de 1890)

## Las novelistas de los Estados Unidos de América

Es un hecho singular en la historia del desenvolvimiento intelectual de los Estados Unidos, la predilección que aquí se ha sentido por la novela y por la historia, y el grado de eminencia á que en un tiempo comparativamente cortísimo se ha logrado llegar. Cualquiera nación del mundo, de las que más fama han adquirido en el cultivo de las letras, se enorgullecería con sobrado motivo si entre sus historiadores se encontrase un Prescott, un Washington Irving, un Motley, un George Bancroft, un Ticknor, y otros varios. Y en cuanto á novelistas, sin mencionar los nombres de Fenimore [sic] Cooper y de Hawthorne, capaces ellos solos de acreditar á una nación difícil sería encontrar otra donde abundasen tanto como en esta, en los tiempos modernos, las figuras de primer orden. ¿Quién es el amante de las letras que no ha leído con placer las interesantes novelas de W. D. Howells, de F. Marion Crawford, de Henry James, hijo, ó de T. B. Aldrich? ¿Y cuál otro pueblo sobre la faz del globo puede gloriarse de una producción tan grandiosa, tan civilizadora, tan imperecedera, como la novela de la “Cabaña del tío Tomás,” de la señora Harriet Beecher Stowe? ¿Y dónde hallar otra “Ramona,” producción encantadora del talento no menos cristiano y generoso de la señora Helen Hunt Jackson?

La “Revista de ambos mundos,” de París, se ocupó hace algún tiempo con extensión considerable y no poco éxito, de los escritos de Howells y de algunos otros novelistas modernos de este país, dando á conocer en Europa, que no es cierto que la atmósfera de libertad sin trabas que aquí todo lo envuelve no permita que florezcan las bellas letras y las artes, ó que este pueblo, á que se llama materializado, y á quién solo se cree capaz de hacer progresos en ingeniatura é inventos mecánicos, no sea capaz de producir, como ha producido ya, en su primera infancia por decirlo así, figuras eminentes que no ceden su puesto en el Parnaso á las de ninguna otra nación de nuestro tiempo.

Sirvan estas palabras de introito á las que en este número y en los siguientes, Dios mediante, de LA REVISTA ILUSTRADA, tendré la honra de escribir, dedicadas particularmente á las escritoras, honor de su sexo, que han cultivado la novela en este país. Si bajo la influencia de la libertad, sin más límites que el que impone el sentimiento de cristianismo práctico que por donde quiera predomina en esta tierra bendita, han podido las mujeres hacer que esta sea para ellas un verdadero “paraíso,” como se ha dado en denominarla, también han conseguido que su espíritu, en general perspicuo, y más fino y delicado que el nuestro, ó menos anublado por la multitud de intereses y las luchas en que los hombres nos hallamos constantemente envueltos, pueda desenvolverse sin obstáculos, y dar al mundo los espontáneos y brillantes frutos que de naturaleza tan generosa y rica había necesidad de prometerse.

Los que visitaron á Filadelfia en 1876, y tuvieron ocasión de contemplar las maravillas de la Exposición universal con que este pueblo celebró el primer centenario de su independencia, se detuvieron siempre con interés profundo, y con el ánimo conmovido hasta el extremo, en el sencillo, pero

elegante edificio denominado “El Pabellón de las mujeres” (Women’s Pavilion) donde exclusivamente se exhibían los trabajos del sexo, así en lo concerniente á las tareas domésticas, como en los ramos de adorno, bellas artes, educación y caridad. Sobre la puerta principal de aquel palacio estaba escrito, en inglés, por supuesto, y con felicísima oportunidad, la expresión tan llena de verdad y sabiduría, de que las cosas se conocen por sus productos: “by their labors ye shall know them.”

Allí no había exhibición alguna de “fortaleza de espíritu,” si por ella se entiende ser descreído ó indiferente, ó haber roto con las tradiciones de la humanidad y los sentimientos íntimos y espontáneos del corazón en todos tiempos y países,—ni de aspiraciones á llamados “derechos,” que en la mayor parte de los casos desprestigian á la mujer, no dejándole de su sexo, sin lo que no se puede arrancar, ni desfigurar, que es la organización física,—ni otras cosas que para ciertas almas “progresistas” formadas en las escuelas del agnosticismo, pudieran ser deseables;—pero allí se encontraba exuberantemente abundosa la demostración de las maravillas de que es capaz la mujer, en cuanto naturalmente, y con arreglo á la ley de Dios, se encuentra dentro de su esfera de acción, y de cuan cierto es, como se dijo desde el principio mismo del mundo, que la redención y la ventura, y la salvación del universo dependerían de la mujer, y que ella sola aplastaría con su calcañal la cabeza de la serpiente.

A una mujer de este país, la ilustre autora de “La Cabaña del tío Tomás,” se debe esencialmente la abolición de la esclavitud de los negros. A otra mujer de la misma tierra, la noble autora de “Ramona,” se debe la revelación de los males que afligen á los indios, y la mejora y moralización de este servicio en las esferas del Gobierno.

## I

### Enriqueta Beecher Stowe

Esta ilustre señora, que para consuelo de sus amigos y admiradores, se conserva todavía en buena salud, nació en Litchfield, en el Estado de Connecticut, en el mes de junio de 1812. Era su padre, el Rev. Lyman Beecher, clérigo calvinista, de grande ilustración y conocimientos, que se empeñó mucho, como era natural, en que la niña recibiese una educación tan vasta y tan completa, como podía entonces proporcionarse. Se cuenta que á los catorce años poseía un conocimiento bastante acabado del latín, el francés y el italiano, y había también escrito una disertación sobre el tema de si la inmortalidad del alma puede ó no demostrarse por la simple razón, decidiéndose por la negativa. Refieren también sus biógrafos que desde niña se empapó en la lectura de Walter Scott y de Burns, que en unión de las “Mil y una noches” formaban su placer favorito.

Casada en 1836 con Mr. Calvin E. Stowe, que también era un clérigo protestante, vivió por algún tiempo en Cincinnati, donde su casa sirvió de asilo á mucho esclavo fugitivo, y donde los dos esposos corrieron grandes riesgos, por consecuencia de la excitación de los espíritus y el fanatismo esclavista de aquella parte del país.

Allí fué donde la ilustre escritora se llenó de horror por las iniquidades de la esclavitud, y sembró en su espíritu los gérmenes de la obra estupenda, magnífica y sublime en su estremada sencillez, que escribió en Andover, Massachusetts, y publicó en Washington, por partes, en las columnas de un periódico, el *National Era*, desde junio de 1851 hasta abril de 1852.

En el mismo año de 1852 se imprimió en Boston en forma de libro; y su circulación fué tan notable, que en los cinco años subsiguientes á su aparición se vendieron nada menos que quinientos mil ejemplares.

Esta obra contribuyó poderosamente á la creación del partido republicano, inspiró profundo horror á la esclavitud, puso á discusión el problema en cada hogar de esta nación cristiana, y presentándolo vivo y palpitante á cada familia, á cada madre, á cada uno de los infinitos corazones generosos y nobles en que la tierra abunda, hirió de muerte al monstruo, lavó de la frente de la nación una mancha afrentosa y restableció á su dignidad natural de seres humanos los millones de habitantes que gemían en esclavitud en los Estados del Sud de esta Unión.

Nada diré en este artículo respecto al argumento de "La Cabaña del tío Tomás," ni relativamente á sus bellezas, ya sea de descripción, ya de lenguaje. Todo el mundo se puede decir, sin exageración, que ha leído este libro, devorándolo con ansia en ocasiones, llorado siempre en abundancia sobre algunas de sus páginas más importantes. Todo comentario sería inútil,—más que inútil, sería inferior en dignidad, por bien escrito que estuviera, á la naturaleza de la obra, y hasta á su misma forma.

"La Cabaña del tío Tomás" tiene la honra de haber sido uno de los dos libros que han tenido mayor circulación en este siglo. El otro es "Nuestra Señora de Lourdes," de Henri Laserre, opúsculo interesante lleno de dulces esperanzas y consuelo inefable, que penetró también en todos los hogares católicos y se difundió por todo el mundo.

Millones sobre millones de ejemplares se han impreso, en todas las lenguas y distribuido con profusión en todos los países—prueba infalible de que es en el corazón del hombre donde se encuentra el venero inagotable de todo lo bueno, y el resorte más eficaz que se puede tocar en cualquier tiempo.

Cuando Carlos Dickens leyó "La Cabaña del tío Tomás," escribió á su ilustre autora (julio 17 de 1852) entre otras cosas lo siguiente: "He leído el libro de usted con el más profundo interés y la mayor simpatía posible: y debo decir á usted, que no sé lo que en él ha de celebrarse más, si el generoso sentimiento que lo inspiró, ó la admirable habilidad con que está escrito."—Macaulay le escribió también, (octubre de 1856) "acabo de llegar á Italia, donde la fama de usted parece eclipsar las de todos los demás escritores. No hay lugar donde "Uncle Tom," transformado en "Il Zio Tom," no se encuentre á la vista."

Sampson Low, el conocido publicador de libros, daba cuenta, desde Londres en 1853, á la ilustre autora, del resultado material que habia obtenido su obra. "Desde el mes de abril de 1852 hasta el de diciembre del mismo año, se han publicado doce distintas ediciones (no reimpressiones), para venderse al precio de un chelín (25 centavos);... el total número de ediciones, de todas clases, que ha habido hasta ahora ha sido cuarenta, desde la bella, hecha con láminas, que se vende á 15 chelines, (\$3,75) hasta la barata y popular que cuesta seis peniques (12½ centavos)."

En la Biblioteca del Museo Británico, de Londres, se encuentra una colección, aunque incompleta, de las ediciones y traducciones de esta obra

inmortal. En carta del Bibliotecario Mr. Thomas Watts, escrita en 1860, se dice: “Uno de los hechos más notables que pueden citarse de “La Cabaña del tío Tomás” en lo que respecta á su popularidad, es el de haber sido traducida á tantas lenguas, y entre ellas, algunas tan oscuras, que no han permitido entrada, sino con mucha dificultad, á otros escritos. En la lengua de Gales, por ejemplo, no han sido traducidas ni las obras maestras de Scott y de Dickens; pero esta novela lo ha sido en el acto, y ha sido impresa en varias formas.”

Hay una traducción en armenio, dos en bohemio, dos en danés, dos en holandés, una en flamenco, otra en la lengua de Finlandia, trece en francés, nueve en alemán, una en húngaro, dos en la lengua de Iliria, dos en italiano, dos en polaco, una en portugués, una en griego moderno, cinco en ruso, seis en castellano, dos en la lengua de Valaquia, tres en la de Gales, una en servio y seis en sueco.

“La Cabaña del tío Tomás” sería por sí sola bastante para llenar la vida de un escritor. Pero la fecunda pluma de la señora Beecher Stowe no se detuvo en esa producción, ni su brillante genio quedó agotado con ella. Muchos otros son los escritos con que ha enriquecido la literatura de su país y del mundo, todos dignos de leerse, y todos reveladores de una inteligencia superior, de un gusto exquisito y de facultades notabilísimas para arreglar un libro y hacerlo interesante y provechoso. Pero por grandes que sean estas obras,—y hay algunas como por ejemplo la novela denominada “The Minister’s Wooing” (El Galanteo del Ministro) que bajo el punto de vista exclusivamente literario, podría llevarse la palma;—todas ellas palidecen necesariamente ante “La Cabaña del tío Tomás,” como sucede aun á los astros más brillantes del cielo que alcanzamos con nuestra vista, que aparecen como apagados ante los esplendentes fulgores de la luz del sol.

Vol. 9, No. 12 (diciembre de 1890)

## Las novelistas americanas

### II

Elena Hunt Jackson

Esta ilustre escritora, que desgraciadamente dejó de existir en 12 de agosto de 1885, á la edad comparativamente temprana de cincuenta y cuatro años, es como su noble antecesora en estos modestos estudios, la señora Beecher Stowe, una de las grandes glorias de la Nueva Inglaterra. El honor de haberla visto nacer le corresponde á la ciudad de Amherst, en el Estado de Massachusetts, notable por la famosa Universidad, ó Colegio, que allí tienen los congregacionalistas, y en que su padre el Rev. Nathan Welby Fiske, clérigo de la misma secta, era profesor de lenguas vivas y también de griego y de latín, y tuvo más tarde á su cargo las cátedras de Metafísica y Filosofía moral. Allí vió la luz esta señora el 18 de octubre de 1831, y allí vivió y creció, rodeada de las saludables influencias de un hogar cristiano, y en una atmósfera altamente impregnada de severos principios religiosos,



de gustos clásicos, y de nobles y levantadas aspiraciones, así filosóficas como literarias.

No tenía más que veinte y un años la señorita Elena Fiske, cuando habiendo ya completado su educación, contrajo matrimonio con el capitán de artillería, Edward B. Hunt, del ejército regular de los Estados Unidos, aventajado oficial, que halló su muerte en Brooklyn, N.Y., en 2 de octubre de 1863, en momentos de estar haciendo experimentos con una batería submarina de su invención. De este matrimonio tuvo dos hijos, que murieron en 1865.

Diez años después, habiendo cambiado su residencia, y estableciéndose en Colorado Springs, en el Estado de Colorado, se casó allí en segundas nupcias con Mr. William Sharpless Jackson, banquero de aquel lugar.

El notable talento de esta ilustre dama, y los generosos impulsos que inflamaban su espíritu, cuidadosa é inteligentemente cultivado, no se manifestaron, á lo menos ante los ojos del público, desde una época temprana. No hay constancia de que hubiese publicado cosa alguna, ni aun escrito trabajo á su juicio mereciese ser preservado, sino cuando ya había cumplido treinta y cuatro años; pero las producciones con que desde 1865 hasta la fecha de su fallecimiento, enriqueció la literatura de su país y del mundo, obras todas de un espíritu maduro, y que ya había tomado una forma definitiva, compensan suficientemente por su valor intrínseco (aparte de que son en bastante número) lo que podría echarse de menos en punto á abundancia.

Cuentan sus biógrafos que sus primeros trabajos consistieron en artículos sueltos, escritos para las Revistas y otras publicaciones periódicas de aquellos días, que firmaba solamente con las iniciales H. H. Hay algunos que atribuyen también á su pluma los cuentos publicados bajo el seudónimo de *Saxe Holm*.

Su residencia en Colorado, y sus visitas á California, y los Estados y territorios circunvecinos, proporcionaron abundante ocasión al espíritu de esta noble señora para estudiar la suerte de los indios, y examinar de cerca, prácticamente, y por dentro, si así puede decirse, el tratamiento que reciben del gobierno y de los particulares. Interesóse allí profundamente en favor de aquella raza, y consagróse, desde entonces, á la defensa de sus intereses, y al fomento de su educación y bienestar moral y material. Tan propia es esta frase, que la vida entera de la señora Elena Jackson puede decirse identificada constantemente con algún movimiento, ya en un sentido, ya en otro, en favor de los indios. Sus libros, sus trabajos oficiales, sus esfuerzos privados, todo fué encaminado principalmente en ese sendero de cristianismo práctico, y de generosa é ilustrada benevolencia.

Su última producción, escrita, literalmente puede así decirse, en su lecho de muerte, fué una carta tan patética, como bien redactada, dirigida al Presidente de los Estados Unidos, apremiándolo á reparar ciertos agravios perpetrados contra sus protegidos, y á impedir que se repitiesen.

No era un conocimiento superficial de las cosas, ni ese medio-saber, tanto más pestilencial y dañino cuanto más impregnado de sentimentalismo, que suele dominar, por desgracia, en muchos de los que por sí mismos, y por autoridad propia, se constituyen en enderezadores de entuertos, y reformadores sociales, lo que dió valor y fama en ese sentido á la señora Elena Jackson, ni lo que, como consecuencia necesaria de la seriedad de sus estudios y de la buena índole y espíritu de sus investigaciones contribuyó á hacer imperecederos sus trabajos, aun bajo el punto de vista exclusivamente literario. La señora Jackson examinó á fondo el problema

indio, y pudo estudiarlo en los expedientes, y con todas las ventajas que da la situación oficial, porque además de hallarse en el local, y haber estudiado profundamente la maravillosa historia de las antiguas misiones españolas en California, y sus alrededores, desempeñó también un destino público importante, relacionado con este asunto. En 1883, fué, en efecto, nombrada en comisión especial para estudiar el estado de la educación entre los indios de las llamadas “Misiones de California,” é informar lo que le pareciera procedente.

Desde los días de Horacio está dicho con formas maestras, como de seguro se había pensado siempre desde que hubo gente que pensara, que cuando se saben bien las cosas, *cui lecta potenter erit res*, no puede faltar nunca ni expresión correcta, clara y abundante, ni buen orden y belleza, *facundia et lucidus ordo*, en lo que se da al público. Fácil es amontonar palabras sobre palabras, y exageración sobre exageración, y engendrar monstruosidades con un átomo de verdad histórica, filosófica, política, científica, ó de cualquier género, y ponderosas moles de imaginación pura, no exenta en ocasiones de soberbia. Fácil es también, en algunos casos, improvisarse de este modo ruidosa popularidad, y hasta causar desastres, tanto en el terreno social, como en el de las ciencias y las letras. Pero todo aquello á que se llegue por estos métodos carece de estabilidad y de mérito positivo; y nada que no descanse en la sólida roca del trabajo y del estudio serio, estudio que nunca puede hacerse bien, como decía Bacon, sino cuando se emprende sin preocupaciones y *con la misma inocencia con que entran los ángeles en el cielo*, puede quedar cimentado para siempre, á prueba de los siglos, y de las borrascas del mundo, como sucede ciertamente á *La Cabaña del Tío Tomás*, de la señora Beecher Stowe, y á *la Ramona* de la ilustre dama á que este artículo se refiere.

Sea permitido agregar la digresión de que en el estilo de ambas escritoras se revela desde luego, para un verdadero conocedor, la familiaridad que una y otra adquirieron desde sus primeros años con los escritores de la antigüedad. Chateaubriand decía que con solo examinar algunas páginas de un escrito cualquiera, podía descubrirse si el autor había estudiado los clásicos latinos. Las dos señoras vivieron en una atmósfera donde se respiraba el exquisito ambiente de aquella literatura; (\*) y el efecto de esto en la sobriedad del estilo, en la sencillez y belleza de las descripciones, y en todo lo que hace acabado bajo el punto de vista artístico, los trabajos literarios de la una y de la otra, es verdaderamente sorprendente.

Las novelas de la señora Jackson, de que solo se ocupará este artículo, puesto que en él se estudia solamente á la novelista, y no á la poetisa, ó la viajera, son varias y de diverso género, pero en todas ellas se revela como circunstancia característica el grande amor á la naturaleza que sentía la autora, y su fervorosa admiración y simpatía por los caracteres nobles y elevados, que hacen honor á nuestra raza, más frecuentes en general de lo que comunmente se piensa, y que son prueba convincente de la verdad con que se dijo en la Escritura que era el hombre, no enteramente un ángel, sino un poco menos. Observadora de primer orden, dotada del poder de representar vívidamente lo que pasaba ante sus ojos, y llena siempre de sentimiento verdaderamente artístico, y hasta cierto punto piadoso, ha merecido la señora Jackson el calificativo que le dió el *Atlantic Monthly*, de Filadelfia,

(\*)El padre de la señora Elena Jackson fué autor de un “Manual de Literatura clásica” (*Manual of Classical Literature*) de extraordinario mérito, de que en vida suya se hicieron cuatro ediciones sucesivas.

de ser en la literatura americana lo que Murillo había sido en la pintura española.

Pero sea cual fuere el mérito de sus novelas, *Nelly's Silver Mine*, *The Story of Boon*, *Mammy Tittleback and her family*, *Hetty's Strange Story*, y otras varias, todas ellas se eclipsan ante *Ramona*, que en el *Atlantic Monthly* antes citado, se considera como "la creación más artística" de la literatura de este país, y la obra más notable que ha habido en el mismo con posterioridad á *La Cabaña del Tío Tomás*. Charles D. Warner ha ido más lejos, y estimado que *Ramona* es una de las creaciones más encantadoras de la novela moderna, *one of the most charming creations of modern fiction*.

*Ramona*, que fué escrita, ó mejor dicho publicada, en 1884, y que ha sido traducida al castellano por un hombre de gran talento, y de no menos grande corazón, nacido en la isla de Cuba, es una historia deliciosa, aunque llena de tristeza, de los amores de una joven de raza española que es la heroína, y el indio Alejandro, tipo bien escogido de su raza, en un estado de civilización; y como *La Cabaña del Tío Tomás*, es un libro que por sí solo, y á falta de cualesquiera otros méritos de su ilustre autora, aseguraría para ésta la inmortalidad. Como ha dicho un crítico distinguido, "el mérito del libro es bastante para que se le declare desde luego en el grupo de aquellos que se conservarán permanentemente, entre los monumentos del ingenio humano."

La descripción del rancho de la señora Moreno, en que ésta vive acompañada de su hijo Felipe y de Ramona, la pintura de la vida de aquella hacienda, en cuyos trabajos toma parte principal y activísima uno de esos tipos de buen empleado que suelen encontrarse de tiempo en tiempo, y se llamaba Juan Canito, el cuadro de los indios que se habían alquilado para trasquilar los carneros, y que llegaron á la finca capitaneados por Alejandro, el retrato del padre Salvatierra, uno de esos tipos de santidad, que son el fruto de la Iglesia Católica, y ante cuya radiosa luz se postran sin esfuerzo las inteligencias más vigorosas de todas sectas y creencias, el del "Agente" ó representante del gobierno cerca de los indios, y el del médico de la agencia, empleados oficiales, secos, sin una pizca de corazón, para quienes la honradez y el deber consisten en parapetarse detrás de un reglamento, ó de un pliego de instrucciones, y dejar que las cosas corran el curso que mejor les quepa, y el del Juez que entiende en el asunto del asesinato de Alejandro, y puede dormir satisfecho, como les sucede á tantos otros, después de haber cometido, ó permitido, que se cometa alguna iniquidad, son obras todas que pueden calificarse de maestras, y que sería sumamente difícil, si no imposible, mejorar en manera alguna.

Los caracteres de Ramona y Alejandro, están sostenidos siempre, lo mismo que los de la señora Moreno y del padre Salvatierra, con toda aquella unidad que con razón decía Horacio ser cualidad indispensable y la más esencial de todas en una obra de esa especie: y la descripción de la capilla, y de la piedad dulcísima y casi infantil que dominaba entre los moradores del rancho, así como las escenas que tuvieron lugar cuando la enfermedad de Felipe, y los varios incidentes de la fuga de la heroína, pueden decirse sin rival.

Pero debajo de todas esas bellezas, acentuadas como era natural, por ser femenina la mano que las trazó, con suma delicadeza, y refinamiento, á la vez que ternura, hay un pensamiento útil, grandioso, noble, mejorador, que es el de inspirar simpatía por los oprimidos, y arrancar del corazón, con espontaneidad y energía, el deseo de reparar la injusticia, y borrar manchas

afeadoras de la civilización cristiana de que nuestra edad se enorgullece. Bellísimo es, por supuesto, y conmovedor en alto grado, ver descrito como sólo puede saber hacerlo una mujer, los sentimientos de una madre al encontrar en la gabela de un mueble, los zapaticos que pertenecieron á un niño queridísimo arrebatado tiempo atrás por la muerte, (que es uno de los innumerables detalles maestros con que está salpicada *La Cabaña del Tío Tomás*), ó los que Ramona experimentaba cuando ponía su ramillete al pié de la estatua de María Santísima, ó en los angustiosos momentos de la enfermedad y muerte de su hija, ó en los cambios sucesivos de residencia á que la fatalidad de las circunstancias la compelia. Pero todo eso quedaría siempre sin verdadera grandeza, si no se le hubiese puesto al servicio de una idea buena, y hécholo contribuir al beneficio de la humanidad. Poco tiempo ha pasado desde que *Ramona* ha visto la luz pública; pero su influencia en la opinión pública, y hasta en la administración del ramo de asuntos de indios, así en el Ministerio del Interior de esta Unión, como en las localidades respectivas, es ya marcadísima. Grave es el problema, no porque ofrezca dificultades en sí mismo, ni porque como en los días de la esclavitud haya una iniquidad, convertida por virtud de una monstruosa aberración del espíritu en cosa sagrada, ó venerada, sino por virtud de las condiciones especiales de rudeza y relativo atraso en que se encuentran las clases de la gente blanca, con quienes los indios se encuentran en contacto más inmediato, y de quienes por consiguiente sufren más. Pero la obra de propaganda ejercida por trabajos como el que *Ramona* representa, propaganda que es verdaderamente apostólica, es precisamente en esos casos la más eficaz y más segura. En el hogar, por rústico que sea, donde penetre un libro de esa clase, y se derramen lágrimas, y se sienta correr el frío por las venas, al escuchar las injusticias cometidas, no será fácil que éstas se repitan. Víctor Hugo dijo que toda lágrima borra alguna cosa; y si las que arrancó la lamentable suerte del Tío Tomás borraron del suelo de esta noble nación hasta los últimos vestigios de la esclavitud, é hicieron de los negros ciudadanos americanos, las que arrancan, y continuarán por mucho tiempo arrancando los infortunios de Alejandro, y la triste suerte de su interesante compañera, harán también que se oblitere la mala voluntad que existe en ciertas clases contra la raza india, restablecerán la justicia en las relaciones que con ella se mantengan, y levantándola á la misma altura á que el hombre blanco aspira, habrán logrado cimentar sobre bases firmísimas su emancipación y felicidad.

Vol. 10, No. 1 (enero de 1891)

## Las novelistas americanas

### III

Susana Warner

Los que atraídos por la belleza suma de la localidad, ó por el interés que naturalmente inspira la gran Escuela militar del país, visiten á West Point, en las orillas del Hudson, encontrarán, si se dirigen al cementario del pueblo, que en la inmediata vecindad del “Monumento de los cadetes,” hay

una modesta tumba, en cuya lápida se lee que allí yace la autora de *Wide wide world*, que nació en 11 de julio de 1819 y murió en 17 de marzo de 1885.

No se menciona el nombre de la persona allí enterrada; pero se dice que una hermana suya procediendo en nombre propio, y en representación de algunos amigos, había atendido á que se colocase aquella piedra fúnebre. Termina la inscripción con las palabras alemanas *Auf wiedersehen*, que traducidas al castellano equivalen exactamente á nuestra familiar y cariñosa expresión de despedida temporal "Hasta la vista."

En realidad de verdad, para quien no estuviera al cabo de los antecedentes del libro que aquella lápida conmemora, la tumba de que me ocupo encubriría un doble misterio, porque no sólo oculta el nombre del que escribió la obra, sino que ni siquiera hace alusión á su sexo, extraviando más bien, si así puede decirse, el juicio del visitante, pues que las palabras inglesas *the author*, que son las usadas en la inscripción, tan propiamente, podrían aplicarse á un hombre como á una mujer, y aun quizás más propiamente á un hombre.

Pero el amante de las letras, ó el que de algún modo esté informado de lo que hace inteligible y conmovedor, á aquel sencillo epitafio, tendrá que detenerse con recogimiento ante aquella tumba modesta, y descubrirse la cabeza con el mayor respeto. Lo que allí se encuentra cariñosamente depositado, y á la sombra, si puede así decirse, de un monumento que en cierto modo simboliza la gloria y el poder nacional de los Estados Unidos, es lo que hubo de mortal y perecedero en una noble mujer de este país, y distinguidísima escritora; la señorita Susana Warner, natural del Estado de Nueva York, autora del gran libro que menciona la lápida y de otros varios, no menos notables, arrebatada á la existencia á la edad de sesenta y seis años.

Mujer cristiana en toda la fuerza del término, es decir, llena de abnegación y de amor al prójimo, ansiosa en todo tiempo de enjugar una lágrima, ó de remediar un mal, ó de inspirar un elevado pensamiento, ó de hacer alguna cosa que contribuyese en cualquier manera al mejoramiento de la condición de sus semejantes, Susana Warner consagró su vida entera, y el talento de que Dios la dotó, cultivado y bien dirigido desde el principio por el ejemplo y los desvelos de su padre, por la saludable influencia de su familia, y por una educación bien coordinada, á escribir libros útiles é interesantes, que la colocan sin disputa en el primer rango en la literatura americana.

Admírase Henry Taine de la popularidad del *Wide wide world*, y trata de explicarla suponiendo que esta clase de literatura es un producto del protestantismo. Nada es por cierto más erróneo que semejante idea. Si hubiera dicho aquel renombrado escritor que este género de literatura, literatura bienhechora, dulce, mejoradora, donde no se viste al vicio con nada que pueda hacerlo en manera alguna interesante, ó disculpable, es un producto cristiano, que sólo puede salir á luz y gustarse en atmósferas purificadas por el aliento del que murió en el Calvario, habría, sin duda, estado mucho más cerca de la verdad.

Preciso es mirar las cosas muy superficialmente, ó con tal pasión que haga cerrar los ojos para no ver, cómo enseña la Historia, que el espíritu del protestantismo es antagonista del sentimiento artístico, cualesquiera que sean sus manifestaciones. Y la popularidad de los escritos que se proponen el perfeccionamiento del hombre, ya sea del individuo, ya de la sociedad, por medios suaves y cristianos, no inspirando odios, ó rencores,

ni despertando simpatías indignas, sino arrancando lágrimas y enterneciendo los corazones, no es, ni puede ser, ni puede decirse que lo sea, sin injuriar á la naturaleza humana, una cosa posible solamente en los tiempos post-luteranos.

Como antes se ha dicho, el talento de Susana Warner fué cultivado propiamente, con el ejemplo y con una buena dirección, desde sus primeros años.

Su padre, un distinguido abogado de Nueva York, se había hecho muy notable por sus escritos jurídico-filosóficos, y había creado en torno suyo una atmósfera de aspiraciones literarias, de sentimientos dulces y de creencias religiosas vivas, que sus hijas, tanto Susana como Ana (que también fué escritora y será mencionada más tarde) respiraron desde el principio, y que fortificó su espíritu, fomentando el desarrollo de los elementos generosos que en él se hallaban.

Tenía Susana Warner treinta y un años de edad cuando salió á luz su primer libro, que si hubiera sido el único, habría bastado, sin embargo, para asegurarle fama inmortal. Lo publicó bajo el seudónimo de *Elizabeth Wetherell*, y su reputación fué tal, que en poco tiempo se multiplicaron las ediciones, llegándose á vender hasta doscientos cincuenta mil ejemplares. La popularidad del libro no fué menor en Inglaterra, donde se imprimió y reimprimió repetidas veces: y después de *La Cabaña del Tío Tomás*, ha sido esta primera producción de Susana Warner, la novela americana más leída, y de mayor circulación, que se haya escrito. También se tradujo al francés, al sueco y al alemán.

Y, sin embargo, cuando la ilustre autora envió su manuscrito á un afamado editor de Nueva York, y le propuso lo imprimiese, aquél lo transmitió, como era natural, para el correspondiente informe, á uno de sus críticos, y este buen caballero devolvió el libro con un dictamen desfavorable. Fundado en él, dispuesto estaba el editor á rechazar la oferta y á no prestar su nombre á lo que en la opinión de su empleado no valía la pena de imprimirse, cuando su madre, que había acertado á leer el manuscrito, lo persuadió á desestimar el parecer del crítico y emprender la publicación.

No fué esta la primera vez, ni será la última, en que los microscopios de los críticos de profesión, y la regla y el campás con que frecuentemente están armados, tienen que ceder el puesto ante las espontaneidades del sentimiento y del corazón, y confesar su impotencia. Las puntas de los escalpelos jamás podrán llevarnos al descubrimiento de otra cosa que de los más pequeños elementos. Para observar las armonías, descubrir los conjuntos, admirar la sublimidad de los planes, encontrar la belleza, para decir la palabra propia, se necesitan, ó aquella intuición llena de amor, que se parece á la fé, y que tal vez lo es, ó el poder magnificante de los telescopios.

La primera en el orden de su publicación, y tal vez en su mérito, de las novelas de la señorita Warner, es la que ya ha sido mencionada y se titula, en inglés *The wide wide world*, ó en castellano traduciendo las palabras literalmente: *El ancho ancho mundo*. Es el argumento de la obra la descripción de la vida de una niña que quedó sola, ó casi sola en el mundo, á los diez años, y que pasó vicisitudes sin cuento, sobrellevadas siempre, y conducidas en todas ocasiones por buen camino, bajo la influencia de los principios cristianos que le inspiró su madre, y de los consejos y el amor de verdaderos amigos, modelos de virtud y de cristianismo práctico.



No hay nadie, puede decirse así sin temor de incurrir en equivocación, que se sienta inclinado á cerrar el libro, después de empezar su lectura. No hay nadie que no siga con profundísimo interés, y á veces con el corazón acongojado y las lágrimas en los ojos, á la niña Elena Montgomery, desde que su madre atacada de un mal mortal, le anuncia el viaje á Europa que la obligan á dar los médicos, y le notifica que su padre ha determinado dejarla en el campo, en casa de una tía, hasta su regreso, que jamás se efectúa. No hay nadie que no la acompañe paso á paso, en todas sus numerosas vicisitudes, así plácidas, como dolorosas, desde el momento en que se siente sola en el mundo hasta aquel en que, pasados ya algunos años, regresa de Escocia, donde ha estado por algún tiempo con su abuela materna y con sus tíos, y va á ser feliz y recibir el galardón de sus virtudes.

Nada iguala la maestría con que están delineados ciertos cuadros, que un pintor podría inmediatamente trasladar al lienzo sin más que copiar lo escrito. Hay uno, por ejemplo, que es digno de Víctor Hugo, en que se representa á las dos niñas Elena Montgomery y Elena Chauncey, de once ó doce años de edad cada una, abandonando sus lechos á una hora ya muy adelantada de la Noche Buena, descalzas, sin más vestidos que sus simples batas de dormir, sentadas en el borde de un colchón que está tendido en el suelo, juntas sus lindas cabecitas, y conferenciando con grande seriedad sobre el uso que han de hacer de los regalos que han encontrado en las medias, que por tradición inmemorial y para fines tales, se habían colgado de la chimenea. En otro menos notable se ve á Elena Montgomery, apoyada en una de las cercas de un corral, contemplando con profundo interés, y gran curiosidad, no exenta de miedo, por un lado al labrador Van Brundt llamando á sus carneros para darles sal, y por el otro, á las numerosas manadas de estos animales, que primero van apareciendo, poco á poco, y con infinitas precauciones, por diversos puntos del horizonte, y que después, cuando han reconocido á Van Brundt y perdido la desconfianza, se precipitan en tropel, apiñándose los unos sobre los otros, para disfrutar del regalo.

Otro gran cuadro es el de la misma niña, de pié en la puerta de la casa de campo de su amiga Miss Alice Humphreys, examinando con delicia indecible el caballito que Mr. Marshman le había enviado de regalo, y al que después de grande reflexión y de haber considerado bien las cosas, se concluyó por darle el nombre de *The Brownie*, ó *El Oscurito*, que diríamos en castellano.

¡Y los caracteres! ¡Y las situaciones! ¡Y la descripción de los sucesos y de las escenas de la naturaleza!

Mano maestra de primera clase se necesitaba sin duda para retratar aquella tía, Miss Fortune Emerson, tan seca, tan egoísta, tan calculadora, tan tacaña, tan hacendosa, y tan infatigable; y aquel labrador Van Brundt, tan rudo en lo exterior, como sensible y bueno en lo interior; y aquella Miss Alice Humphreys, que es como el ángel guardián de Elena; y su padre, y Mr. John, su hermano, el educador, el amigo, el protector, hacia quien el corazón de la niña se volvía, como el hierro se vuelve hacia el imán; y aquella familia de los Marshman tan ejemplar, y tan llena de bondad y nobleza; y aquella suya propia de los Lindsay, en Edimburgo, gente buena, y educada, y generosa, y hasta sensible, pero tan terca, obstinada, despótica, y dispuesta en todo tiempo á imponer su voluntad....

La familiaridad de la escritora con las costumbres del campo, en este país, y su maravilloso talento descriptivo, se revelan por donde quiera en este libro admirable. Las fiestas de Noche Buena y de Pascuas en la finca



de Mr. Marshman son asuntos de descripciones inimitables. Pero la de aquella especie de festividad, mezclada con trabajo, que aquí en el campo se llama “una abeja” (*bee*), sin duda en recuerdo de la industria proverbial de aquel insecto, y que tuvo lugar en la hacienda de Miss Fortune, á instigación del labrador Van Brundt, es una cosa que en verdad excita en alto grado la admiración. No parece sino que uno oye materialmente el sonido de los cascabeles de los trineos que conducen á los invitados de ambos sexos, y ve con sus propios ojos á cada uno de éstos penetrar en la casa de vivienda, desembarazarse de sus abrigo, y arrimarse luego á la gran lumbre que se había encendido en la chimenea, y que amorosamente los esperaba. Creeríanse vivas y llenas de movimiento y actividad aquellas figuras de hombres, y mujeres, y aun de niños, emprendiendo con energía, pero con ruidoso regocijo, el trabajo que se les había asignado: éstos pelando manzanas, de que había innumerables canastos llenos hasta el tope, destinadas á convertirse en la especie de conserva que aquí llaman *apple sauce*, ó salsa de manzanas; aquéllos cortando en menudos trozos puercos enteros, que están tendidos patas arriba en las mesas, con el pedazo sacramental de tusa entre los dientes, y los de más allá dividiendo y subdividiendo estos trozos, y haciendo como una especie de picadillo, para confeccionar salchichas, ú otra clase de preparaciones culinarias. Se oye el ruido de las voces, los cantos, las conversaciones, las risas que provocan los chistes; se notan los afanes de los amantes auxiliando á las que son objeto de sus atenciones; se ve el efecto de las rivalidades y de los chismes entre los vecinos. Y luego aquella cena, aquel festín, que corona la fiesta, y en que Miss Fortune, la invitante, no solo satisface su orgullo de ama de casa, y echa, como suele decirse, el resto, sino también manifiesta su gratitud por el oportuno y valioso auxilio recibido, ¿quién que lea su relato no cree estar oyendo el ruido de los platos y viendo las caras de los huéspedes, y la satisfacción de Miss Fortune, y la solicitud de Van Brundt en favor de Elena, y no se siente él mismo como si realmente se encontrase presente en aquella festividad?

Después del *Wide wide world* publicó Susana Warner, también sin dar su nombre, las novelas tituladas *Queechy*, y *Las colinas de Shatemuc*, libros ambos que han tenido mucha circulación aquí y en Inglaterra, y que han sido traducidos, como su antecesor, en otras lenguas europeas.

Un antiguo y acreditado librero de esta ciudad, uno de los pocos que he encontrado en este país que me recuerdan los libreros de Europa, para quienes el comercio de libros no es simplemente un negocio, como el de vender papas, ó manzanas, me ha contado cuánta era la curiosidad que tenía el público, cuando la aparición de *Las colinas de Shatemuc*. El único informe que daba la portada del libro era el de que éste había sido escrito por “el autor de *Wide wide world*,” cuyo nombre verdadero era desconocido, y que todos deseaban descubrir, tanto más ansiosamente cuanto más cuidadosamente se reservaba.

Sus libros posteriores, que han sido muchos, aunque no todos novelas, han llevado su nombre; y aunque en el plan de estos artículos no entra hacer mención de otra cosa que de las novelistas de este país, no sería justo dejar de dar el nombre de una gran obra de la señorita Warner publicada en 1853, bajo el título de *The Law and the Testimony* (La ley y su prueba), en que se discuten y demuestran con lucidez notable, y sin aparatos teológicos horripilantes, las grandes verdades del cristianismo.

## Las novelistas americanas

### IV

#### Ana Bartlett Warner

En el plan adoptado para estos modestos estudios, corresponde el cuarto lugar á la distinguida escritora, que colaboró con su hermana, la señorita Susana Warner, de que se habló en el anterior artículo, en la producción de algunas obras, y que por sí sola ha compuesto también, y publicado, interesantísimas novelas.

Esta escritora americana, la señorita Ana Bartlett Warner, nació, como su hermana, en el Estado de Nueva York, y creció y vivió como ella rodeada de las benéficas influencias que al tratar de la misma dama se describieron. Colocan sus biógrafos en el año de 1820, la fecha de su nacimiento, y sus amigos y admiradores tienen todavía la fortuna de verla conservarse en buena salud, y de escuchar su palabra hablada, que del mismo modo que la escrita, se distingue por esmerada bondad y gran cultura.

La primera novela de Ana Bartlett Warner, que fué la denominada "Pesos y Centavos," (*Dollars and Cents*) y vio la luz en 1853, se publicó bajo el seudónimo de Amy Lothrop, que quedó luego retenido en otras producciones de la misma escritora. Dos años más tarde, salió la segunda, impresa, lo mismo que la anterior, en la ciudad de New York, con el título "El guardián de mi hermano" (*My brother's keeper*) que circuló mucho, y que se leyó, como todavía se lee, con profundo interés y universal aplauso. Después vinieron por su orden, en 1871 "Los cuentos del cerro del vinagre" (*Stories of Vinegar Hill*), en 1872 "La cuarta vigilia," (*The fourth watch*) y en 1873 "La otra orilla" (*The other shore*).

Además de estas obras, y tal vez de otras que el que escribe no recuerda en este momento, compuso esta noble dama, como se dijo antes, en unión de su hermana diversas obras importantes, que son feliz producto de la combinación de los dos ingenios. Se encuentran entre ellas "El estante de libros de Elena Montgomery" (*Ellen Montgomery's book shelf*), "Witch Hazel," nombre que hay que dejar sin traducir, y es el de una planta de Virginia, cuyo extracto constituye uno de los remedios caseros más populares y eficaces en este país, y *Say and seal*, publicado en dos tomos en Philadelphia en 1860.

"El guardián de mi hermano," que es el libro que se escogerá para que los ilustrados lectores de la REVISTA puedan formar, si es que no la tienen ya mejor y más completa, una idea de lo que pudiera llamarse la fisonomía literaria de su distinguida autora, tiene un argumento interesante y muy bien desenvuelto. La escena pasa en New York y en Massachusetts, en los años de 1812 y 1813, durante la guerra con la Gran Bretaña, y cuando Decatur se llenó de gloria, entre otras cosas, por el apresamiento del *Macedonian*, de la marina de su Majestad Británica, lo que le valió un voto de gracias del Congreso de los Estados Unidos, y cuando Perry, emulando á Nelson, en la concisión y energía de sus despachos, anunció á su Jefe que había encontrado al enemigo y lo había dominado: *We have met the enemy, and they are ours*. Y aunque hay en ella, como naturalmente tiene que haber en toda novela, escenas de amor, y alternativas de alegría y tristeza y cuadros descriptivos de la naturaleza, y representación de caracteres distintos, unos serios, otros cómicos, otros angelicales, y todos delineados con mano maes-

tra, y pinturas de la sociedad de aquellos tiempos, y todo lo demás que contribuye á mantener fija la atención del lector y conservarla cautiva horas enteras, se encuentra por debajo de todo, y penetrando la trama por todas partes, un pensamiento noble, grande, educador, cristiano, esencialmente mejorador. En esa relación, que se lee sin el menor cansancio, de la vida de una joven bella y bien educada, que tiene bienes de fortuna, pero ha perdido á sus padres, y se ha constituido en el ángel guardián, no sólo de su hermanita, una niña en la primera infancia, sino también de su hermano, joven militar, apuesto y elegante, bueno, cariñoso y caballero, más adicto al juego y á las distracciones del Club, y de la calle, que á los tranquilos goces del hogar doméstico, —vida en que no hay nada de gazonería, ni de reprensión perpétua, ni de aquel deseo de ostentar virtud que abundaba en el fariseo del Evangelio, y de muchos que se le parecen sin sospecharlo, y en que por el contrario no había sino amor y tolerancia y caridad para el prójimo, con no poco sacrificio de las aspiraciones más dulces de su propio corazón, —se desliza constantemente una corriente de ideas productivas del mayor provecho. Casi pudiera uno imaginarse estar viendo un manso arroyo, arrastrando suavemente sus aguas al través de amenas praderas, encontrando de vez en cuando en su tránsito algún obstáculo, más ó menos grave, pero que vence sin ruido, más bien por su constancia, que por su fuerza, fertilizando los contornos hasta una gran distancia, y haciendo brotar perfumadas y vistosas flores en donde quiera que se siente su acción vivificante.

Libros de esa clase, bien escritos y acondicionados en cuanto á su estructura y composición, como lo está sin duda “El guardián de mi hermano,” serán leídos con placer, mientras haya corazones sensibles á la impresión de la virtud.

Rosalía Clyde, la heroína de la novela, es uno de esos tipos que por fortuna para el mundo no son puramente fantásticos, y producción exclusiva de la imaginación de los novelistas. No es en este sentido un *tipo de novela*, porque no hay nada *novelesco*, ni fuera de orden, ni sensacional, como aquí se dice, en lo que constituye su carácter. Es una representación gráfica, realística, no de las groserías y deformidades que envilecen en ocasiones al ser humano, sino de las excelencias y sublimidad que forman la base fundamental del carácter de la mujer, destacándose radiosa sobre un fondo, adecuado para ella, de refinamiento y civilización cristiana. ¿Quién es capaz de no admirarla? ¿Quién no se ha encontrado en su vida, no con uno, sino con numerosos ejemplos, de jóvenes mujeres, sacrificando sin murmurar su existencia, para sostener y educar á sus hermanos, y proveer á sus necesidades, y hasta á sus placeres? ¿Y quién no admirará también la mano experta que supo dar vida y movimiento á la heroína de tal historia, hacerla interesante en todas ocasiones, y representar de tal manera que con su palabra, y con su ejemplo, y hasta con su simple presencia, ejerciera en donde quiera que se hallase una influencia educadora, eminentemente provechosa?

El carácter de Thornton Clyde está también pintado admirablemente. Nada hay más común en el mundo, sean cuales fueren las esferas sociales en que se busque, que el tipo de un joven bueno y virtuoso en el fondo, puntilloso cumplidor de ciertos deberes, pero impaciente á la disciplina, y más ó menos esclavo de influencias ajenas al hogar doméstico, cubiertas muchas veces con el disfraz engañoso de ser cosas varoniles ó de buen tono. La dificultad, que en este caso ha sido vencida con exquisito tacto, está en

representar semejante tipo, sin rasgos chillones, ni exageraciones, y conservar y sostener constantemente el mismo diapasón de refinamiento, aun en las escenas inspiradas por la cólera, los celos, el despecho, ó contrariedades enojosas de cualquier género.

Empieza la novela con la descripción de lo que pasa en la casa de la familia constituída por Rosalía, su hermano, y su hermanita Hulda, cuando esta última cae enferma con fiebre escarlatina, y hay que aislarse en un tercer piso para cuidar de la paciente. Esto trae desde luego á la escena al doctor Buffem, tipo bien pintado de médico, un tanto egoísta, al menos en lo que dice, pero siempre de buen natural, cuidadoso, inteligente, y aprovechador sin parsimonia de las ventajas que le dan su posición y su edad para expresar sin ambages su pensamiento.

El carácter de la niña es tal que solo la mano de una mujer hubiera podido representarlo.

Hay en la novela un Mr. Raynor, que es el Él [*sic*] de la historia, perteneciente á una familia cuáquera, pero que no lo es, perfecto caballero, valiente, inteligente, lleno de nobleza y bondad, digno admirador de Rosalía, pero que tropieza con el deber que ésta se ha impuesto de no abandonar á su hermano, mientras corriese el riesgo de arruinar su carácter, su reputación, ó su fortuna.

Un primo de Mr. Raynor, que lleva por nombre de pila Penn, es un denodado patriota, que ha hecho notables proezas, pero sin una pizca de diplomacia en lo que dice, ó hace, y siempre graciosísimo é interesante.

La familia cuáquera, y dos ó tres otras familias que figuran en el libro, son estudios de costumbres que nada dejan que desear; y la reunión que las mujeres del pueblo celebran un sábado, en la casa de la escuela pública de un lugar de Massachusetts, donde Rosalía está pasando el verano, en cuya reunión (*sewing meeting*) una hilaba la lana con una rueca, y las demás tejían medias, ó guantes, ú otros artículos del mismo material, y en que Rosalía, á falta de otra cosa, leyó el diario que había traído la mujer del administrador de correos, y en que estaban las últimas noticias de la guerra que se habían recibido, son pinturas perfectamente hechas, llenas de animación y productoras de agradable efecto. La última, sobre todo, que se refiere á usos locales del país, desconocidos en los demás, tiene que leerse necesariamente con mayor placer.

Muchos de los libros de esta distinguida escritora han sido traducidos al francés, y también á otras lenguas de Europa. En cualquiera en que sean vertidas, con tal que se conserve el tono de suavidad y sentimiento delicado que domina en ellas, serán siempre recibidas con grande aplauso.

Vol. 10, No. 3 (marzo de 1891)

## Las novelistas americanas

### V

#### Catalina María Sedgwick

La ilustre dama á que este artículo se refiere, nació en Stockbridge, Estado de Massachusetts, el 28 de diciembre de 1789, y murió en Roxbury, en el mismo Estado, á la edad de setenta y ocho años, en 31 de Julio de 1867.

Su padre, Theodore Sedgwick, que se distinguió como abogado, como Juez, y como hombre de Estado, figurando primero como miembro del famoso Congreso Continental, luego como representante de Massachusetts en el Congreso de los Estados Unidos, y por fin como Senador por el mismo Estado en el mismo Congreso, y siempre entre las filas de los enemigos de la esclavitud de los negros, cuidó con mucho esmero de la educación de sus hijos, y se desvivió porque esta fuese tan completa, y tan clásica, como era posible. Uno de ellos, llamado Roberto, escribía á su padre desde el colegio en que estaba, y cuando tenía de doce á trece años de edad, que había seguido sus consejos, y dedicado al estudio de Horacio todo el tiempo que le quedaba desocupado, añadiendo estas palabras notabilísimas: “Me considero muy feliz siempre que me pongo á revisar las sublimes obras de Virgilio. ¡Qué incomparables son, y cuán inexpressable es casi siempre la belleza de la mayor parte de sus descripciones!”

Este sencillo detalle es bastante para hacer comprender con cuanta verdad se expresaba esta distinguida escritora, al estampar en su libro de *Recuerdos de la Niñez*, las siguientes frases: “Yo fuí educada en una atmósfera de levantada inteligencia. Mi padre era un hombre de vigor mental poco común. Así lo eran también mis hermanos. En mi casa, las costumbres, las aspiraciones, hasta los entretenimientos y los placeres, eran intelectuales. Y yo crecí y me formé en aquella atmósfera, embebiendo en mí ser aquellos gustos é inclinaciones, y adquiriendo aquellos hábitos... En el santuario de nuestro hogar no habían entrado nunca “los que vendían y compraban en el templo,” ni se habían puesto “las mesas de los banqueros, ni las sillas de los que vendían palomas.” Mi padre era más rico que sus vecinos. Su renta era bastante para cubrir abundantemente las necesidades de su familia, y ofrecer sin reserva ni medida la más generosa hospitalidad; pero nada se gastaba para darse tono, ni nada se desperdiciaba en vicios.”

Como ella misma cuenta, se leyó en un invierno, cuando no tenía más que doce años de edad, la Historia antigua de Rollin. “El camino para ir á la escuela (la casa de los Sedgwick estaba en el campo) se ponía muy malo algunas veces, y cuando así acontecía, era mi costumbre llevar conmigo mi merienda,—¡cuánto me acuerdo de mi pan con mantequilla y de mis nueces, y salchicha fiambre y mis manzanas!—y en el intermedio que nos daban para tomarla ¡cuántas veces me acurrucaba por un rincón, y allí dando mordidas á mis provisiones me olvidaba á mí mismo admirando las grandezas de Ciro!”

“Yo era, dice en otro punto, sumamente popular entre mis condiscípulas: parte tal vez, según temo, porque había en mí lo que los frenólogos llaman amor de aprobación llevado al exceso, parte también tal vez porque yo podía darles gusto con más facilidad. Los sábados, por ejemplo, era costumbre que se nombrasen dos de las niñas para barrer la escuela y ponerlo todo en orden para la próxima semana, y las dos niñas elegidas tenían el derecho de escoger una tercera que las acompañase. Yo era á menudo la elegida por el voto espontáneo de mis dos condiscípulas, cualesquiera que resultasen ser. ¿Sería porque yo tenía “ilimitado crédito” en la tienda, donde mi padre tenía cuenta abierta, y mientras barríamos la casa y sacudíamos los muebles, nos regocijábamos con una merienda de pasas y almendras, y vino de Málaga, y otras dulces cosas del agrado de la niñez?”

La primera novela de Catalina María Sedgwick no apareció hasta el año de 1822, en que se dió á la estampa, sin el nombre de la autora, por la casa editora de Bliss White, de New York.—Llevó por título “Un Cuento de

la Nueva Inglaterra.” (*A New England Tale*), y tuvo una excelente acogida. En sus “reminiscencias de la Señorita Sedgwick,” dice William Cullen Bryant, que fué grande amigo de la familia, que él conservaba un ejemplar de la primera edición de ese libro, cuyas páginas gastadas y manchadas demostraban bien el número de personas á quienes lo había prestado, y cuánto había sido leído. “El Cuento de la Nueva Inglaterra”, añade este escritor, se hizo popular inmediatamente. Todo el mundo estaba ansioso de leerlo: y pronto anduvo en manos de millares de personas, que no acostumbraban leer novelas, pero que no se arrepintieron de haberse separado con esta de su habitual sistema. Era esta la vez primera en que los bellos valles de nuestro país se habían escogido para teatro de aventuras bien imaginadas de personajes ficticios, y todos sentían que su belleza y su interés se aumentaban, con las narraciones y recuerdos que se asociaban á su descripción.”

Dos años más tarde publicó, también en New York y bajo el anónimo, su segunda novela titulada “Redwood,” que muchos consideran la mejor de todas. “Redwood,” dice William Cullen Bryant, “fué calurosamente recibida por el público, y tan grande fué su fama, que inmediatamente se tradujo en cuatro lenguas del continente europeo. Su éxito fué indudablemente merecido. Aunque no fuese más que por la pintura de Debby Lenox, el ingenioso, concienzudo y resuelto tejedor yankee, personaje en que se combinan de singular manera, pero con mucha verosimilitud, las más distintas cualidades, y por el interesante papel que se le hace desempeñar en la trama del libro, abriríamos siempre con placer las páginas de éste, y retendríamos en nuestra memoria, junto con el recuerdo de los personajes reales, con quienes nos hemos movido en el mundo, el del héroe de aquella historia, simple producto de la fantasía.”

En 1825 se publicó su tercera novela denominada “Los Viajeros,” (*The Travellers*) que contiene la narración de un viaje al Niágara y los lagos, que se supone dado por dos jóvenes, y en donde se relatan con interés los varios incidentes que les ocurren, y se hacen bellas y frescas descripciones de lo que vieron y admiraron; y en 1827, la cuarta, que lleva por título “Hope Leslie, ó los primeros tiempos de Massachusetts” (*Hope Leslie or Early times in Massachusetts*) que es una pintura de la vida doméstica de los primitivos habitantes de aquel Estado. “Rasgos muy marcados de aquella vida, y del carácter é ideas distintivas de los primitivos colonos puritanos, dice William Cullen Bryant, se conservaban todavía en aquel entonces en muchos lugares de la Nueva Inglaterra. . . . Con su ayuda, y el estudio de nuestra primitiva literatura colonial, pudo la señorita Sedgwick llevar á cabo su propósito. . . . Del Hope Leslie se hicieron muchas ediciones; y á mí me parece que este es el libro de la señorita Sedgwick que más se ha leído.”

Vino después de él, en 1830, el denominado “Clarence, una historia de nuestros tiempos” (*Clarence, a tale of our own times*) que se publicó en Philadelphia en dos tomos, y se reimprimió en tres, poco después, en Londres. Y cinco años después, en 1835, la famosa novela á que puso por título, “Los Lindwoods, ó Sesenta años atrás en América” (*The Lindwoods, or Sixty years since in America*), historia encantadora de la vida doméstica de los Estados Unidos, entremezclada con recuerdos y aventuras de la guerra de la independencia.

Después de la aparición de este libro, estuvo la señorita Sedgwick sin dar al público ninguna otra novela, por el largo espacio de veinte y dos años. Muchos creyeron que satisfecha de la merceda reputación que había alcan-



zado en este género, no quería arriesgar sus laureles, emprendiendo otros trabajos que pudiesen en algún modo desmerecer de los anteriores. Pero no fué así. Esos veinte y dos años los empleó la ilustre dama en muchas obras de otras clases que le valieron no menor nombre. En ese intermedio, además de visitar la Europa, para donde se embarcó en 1839, escribió libros de viajes y biografías de artistas distinguidos, y de otros personajes, honor de la humanidad bajo diferentes conceptos, notándose entre estas últimas la de Mr. Joseph Curtis, de New York, un hombre que pasó su vida haciendo obras de misericordia, enseñando á los ignorantes, y consolando á los afligidos, y la de la maravillosa poetisa Lucrecia María Davidson, también de New York, que hizo versos á los cuatro años de edad, después de haber aprendido por sí misma á escribir, copiando de un libro las letras impresas,—que murió á los diez y siete años de edad, en 1837, y de que se conservan doscientas setenta y ocho composiciones poéticas, muchas de ellas escritas cuando solo tenía nueve años.

¡También se dedicó en este tiempo á escribir artículos para las Revistas que entonces se publicaban, y varios libros de los que componen lo que aquí se llama “literatura juvenil,” producto excelente de este país, de que no se encuentra igual en ningún otro, y consiste en obras buenas, entretenidas, interesantes é instructivas, destinadas al recreo é ilustración de los niños.

Figuran entre estas últimas producciones los preciosos libros titulados “Prenda de amor para los niños” (*Love token for children*), “El jorobado” (*Le Bossu*), “Moral y buenas maneras” (*Moral and Manners*), y otros varios.

Cuenta William Cullen Bryant en sus Reminiscencias de Miss Sedgwick que antes se han citado, una anécdota curiosa, que demuestra el grado de influencia que la noble escritora ejercía aun en los espíritus más avezados á toda clase de emociones literarias. —“Mr. Wesley Harper, dice el distinguido escritor, uno de los hermanos que establecieron la gran casa editora que lleva su nombre, y que publicó varias de estas obritas de Miss Sedgwick, tenía por costumbre revisar él mismo en su casa las últimas pruebas de lo que se imprimía, antes de devolverlas definitivamente para hacer la tirada. Hablando una vez conmigo me confesó que al hacer este trabajo con los libros escritos por Miss Sedgwick, lo dominaba tanto la emoción que no podía contenerse, y prorrumplía en lágrimas abundantes. Puedo asegurar al lector, agrega Mr. Bryant, que no es tarea fácil arrancar lágrimas de los ojos de un corrector de pruebas por profesión.”

El largo período de que acaba de hablarse, y que por lo visto no fué perdido, ni con mucho, ni para las letras, ni para la causa de la humanidad, sirvió de mucho para madurar, si madurez necesitaba, el talento de la señorita Sedgwick para la novela. Y así fué que cuando llegó el año de 1857, y dió al público la que lleva por título “¿Casada ó Soltera?” (*Married or Single?*), de que los hermanos Harper, de New York, antes citados, han hecho una bella edición en dos tomos, la opinión general se ha pronunciado declarando que en nada desmerece, y en muchas cosas supera las más estimadas de sus producciones anteriores.

Cuanto queda dicho en las páginas anteriores, respecto á los asuntos que la señorita Sedgwick escogió para su libros, pone de manifiesto las cualidades distintivas de su espíritu levantado. Siempre aspiró en sus escritos á un fin más alto que el de divertir á sus lectores, ó el de aumentar sin piedad el tamaño de las bibliotecas. Eminentemente americana, patriótica, amante de su tierra, siempre buscó con empeño cuanto pudiese fortificar, y estimular, y fomentar el espíritu nacional, y hacer gratas, amables, é



interesantes en todos los conceptos las cosas del país. Y como nunca se montó en la cátedra para dogmatizar, como hacen muchos, y siempre mostró gran tacto, además de talento, en la manera de delinear los caracteres y en la descripción de las escenas de la naturaleza y de la vida social, su objeto se consiguió en todos los casos con mucha mayor facilidad.

Nada pinta mejor la juventud perpétua en que supo conservar su alma noble, que las siguientes palabras estampadas por ella misma en el libro de sus Reminiscencias antes citado. “Desde los primeros días de que puedo acordarme, hasta este en que escribo, el 13 de octubre del año del Señor 1853, la naturaleza ha sido para mí una fuente de constante goce, y un espectáculo de belleza incomparable, siempre fresca y siempre creciente. Y aunque tantos de mis amigos más queridos han dejado este mundo, y tan pocos quedan de mis contemporáneos, y para mí han perdido tanto de su incentivo los palceres sociales,—es, con todo, tan intensa y tan agradable como lo fué al principio, la impresión que me produce la aparición del sol por encima de las colinas que veo de mis ventanas, ó su desaparición al ponerse por el lado opuesto, ó el contraste de la primavera y el invierno, ó cuanto cambio ocurre en el aspecto de la naturaleza. Tal vez contemplo ahora el espectáculo, creyéndolo de más solemnidad que en otros tiempos; pero no es porque me parezca meno bello, sino proque entiendo mejor lo que significa. Y si alguna vez las cosas hablan á mi espíritu en un tono más bajo, ó se presentan un tanto apagadas á mis cansados ojos, ni el tono es menos bello y agradable, ni la luz menos gentil y placentera.”

Su espíritu generoso no se contentó tampoco con escribir para el público. En los primeros días de establecerse la asociación de señoras que existió en New York, y nos parece que aún existe, con el título de *Women's Prison Association of N. York* (Asociación de señoras de New York para mejora de las prisiones) acertó la señorita Sedgwick á ponerse en relaciones de gran amistad con la señora de Gibbons (Mrs. James S. Gibbons), que se ocupaba mucho de este asunto, y con quien visitó la cárcel de las Tumbas y los establecimientos correccionales y penales de las islas de Blackwell y de Randall, en el East River de New York. Pronto se interesó vivamente en los trabajos de la Asociación, dedicándose especialmente al cuidado de las mujeres presas, y de los hijos de éstas que se hallaban en los asilos que costea el gobierno. La señora Gibbons ha escrito ella misma un “Bosquejo” (*Sketch*) de lo que hizo la señorita Sedgwick en este ramo de la actividad humana bajo una de sus formas más generosas, y caracteriza con una sola palabra su extraordinario mérito. “Su presencia sola hacía reinar la paz” (*her very presence was peace*). “Los que se asociaron con ella para visitar las cárceles pueden dar testimonio, agrega Mrs. Gibbons, de la maravillosa facultad que poseía de ganarse las voluntades y la confianza, de modo que sus visitas estuvieron siempre acompañadas de los más felices resultados.”

Pronto llegó á ser la primera Directora de la Asociación. Sirvió en ella con este carácter hasta el año de 1863, en que tuvo que renunciarlo á causa de sus enfermedades, y de los achaques de la edad. Cuando ocurrió su fallecimiento, cuatro años más tarde, el Informe oficial de la Asociación, correspondiente á dicho año, publicó lo siguiente:

“No puede cerrarse este Informe sin dar noticia de la pérdida que hemos sufrido este año con la muerte de nuestra Primera Directora, fiel colaboradora, y amiga queridísima, la señorita Catalina María Sedgwick. ... Por más de veinte años fué miembro activo de esta Asociación, y su primera Directora desde 1848. ... Ahora que la muerte ha roto el último lazo

visible que nos unió con ella, sentimos con más viveza cuán fuertes y cuán tiernos son aquellos otros lazos que ninguna separación puede romper, y cuanto, y con cuanto cariño, tenemos que preservar como un tesoro el recuerdo de su gentil presencia, de su consejo amante, de su eficaz auxilio. La encantadora modestia que formaba un rasgo tan saliente de su carácter hizo siempre imposible para ella realizar en todo su valor el mérito de sus propias obras; pero nosotras que recordamos el espíritu de amor y de ternura en que vivió siempre, como dentro de una atmósfera de bendición, sabemos bien que su palabra cayó siempre como un bálsamo en millares de corazones lacerados, alentando á los que habían perdido la esperanza, y consolando á los afligidos. Su memoria ha de ser para nosotras perpétua fuente de inspiración y estímulo poderoso, que nos permita llevar adelante los trabajos que compartió por tanto tiempo con nosotras.”

Hay una casa noble en España que tiene por lema que “un buen morir vale toda la vida.” Quien puede bajar á la tumba con una hoja de servicios como la de la señorita Catalina María Sedgwick, ha empleado bien su vida, y merece la admiración de la humanidad.

Vol. 10, No. 4 (abril de 1891)

## Carlota Scott

En la noche del sábado 24 de enero de este año, y á la avanzada edad de ciento nueve años, falleció en una humilde choza de madera, cerca de un pequeño paradero de ferrocarril, en Virginia, denominado "Reusens Station," como á cuatro millas de Lynchburg, una pobre negra que había sido esclava, y que tenía por nombre el que encabeza este artículo. El telégrafo, no por cierto tan bien servido en aquellas regiones como en otros puntos de esta Unión, trasmitió en seguida la noticia á todos los grandes centros del país, y el lunes inmediato los periódicos de Washington, y los de casi todas las localidades de importancia política y social aparecieron con artículos necrológicos, más ó menos extensos, (el *Evening Star* de Washington consagró á este asunto media columna) destinados á conmemorar los rasgos más notables, aunque en verdad sencillísimos, de la humilde vida que se acababa de extinguir, pocas horas antes.

El 8 de diciembre de 1885 había fallecido en Nueva York, en su palacio, y disponiendo por su testamento de nada menos que de ciento noventa millones de pesos, el opulento especulador y negociante William H. Vanderbilt, y hasta los periódicos de la gran metrópoli, donde por espacio de tantos años había él figurado eminentemente en transacciones de Bolsa y ferrocarrileras, tuvieron que contentarse con anunciar el acontecimiento. El *Chicago News* llegó hasta á decir, tal vez con no muy buen gusto, cuando estaban todavía calientes los restos del finado, las palabras siguientes:—"¿Qué es la grandeza humana? Muere William H. Vanderbilt, el hombre más rico en el continente de América; su muerte es súbita, y el redactor de aquella parte de los diarios donde se insertan las necrologías se ve obligado á escribir algo sobre él. ¿Dónde encontrar los datos? Ni la 'Enciclopedia americana,' ni el 'Annual' de Appleton, ni el libro titulado 'Men of our times' (Hombres de nuestros tiempos), ni el 'Diccionario biográfico,' ni la 'Enciclopedia doméstica,' ni el 'Diccionario de Biografía Universal,' ni el libro que escribió Parton con el título de 'Famous Americans' (Americanos famosos), ni las publicaciones de Harpers durante los últimos diez años, contienen una sola línea acerca del difunto. . . . Crueles iconoclastes estos escritores de biografías y hacedores de libros en general! ¡Ninguno de ellos lo vió nunca! Los millones del potentado fueron ineficaces, en absoluto, para asegurarle un lugar dentro de las cubiertas de una Enciclopedia."

¡Qué contraste tan extraordinario entre los dos personajes que acaban de nombrarse, y qué lección tan provechosa la que con él puede aprenderse!

El Creso neo-yorquino pasando á la otra vida, casi inadvertido: la negra ex-esclava dejando este mundo, pero pudiendo decir como el poeta: *nos omnis moriar*, perpetuando su nombre, y arrancando del pueblo del país una expresión de aprecio y simpatía!

El uno hundiéndose en la eternidad, sin que su nombre se encontrara, como dice el diario chicogoano, ni aun en los libros más usuales de biografía local:—la otra, yendo á mejor vida, con su nombre inscrito en bronce, ligado para siempre á la historia de la gran República, y grabado indeleblemente sobre uno de aquellos monumentos que más honran el país!

Y no es, por cierto, que en la vida del blanco millonario puede hallarse

cosa alguna, que sea capaz de mancillar su nombre, ó de empañar de algún modo, ni de la manera más leve, la justa reputación que le hayan merecido sus virtudes y sus méritos dentro del círculo de su familia, y en las esferas de su vida social y financiera:—ni tampoco que en la existencia de la negra ex-esclava hubiese nada de excepcional virtud, ó santidad, que la hiciese merecedora de singular estimación, ó respeto. Pero el contraste entre la remembranza histórica de los dos personajes simboliza, una vez más, y define con caracteres acentuados, aquella eterna lucha que comenzó en el paraíso, cuando cayó el hombre por razón de su soberbia, y aquel perpetuo antagonismo entre el poder moral y el material, entre el espíritu y el cuerpo, entre el principio de la abnegación y el sacrificio, y el del amor de la riqueza, que acaba siempre y tiene que acabar por el triunfo del pobre, del desvalido y del humilde.

Tal vez uno de aquellos que se consideran más desgraciados en el mundo, Camoens, por ejemplo, como dice Balmes, “muere sumido en la mayor miseria: su voz moribunda se exhala sin un testigo que lo consuele: pero pronuncia, ó traza una palabra; . . . ¡qué importa que aquel cuerpo sea débil! El espíritu dominará la tierra: su palabra la escuchará la humanidad y la trasmitirá á los siglos futuros!”

Y hay sin embargo hombres, y gobiernos, que en ceguedad pasmosa, se esfuerzan por divorciar los pueblos, en nombre del progreso y de la libertad, de ese espíritu de abnegación y sacrificio, que es la base del cristianismo, y el cimiento verdadero, y el único realmente inquebrantable, del valor cívico y de las libertades públicas!

El pordiosero de Asís, que se llamó después San Francisco, había tenido que refugiarse en la Porciúncula, como se llamó, según lo indica la palabra, al pequeñísimo rincón de un parque, cuyo uso le permitió un gran señor; y tan destituido de todo se había visto, que hasta perdió su nombre (Bernardon), por haber dado el pueblo en denominarlo *Francesco* (el *francecito*), creyéndolo natural de Francia, á causa de la facilidad con que hablaba la lengua de aquel país. Y ese humilde y desvalido extranjero en su propia tierra, que no tenía ni nombre, y necesitaba mendigar su alimento, fué, sin embargo, el jefe y fundador de la milicia popular y democrática más valiente y denodada que jamás ha existido, y en donde ha habido soldados tan esforzados y amantes de la causa del pueblo, como los franciscanos del siglo XIV, el famoso Guillermo de Occam, San Buenaventura, Sixto V, el Cardenal Ximenez de Cisneros, Clemente XIV, y tantos otros!

Carlota Scott era una negra esclava que nació en lo que todavía se llama “la plantación de Scott” en Virginia. Conforme á la costumbre, el apellido de los amos se trasmitía á la esclava, pero tan solo como marca, ó señal de la propiedad. Con él no se alcanzaba derecho alguno, ni privilegio ó garantía de ninguna clase. El esclavo se llamaba Scott, ó Elliott, ó Slidell, como la vaca se llama Durham, ó Alderney, ó el vino se denomina Medoc, ó San Julián. Educación no recibió ninguna. Ni las leyes, ni la lógica de la esclavitud, sobre todo en los Estados Unidos, podían tolerar semejante cosa. El año de 1861 la encontró en Ohio, acompañando á la señora del doctor Ruker, que de soltera se llamaba Margarita Scott, y era una de sus amas; y volvió con ella á la antigua residencia de la familia, cuando la cesación de las hostilidades permitió el regreso. La proclama de emancipación del Presidente Lincoln no fué bastante á separarla de sus antiguos dueños, ni disminuyó en nada el carácter y el respeto que les profesaba. Pero esa noble y admirable fidelidad, que es cualidad característica de la raza africana,

no significaba en modo alguno que su corazón fuese insensible á las inefables alegrías de la libertad. Dentro del alma encerrada en aquellas cubiertas rudas, sin pulimento, ni educación alguna, latía con grande fuerza un sentimiento de gratitud profunda, que rayaba en verdadera veneración, y casi en culto, hacia el gran Presidente que borró de una plumada la mancha afrentosa que afeaba la civilización de los Estados Unidos y ponía en peligro su existencia. Cuando ella supo que la bala del asesino Booth había postrado aquella noble existencia, exclamó desesperada: "Dios tenga misericordia de nosotros. Han matado al amo Lincoln. Hay que levantarle un monumento, y yo voy á dar para eso hasta mi último centavo."

*(Lord, have mercy: Massa Lincoln is killed. He ought to have a monument, and I am going to give the last cent I have for it.)*

Estas palabras sencillísimas, efusión espontánea del corazón, tuvieron eco en el país. El monumento se hizo, y aquí se encuentra levantado, en el centro del Parque de Lincoln, frente á frente, aunque á distancia de algunas cuadras de la puerta principal del Capitolio de la nación. Allí está perpetuada en bronce artístico, y en tamaño heroico, la efigie del Presidente mártir, rompiendo las cadenas del esclavo que tiene arrodillado á sus piés. Y allí se encuentra también esculpida en una tabla de bronce, fijada en el granito del pedestal, la siguiente inscripción:

#### MONUMENTO DE LA EMANCIPACION

*En grata memoria de  
ABRAHAM LINCOLN  
se levantó este monumento  
por la Comisión sanitaria del Oeste  
de San Luis, Missouri,  
con fondos contribuidos exclusivamente  
Por ciudadanos de los Estados Unidos,  
emancipados y declarados libres por su proclama  
de 1º de enero del año del Señor 1863.  
La primera cantidad contribuida, que fué de cinco pesos  
LA HIZO CARLOTA SCOTT,  
esclava emancipada de Virginia.  
Ese dinero fué el primero que había ganado la donante,  
después de ingresar en la libertad,  
y quedó consagrado, á ruego suyo,  
desde el día en que supo la muerte del  
PRESIDENTE LINCOLN,  
á la erección del monumento, que á  
sugestión suya  
debía levantarse á su memoria.*

Los millares de visitantes, que año tras año, recorren las calles de Washington, y admiran las innumerables bellezas de la capital federal, se detienen siempre conmovidos ante este monumento notable, y leen, y muchas veces copian con gran cuidado, las palabras de la inscripción antes inserta. ¡Singulares peripecias del mundo, y decretos inescrutables de la Providencia!

El nombre de una negra esclava, inscrito en bronce, como iniciadora del monumento conmemorativo del acto público más trascendental de la

historia del país, y perpetuado en unión del del [*sic*] mismo Lincoln, á la vista del Capitolio, donde no hace más que medio siglo, un soberbio senador de Virginia se oponía á los propósitos de Simón Bolívar y del Congreso de Panamá, en favor de la abolición de la trata de Africa, porque “los Estados Unidos no tenían el derecho de subirse en la cátedra, y proclamar desde ella principios abstractos de moral que cada nación tiene perfecto derecho de decidir por sí misma!”

El nombre del Mr. Mason, que presentó este informe en nombre del Comité de negocios extranjeros del Senado de los Estados Unidos, es absolutamente desconocido, á no ser para el que estudie la historia política del país, y se ponga á registrar los archivos. El de Carlota Scott fué pronunciado por todo el país, el 24 de enero de este año, como había sido pronunciado antes, y seguirá pronunciándose más tarde, y se recordará por tanto tiempo cuanto dure el bronce, y más que el bronce, corazones impresionables ante un acto noble de generoso desprendimiento, acompañado de idealismo y sentimiento poético!

*Sursum corda!*

Vol. 10, No. 3 (marzo de 1891)

# Index of Literary Selections in *LA REVISTA ILUSTRADA DE NUEVA YORK*

- 1886
- 12-1886*
- Sellén, Francisco  
“Panteísmo” – p. 4.
- Delpino, Ramón  
“Reflejos de *Fray Candil*” – pp. 7-9.
- Riva Palacio, Vicente  
“Idilio” – p. 9.
- Picón Febres, Gonzalo  
“¡Duerme!” – p. 10.
- Acosta, Cecilio  
“Juicio sobre la oda de la Sra. Lola Rodríguez de Tío. Intitulada *La vuelta del pastor*” – pp. 11-13.
- Picón Febres, Gonzalo  
“Ella” – p. 13.
- Bolet Peraza, Nicanor  
“La enseñanza y el siglo” – pp. 18-19.
- Lenau, Nikolaus  
“Rosa marchita” [Traducción de Francisco Sellén] – p. 22.
- Casal, Julián del  
“Luz y sombra” – p. 24.
- 1887
- 1-1887*
- Bolet Peraza, Nicanor  
“*La señora de López*: Novela social por Eduardo López Bago” – pp. 7-9.
- Hugo, Víctor  
“Dos hijos” [Traducción de J. Estremera] – p. 12.
- Sellén, Antonio  
“El viajero” – pp. 16-17.
- Pérez, Lázaro María  
“Alfonso XII en su muerte” – pp. 20-21.
- 2-1887*
- Rodríguez de Tío, Lola  
“Manatí” – p. 4.
- Pérez, Lázaro María  
“La limosna” – p. 7.
- Bolet Peraza, Nicanor  
“El convidado de caucho” – pp. 8-9.  
“Un día sin sol” – pp. 10-11.
- Fernández Bremon, José  
“El baño” – p. 18.
- Peza, Juan de Dios  
“A Víctor Hugo” – p. 19.
- Obligado, Rafael  
“La luz mala” – p. 20.
- 3-1887*
- Pérez Bonalde, Juan A.  
“Luz reflejada” – p. 14.  
“Sombra” – p. 14.
- Marquina, Pedro  
“La desconocida” – pp. 24-25.
- Hugo, Víctor  
“Mi Juana” – pp. 25-26.
- Silei, José de  
“La ida” – p. 26.
- Amy, Francisco J.  
“El poeta a su primogénito” – p. 30.
- Mendive, Rafael María de  
“La gota de rocío” – p. 32.
- Palacio, Manuel del  
“Camino del paraíso” – p. 32.



## 4-1887

Pérez Bonalde, Juan A.

“Semper!” – p. 8.

Maitín, José A.

“Las orillas del mar” – pp. 17-18.

Sales Pérez (hijo), Francisco de

“La vida del campo” – pp. 22-23.

Pérez Bonalde, Juan A.

“Al volver” – p. 23.

## 5-1887

Castelar, Emilio

“El amor” – p. 5.

Gizzek, Erik Gustavo

“El viking” [Traducción de Antonio Sellén] – p. 6.

Maitín, José A.

“Meditación” – p. 12.

Bolet Peraza, Nicanor

“Los juguetes” – pp. 17-18.

Byron, (Lord) George G.

“Fragmento de *Giaour*” [Traducción de Francisco Sellén] – p. 28.

## 6-1887

Martín de la Guardia, Heraclio

“A la América del Norte” – pp. 12-13.

Castelar, Emilio

“El labrador” – p. 17.

Amicis, Edmundo de

“El circo de gallos” – pp. 19-20.

Bolet Peraza, Nicanor

“La avaricia” – pp. 24-25.

María Pérez, Lázaro

“Tu nombre” – pp. 25-26.

## 7-1887

Reina, Manuel

“El guante” – p. 12.

Deligüe, Gastón F.

“Preludio” – p. 12.

Obeso, Candelario

“Tiempo que fue” – p. 14.

Pérez, Lázaro María

“La mascarilla de Napoleón I” – p. 16.

Walburg, Fernando

“Marcela Sembrich” – pp. 17-18.

Martín de la Guardia, Heraclio

“Fraternidad” – p. 20.

Imendia, Carlos A.

“Las dos espigas” – pp. 22-23.

Bolet Peraza, Nicanor

“Costumbres venezolanas” – pp. 24-25.

## 8-1887

Bolet Peraza, Nicanor

“Costumbres venezolanas: La bajada de los reyes” – p. 8.

Silió y Gutiérrez, Evaristo

“A una niña” – p. 10.

Varela Zequeira, José

“El deshielo” – p. 10.

Bolet Peraza, Nicanor

“Las banderas rojas” – pp. 12-13.

Castelar, Emilio

“El Mediterráneo” – pp. 13-14.

Varela Zequeira, José

“La lira oculta” – p. 14.

Betancourt, Luis V.

“Ayer, hoy, mañana” – p. 16.

Amicis, Edmundo de

“La madre” – pp. 17-21.

Maitín, José A.

“La fuentecilla” – p. 22.

Varela Zequeira, José

“¡Luz, luz!” – p. 22.

- Figuerola, Pedro Pablo  
"La mujer" – pp. 26-27.
- 9-1887
- Bolet Peraza, Nicanor  
"Dulce et decorum est pro patria mori" – pp. 5-8.
- Pompa, Elías Calixto  
"El recluta" – p. 8.
- Restrepo, Antonio José  
"¡Patria!" – pp. 9-10.
- Figuerola, Pedro Pablo  
"Poetas americanos: Ricardo Carrasquilla" – p. 11.
- González Camargo, Joaquín  
"Estudiando" – p. 16.
- Gutiérrez Coll, Jacinto  
"Voz sin eco" – p. 18.
- Valera, Juan  
"El naturalismo" – pp. 19-23.
- Bolet Peraza, Nicanor  
"Un viaje a París" – pp. 26-27.
- Carrasquilla, Ricardo  
"El hombre y la mujer" – p. 31.
- 10-1887
- Ortiz, José Joaquín  
"El húsar de Junín" – pp. 6-7.
- Hernández, Domingo Ramón  
"A la estatua de Bolívar" – p. 7.
- Bachiller y Morales, Antonio  
"Tropiezos históricos: Bertrand de Guesclin" – pp. 12-13.
- Pelliza de Sagasta, Josefina  
"Yo era feliz" – p. 13.
- Bodenstedt, Federico Martín  
"Amistad" – p. 14.
- Hugo, Víctor  
"Dante" – p. 16.
- Arciniegas, Ismael Enrique  
"El último canto" – p. 22.
- Martínez Barrionuevo, Manuel  
"Variedades: Núñez de Arce" – pp. 26-27.
- 11-1887
- Mayorga Rivas, Román  
"Los tres velos de María" – p. 4.
- Saluzzo, Marco Antonio  
"Discurso de orden" – pp. 8-10.
- Hugo, Víctor  
"La fuente" [Traducción de E. de L. F. de "Las contemplaciones" de Hugo] – p. 10.
- Bachiller y Morales, Antonio  
"¿Fué Bacon el autor de los dramas atribuidos a Shakespeare?" – pp. 10-11.
- Arciniegas, Ismael Enrique  
"Delirium tremens" – p. 11.
- Montenegro, Dolores  
"Mujer" – p. 12.
- Helianna  
"Lágrimas fecundas" – p. 12.
- Gutiérrez Coll, Jacinto  
"Ausente" – pp. 13-14.
- Calcaño, Eduardo  
"Sobre 'Luchas del hogar'" – p. 16.
- Bolet Peraza, Nicanor  
"Luchas del hogar" (Acto primero) (Drama original) – pp. 16-19.
- Castelar, Emilio  
"Variedades: Mirabeau y la Reina" – pp. 21-22.
- Matamoros, Mercedes  
"Sensitiva" – p. 23.

- Bolet Peraza, Nicanor 1888  
 "Historias de media noche: Al arma blanca" – p. 27.  
*1-1888*
- Casanova, Sofia  
 "Ciegos" – p. 30.  
*12-1887*
- Estrada y Cordero, Manuel  
 "A Guauhtimotzin" – p. 7.
- Campo V., José Manuel del  
 "Pedro Pablo Figueroa" – p. 9.
- Velarde, S.  
 "Dios" – pp. 9-10.
- Imendia, Carlos A.  
 "Dolor eterno" (A Manuel V. Blanco) – p. 10.
- Camacho, Simón  
 "Las Pascuas en Cuba" – pp. 13-15.
- Abril, Mariano  
 "Poetas Puertorriqueños: Muñoz Rivera" – pp. 15-17.
- Peza, Juan de Dios  
 "Migdalia" – p. 17.
- Romo, Apolonio  
 "Juan de Dios Peza" – p. 17.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Luchas del hogar" (Acto segundo) – pp. 18-20.
- Restrepo, Antonio José  
 "El limbo" – p. 21.
- Sellén, Antonio  
 "El último poeta" (De Anastasio Grun) – p. 21.
- Palacio, Eduardo de  
 "¡A Ella!" – p. 23.
- Obeso, Candelario  
 "Canción der [sic] boga ausente" – p. 26.
- Garabito A., José María  
 "Dime..." – p. 30
- Terrero, Leopoldo  
 "Nicanor Bolet Peraza" – pp. 5-8.
- Sellén, Francisco  
 "En la barricada (Paris—1871)" – p. 10.
- Rivas Groot, José  
 "El poeta" – pp. 11-13.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Conciertos caseros" – pp. 13-14.  
 "Luchas del hogar" (Acto tercero) – pp. 16-18.
- Torres, Carlos Arturo  
 "Espartaco" (Al Sr. José Rivas Groot) – p. 18.
- Pérez Bonalde, Juan A.  
 "Día fatal" (A la Señora Doña María de Haro Gad.) – pp. 23-24.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Modas de invierno" – pp. 25-26.
- Rojas Garrido, José María  
 "Biblia de la India" – p. 28.  
*2-1888*
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "El gral. José A. Páez" – pp. 1-5.  
 "Del cielo a Nueva York y de Nueva York al cielo" – pp. 9-10.
- Vicuña Mackenna, Benjamín  
 "¡Excelsior!" – pp. 11-12.
- Renato  
 "El corazón y la cabeza" – pp. 13-14.
- Agüero, Renato de  
 "Bolívar y Sucre" (Dedicado al señor redactor de *La Revista Ilustrada de Nueva York*) – p. 14.
- Hernández, Pablo  
 "Los felices" – p. 18.

- Rojas, P. Ezequiel  
"José Concepción Cova" – pp. 19–20.
- C. Palomino (hijo), Rafael de  
"Al invierno" – pp. 21–22.
- Bolet Peraza, Nicanor  
"Un hombre feliz" – pp. 26–27.
- Restrepo, Antonio José  
"El crucifijo" (De Lamartine) – pp. 27–29.
- 3-1888
- Amicis, Edmundo de  
"En el álbum de un padre" – pp. 9–10.
- Othón, Manuel José  
"Paolo y Francesca" – p. 14.
- Balaguer, Víctor  
"La manta" – p. 14.
- Bolet Peraza, Nicanor  
"De Caracas a La Guaira" – pp. 15–17.
- Blanco, José Miguel  
"El año nuevo en París" – pp. 17–18.
- Guarín, J. David  
"Presentimientos" – p. 20.
- Peza, Juan de Dios  
"César en casa" – p. 24.  
"Reír llorando" – p. 24.  
"Mi padre" – p. 26.
- Gutiérrez González, Gregorio  
"Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia" – pp. 27–30.
- 4-1888
- Bolet Peraza, Nicanor  
"Una pasión moderna" – pp. 10–11.  
"El cocinero de Vanderbilt" – p. 14.
- Sellén, Antonio  
"Literatura alemana: Adalberto de Chamisso y su poema 'Salas y Gómez'" – pp. 15–16.
- Arciniegas, Ismael Enrique  
"Lejos!" – p. 16.
- Peza, Juan de Dios  
"Estatua" – p. 18.
- Amicis, Edmundo de  
"Las 'imágenes blancas'" – pp. 19–20.
- Arciniegas, Ismael Enrique  
"El periodista" – p. 21.  
"Sara" (Al distinguido poeta Sr. d. Juan A. Pérez Bonalde) – p. 22.
- Droz, G.  
"Páginas olvidadas: ¡Tendría cuarenta años!" – pp. 25–26.
- Peza, Juan de Dios  
"Siempre conmigo" – p. 28.
- Picón Febres, Gonzalo  
"Juan de Dios Peza" – pp. 29–30.
- 5-1888
- Bolet Peraza, Nicanor  
"Honores a Páez" – p. 5.  
"Lenguaje universal" – pp. 9–10.
- Tamayo y Baus, Manuel  
"Soneto" – p. 13.
- Castelar, Emilio  
"El dolor" – p. 14.
- Tejera, Felipe  
"El canto del llanero" – p. 16.
- León Gómez, Ernesto  
"En sueños" – p. 18.
- Cavia, Mariano de  
"Ros de Olano y Espronceda" – p. 20.
- Palma, Ricardo  
"Hermosa entre las hermosas" – pp. 23–24.
- Minden, Wilelm van  
"La casa paterna" – pp. 25–27.

- García y Godoy, F.  
 “En la muerte de un héroe” – p. 28.
- 6-1888
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “Juan Wolfgang Goethe” – pp. 1-4.  
 “Algo más que instinto” – pp. 5-6.
- Léon Gómez, Adolfo  
 “La verdadera belleza” – p. 8.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “Ecos de Caracas” – pp. 10-12.
- (Unsigned)  
 “Himno nacional mexicano” – pp. 12-13.
- Olivo Pino, A.  
 “La musa colombiana” (Fragmento)  
 – pp. 14-15.
- Sellén, Francisco  
 “Mañana de primavera” – p. 15.
- Soublette, Félix  
 “La gloria de Páez” – pp. 15-16.
- Pérez Salazar, Ignacio  
 “La herencia de Concha” – p. 18.
- Staël, Madame de  
 “La verdad en literatura” – p. 19.
- Terrero, Leopoldo  
 “Panorama venezolano: Macuto pintoresco” – pp. 20-22.
- Rojas, Aristides  
 “El alerta de los atalayas” – pp. 23-24.
- Tixier, A.  
 “Los amores del diablo” – pp. 26-27.
- Marín García, Manuel  
 “Los dos zafiros” – p. 27.
- Dario, Rubén  
 “La cabeza de Rawi” – pp. 28-30.
- 7-1888
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “Carta de París, Junio 15 de 1888” – pp. 7-8.
- Caro, José Eusebio  
 “Sociedad y soledad” – p. 8.
- Rocamil  
 “Carta de Londres” – pp. 9-12.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “El maestro de escuela” – pp. 12-13.
- Larra, Mariano José de  
 “Un reo de muerte” – p. 14.
- R. R.  
 “Los candidatos, New York 2 de Julio de 1888” – pp. 15-16.
- Terrero, Leopoldo  
 “Panorama venezolano: Macuto pintoresco” (2<sup>a</sup> parte y 3<sup>a</sup>, conclusión)  
 – pp. 16-20.
- Rivas Groot, José  
 “Lo que es un nido” – p. 20.
- Ponthier, C.  
 “¿Quién fue el autor del Gil Blas?” – pp. 21-23.
- Gutiérrez Nájera, Manuel  
 “En defensa de Juan de Dios Peza” – pp. 23-24.
- Terrero, Leopoldo  
 “Morales Marcano” – p. 24.
- Escobar, Emilio Antonio  
 “El perro” – p. 24.
- Palma, Ricardo  
 “Una camisa” – p. 25.
- 8-1888
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “Carta de París” – pp. 1-5.  
 “El monumento de Gambetta” – pp. 6-8.

- O'Connell, Daniel  
 "Carta de O'Connell a Bolívar" – p. 8.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Carta de París" – pp. 9-10.
- C. Palomino (hijo), Rafael de  
 "Inquietud!" – p. 10.
- Rocamil  
 "Carta de Londres" – pp. 11-12.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Exposición retrospectiva" – pp. 13-14.
- Álvarez, Enrique  
 "La llama moribunda" – p. 14.
- R. R.  
 "Noticias del día" – p. 15.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Las bodas en la *bourgeoisie*" – pp. 15-16.
- Segura, José Sebastián  
 "Cortés" – p. 16.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Los nervios" – pp. 17-18.
- Amicis, Edmundo de  
 "Cuadro de las Pampas: Los potros y los domadores" – p. 19.
- Valenzuela, Teodora  
 "Consuelo" – p. 19.
- Ponce de León, Néstor  
 "Estudios sobre Shakespeare" – pp. 20-22.
- Palma, Ricardo  
 "El coronel Fray Bruno" – pp. 24-25.
- Pérez Salazar, Ignacio  
 "A Delfina" – p. 29.
- 9-1888
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Una visita a Notre Dame de París" – pp. 1-5.  
 "De París a Turin" – pp. 8-9.
- Haggard, H. Rider  
 "El testamento del Sr. Meeson" – pp. 10-15.
- Tamayo, Rafael  
 "La espuma" – p. 18.
- Latanio, A. S.  
 "Buenos Aires" – pp. 19-20.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "De Turín a Milán" – pp. 21-22.
- Rivas Groot, José  
 "Idea y forma" – p. 22.
- Amicis, Edmundo de  
 "La instrucción de la mujer" – pp. 23-24.
- Montenegro, M. V.  
 "La luz" – pp. 25-26.
- 10-1888
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "De Milán a Venecia" – pp. 1-5.  
 "Los teatros de París" – pp. 5-6.
- Paiba, Junio  
 "De París a Nueva York" – pp. 6-7.
- Tamayo, Rafael  
 "Flores y frutos" – p. 7.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Profanaciones romanas" – p. 7.
- Haggard, H. Rider  
 "El testamento del Sr. Meeson" – pp. 8-14.
- Rojas, Aristides  
 "Las luminarias del abismo" – pp. 14-17.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Un monumento para Guayaquil" – p. 19.
- Rocamil  
 "Revista europea" – pp. 20-22.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Todavía Venecia" – pp. 23-24.

- R. R.  
 "Noticias del día" - p. 24.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Bolonía y Ancona" - pp. 25-26.  
 "Arturo Michelena" - p. 26.  
 "Nápoles y Pompeya" - pp. 27-29.
- Alarcón, Pedro Antonio de  
 "La última calaverada" - pp. 31-33.
- 11-1888*
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Correspondencia de Roma" - pp. 1-6.
- Pinzón Rico, José María  
 "El mar" - p. 6.
- Haggard, H. Rider  
 "El testamento del Sr. Meeson" - pp. 8-15.
- Terrero, Leopoldo  
 "Duelo americano" - pp. 19-20.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Barcelona y su exposición" - pp. 21-25.
- Valenzuela, Mario  
 "Recuerdo" - p. 25.
- Terrero, Leopoldo  
 "Apreciaciones sobre el estudio crítico-histórico acerca del canto épico del Sr. Félix Soublette, *La gloria de Páez* por el Dr. Ricardo O. Limardo" - p. 26.
- Ponce de León, Néstor  
 "Estudios sobre Shakespeare" - pp. 27-31.
- Alarcón, Pedro Antonio de  
 "La última calaverada" (Conclusión) - pp. 32-33.
- 12-1888*
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "La ciudad del oso y del madroño" - pp. 1-5.  
 "A mi querida sobrina Carmen Teresa Monagas" - p. 5.
- "A mi querida sobrina Zenobia Monagas" - p. 5.
- Figarete (Bernabé Bravo)  
 "Contingencias sociales: Cuadro de costumbres mexicanas" - pp. 5-6.
- Gutiérrez González, Gregorio  
 "Un sueño" - p. 7.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "El porvenir de América" - p. 7.
- Haggard, H. Rider  
 "El testamento del Sr. Meeson" - pp. 8-13.
- Rojas, Aristides  
 "Una página de historia" - pp. 13-16.
- Castelar, Emilio  
 "El sufragio universal" - pp. 19-22.
- León Gómez, Adolfo  
 "Última luz" - p. 22.
- Rivas Groot, José  
 "Victor Hugo y d. Juan Valera" - pp. 23-25.
- Castelar, Emilio  
 "La Italia una y el pontificado católico" - pp. 26-27.
- Pombo, Rafael  
 "Las norte-americanas en Broadway" - p. 28.
- Isaacs, Jorge  
 "La luna de la velada" - pp. 30-31.
- Tissandier, Alberto  
 "Los funerales en las Indias" - p. 31.
- Vergara y Vergara, José María  
 "En el álbum del bazar de los pobres" - p. 34.
- 1889
- 1-1889*
- Carducci, Giosué  
 "Canción de la mañana" - p. 7.



- Bolet Peraza, Nicanor  
 “Las cuatro camas del cura” – p. 11.  
 “El divorcio en América” – p. 12.
- Mayorga Rivas, Román  
 “El invierno en Washington” – pp. 17–18.
- Rivas Groot, José  
 “Víctor Hugo y d. Juan Valera” – pp. 19–21.
- Vervet Marea, Eva C.  
 “Resurrección” – p. 21.
- Haggard, H. Rider  
 “El testamento del Sr. Meeson” – pp. 24–27.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “El gremio agrícola” – pp. 27–30.
- San Martín y Aguirre, José F.  
 “La hermosura” – pp. 32–33.
- 2–1889
- Chaves Torres, José María  
 “La zona tórrida” – pp. 12–14.
- Sellén, Francisco  
 “Mañana de primavera” [Reprinted from June 1888 issue] – p. 14.
- Mayorga Rivas, Ramón  
 “Las mujeres hispano-americanas” – pp. 15–16.
- Ortiz, Pedro  
 “Rubén Darío en Chile” – pp. 18–19.
- Twain, Mark  
 “Que concierne a las criadas” – pp. 19–20.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “Mister Crowley” – p. 21.
- Bocage, Manuel María de Barbosa du  
 “Sueño” [Traducción de José Antonio Calcaño] – p. 22.
- Twain, Mark  
 “El gran contrato de Salazón” – pp. 23–24.
- Haggard, H. Rider  
 “El testamento del Sr. Meeson” – pp. 25–29.
- Rivas Groot, José  
 “Víctor Hugo y d. Juan Valera” – pp. 29–30.
- Vásquez Guarda, Efraím  
 “Saetas” – p. 30.
- Campuzano, Ricardo  
 “La copa de agua” – p. 33.
- Sully-Prudhomme, Armand  
 “El vaso roto” – p. 34.
- 3–1889
- Mayorga Rivas, Román  
 “Carta de Washington” – pp. 11–14.
- Peza, Juan de Dios  
 “Mosaico (Epístola antiliteraria)” – pp. 18–19.
- Sosa, Francisco  
 “Escritores y poetas sud-americanos: Carlos Guido y Spano” – pp. 20–23.
- Chaverri M., Graciliano  
 “Heredia” (A la apreciable señorita Adela Oreamuno) – p. 24.
- Haggard, H. Rider  
 “El testamento del Sr. Meeson” – pp. 25–29.
- Petoefi  
 “La canción de los perros” – p. 29.
- Muñoz, Isaías E.  
 “Canción de lobos” – p. 29.
- Guzmán, J. P. de  
 “Junto a la cuna” – p. 30.
- Blasco, Eusebio  
 “Vera efigies” – pp. 31–32.
- Correa, Avelina  
 “Sueño y realidad” – pp. 32–33.

## 4-1889

Bolet Peraza, Nicanor

"El pequeño Trianon" – pp. 1-6.

Rivas Groot, José

"Victor Hugo en América" – pp. 12-13.

Bolet Peraza, Nicanor

"Los dos cómplices" – p. 13.

Figarete (Bernabé Bravo)

"El empleado subalterno" – pp. 13-14.

Palacio, Manuel del

"Las clases menesterosas" – p. 14.

Gavidia, Francisco A.

"Juan Montalvo" – pp. 17-19.

Carducci, Josué

"El poeta" – pp. 19-20.

Haggard, H. Rider

"El testamento del Sr. Meeson" – pp. 23-29.

Rivas Groot, José

"El siglo" – p. 30.

J. G.

"El primer sermón de Fenelón" – pp. 32-33.

Palma, Ricardo

"La viudita" – p. 33.

## 5-1889

Bolet Peraza, Nicanor

"La industria madre" – pp. 5-6.

"E pur si muove" – p. 14.

Mayorga Rivas, Román

"Montalvo" – pp. 17-18.

Riva Palacio, Vicente

"El Escorial" – p. 18.

Hernández, Domingo Ramón

"En la tumba de Amelia..." – p. 18.

Mayorga Rivas, Román

"Noche de invierno" – p. 19.

Haggard, H. Rider

"Ella" – pp. 20-24.

Sellén, Antonio

"El ave" – p. 24.

Bolet Peraza, Nicanor

"Los vecinos de un feo" – p. 29.

Santiagué

"¡Oh! ¡Qué buen país!" – p. 31.

Gautier, Teófilo

"Las mariposas" [Traducción de Julio Calcaño] – p. 31.

Sellén, Antonio

"Adelante" – p. 33.

## 6-1889

Bolet Peraza, Nicanor

"A mi hija Pilar en el día de su boda" – p. 5.

Mayorga Rivas, Román

"Con motivo de la boda de Pilar Bolet Monagas" – p. 5.

Bolet Peraza, Nicanor

"Cuadros de costumbres" – pp. 7-8.

Mayorga Rivas, Román

"La institución sanitaria del doctor Hammond" – pp. 9-10.

"Una almoneda regia" – p. 14.

Puga y Acal, Manuel

"Balada del leñador" – p. 15.

(Unsigned)

"Colombia Ilustrada" – p. 15.

Pichardo, Manuel S.

"Viaje de cuenta" – p. 18.

Uribe, Diego

"Melancolía" – p. 18.

Blasco, Eusebio

"Pérez Galdós" – p. 20.

- Leslie, Mrs. Frank  
 "Mujeres y trajes" – pp. 21–22.
- Amicis, Edmundo de  
 "Mi patrona" – pp. 24–26.
- Haggard, H. Rider  
 "Ella" – pp. 27–30.
- Hernández, Domingo Ramón  
 "La niebla" – p. 30.
- Mayorga Rivas, Román  
 "El y ella" – p. 32.
- 7–1889
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Sebastián Lerdo de Tejada" – pp. 7–8.  
 "Historia de un guante" – p. 15.
- Uriarte, Ramón  
 "Los fuegos fatuos" – pp. 15–16.
- Pereira, Ricardo S.  
 "De Nueva York a Buenos Aires" – pp. 17–20.
- Mayorga Rivas, Román  
 "Literatura argentina" – pp. 21–22.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "La limosna" – p. 23.
- Carmen  
 "Cuatro letras a Paulina" – pp. 23–24.
- Haggard, H. Rider  
 "Ella" – pp. 25–29.
- Maupassant, Guy de  
 "La muerta" – pp. 30–32.
- Longfellow, Henry Wadsworth  
 "La flecha y el canto" – p. 33.
- 8–1889
- Mayorga Rivas, Román  
 "Bolet Peraza y Adriano Páez" – pp. 1–4.
- "El drama de Meyerling" – pp. 6–7.
- Uribe, Diego  
 "A un árbol viejo" – p. 8.
- Mayorga Rivas, Román  
 "La colección de Secretan y el 'Angelus'" – p. 9.  
 "Coronación de Zorrilla" – p. 11.
- Santa Ana, J. Cecilio  
 "Al Niágara" – p. 12.
- Mayorga Rivas, Román  
 "Duermen tal vez..." – p. 12.
- Villergas, J. M.  
 "Epigrama" – p. 16.
- R. B. (Ricardo Becerra)  
 "Investigación histórica: Los monarquistas de la antigua Colombia" – pp. 17–20.
- Pereira, Ricardo S.  
 "De Nueva York a Buenos Aires" – pp. 21–22.
- Mayorga Rivas, Román  
 "Maravilla que se derrumba" – p. 24.
- Figarete (Bernabé Bravo)  
 "Los inseparables" – pp. 26–28.
- Sosa, Francisco  
 "Junto al río" – p. 28.
- Haggard, H. Rider  
 "Ella" – pp. 29–33.
- 9–1889
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Ojeada a la exposición" – pp. 1–2.
- Mayorga Rivas, Román  
 "Un soldado de la democracia" – pp. 4–5.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "El paseo de los suspiros en la exposición" – p. 6.

- “El pabellón de México en la exposición” – pp. 6–8.  
 “Ayudar al viajero” – p. 8.
- Mayorga Rivas, Román  
 “El Salvador en la Exposición de París” – p. 10.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “Las danzas bárbaras en la exposición” – pp. 13–14.
- Mayorga Rivas, Román  
 “Escritoras hispanoamericanas: Amalia Puga” – p. 18.
- Lamartine, Alfonso  
 “La mariposa” – p. 18.
- Mayorga Rivas, Román  
 “Revista de modas” – pp. 20–21.
- Morales, Vicente  
 “Ensueño” – pp. 21–22.
- Imendia, Carlos A.  
 “Amor de madre” – p. 22.
- Rivas Groot, José  
 “¿Qué es dolor? A. M...” – p. 24.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “La cría del avestruz” – p. 25.
- Haggard, H. Rider  
 “Ella” – pp. 26–32.
- Mayorga Rivas, Román  
 “Por qué?” – p. 33.
- 10–1889*
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “Reanudamos” – p. 1.  
 “Congreso internacional americano” – p. 4.  
 “Viaje de la vida” – p. 6.
- Mayorga Rivas, Román  
 “Americano ilustre” – pp. 7–8.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “El pabellón de Chile” – pp. 9–10.
- Mayorga Rivas, Román  
 “El centenario glorioso de la América” – p. 10.
- Gautier, Teófilo  
 “Las mariposas” [Traducción de Román Mayorga Rivas] – p. 10.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “Un pedazo de la Suiza” – pp. 11–12.
- Mayorga Rivas, Román  
 “Venganza de una madre” – p. 12.
- Zaragoza, Antonio  
 “Dante Alighieri” – p. 12.
- R. B. (Ricardo Becerra)  
 “Luz y verdad” – p. 13.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “El pabellón argentino” – p. 14.
- Mayorga Rivas, Román  
 “Escritoras hispanoamericanas: Luz Arrué de Miranda” – p. 16.
- Arrué de Miranda, Luz  
 “El sacrificio de Safo” – p. 16.
- Mayorga Rivas, Román  
 “Literatura mexicana: Artículos de costumbres por Bernabé Bravo” – p. 17.
- Uribe, Diego  
 “¿Dónde?” – p. 18.
- Rivas Groot, José  
 “Lo que es un nido” – pp. 18–19.
- Mayorga Rivas, Román  
 “Rima” – p. 19.  
 “Revista de modas” – pp. 20–21.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “Friburgo” – p. 23.
- Mayorga Rivas, Román  
 “Conversación familiar con las lectoras” – p. 25.
- Gutiérrez Nájera, Manuel  
 “Deseo” – p. 25.

Bolet Peraza, Nicanor

“Un colaborador a palos” – p. 26.

Haggard, H. Rider

“Ella” – pp. 28-32.

11-1889

Bolet Peraza, Nicanor

“Pinceladas” – p. 1.

Latour, Tolosa

“Corazón de oro” – pp. 5-6.

Flammarion, Camille

“La Torre de Eiffel” – pp. 8-11.

Mayorga Rivas, Román

“Bibliografía” – p. 11.

Bolet Peraza, Nicanor

“Guatemala en la exposición” – p. 14.

Mayorga Rivas, Román

“Un año de vida” – p. 14.

R. B. (Ricardo Becerra)

“Investigación histórica: Los monarquistas de la antigua Colombia” – pp. 17-19.

Gutiérrez Nájera, Manuel

“Para un menú” – p. 19.

O'Rell, Max

“La América del Norte” – p. 21.

Mayorga Rivas, Román

“La transfiguración del Perú” – pp. 22-23.

E. G.

“Marceau” – pp. 23-24.

X.

“La América para los americanos” – pp. 24-25.

Haggard, H. Rider

“Ella” – pp. 26-32.

Uribe, Diego

“Contemplación” – p. 32.

12-1889

Bolet Peraza, Nicanor

“Venezuela rehabilitada” – p. 1.

Estrada, Domingo

“El Christmas” – pp. 5-6.

Bolet Peraza, Nicanor

“El ferrocarril inter-americano” – pp. 6-8.

Acosta, Vicente

“Contraste” – p. 8.

Bolet Peraza, Nicanor

“Los Estados Unidos del Brasil” – p. 9.

Mayorga Rivas, Román

“Triunfos de la América” – pp. 9-10.

Najarro, Antonio

“El ave” – p. 10.

Mayorga Rivas, Román

“El día de Acción de Gracias” – pp. 11-12.

“El puente sobre la Mancha” – p. 13.

“Un poema de Edgar A. Poe” – p. 14.

Poe, Edgar Allan

“Las campanas” [Traducción de Domingo Estrada] – p. 14.

Mayorga Rivas, Román

“Libros chilenos” – p. 15.

“Un filántropo y una estatua” – p. 17.

R. B. (Ricardo Becerra)

“Investigación histórica: Los monarquistas de la antigua Colombia” – pp. 19-20.

Fontoso, Alvar

“¡Qué hacer!” – p. 20.

Flammarion, Camille

“Las apariciones” – pp. 22-23.

Mayorga Rivas, Román

“Centro América Ilustrada” – p. 24.

- Bolet Peraza, Nicanor  
 "¿Quién es este hombre?" - p. 25.
- Haggard, H. Rider  
 "Ella" - pp. 26-31.
- Palacio, Manuel del  
 "Naturalismo" - p. 31.
- 1890
- 1-1890
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "El nuevo año" - pp. 1-4.
- Losada, Elías de ("El editor propietario")  
 "Nuevo año y nuevas esperanzas" - pp. 4-5.
- (Unsigned)  
 "Una carta verdaderamente americana" - pp. 5-6.
- Darío, Rubén  
 "Lieder" - p. 6.
- Mayorga Rivas, Román  
 "Notas bibliográficas" - p. 8.  
 "Homenaje a Miguel A. Caro" - p. 9.  
 "El incendio de un palacio" - pp. 11-12.
- (Unsigned)  
 "Gladstone" - p. 13.
- Taboada, Luis  
 "Artículo autobiográfico" - p. 14.
- (Unsigned)  
 "El rey de los exploradores" - p. 15.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Un ahijado de hierro" - p. 16.
- Rocamil  
 "Carta de Londres" - pp. 17-18.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Página íntima" - p. 18.
- Palma, Ricardo  
 "La gran querrela de los barberos" - pp. 20-21.
- Santa Ana, J. Cecilio  
 "El proletario" - p. 22.
- Mayorga Rivas, Román  
 "Una mujer salvadoreña" - p. 23.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Jefferson Davis" - p. 25.
- (Unsigned)  
 "Día turbio" - p. 26.  
 "Parodia" - p. 26.
- Haggard, H. Rider  
 "Ella" - pp. 27-31.
- Montalvo, Juan  
 "Poesía de la historia: Sáfira" - p. 32.
- 2-1890
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "La gruta de Mammoth" - pp. 1-4.
- Puga, Amalia  
 "Moisés" - p. 4.
- Américo  
 "A Castelar" - pp. 5-6.
- Mayorga Rivas, Román  
 "Ahora no más!..." (De Juraschek) - p. 6.
- Puga, Amalia  
 "Soneto" (Improvisado ante las ruinas del alcázar incaico) - p. 6.  
 "La Revista Ilustrada de Nueva York" (Soneto dedicado a su digno Editor, señor E. de Losada) - p. 8.
- Calcaño, José Antonio  
 "Epigrama" - p. 10.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "La comedia humana" - p. 11.
- Puga, Amalia  
 "El mundo!" - p. 14.

- Mayorga Rivas, Román  
 “La mujer hispano-americana y *La Revista Ilustrada de Nueva York*” – p. 15.
- Puga, Amalia  
 “La felicidad” – pp. 15–16.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “Una artista sin manos” – p. 17.
- Santa Ana, J. Cecilio  
 “Mesalina” – p. 19.
- Darío, Rubén  
 “La ninfa” – pp. 21–22.
- Díaz del Castillo, Ildefonso  
 “La torre Eiffel” – p. 23.
- Torres, Carlos Arturo  
 “El Manfredo de Byron” – pp. 23–24.
- Díaz Mirón, Salvador  
 “La nube” – p. 24.
- Haggard, H. Rider  
 “Ella” – pp. 25–30.
- Ponce de León, Néstor  
 “En mi biblioteca” – pp. 31–33.
- 3-1890
- Américo  
 “Los ingleses en la Guayana” – p. 4.
- Puga, Amalia  
 “La vida” – p. 6.
- Ponce de León, Néstor  
 “En mi biblioteca” – pp. 7–8.
- Manrique, Venancio G.  
 “Las estaciones” – p. 8.
- Gutiérrez Nájera, Manuel  
 “Ante el mar” – p. 8.
- Mayorga Rivas, Román  
 “Otra vez el drama de Meyerling” – pp. 9–10.
- Depew, Chauncey M.  
 “Honra y felicidad en el trabajo” – p. 10.
- Rivas Groot, José  
 “Traducciones poéticas” – pp. 11–12.
- Figarete (Bernabé Bravo)  
 “Fiesta de pueblo” – pp. 15–16.
- (Unsigned)  
 “Francois Coppée” – p. 17.
- Torres, Carlos Arturo  
 “El Manfredo de Byron” (Conclusión) – pp. 19–20.
- Sales, Pierre  
 “El vals núm. 10” – pp. 24–26.
- Mendés, Catulle  
 “El ramo de Miosotis” – pp. 26–27.
- Haggard, H. Rider  
 “Ella” (Conclusión) – pp. 28–32.
- Darío, Rubén  
 “El rubí” – p. 33.
- 4-1890
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “Alerta con los mapas ingleses!” – p. 4.
- Américo  
 “La caída de un coloso” – pp. 5–6.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “Truchas y salmones” – p. 6.  
 “La república de Costa Rica” – p. 8.
- O'Rell, Max  
 “Los hoteles americanos” – pp. 9–10.
- Ponce de León, Néstor  
 “En mi biblioteca” – pp. 11–12.
- Zambrana, Antonio  
 “Madrigal” – p. 14.
- Mendés, Catulle  
 “El velillo” – p. 16.
- Méndez, J.  
 “Literatura de Hungría” – pp. 19–20.



- Puga, Amalia  
 "La memoria" - p. 24.
- Tolstoi, Conde León  
 "Un juez hábil" - pp. 27-28.
- Peza, Juan de Dios  
 "Vanas promesas" - p. 29.
- Pérez Galdós, Benito  
 "La mula y el buey" - pp. 30-32.
- Gutiérrez Nájera, Manuel  
 "Del libro azul" - p. 32.  
 "A una niña" - p. 32.
- Sardou, Victoriano  
 "La bomba" - pp. 33-34.
- 5-1890*
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Biografías de literatos guatemaltecos: Rafael Campo" - p. 9.  
 "Muerte de un mártir" - p. 10.
- Gimeno de Flaquer, Concepción  
 "El Quetzal" - pp. 11-12.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "Poesías de Francisco Sellén" - p. 12.
- Sellén, Francisco  
 "A las ondas de un río" - p. 12.
- Darío, Rubén  
 "El sátiro sordo" - pp. 13-14.
- Ponce de León, Néstor  
 "En mi biblioteca" - pp. 15-16.
- Palma, Ricardo  
 "Oficiosidad no agradecida" - p. 22.
- Flammarion, Camille  
 "Un ojo nuevo" - pp. 22-24.
- Puga, Amalia  
 "Rima" - p. 24.
- Mayorga Rivas, Román  
 "Noticias del exterior" - pp. 25-26.
- Guzmán, Gustavo  
 "Conversación literaria" - pp. 27-28.
- Barracand, León  
 "Vizcondesa" - pp. 29-33.
- 6-1890*
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "El doctor José María Samper" - pp. 1-4.
- Marchena, Eugenio de  
 "Dos fenómenos solares" - p. 4.
- Mayorga Rivas, Román  
 "El poeta Whitman" - pp. 7-8.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "El Avila" - pp. 9-10.
- Ponce de León, Néstor  
 "En mi biblioteca" - pp. 11-13.
- Mayorga Rivas, Román  
 "Baturrillo" - pp. 13-14.
- Isaacs, Jorge  
 "Adriano Páez" - p. 14.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "En el álbum de la Srta. Mab Bigelow" - p. 15.
- Mayorga Rivas, Román  
 "Strauss en América" - p. 17.
- Iñesta, Francisco  
 "Las rarezas de los sabios" - p. 20.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 "El salón de 1890" - pp. 21-22.
- Cruz, Fernando  
 "La conferencia internacional de Washington" - pp. 22-24.
- Escobar, L.  
 "Los pecados capitales" - p. 24.
- Mayorga Rivas, Román  
 "Versos inéditos" - p. 24.

- Milla, José  
 “Las cuatro eses del amor” – pp. 26–27.
- Guarín, J. David  
 “Abreme” – pp. 27–28.
- Figueroa, S.  
 “Reparos literarios” – p. 28.
- Barracand, León  
 “Vizcondesa” – pp. 29–33.
- 7-1890
- Mayorga Rivas, Román  
 “El premio del salón de París” – pp. 5–6.
- Sucre, Antonio José de  
 “Una página de la vida del general Sucre” – pp. 6–8.
- Mayorga Rivas, Román  
 “Una estatua y un artista” – p. 8.  
 “La torre de hielo” – p. 9.  
 “Urania...” – pp. 10–11.
- Rocamil  
 “Revista europea” – pp. 13–15.
- Mayorga Rivas, Román  
 “Caballero y caballo sorprendentes” – p. 15.  
 “El sueño” – p. 17.
- Gavidia, Francisco A.  
 “El culto del sueño” – p. 17.
- Amid, Abdul  
 “Los avisos y la ciencia de avisar” – pp. 19–20.
- Palma, Ricardo  
 “Ir por lana y salir trasquilado” – pp. 25–26.
- Sanín Cano, Baldomero  
 “Confidencias importunas” – pp. 26–27.
- Mayorga Rivas, Román  
 “En el álbum de autógrafos de Andrew Carnegie [sic]” – p. 28.
- Santa Ana, J. Cecilio  
 “A mi abuelo” – p. 28.
- Barracand, León  
 “Vizcondesa” – pp. 30–34.
- 8-1890
- Mayorga Rivas, Román  
 “Las palomas” (Versión libre, del francés, de Teófilo Gautier) – p. 6.  
 “El puente del Forth” – p. 7.  
 “La guerra del porvenir” – pp. 10–11.
- Sanín Cano, Baldomero  
 “Literatura americana” – pp. 14–16.
- Mayorga Rivas, Román  
 “Baturrillo” – pp. 17–18.  
 “Notas literarias” – pp. 21–22.
- Figueroa, S.  
 “Reparos literarios” – pp. 22–24.
- Barracand, León  
 “Vizcondesa” – pp. 26–30.
- 9-1890
- Mayorga Rivas, Román  
 “La niña del bosque” – p. 7.
- Puga, Amalia  
 “Dudas, temores y deseos” – p. 16.
- Díaz Mirón, Salvador  
 “Margarita” – p. 16.
- Figueroa, S.  
 “Reparos literarios” – pp. 18–20.
- Sanín Cano, Baldomero  
 “Fisiología de lo romántico” – pp. 24–27.
- Barracand, León  
 “Vizcondesa” – pp. 36–40.

*10-1890*

Mayorga Rivas, Román

"El cardenal Newman" - pp. 5-6.

Zolá, Emilio

"El amor bajo los tejados" - p. 10.

Mayorga Rivas, Román

"Zig-zags" - p. 14.

"El nombre suyo" (Versión libre del inglés de Buckhan) - p. 18.

"Cosas de París" - pp. 19-20.

Torres, Carlos Arturo

"De noche" - p. 20.

S. C. R.

"Impresiones finales" - pp. 22-23.

Mayorga Rivas, Román

"Episodio de verano" - p. 23.

Figuerola, S.

"Reparos literarios" - pp. 24-27.

Barracand, León

"Vizcondesa" - pp. 37-41.

*11-1890*

Mayorga Rivas, Román

"Leyendas del Norte" - pp. 12-13.

Figuerola, S.

"Reparos literarios" - p. 17.

Maza, Julián J.

"Las dos reinas" - p. 18.

Estrada, Domingo

"El resucitado" - p. 18.

Mayorga Rivas, Román

"Canto estival" - p. 19.

Santa Ana, J. Cecilio

"Sin glorias" - p. 24.

Mayorga Rivas, Román

"El corsé musical" - p. 27.

Campoamor, Ramón de

"El otoño" - p. 27.

Barracand, León

"Vizcondesa" - pp. 29-33.

*12-1890*

(Unsigned)

"La reparación de un astro" - pp. 5-6.

Sanín Cano, Baldomero

"Sinceridad de artista" - p. 16.

Rodríguez, José Ignacio

"Las novelistas de los Estados Unidos de América: Enriqueta Beecher Stowe" - pp. 17-18.

R. B. (Ricardo Becerra) with C. C.

"Luto para Colombia y para la ciencia" - p. 18.

Bustillos, José M.

"El carpintero" - p. 20.

Santa Ana, J. Cecilio

"Estrofas" - p. 20.

Correa Zapata, Juan

"Cenizas" - p. 20.

Bransby, Carlos

"Al mediodía" - pp. 21-22.

Mayorga Rivas, Román

"Bibliografía centro-americana" - pp. 23-24.

"Notas literarias" - pp. 25-26.

Haggard, H. Rider

"Beatriz" - pp. 32-26.

## 1891

*1-1891*

Martí, José

"Nuestra América" - pp. 3-6.

Peña y Reyes, A. de la

"Manuel Gutiérrez Nájera" - pp. 7-10.

Gutiérrez Nájera, Manuel

"Cartas mexicanas" - pp. 10-15.

(Unsigned)

"Una esperanza malograda" - p. 20.

Estrada, Domingo

"Alfonso Daudet" - pp. 21-25.

- Rodríguez, José Ignacio  
 "Las novelistas americanas: Elena Hunt Jackson" – pp. 29–31.
- Figuerola, S.  
 "Cuadros del natural" – pp. 43–47.  
 "Guttenberg" (Al batallador de toda buena causa y amigo querido José Martí) – p. 48.
- Menéndez, Rodolfo  
 "A la India" – pp. 49–50.
- 2–1891  
 (Unsigned)  
 "Galería de escritores hispano-americanos: José G. Padilla" – pp. 73–76.
- Rodríguez, José Ignacio  
 "Las novelistas americanas: Susana Warner" – pp. 102–4.
- Bransby, Carlos  
 "La poesía castellana y su porvenir en Hispano-América" – pp. 113–16.
- Ohnet, Jorge  
 "El alma de Pedro" – pp. 122–28.
- 3–1891  
 (Unsigned)  
 "Galería de escritores hispano-americanos: José Ignacio Rodríguez" – pp. 137–39.
- Rodríguez, José Ignacio  
 "Las novelistas americanas: Ana Bartlett Warner" – pp. 162–64.  
 "Carlota Scott" – pp. 164–66.
- Amy, Francisco J.  
 "Influencia internacional de las letras" – pp. 166–67.
- Santa Ana, J. Cecilio  
 "Coram populo" – p. 168.  
 "Cuique Suum" – p. 168.
- Puga, Amalia  
 "A Leonor de Mayorga (Contemplándola en su retrato de novia, donde sobre el fondo oscuro de la tarjeta se destaca su figura)" – p. 168.
- Ohnet, Jorge  
 "El alma de Pedro" – pp. 176–83.
- Palacio, Manuel del  
 "Autobiografía" – p. 183.
- 4–1891  
 Rodríguez, José Ignacio  
 "Las novelistas americanas: Catalina María Sedgwick" – pp. 219–22.
- (Unsigned)  
 "Alberdi, García Mérou y Guido Spano" – pp. 223–26.
- Guido y Spano, Carlos  
 "Carta inédita" – pp. 226–27.
- Pombo, Rafael  
 "El 6 de octubre" – p. 227.
- Terán, Ignacio  
 "A cuenta vieja baraja nueva" – pp. 233–35.
- (Unsigned)  
 "Galería de poetas y escritores hispano-americanos: José M. Bustillos" – p. 238.
- Bustillos, José M.  
 "Las rocas del lago" – pp. 239–41.
- Menéndez, Rodolfo  
 "El fonógrafo" – pp. 241–43.
- Heine, Enrique (Heinrich)  
 "Los amantes predestinados" [Traducción de Francisco Sellén] – p. 243.
- Pombo, Rafael  
 "De noche" – p. 243.
- Ohnet, Jorge  
 "El alma de Pedro" – pp. 244–51.
- 5–1891  
 Bransby, Carlos  
 "La fiesta de las Hespérides en Los Angeles" – pp. 264–67.

- Martí, José  
 “La conferencia monetaria de las repúblicas de América” – pp. 272–77.
- Santa Ana, J. Cecilio  
 “Poetas mexicanos: Salvador Díaz Mirón” – pp. 280–83.
- F. M.  
 “Carta del Plata” – pp. 284–86.
- (Unsigned)  
 “Bruto” – p. 286.  
 “Sambrizze”
- Martí, José (unsigned)  
*Las crónicas potosinas* del Sr. Vicente G. Quesada y una carta del autor” – pp. 306–8.
- Merchán, Rafael M.  
 “A la mujer” – pp. 313–14.
- Ohnet, Jorge  
 “El alma de Pedro” – pp. 315–20.  
 6–1891
- F. M.  
 “Carta del Plata” – pp. 342–44.
- Paiba, Junio  
 “Doble homenaje” – pp. 344–45.
- (Unsigned)  
 “La última producción de Sardou” – pp. 346–49.
- Campo, Julio  
 “El gran taciturno” – pp. 349–51.
- Figueroa, S.  
 “Cuba y Puerto Rico” – pp. 370–71.
- Coppée, Francois  
 “Al Emperador Federico III” – pp. 371–72.
- Santa Ana, J. Cecilio  
 “Elegía a Leopardi” – pp. 372–73.
- Menéndez, Rodolfo  
 “El himno de la tarde” – p. 373.
- Terán, Ignacio  
 “A cuenta vieja baraja nueva” – pp. 381–82.
- Ohnet, Jorge  
 “El alma de Pedro” – pp. 383–90.  
 7–1891
- Menéndez, Rodolfo  
 “Intereses marítimos” – pp. 395–97.
- (Unsigned)  
 “Amalia Puga” – pp. 402–4.
- Darío, Rubén  
 “El Dios bueno” – pp. 407–9.
- (Unsigned)  
 “José Caicedo Rojas” – pp. 409–12.
- Caicedo Rojas, José  
 “¡Tierra! ¡Tierra!” – pp. 412–14.
- Castro Palomino, Rafael de  
 “Al sol” – p. 425.
- Marchena, Eugenio de  
 “Santa Fé” – pp. 436–38.
- C. B.  
 “Una alumna de la Escuela Central de Filosofía” – pp. 438–39.
- Ohnet, Jorge  
 “El alma de Pedro” – pp. 442–50.  
 8–1891
- Menéndez, Rodolfo  
 “Estadística” – pp. 462–64.
- G. V. C.  
 “Las plumas, señor...” – p. 477.
- (Unsigned)  
 “José María Heredia y su célebre oda ‘Al Niágara’” – pp. 482–86.
- Heredia, José María de  
 “Al Niágara” – pp. 486–87.
- Menéndez, Rodolfo  
 “Fraternidad” – p. 503.
- Díaz Mirón, Salvador  
 “A Eva” – p. 503.

- Terán, Ignacio  
 "A cuenta vieja baraja nueva" – pp. 505–8.
- Ohnet, Jorge  
 "El alma de Pedro" – pp. 515–22.
- 9–1891
- Valera, Juan  
 "Carta de España" – pp. 531–35.
- Bransby, Carlos  
 "La revolución y la evolución" – pp. 543–45.
- (Unsigned)  
 "Pedro Antonio de Alarcón" – pp. 553–55.
- Menéndez, Rodolfo  
 "Noche de luna" – p. 555.
- 10–1891
- Arciniegas, Ismael Enrique  
 "En colonia" – p. 582.
- Valera, Juan  
 "Cartas de España" – pp. 584–90.
- Darío, Rubén  
 "La risa" (A José Martí) – pp. 591–93.
- Menéndez, Rodolfo  
 "Ruinas de Labná" – pp. 594–97.
- Batres Jauregui, Antonio  
 "Predestinación" – pp. 598–99.
- Merchán, Rafael M.  
 "A Lamartine" – p. 600.
- López, Carlos  
 "¡Ocampo!" – p. 601.
- (Unsigned)  
 "Don José Julián Acosta y Calvo" – pp. 632–33.
- Ohnet, Jorge  
 "El alma de Pedro" – pp. 641–46.
- 11–1891
- Valera, Juan  
 "Cartas de España" – pp. 650–54.
- Darío, Rubén  
 "Una fiesta nacional: El héroe de Costa Rica, Juan Santamaría" – pp. 655–59.
- Menéndez, Rodolfo  
 "Proyecto de una biblioteca verdaderamente popular" – pp. 674–76.  
 "El pueblo de los jorobados" – p. 694.  
 "El banco de la escuela" – pp. 695–96.
- Rastignac  
 "Charla en el tren" – p. 701.
- Schöll, Aurelién  
 "La farsa" – pp. 704–5.
- Torres, Carlos Arturo  
 "Paul Bourget" – pp. 708–11.
- Canel, Eva  
 "La vírgen herida" – pp. 712–14.
- 12–1891
- Pardo Bazán, Emilia  
 "La novela española en 1891" – pp. 718–23.
- Pérez Triana, Santiago  
 "Otoño" – p. 725.
- Valera, Juan  
 "Cartas de España" – pp. 726–32.
- Santa Ana, J. Cecilio  
 "Poetas mexicanos: Ignacio Montes de Oca" – pp. 735–37.
- Gutiérrez Nájera, Manuel  
 "Para entonces!" – p. 737.
- (Unsigned)  
 "Cartas misceláneas" – pp. 738–39.
- Rojas, José Caicedo  
 "Las cucharas de plata" – p. 739.

- Darío, Rubén  
 “Los presidentes en el destierro” – p. 742.
- (Unsigned)  
 “Hatuey: Poema dramático en cinco actos, por Francisco Sellén” – pp. 747–48.
- Ohnet, Jorge  
 “El alma de Pedro” – pp. 753–57.
- Conto, César  
 “A un jazmín” – p. 767.
- 1892  
*1–1892*
- R. B. (Ricardo Becerra)  
 “Don Juan Valera y Alcalá Galiano” – pp. 1–6.
- Pardo Bazán, Emilia  
 “El descubrimiento de América ante la ciencia peninsular y americana” – pp. 6–10.
- Sellén, Francisco  
 “Lo más triste” – p. 10.
- (Unsigned)  
 “Mariano Melgar” – pp. 11–15.
- Menéndez, Rodolfo  
 “El álbum del año” – pp. 21–23.
- Sarcey, Francisque  
 “Las vacaciones y el internado” – pp. 23–25.
- Menéndez, Rodolfo  
 “Más allá!” – p. 25.
- Darío, Rubén  
 “Palimpsestos” – pp. 26–27.
- Puga, Amalia  
 “Cáloc” (A mi tía Margarita Puga de Ampuero) – pp. 29–32.
- Campoamor, Ramón de  
 “El amor no perdona” – p. 47.
- Menéndez, Rodolfo  
 “Pedro de Gante” – pp. 48–51.
- Figueroa, S.  
 “La ambición y la gloria” – p. 51.
- 2–1892*
- Valera, Juan  
 “Cartas de España” – pp. 64–70.  
 “Cartas de España” – pp. 70–75.
- (Unsigned)  
 “Rubén Darío” – pp. 85–86.
- Vivero, Domingo de  
 “Amalia Puga” – p. 87.
- Menéndez, Rodolfo  
 “El látigo” – pp. 90–91.
- Riva Palacio, Vicente  
 “Soneto a mi madre” – p. 98.
- Legouvé, Ernesto  
 “Una querrela entre dos colaboradores” – pp. 105–8.
- Menéndez, Rodolfo  
 “Lágrima interna” – p. 108.
- Southey, Roberto  
 “La bruja de Berkeley” – pp. 110–11.
- 3–1892*
- Valera, Juan  
 “Cartas de España” – pp. 120–26.
- (Unsigned)  
 “La literatura en la mujer” – p. 133.  
 “Amalia Puga en el Ateneo de Lima” – pp. 133–38.
- Puga, Amalia  
 “La literatura en la mujer” (Discurso de Amalia Puga en la noche de su incorporación [en el Ateneo]) – pp. 138–41.
- Chaves, F. Gerardo  
 “A Amalia Puga” – p. 141.



- Corpancho, Teobaldo Elías  
 "Arrobamiento" (A mi soñadora amiga Amalia Puga) – p. 141.
- Echeverría, A. P.  
 "A Amalia Puga" – p. 141.
- Gamarra, Abelardo M.  
 "A Amalia Puga" – p. 141.
- La Ilustración Sud-Americana*  
 "A Amalia Puga" – pp. 141, 144.
- Palma, Ricardo  
 "A Amalia" – p. 144.
- Rossel, J. C.  
 "A Amalia Puga" – p. 144.
- San Juan, Manuel A.  
 "Mal sin remedio" – p. 144.
- Vivero, Domingo de  
 "Amalia Puga" [Reprinted from preceding issue] – p. 144.
- Velarde, S.  
 "Amalia Puga" – p. 144.
- (Unsigned)  
 "Traducciones por Miguel A. Caro" – p. 146.
- San Agustín  
 "Duelo" \* – pp. 146–47.
- Shakespeare, William  
 "Día y noche" \* – p. 147.
- Petrarca (Francesco Petrarck)  
 "El aislamiento" \* – p. 147.
- Sully-Prudhomme, Armand  
 "El viento" \* – p. 147.
- Heredia, José María de  
 "Los conquistadores" \* – p. 147.
- Uribe, Diego  
 "De regreso" – p. 153.
- Haggard, H. Rider  
 "Beatriz" – pp. 154–63.
- Samper, Augusto N.  
 "Labios rojos" – p. 163.
- Facio, Justo A.  
*"La Revista Ilustrada de Nueva York"* – pp. 168–69.
- Menéndez, Rodolfo  
 "Las rosas de Malherbe" – p. 170.
- Eascuther, Francisca de  
 "El abismo" – pp. 174–78.
- Martins, Oliveira  
 "Una semblanza de Lord Lytton" – p. 178.
- Carrillo y O'Farrill, Isaac  
 "Liberty enlightening the world" – p. 178.
- 4-1892
- Bustillos, José M.  
 "En la pradera" – p. 184.
- Pardo Bazán, Emilia  
 "El descubrimiento de América ante la ciencia peninsular y americana" – pp. 185–90.
- Albear, R. de  
 "Cartas europeas" – pp. 192–97.
- Menéndez, Rodolfo  
 "Melancolía" – p. 197.
- Puga, Amalia  
 "Respuesta oficial" – pp. 198–99.
- Samper, Augusto N.  
 "Consonancia" – p. 200.
- (Unsigned)  
 "Escritores y poetas hispano-americanos: J. Cecilio Santa Ana" – pp. 201–2.
- France, Anatole  
 "Realismo e idealismo" – pp. 206–8.
- Santa Ana, J. Cecilio  
 "Poetas mexicanos: Ignacio M. Altamirano" – pp. 209–11.

---

\* Traducción de Miguel A. Caro

- Lavisse, Ernesto  
 "Historia y filosofía política" – pp. 211–215.
- Sully-Prudhomme, Armand  
 "La memoria" – p. 222.
- P. L. de U.  
 "M. Brown o el posadero de Albany" – pp. 232–34.
- Menéndez, Rodolfo  
 "Una familia... no recomendable" – pp. 234–36.
- Samper, Augusto N.  
 "Ojos azules" – p. 236.
- Sellén, Francisco  
 "El sueño de Sócrates" – p. 236.
- Batres Jauregui, Antonio  
 "Una obra argentina" – pp. 237–39.
- Valle, Ramón del (Ramón del Valle-Inclán)  
 "Una visita a Echegaray" – pp. 239–40.
- 5–1892
- Puga, Amalia  
 "A mi querida amiga: Señora Joaquina T. de Tillit" – p. 244.
- (Unsigned)  
 "Páginas del Ecuador" – pp. 249–50.  
 "Walt Whitman" – pp. 255–56.
- Albear, R. de  
 "Cartas europeas" – pp. 257–61.
- (Unsigned)  
 "Carlos Bransby" – pp. 262–64.  
 "La cruz de San Clemente" – pp. 265–66.
- Samper, Augusto N.  
 "Infernal" – p. 266.
- Daldin, F.  
 "A Amalia Puga" – p. 274.
- Menéndez, Rodolfo  
 "La industria azucarera en Yucatán" – pp. 276–79.
- Theuriet, A.  
 "Un idilio de Pascua" [Traducción de L. L. y M. de S.] – pp. 292–93.
- Menéndez, Rodolfo  
 "El deber de las madres de familia" – pp. 293–95.
- Picón, Jacinto Octavio  
 "Dulce y sabrosa" – pp. 296–300.
- 6–1892
- Puga, Amalia  
 "Carta literaria" – pp. 305–8.
- Palma, Ricardo  
 "Un libro condenado: Noticias sobre el autor y su obra" – pp. 309–11.
- Menéndez, Rodolfo  
 "México en Europa" – pp. 315–16.
- (Unsigned)  
 "Mercedes Cabello de Carbonera" – pp. 316–18.
- Puga, Amalia  
 "A la luna" – p. 318.
- Lafuente, Armando de  
 "Soneto" – p. 318.
- Pérez, Lázaro María  
 "La limosna" (A mi hija) – p. 322.
- San Juan, Manuel A.  
 "Ligera polémica" (A Darwin) – p. 325.
- Puga, Amalia  
 "Protesta" – p. 325.
- San Juan, Manuel A.  
 "¡Pro scientia!" – p. 325.
- Albear, R. de  
 "Cartas europeas" – pp. 326–29.
- Rubio y Ors, Joaquín  
 "El llanto" – p. 333.

- Menéndez, Rodolfo  
 “Las ilusiones” – p. 352.
- Pardo Bazán, Emilia  
 “La piedra angular” – pp. 353–58.
- Imendia, Carlos A.  
 “A un pajarito” – p. 358.
- 7-1892
- Palma, Ricardo  
 “Los amores de San Antonio” – pp. 369–70.
- Cestero, Ferdinand R.  
 “Pespuntes” (A Raquel) – p. 370.
- Menéndez, Rodolfo  
 “Izamal” – pp. 371–73.
- Marín, Francisco G.  
 “Hércules” – p. 373.
- (Unsigned)  
 “Cartas de Víctor Hugo” – pp. 376–77.
- Solano, Amalia  
 “La mujer sur-americana” – pp. 380–81.
- Menéndez, Rodolfo  
 “Disminución de los días de fiesta” – pp. 382–83.
- Inés  
 “A mi simpática amiga: Señorita Polita J. de Lima” – p. 383.
- Lima, Polita J. de  
 “A la calandria cajamarquina: Amalia Puga” – p. 383.
- Simón, Jules  
 “La conciencia antes que el verdugo” – pp. 385–86.
- Zorrilla, Ovidio  
 “En el álbum de Elmira” – p. 386.
- (Unsigned)  
 “El conde Tolstoi” – pp. 387–89.
- Martí, José (unsigned)  
 “Un colegio en Central Valley” – pp. 390–92.
- Díaz Mirón, Salvador  
 “A Byron” – p. 392.
- Albear, R. de  
 “Cartas europeas” – pp. 393–96.
- Menéndez, Rodolfo  
 “El combate” – p. 396.
- Llona, Numa Pompilio  
 “Las nuevas musas del Perú” (Dedicado a Amalia Puga) – p. 402.
- Puga, Amalia  
 “Descubrimiento de América” (Al eminente vate americano Numa Pompilio Llona) – p. 402.
- Llona, Numa Pompilio  
 “A la Señorita Amalia Puga” – p. 402.
- Pardo Bazán, Emilia  
 “La piedra angular” – pp. 413–16.
- 8-1892
- Puga, Amalia  
 “Gotas de acíbar” – p. 422.
- Barreto, J. Federico  
 “Delirium tremens” – pp. 427–28.
- Figueroa, S.  
 “Epitalamio en las bodas de Gonzalo de Quesada” – p. 431.
- Samper, Augusto N.  
 “Las gaviotas” – p. 431.
- Díaz Mirón, Salvador  
 “Los parias” – p. 434.
- Puga, Amalia  
 “En el álbum de Angélica Palma” – p. 436.
- Palma, Ricardo  
 “Un general de antaño” – pp. 437–40.

- Núñez, Rafael  
 "Vida pública" – p. 442.
- Castillo de González, Aurelia  
 "El aeronauta" – p. 442.
- Santa Ana, J. Cecilio  
 "La primera misa que se celebró en Tabasco" – pp. 449–50.
- Caro, Miguel A.  
 "Traducciones y refundiciones" – pp. 450–51.
- Puga, Amalia  
 "A Elena (en su álbum)" – p. 453.
- Menéndez, Rodolfo  
 "El padre Girard" – p. 454.
- Albear, R. de  
 "Cartas europeas" – pp. 460–63.
- Pardo Bazán, Emilia  
 "La piedra angular" – pp. 470–74.
- 9–1892*
- Darío, Rubén  
 "Un sermón" – pp. 479–80.
- Palma, Ricardo  
 "El alma de Fray Venancio" – pp. 480–82.
- Samper, Augusto N.  
 "Sursum" – p. 482.
- Castillo de González, Aurelia  
 "De regreso" – pp. 487–88.
- Samper, Augusto N.  
 "Tempestades" – p. 495.
- Menéndez, Rodolfo  
 "Juan Gamboa Guzmán" – pp. 496–98.
- Castillo de González, Aurelia  
 "Fábulas" – p. 499.
- Díaz, Leopoldo  
 "Ce que je veux" – p. 502.
- Solano, Amalia  
 "La lectura de los autores de la América del Sur" – pp. 503–4.
- Bransby, Carlos  
 "La lengua española en los Estados Unidos" – pp. 510–11.
- Matamoros, Mercedes  
 "Caonabo" – pp. 512–13.
- Menéndez, Rodolfo  
 "La bandera mexicana" – p. 519.
- Cantón, Delio Moreno  
 "Mañana de campo" – p. 519.
- Albear, R. de  
 "Cartas europeas" – pp. 521–23.  
 (Unsigned)  
 "Apuntes críticos" – pp. 523–24.
- X.  
 "Melodía" – p. 531.
- Pardo Bazán, Emilia  
 "La piedra angular" – pp. 532–37.
- 10–1892*
- Child, Teodoro  
 "Perfiles parisienses por un yankee" – p. 544.
- Tejera, Diego V.  
 "A tí" – p. 553.
- Castillo de González, Aurelia  
 "Fábulas" – pp. 570–71.
- France, Anatole  
 "En las ruinas del monasterio" – pp. 571–73.
- Menéndez, Rodolfo  
 "¡Madre mía!" – p. 573.
- Bransby, Carlos  
 "Una velada de conversación española" – pp. 574–75.
- Albear, R. de  
 "Cartas europeas" – pp. 577–81.

- García del Río, Juan  
 “Delicias y ventajas del estudio” – pp. 582–85.
- Menéndez, Rodolfo  
 “¡Loco! ¡Loco!” – pp. 588–89.  
 “La cruzada del progreso” – p. 590.
- Samper, Augusto N.  
 “Tántalo” – p. 590.
- Pardo Bazán, Emilia  
 “La piedra angular” – pp. 597–602.
- 11-1892*
- Dumas, Alejandro  
 “Notas literarias de A. Dumas” – pp. 607–11.
- Castillo de González, Aurelia  
 “Viajeros en el desierto” – p. 611.
- Menéndez, Rodolfo  
 “El modo de hablar” – pp. 612–13.
- Castillo de González, Aurelia  
 “En el álbum de la Señorita Doña Angela Betancourt” – p. 622.
- Rivera y Garrido, Luciano  
 “Paisajes valle-caucanos” – pp. 623–28.
- Zea, Agripino  
 “Carta de Guatemala” – pp. 628–29.
- Samper, Augusto N.  
 “Croquis” – p. 629.
- Castillo de González, Aurelia  
 “Estudios históricos” – pp. 630–32.
- Balaguer, Victor  
 “El ramo” [Traducción de Rodolfo Menéndez] – p. 636.
- Menéndez, Rodolfo  
 “Filosofía” – p. 636.
- Figueroa, S.  
 “Estudio biográfico e histórico: Don Pedro Calderón de la Barca” – pp. 637–40.
- Zea, Agripino  
 “Los suicidas” – pp. 640–41.
- Núñez, Rafael  
 “Centenario” – p. 642.
- Albear, R. de  
 “Cartas europeas” – pp. 643–45.
- Menéndez, Rodolfo  
 “La enseñanza de las ciencias naturales en el desarrollo intelectual” – pp. 645–48.
- Lombroso, César  
 “Explicación científica del espiritismo por el profesor italiano Lombroso” – pp. 648–50.
- Icaza, Francisco A. de  
 “Los dos sueños” – p. 650.
- Pardo Bazán, Emilia  
 “La piedra angular” – pp. 651–55.
- Pardo de la Casta, Joaquín  
 “Un sueño” – p. 656.
- 12-1892*
- Menéndez, Rodolfo  
 “El tío enero” – pp. 661–63.
- Pombo, Rafael  
 “De confianza” – pp. 667–68.
- Rueda, Salvador  
 “La capa” – p. 668.
- Palma, Ricardo  
 “Tradiciones y filigranas: Contra pereza diligencia; Voltaire chiquito” – pp. 669–70.
- R. B. (Ricardo Becerra)  
 “Por el país de los recuerdos” – pp. 673–77.
- Núñez, Rafael  
 “Insomnio” – p. 677.
- Zea, Agripino  
 “Los que leen y los que no leen” – pp. 678–79.

- Marchena, Eugenio de  
 "El cuarto centenario en Santo Domingo" – pp. 681–85.
- Castillo de González, Aurelia  
 "Estudios históricos" – pp. 686–88.  
 "Epitafio" – p. 688.
- Samper, Augusto N.  
 "Intima" – p. 688.
- Albear, R. de  
 "Cartas europeas" – pp. 689–92.
- Sellén, Francisco  
 "Las olas" – p. 697.
- Bravo, Bernabé  
 "Tesoro del corazón" – p. 698.
- Castillo de González, Aurelia  
 "Fábulas" – pp. 699–700.
- Limardo, Ricardo Ovidio  
 "Una carta literaria" – pp. 700–703.
- Rangel Garbiras, Carlos  
 "Rectificación" – pp. 704–5.
- Vieco, Julio N.  
 "Intima" – p. 705.
- Pardo Bazán, Emilia  
 "La piedra angular" – pp. 706–9.
- López Penha, Abraham Z.  
 "Nupcial" – p. 709.
- Vieco, Julio N.  
 "Doctrina Büchner" – p. 709.
- 1893
- 1–1893*
- Veintemilla, Marietta de  
 "Madama Roland" – pp. 4–7.
- Menéndez, Rodolfo  
 "El reloj de la vida" – pp. 12–14.
- Matoses, Manuel  
 "Estado sanitario" – pp. 14–15.
- López Penha, Abraham Z.  
 "Resurrección" – p. 15.
- Lemaitre, Jules  
 "Los reyes" – pp. 18–25.
- Figueroa, S.  
 "La nota armónica" – pp. 25–26.
- López Penha, Abraham Z.  
 "Nocturnal" – p. 26.
- Puga, Amalia  
 "El descubrimiento" – pp. 28–29.
- Montegazza, Paolo  
 "Los españoles vistos por un italiano" – p. 30.
- Zea, Agripino  
 "Guatemala" – p. 32.
- Castillo de González, Aurelia  
 "Estudios históricos" – pp. 33–35.
- Menéndez, Rodolfo  
 "Sociedad protectora de niños" – pp. 36–39.
- Wenceslao Querol, Vicente  
 "María" – pp. 43–44.
- Albear, R. de  
 "Cartas europeas" – pp. 44–46.
- Arciniegas, Ismael Enrique  
 "Reunited" – p. 46.
- Pardo Bazán, Emilia  
 "La piedra angular" – pp. 47–51.
- 2–1893*
- Losada, Elías de  
 "Despedia y presentación" – p. 53.
- Power, Andrés F.  
 "Cordial saludo" – p. 53.
- Peza, Juan de Dios  
 "Nieve de estío" – p. 58.
- García del Río, Juan  
 "Delicias y ventajas del estudio" – pp. 76–80.

- Dario, Rubén  
 “Señor don Rafael Núñez” – pp. 80–83.
- Uribe, Diego  
 “Desde el monte” – p. 84.
- Samper, Augusto N.  
 “¡Pobre humanidad!” – p. 84.
- Castillo de Gonzáles, Aurelia  
 “Estudios históricos” – pp. 85–87.
- Albear, R. de  
 “Cartas europeas” – pp. 87–91.
- Mosquera, Rubén J.  
 “Religión y patria” – pp. 92–95.
- Uribe, Diego  
 “A Colón” – p. 95.
- Claretie, Jules  
 “Una visita al Cardenal Lavigerie” – pp. 96–98.
- Pardo Bazán, Emilia  
 “La piedra angular” – pp. 99–102.
- 3-1893
- Gutiérrez de Alba, José Ma.  
 “Al nuevo mundo” – p. 120.
- Cabello de Carbonera, Mercedes  
 “La raza indígena del Perú” – pp. 121–22.
- Llona, Numa Pompilio  
 “El genio” – p. 125.
- Figueroa, S.  
 “En la muerte de un poeta enfermo” – p. 125.
- Simón, Jules  
 “Litré bosquejado por Julio Simón” – pp. 128–29.
- Torres, Carlos Arturo  
 “El cíclope” – pp. 130–31.
- Nacal, Felicien  
 “¡Presenten armas!” [Traducción de Gonzalo de Quesada] – pp. 133–34.
- Castillo de González, Aurelia  
 “Estudios históricos” – pp. 135–38.
- Albear, R. de  
 “Cartas europeas” – pp. 138–43.
- Brissac, Achille  
 “¡Otra... de Marsella!” – pp. 144–45.
- Inés  
 “Una flor” – p. 146.
- Pombo, Rafael  
 “A Inés” – p. 146.
- Lamaitre, Jules  
 “Los últimos reyes” – pp. 149–50.
- Icaza, Francisco A.  
 “En tu ausencia” – pp. 150–51.
- Pardo Bazán, Emilia  
 “La piedra angular” – pp. 152–56.
- T. A.  
 “Perspectivas” – p. 156.
- 4-1893
- Montalvo, Juan  
 “Una carta de Juan Montalvo” – pp. 167–69.
- Zolá, Emilio  
 “El paraíso de los gatos” – pp. 172–74.
- Prieto, Guillermo  
 “Velada fúnebre para el ‘Liceo Altamirano’” – p. 179.
- Souvestre, Armando  
 “Poema en prosa” – pp. 184–85.
- Briones, Gabriel  
 “Galería de escritores célebres: Guy de Maupassant” – pp. 186–87.
- Padilla, José G.  
 “A Gautier Benítez” – p. 188.
- (Unsigned)  
 “Vieja y sabrosa crónica” – pp. 190–94.



- Castillo de González, Aurelia  
 "Estudios históricos" – pp. 195–99.
- Palma, Ricardo  
 "Por una letra" – p. 199.
- Albear, R. de  
 "Cartas europeas" – pp. 200–3.
- R. B. (Ricardo Becerra)  
 "Carlos Saenz Echeverría" – p. 203.
- Pardo Bazán, Emilia  
 "La piedra angular" (Fin) – pp. 204–8.
- 5–1893
- Samper, Augusto N.  
 "Redención" – p. 215.
- Ambrogi, Arturo A.  
 "Literatura china" – p. 216.
- (Unsigned)  
 "Bibliografía americana" – pp. 221–25.
- Sellén, Francisco  
 "Fatum" – p. 226.
- Mayorga Rivas, Román  
 "La familia de Colón" – pp. 227–30.
- Dumas, Alejandro  
 "Un Mecenaz ilustre" – pp. 235–36.
- Goncalves Díaz, Antonio  
 "Canción del destierro" [Traducción de Francisco Sellén] – p. 236.
- Albear, R. de  
 "Cartas europeas" – pp. 240–43.
- (Unsigned)  
 "Hipólito Adolfo Taine: Uno de los célebres filósofos modernos franceses" – pp. 244–47.
- Amy, Francisco J.  
 "Mirak y Kair: Leyenda caribe" – pp. 252–57.
- Castillo de González, Aurelia  
 "Estudios históricos" – pp. 258–60.
- 6–1893
- Vieco, Julio N.  
 "Nidos y hogares" – p. 261.
- Saluzzo, Marco Antonio  
 "Juan Vicente González" – pp. 268–73.
- Samper, Augusto N.  
 "En el cementerio" – p. 273.
- Bravo, Bernabé  
 "Tragedia doméstica" – p. 276.
- Carrasquilla, Francisco de P.  
 "Epigramas" – p. 277.
- Menéndez, Rodolfo  
 "La escuela de campo" – p. 278.
- Cazeneuve, Felipe G.  
 "La evolución social e histórica de México" – pp. 295–300.
- Albear, R. de  
 "Cartas europeas" – pp. 301–4.
- Alarcón, Pedro Antonio de  
 "Dos retratos" – pp. 308–12.
- 7–1893
- García del Río, Juan  
 "Antología hispano-americana" – pp. 313–16.
- Vieco, Julio N.  
 "Lo ajeno y lo propio" – p. 316.  
 "Sin máscara" – p. 316.
- Bioxet, Ezequiel  
 "Luisa Michel" – pp. 318–20.
- Samper, Augusto N.  
 "Acuarela" – p. 320.
- Bonafoux, Luis  
 "Neurosis de mentecatos" – pp. 322–23.
- Cazeneuve, Felipe G.  
 "La evolución social e histórica de México" – pp. 327–29.

- Gutiérrez Coll, Jacinto  
 “En memoria de Altamirano” – p. 331.
- Saluzzo, Marco Antonio  
 “Juan Vicente González” (Conclusión) – pp. 332–39.
- Blowitz, A.  
 “En un entreacto” – pp. 341–43.
- Cazeneuve, Felipe G.  
 “Pedro Fermín Cevallos” – p. 344.
- Tejera, Diego V.  
 “Julietta” – p. 350.
- Ríos, Blanca de los  
 “A él” – p. 350.
- Méndez, Mario  
 “A ella” – p. 350.
- Cazeneuve, Felipe G.  
 “Revista del mes: europa” – pp. 357–58.
- Castillo de González, Aurelia  
 “Estudios históricos” – pp. 363–66.
- 8-1893*
- Vergara y Velasco, Francisco Javier  
 “Minerva: El primer congreso científico en Colombia” – pp. 369–72.
- Cazeneuve, Felipe G.  
 “La evolución social e histórica de México” (Conclusión) – pp. 372–74.
- Alberola, Ginés  
 “La leyenda del melón” – pp. 375–77.
- Menéndez, Rodolfo  
 “A mi esposa” – p. 377.
- Cazeneuve, Felipe G.  
 “El annamita y el quiché” – pp. 377–79.
- López de Saá, Leopoldo  
 “El documento humano” – pp. 379–81.
- Galindo, Antonia  
 “La tarde” – p. 382.
- Gyp  
 “Petrilla” – pp. 383–88.
- Darío, Rubén  
 “Blasón” – p. 388.
- Llona, Numa Pompilio  
 “Los esposos suicidas” – p. 391.
- Núñez de Arce, Gaspar  
 “La esfinge” – p. 391.
- Aguayo, Alfredo Miguel  
 “Las ruinas de un templo” – p. 392.
- Delgado, Rafael  
 “La calandria” – pp. 393–98.
- Alençar, Barón de  
 “Una de las últimas lecturas del emperador Don Pedro” – pp. 399–401.
- Cazeneuve, Felipe G.  
 “Guy de Maupassant” – pp. 404–6.
- (Unsigned)  
 “Bibliografía americana” – pp. 414–16.
- García Martínez, José  
 “Bibliografía española” – p. 416.
- Obligado, Rafael  
 “Hojas” – p. 420.
- Fiación, José  
 “Antítesis” – p. 420.
- 9-1893*
- Castillo de González, Aurelia  
 “Estudios históricos” – pp. 424–28.
- Cuervo, Angel  
 “Jamás” – pp. 429–33.
- Dámaso, Reis  
 “Tres republicanos de la península ibérica” – pp. 433–36.
- Ribalta, Aurelio  
 “Doble sorpresa” – pp. 437–38.

- Innominato  
 "León XIII como poeta" – pp. 439–41.
- Cazeneuve, Felipe G.  
 "Iturbide" – pp. 442–46.
- Sierra, Justo  
 "Méjico social y político" – pp. 448–50.
- Chocano, José S.  
 "Sur la breche" – p. 451.
- Caro, Miguel A.  
 "Belleza ideal" – p. 451.
- García Mérou, Martín  
 "Estanislao S. Zeballos" – 452–54.
- (Unsigned)  
 "Bibliografía americana" – pp. 459–63.
- Delgado, Rafael  
 "La calandria" – pp. 463–66.
- Gamboa, Federico  
 "En Buenos Aires" – pp. 469–74.
- Grillo, Maximiliano  
 "¡Madre mía!" – p. 474.
- 10-1893*
- Riva Palacio, Vicente  
 "El padre Las Casas" – pp. 478–81.
- Pardo Bazán, Emilia  
 "Sédano" – pp. 482–83.
- Obligado, Rafael  
 "Visión" – p. 483.
- Castillo de González, Aurelia  
 "Estudios históricos" (Conclusión)  
 – pp. 484–88.
- Riva Palacio, Vicente  
 "La promesa de un genio" – p. 488.
- Cazeneuve, Felipe G.  
 "Iturbide" – pp. 489–90.
- Coppée, Francois  
 "Rivales" – pp. 491–99.
- S. F.  
 "Mercedes Cabello de Carbonera" –  
 pp. 503–4.
- Fernández Juncos, Manuel  
 "Sátira" – pp. 505–7.
- Sierra, Justo  
 "Méjico social y político" – pp.  
 507–12.
- Cazeneuve, Felipe G.  
 "Juan de Arona" – pp. 513–16.
- Arona, Juan de  
 "Una novela de a veinticuatro: 'The  
 Fate of Fenella'" – pp. 516–19.
- Guzmán Campos, Belisario  
 "Alejandro y Sócrates" – p. 519.
- Zapata, Domingo  
 "Ex abrupto" – p. 519.
- Beltrán Díez, E.  
 "Ráfagas" – p. 519.
- Cortés, Caballero  
 "Contestación" – p. 519.
- Valbuena, A. de  
 "La niña y la rosa" – p. 523.
- Frade, Rivas  
 "Rima" – p. 523.
- Delgado, Rafael  
 "La calandria" – pp. 524–26.
- 11-1893*
- Riva Palacio, Vicente  
 "Las gotas de agua" – p. 534.
- Bravo, Bernabé  
 "Quod natura non dat..." – p. 537.
- Ramírez, Juan C.  
 "Andina" – p. 538.
- Gómez Carrillo, Enrique  
 "Los trofeos" – pp. 539–40.

- Cabrera, M. J.  
 "Al partir" - p. 540.
- Tamayo y Baus, Manuel  
 "El vocablo zinzaya" - p. 541.
- Lavedán, Enrique  
 "Los tres hijos" - pp. 541-42.
- Coppée, Francois  
 "Rivales" (Conclusión) - pp. 543-49.
- (Unsigned)  
 "Soneto" - p. 549.
- Mejía, Epifanio  
 "La muerte del novillo" - p. 549.
- Sierra, Justo  
 "Méjico social y político" - pp. 550-53.
- Ferrari, Emilio  
 "Consummatum" - pp. 553-59.
- Cazeneuve, Felipe G.  
 "Salvador Díaz Mirón" - pp. 565-70.
- Cuenca, Agustín F.  
 "De Stechetti" - p. 571.
- Díaz Guerra, Alirio  
 "A un arroyo" - p. 571.
- López Penha, Abraham Z.  
 "Lumen" - p. 571.
- (Unsigned)  
 "Bibliografía americana" - pp. 574-76.
- Delgado, Rafael  
 "La calandria" - pp. 577-82.
- González, N. A.  
 "Traición por amor" - pp. 583-84.
- García Rodríguez, J.  
 "Las golondrinas" - p. 584.
- Casal, Julián del  
 "Sourimono" - p. 586.
- Andújar, Carlos Felices  
 "Pecado" - p. 587.
- 12-1893
- Rivera y Garrido, Luciano  
 "Jorge Isaacs y sus obras" - pp. 591-96.
- Aguirre, Nataniel  
 "La bellísima Floriania" - pp. 598-605.
- Matto de Turner, Clorinda  
 "Costumbres peruanas" - pp. 605-7.
- López Penha, Abraham Z.  
 "Ultima palabra" - p. 607.
- Casal, Julián del  
 "Tras una enfermedad" - p. 607.
- Santa Ana, J. Cecilio  
 "Al río Grijalva" - p. 607.
- Hernández Somoza, Jesús  
 "Prosa y versos de Rubén Darío" - pp. 608-9.
- Darío, Rubén  
 "Estival" - pp. 609-11.  
 "La sonrisa de la princesa Diamantina" - pp. 611-12.
- Ambrogi, Arturo A.  
 "Porcelanas" - p. 612.
- Alonso y Orera, E.  
 "Correspondencia española" - pp. 616-20.
- Marín, Carlos L.  
 "Adiós a la patria" - pp. 620-23.
- Arona, Juan de; Soldán y Unanue, Pedro Paz  
 "Memorias de un viajero peruano" - pp. 624-26.
- Arona, Juan de  
 "¡Animo!" - p. 626.
- Cabello de Carbonera, Mercedes  
 "La novela moderna" - pp. 627-36.

Santa Ana, J. Cecilio

“Poetas mexicanos: El General Vicente Riva Palacio” – pp. 639–41.

Baz, Gustavo

“En el álbum de una hispano-americana” – pp. 641–42.

Othón, Manuel José

“Acuarelas” – p. 642.

Núñez, Rafael

“Prometeo” – p. 648.

Hugo, Víctor

“Canto del Crepúsculo” (Versión libre de Juan de Dios Peza) – pp. 653–54.

Sierra, Justo

“Méjico social y político” – pp. 657–59.

Campa, Gustavo E.

“El ‘Otello’ de Verdi” – pp. 662–64.

# Index of Authors and Their Contributions in *LA REVISTA ILUSTRADA DE NUEVA YORK*

A series of contributions by one author under the same title is shown as a single entry followed by a chronological listing of the issues in which it appears.

- Abril, Mariano  
    "Poetas Puertorriqueños: Muñoz Rivera" – 1887:12.
- Acosta, Cecilio  
    "Juicio sobre la oda de la Sra. Lola Rodríguez de Tío. Institulada *La vuelta del pastor*" – 1886:12.
- Acosta, Vicente  
    "Contraste" – 1889:12.
- Aguayo, Alfredo Miguel  
    "Las ruinas de un templo" – 1893:8.
- Agüero, Renato de  
    "Bolívar y Sucre" (Dedicado al señor redactor de *La Revista Ilustrada de Nueva York*) – 1888:2.
- Aguirre, Nataniel  
    "La bellísima Floriana" – 1893:12.
- Augustín (San)  
    "Duelo [Traducción de Miguel A. Caro] – 1892:3.
- Alarcón, Pedro Antonio de  
    "Dos retratos" – 1893:11.  
    "La última calaverada" – 1888:11.
- Albear, R. de  
    "Cartas europeas" – 1892:4–12;  
    1893:1–6.
- Alberola, Ginés  
    "La leyenda del melón" – 1893:8.
- Alençar, Barón de  
    "Una de las últimas lecturas del emperador Don Pedro" – 1893:8.
- Alonso y Orera, E.  
    "Correspondencia española" – 1893:12.
- Álvarez, Enrique  
    "La llama moribunda" – 1888:8.
- Ambrogi, Arturo A.  
    "Literatura china" – 1893:5.  
    "Porcelanas" – 1893:12.
- Américo  
    "A Castelar" – 1890:2.  
    "La caída de un coloso" – 1890:4.  
    "Los ingleses en la Guayana" – 1890:3.
- Amicis, Edmundo de  
    "Cuadro de las Pampas: Los potros y los domadores" – 1888:8.  
    "El circo de gallos" – 1887:6.  
    "En el álbum de un padre" – 1888:3.  
    "La instrucción de la mujer" – 1888:9.  
    "La madre" – 1887:8.  
    "Las 'imágenes blancas'" – 1888:4.  
    "Mi patrona" – 1889:6.
- Amid, Abdul  
    "Los avisos y la ciencia de avisar" – 1890:7.
- Amy, Francisco J.  
    "El poeta a su primogénito" – 1887:3.  
    "Influencia internacional de las letras" – 1891:3.  
    "Mirak y Kair: Leyenda caribe" – 1893:5.
- Andújar, Carlos Felices  
    "Pecado" – 1893:11.
- Arciniegas, Ismael Enrique  
    "Delirium tremens" – 1887:11.  
    "El periodista" – 1888:4.  
    "El último canto" – 1887:10.  
    "En colonia" – 1891:10.  
    "Lejos!" – 1888:4.  
    "Reunited" – 1893:1.  
    "Sara" (Al distinguido poeta Sr. d. Juan A. Pérez Bonalde) – 1888:4.

- Arona, Juan de  
 “¡Animo!” – 1893:12.  
 “Una novela de a veinticuatro: ‘The Fate of Fenella’” – 1893:10.
- Arona, Juan de; Soldán y Unanue, Pedro Paz  
 “Memorias de un viajero peruano” – 1893:12.
- Arrué de Miranda, Luz  
 “El sacrificio de Safo” – 1889:10.
- Bachiller y Morales, Antonio  
 “¿Fué Bacon el autor de los dramas atribuidos a Shakespeare?” – 1887:11.  
 “Tropiezos históricos: Bertrand de Guesclin” – 1887:10.
- Balaguer, Víctor  
 “El ramo” [Traducción de Rodolfo Menéndez] – 1892:11.  
 “La manta” – 1888:3.
- Barracand, León  
 “Vizcondesa” – 1890:5–11.
- Barreto, J. Federico  
 “Delirium tremens” – 1892:8.
- Batres Jauregui, Antonio  
 “Predestinación” – 1891:10.  
 “Una obra argentina” – 1892:4.
- Baz, Gustavo  
 “En el álbum de una hispano-americana” – 1893:12.
- Becerra, Ricardo  
 “Carlos Saenz Echeverría” – 1893:4.  
 “Don Juan Valera y Alcalá Galiano” – 1892:1.  
 “Investigación histórica: Los monarquistas de la antigua Colombia” – 1889:8, 11, 12.  
 “Luz y verdad” – 1889:10.  
 “Por el país de los recuerdos” – 1892:12.
- Becerra, Ricardo (with C.C.)  
 “Luto para Colombia y para la ciencia” – 1890:12.
- Beltrán Diez, E.  
 “Ráfagas” – 1893:10.
- Betancourt, Luis V.  
 “Ayer, hoy, mañana” – 1887:8.
- Blanco, José Miguel  
 “El año nuevo en París” – 1888:3.
- Blasco, Eusebio  
 “Pérez Galdós” – 1889:6.  
 “Vera efigies” – 1889:3.
- Blowitz, A.  
 “En un entreacto” – 1893:7.
- Bocage, Manuel María de Barbosa du  
 “Sueño” [Traducción de José Antonio Calcaño] – 1889:2.
- Bodenstedt, Federico Martín  
 “Amistad” – 1887:10.
- Boixet, Ezequiel  
 “Luisa Michel” – 1893:7.
- Bolet Peraza, Nicanor  
 “A mi hija Pilar en el día de su boda” – 1889:6.  
 “A mi querida sobrina Carmen Teresa Monagas” – 1888:12.  
 “A mi querida sobrina Zenobia Monagas” – 1888:12.  
 “Alerta con los mapas ingleses!” – 1890:4.  
 “Algo más que instinto” – 1888:6.  
 “Arturo Michelena” – 1888:10.  
 “Ayudar al viajero” – 1889:9.  
 “Barcelona y su exposición” – 1888:11.  
 “Biografías de literatos guatemaltecos: Rafael Campo” – 1890:5.  
 “Bolonía y Ancona” – 1888:10.  
 “Carta de París” – 1888:7, 8.  
 “Conciertos caseros” – 1888:1.  
 “Congreso internacional americano” – 1889:10.  
 “Correspondencia de Roma” – 1888:11.  
 “Costumbres venezolanas” – 1887:7.  
 “Costumbres venezolanas: La bajada de los reyes” – 1887:8.  
 “Cuadros de costumbres” – 1889:6.  
 “De Caracas a La Guaira” – 1888:3.  
 “Del cielo a Nueva York y de Nueva York al cielo” – 1888:2.



- "De Milán a Venecia" – 1888:10.  
 "De París a Turín" – 1888:9.  
 "De Turín a Milán" – 1888:9.  
 "Dulce et decorum est pro patria mori" – 1887:9.  
 "Ecos de Caracas" – 1888:6.  
 "El Avila" – 1890:6.  
 "El cocinero de Vanderbilt" – 1888:4.  
 "El convidado de caucho" – 1887:2.  
 "El divorcio en América" – 1889:1.  
 "El doctor José María Samper" – 1890:6.  
 "El ferrocarril inter-americano" – 1889:12.  
 "El gral. José A. Páez" – 1888:2.  
 "El gremio agrícola" – 1889:1.  
 "El maestro de escuela" – 1888:7.  
 "El monumento de Gambetta" – 1888:8.  
 "El nuevo año" – 1890:1.  
 "El pabellón argentino" – 1889:10.  
 "El pabellón de Chile" – 1889:10.  
 "El pabellón de México en la exposición" – 1889:9.  
 "El paseo de los suspiros en la exposición" – 1889:9.  
 "El pequeño Trianon" – 1889:4.  
 "El porvenir de América" – 1888:12.  
 "El salón de 1890" – 1890:6.  
 "En el álbum de la Srta. Mab Bigelow" – 1890:6.  
 "E pur si muove" – 1889:5.  
 "Exposición retrospectiva" – 1888:8.  
 "Friburgo" – 1889:10.  
 "Guatemala en la exposición" – 1889:11.  
 "Historia de un guante" – 1889:7.  
 "Historias de media noche: Al arma blanca" – 1887:11.  
 "Honosres a Páez" – 1888:5.  
 "Jefferson Davis" – 1890:1.  
 "Juan Wolfgang Goethe" – 1888:6.  
 "La avaricia" – 1887:6.  
 "La ciudad del oso y del madroño" – 1888:12.  
 "La comedia humana" – 1890:2.  
 "La cría del avestruz" – 1889:9.  
 "La enseñanza y el siglo" – 1886:12.  
 "La gruta de Mammouth" – 1890:2.  
 "La industria madre" – 1889:5.  
 "La limosna" – 1889:7.  
 "La república de Costa Rica" – 1890:4.  
 "Las banderas rojas" – 1887:8.  
 "Las bodas en la *bourgeoisie*" – 1888:8.  
 "Las cuatro camas del cura" – 1889:1.  
 "Las danzas bárbaras en la exposición" – 1889:9.  
 "*La señora de López*: Novela social por Eduardo López Bago" – 1887:1.  
 "Lenguaje universal" – 1888:5.  
 "Los dos cómplices" – 1889:4.  
 "Los Estados Unidos del Brasil" – 1889:12.  
 "Los juguetes" – 1887:5.  
 "Los nervios" – 1888:8.  
 "Los teatros de París" – 1888:10.  
 "Los vecinos de un feo" – 1889:5.  
 "Luchas del hogar" (Drama original) – 1887:11, 12; 1888:1.  
 "Mister Crowley" – 1889:2.  
 "Modas de invierno" – 1888:1.  
 "Muerte de un mártir" – 1890:5.  
 "Nápoles y Pompeya" – 1888:10.  
 "Ojeada a la exposición" – 1889:9.  
 "Página íntima" – 1890:1.  
 "Pinceladas" – 1889:11.  
 "Poesías de Francisco Sellén" – 1890:5.  
 "Profanaciones romanas" – 1888:10.  
 "¿Quién es este hombre?" – 1889:12.  
 "Reanudamos" – 1889:10.  
 "Sebastián Lerdo de Tejada" – 1889:7.  
 "Todavía Venecia" – 1888:10.  
 "Truchas y salmones" – 1890:4.  
 "Una artista sin manos" – 1890:2.  
 "Un ahijado de hierro" – 1890:1.  
 "Una pasión moderna" – 1888:4.  
 "Una visita a Notre Dame de París" – 1888:9.

- "Un colaborador a palos" – 1889:10.  
 "Un día sin sol" – 1887:2.  
 "Un hombre feliz" – 1888:2.  
 "Un monumento para Guayaquil" – 1888:10.  
 "Un pedazo de la Suiza" – 1889:10.  
 "Un viaje a París" – 1887:9.  
 "Venezuela rehabilitada" – 1889:12.  
 "Viaje de la vida" – 1889:10.
- Bonafoux, Luis**  
 "Neurosis de mentecatos" – 1893:7.
- Bransby, Carlos**  
 "Al mediodía" – 1890:12.  
 "La fiesta de las Hespérides en Los Angeles" – 1891:5.  
 "La lengua española en los Estados Unidos" – 1892:9.  
 "La poesía castellana y su porvenir en Hispano-América" – 1891:2.  
 "La revolución y la evolución" – 1891:9.  
 "Una velada de conversación española" – 1892:10.
- Bravo, Bernabé (Figarete)**  
 "Contingencias sociales: Cuadro de costumbres mexicanas" – 1888:12.  
 "El empleado subalterno" – 1889:4.  
 "Fiesta de pueblo" – 1890:3.  
 "Los inseparables" – 1889:8.  
 "Quod natura non dat..." – 1893:11.  
 "Tesoro del corazón" – 1892:12.  
 "Tragedia doméstica" – 1893:6.
- Briones, Gabriel**  
 "Galería de escritores célebres: Guy de Maupassant" – 1893:4.
- Brissac, Achille**  
 "¡Otra... de Marsella!" – 1893:3.
- Bustillos, José M.**  
 "El carpintero" – 1890:12.  
 "En la pradera" – 1892:4.  
 "Las rocas del lago" – 1891:4.
- Byron, (Lord) George G.**  
 "Fragmento de *Giaour*" [Traducción de Francisco Sellén] – 1887:5.
- C. B.**  
 "Una alumna de la Escuela Central de Filosofía" – 1891:7.
- C. Palomino (hijo), Rafael de**  
 "Al invierno" – 1888:2.  
 "¡Inquietud!" – 1888:8.
- Cabello de Carbonera, Mercedes**  
 "La novela moderna" – 1893:12.  
 "La raza indígena del Perú" – 1893:3.
- Cabrera, M. J.**  
 "Al partir" – 1893:11.
- Caicedo Rojas, José**  
 "¡Tierra! ¡Tierra!" – 1891:7.
- Calcaño, Eduardo**  
 "Sobre 'Luchas del hogar'" – 1887:10.
- Calcaño, José Antonio**  
 "Epigrama" – 1890:2.
- Camacho, Simón**  
 "Las Pascuas en Cuba" – 1887:12.
- Campa, Gustavo E.**  
 "El 'Otello' de Verdi" – 1893:12.
- Campo, Julio**  
 "El gran taciturno" – 1891:6.
- Campoamor, Ramón de**  
 "El amor no perdona" – 1892:1.  
 "El otoño" – 1890:11.
- Campo V., José Manuel del**  
 "Pedro Pablo Figueroa" – 1887:12.
- Campuzano, Ricardo**  
 "La copa de agua" – 1889:2.
- Canel, Eva**  
 "La virgen herida" – 1891:11.
- Cantón, Delio Moreno**  
 "Mañana de campo" – 1892:9.
- Carducci, Giosué**  
 "Canción de la mañana" – 1889:1.

- Carducci, Josué  
"El poeta" - 1889:4.
- Carmen  
"Cuatro letras a Paulina" - 1889:7.
- Caro, José Eusebio  
"Sociedad y soledad" - 1888:7.
- Caro, Miguel A.  
"Belleza ideal" - 1893:9.  
"Traducciones y refundiciones" - 1892:8.
- Carrasquilla, Francisco de P.  
"Epigramas" - 1893:6.
- Carrasquilla, Ricardo  
"El hombre y la mujer" - 1887:9.
- Carrillo y O'Farrill, Isaac  
"Liberty enlightening the world" - 1892:3.
- Casal, Julián del  
"Luz y sombra" - 1886:12.  
"Sourimono" - 1893:11.  
"Tras una enfermedad" - 1893:12.
- Casanova, Sofía  
"Ciegos" - 1887:11.
- Castelar, Emilio  
"El amor" - 1887:5.  
"El dolor" - 1888:5.  
"El labrador" - 1887:6.  
"El Mediterráneo" - 1887:8.  
"El sufragio universal" - 1888:12.  
"La Italia una y el pontificado católico" - 1888:12.  
"Variedades: Mirabeau y la Reina" - 1887:11.
- Castillo de González, Aurelia  
"De regreso" - 1892:9.  
"El aeronauta" - 1892:8.  
"En el álbum de la Señorita Doña Angela Betancourt" - 1892:11.  
"Epitafio" - 1892:12.  
"Estudios históricos" - 1892: 11, 12; 1893: 1-5, 7, 9, 10.  
"Fábulas" - 1892:9, 10, 12.  
"Viajeros en el desierto" - 1892:11.
- Castro Palomino, Rafael de  
"Al sol" - 1891:7.
- Cavia, Mariano de  
"Ros de Olano y Espronceda" - 1888:5.
- Cazeneuve, Felipe G.  
"El annamita y el quiché" - 1893:8.  
"Guy de Maupassant" - 1893:8.  
"Iturbide" - 1893:9, 10.  
"Juan de Arona" - 1893:10.  
"La evolución social e histórica de México" - 1893:6-8.  
"Pedro Fermín Cevallos" - 1893:7.  
"Revista del mes: europa" - 1893:7.  
"Salvador Díaz Mirón" - 1893:11.
- Cestero, Ferdinand R.  
"Pespuntes" (A Raquel) - 1892:7.
- Chaverri M., Graciliano  
"Heredia" (A la apreciable señorita Adela Oreamuno) - 1889:3.
- Chaves, F. Gerardo  
"A Amalia Puga" - 1892:3.
- Chaves Torres, José María  
"La zona tórrida" - 1889:2.
- Child, Teodoro  
"Perfiles parisienses por un yankee" - 1892:10.
- Chocano, José S.  
"Sur la breche" - 1893:9.
- Claretie, Jules  
"Una visita al Cardenal Lavigerie" - 1893:2.
- Conto, César  
"A un jazmín" - 1891:12.
- Coppée, Francois  
"Al Emperador Federico III" - 1891:6.  
"Rivales" - 1893:10, 11.
- Corpancho, Teobaldo Elías  
"Arrobamiento" (A mi soñadora amiga Amalia Puga) - 1892:3.

- Correa, Avelina  
 "Sueño y realidad" - 1889:3.
- Correa Zapata, Juan  
 "Cenizas" - 1890:12.
- Cortés, Caballero  
 "Contestación" - 1893:10.
- Cruz, Fernando  
 "La conferencia internacional de Washington" - 1890:6.
- Cuenca, Agustín F.  
 "De Stechetti" - 1893:11.
- Cuervo, Angel  
 "Jamás" - 1893:9.
- Daldin, F.  
 "A Amalia Puga" - 1892:5.
- Dámaso, Reis  
 "Tres republicanos de la península ibérica" - 1893:9.
- Darío, Rubén  
 "Blasón" - 1893:8.  
 "El Dios bueno" - 1891:7.  
 "El rubí" - 1890:3.  
 "El sátiro sordo" - 1890:5.  
 "Estival" - 1893:12.  
 "La cabeza de Rawi" - 1888:6.  
 "La ninfa" - 1890:2.  
 "La risa" (A José Martí) - 1891:10.  
 "La sonrisa de la princesa Diamantina" - 1893:12.  
 "Lieder" - 1890:1.  
 "Los presidentes en el destierro" - 1891:12.  
 "Palimpsestos" - 1892:1.  
 "Señor don Rafael Núñez" - 1893:2.  
 "Una fiesta nacional: El héroe de Costa Rica, Juan Santamaría" - 1891:11.  
 "Un sermón" - 1892:9.
- Delgado, Rafael  
 "La calandria" - 1893:8-11.
- Deligüe, Gastón F.  
 "Preludio" - 1887:7.
- Delpino, Ramón  
 "Reflejos de *Fray Candil*" - 1886:12.
- Depew, Chauncey M.  
 "Honra y felicidad en el trabajo" - 1890:3.
- Díaz, Leopoldo  
 "Ce que je veux" - 1892:9.
- Díaz del Castillo, Ildefonso  
 "La torre Eiffel" - 1890:2.
- Díaz Guerra, Alirio  
 "A un arroyo" - 1893:11.
- Díaz Mirón, Salvador  
 "A Byron" - 1892:7.  
 "A Eva" - 1891:8.  
 "Margarita" - 1890:9.  
 "La nube" - 1890:2.  
 "Los parias" - 1892:8.
- Droz, G.  
 "Páginas olvidadas: ¡Tendría cuarenta años!" - 1888:4.
- Dumas, Alejandro  
 "Notas literarias de A. Dumas" - 1892:11.  
 "Un Mecenas ilustre" - 1893:5.
- E. G.  
 "Marceau" - 1889:11.
- Eascuther, Francisca de  
 "El abismo" - 1892:3.
- Echeverría, A. P.  
 "A Amalia Puga" - 1892:3.
- Escobar, Emilio Antonio  
 "El perro" - 1888:7.
- Escobar, L.  
 "Los pecados capitales" - 1890:6.
- Estrada, Domingo  
 "Alfonso Daudet" - 1891:1.  
 "El Christmas" - 1889:12.  
 "El resucitado" - 1890:11.
- Estrada y Cordero, Manuel  
 "A Guauhtimotzin" - 1887:12.

- F. M.  
 "Carta del Plata" - 1891:5, 6.
- Facio, Justo A.  
 "La Revista Ilustrada de Nueva York" - 1892:3.
- Fernández Bremon, José  
 "El baño" - 1887:2.
- Fernández Juncos, Manuel  
 "Sátira" - 1893:10.
- Ferrari, Emilio  
 "Consummatum" - 1893:11.
- Fiansón, José  
 "Antítesis" - 1893:8.
- Figarete. *See* Bernabé Bravo
- Figueroa, Pedro Pablo  
 "La mujer" - 1887:8.  
 "Poetas americanos: Ricardo Carrasquilla" - 1887:9.
- Figueroa, S.  
 "Cuadros del natural" - 1891:1.  
 "Cuba y Puerto Rico" - 1891:6.  
 "En la muerte de un poeta enfermo" - 1893:3.  
 "Epitalamio en las bodas de Gonzalo de Quesada" - 1892:8.  
 "Estudio biográfico e histórico: Don Pedro Calderón de la Barca" - 1892:11.  
 "Gutenberg" (Al batallador de toda buena causa y amigo querido José Martí) - 1891:1.  
 "La ambición y la gloria" - 1892:1.  
 "La nota armónica" - 1893:1.  
 "Reparos literarios" - 1890:6, 8-11.
- Flammarion, Camille  
 "Las apariciones" - 1889:12.  
 "La Torre de Eiffel" - 1889:11.  
 "Un ojo nuevo" - 1890:5.
- Fontoso, Alvar  
 "¡Qué hacer!" - 1889:12.
- Frade, Rivas  
 "Rima" - 1893:10.
- France, Anatole  
 "En las ruinas del monasterio" - 1892:10.  
 "Realismo e idealismo" - 1892:4.
- G. V. C.  
 "Las plumas, señor..." - 1891:8.
- Galindo, Antonia  
 "La tarde" - 1893:8.
- Gamarra, Abelardo M.  
 "A Amalia Puga" - 1892:3.
- Gamboa, Federico  
 "En Buenos Aires" - 1893:9.
- Garabito A., José María  
 "Dime..." - 1887:12.
- García del Río, Juan  
 "Antología hispano-americana" - 1893:7.  
 "Delicias y ventajas del estudio" - 1892:10; 1893:2.
- García Martínez, José  
 "Bibliografía española" - 1893:8.
- García Mérou, Martín  
 "Estanislao S. Zeballos" - 1893:9.
- García Rodríguez, J.  
 "Las golondrinas" - 1893:11.
- García y Godoy, F.  
 "En la muerte de un héroe" - 1888:5.
- Gautier, Teófilo  
 "Las mariposas" [Traducción de Julio Calcaño] - 1889:5.  
 "Las mariposas" [Traducción de Román Mayorga Rivas] - 1889:10.  
 "Las palomas" (Versión libre por Mayorga Rivas) - 1890:8.
- Gavidia, Francisco A.  
 "El culto del sueño" - 1890:7.  
 "Juan Montalvo" - 1889:4.
- Gimeno de Flaquer, Concepción  
 "El Quetzal" - 1890:5.
- Gizzek, Erik Gustavo  
 "El viking" [Traducción de Antonio Sellén] - 1887:5.

- Gómez Carrillo, Enrique  
 “Los trofeos” – 1893:11.
- Goncalves Dias, Antonio  
 “Canción del destierro” [Traducción de Francisco Sellén] – 1893:5.
- González Camargo, Joaquín  
 “Estudiando” – 1887:9.
- González, N. A.  
 “Traición por amor” – 1893:11.
- Grillo, Maximiliano  
 “¡Madre mía!” – 1893:9.
- Guarín, J. David  
 “Abreme” – 1890:6.  
 “Presentimientos” – 1888:3.
- Guido y Spano, Carlos  
 “Carta inédita” – 1891:4.
- Gutiérrez Coll, Jacinto  
 “Ausente” – 1887:11.  
 “En memoria de Altamirano” – 1893:7.  
 “Voz sin eco” – 1887:9.
- Gutiérrez de Alba, José Ma.  
 “Al nuevo mundo” – 1893:3.
- Gutiérrez González, Gregorio  
 “Memoria sobre el cultivo del maíz en Antiquía” – 1888:3.  
 “Un sueño” – 1888:12.
- Gutiérrez Nájera, Manuel  
 “Ante el mar” – 1890:3.  
 “A una niña” – 1890:4.  
 “Cartas mexicanas” – 1891:1.  
 “Del libro azul” – 1890:4.  
 “Deseo” – 1889:10.  
 “En defensa de Juan de Dios Peza” – 1888:7.  
 “Para entonces!” – 1891:12.  
 “Para un menú” – 1889:11.
- Guzmán, Gustavo  
 “Conversación literaria” – 1890:5.
- Guzmán, J. P. de  
 “Junto a la cuna” – 1889:3.
- Guzmán Campos, Belisario  
 “Alejandro y Sócrates” – 1893:10.
- Gyp  
 “Petrilla” – 1893:8.
- Haggard, H. Rider  
 “Beatriz” – 1890:12; 1892:3.  
 “Ella” – 1889:5–12; 1890:1–3.  
 “El testamento del Sr. Meeson” – 1888:9–12; 1889:1–4.
- Heine, Enrique (Heinrich)  
 “Los amantes predestinados” [Traducción de Francisco Sellén] – 1891:4.
- Helianna  
 “Lágrimas fecundas” – 1887:11.
- Heredia, José María de  
 “Al Niágara” – 1891:8.  
 “Los conquistadores” [Traducción de Miguel A. Caro] – 1892:3.
- Hernández, Domingo Ramón  
 “A la estatua de Bolívar” – 1887:10.  
 “En la tumba de Amelia...” – 1889:5.  
 “La niebla” – 1889:6.
- Hernández, Pablo  
 “Los felices” – 1888:2.
- Hernández Somoza, Jesús  
 “Prosa y versos de Rubén Darío” – 1893:12.
- Hugo, Víctor  
 “Canto del Crepúsculo” (Versión libre de Juan de Dios Peza) – 1893:12.  
 “Dante” – 1887:10.  
 “Dos hijos” [Traducción de J. Estremera] – 1887:1.  
 “La fuente” [Traducción de E. de L. F. de “Las contemplaciones” de Hugo] – 1887:11.  
 “Mi Juana” – 1887:3.
- Icaza, Francisco A. de  
 “En tu ausencia” – 1893:3.  
 “Los dos sueños” – 1892:11.

Imendia, Carlos A.

"Amor de madre" - 1889:9.

"A un pajarito" - 1892:6.

"Dolor eterno" (A Manuel V. Blanco) - 1887:12.

"Las dos espigas" - 1887:7.

Inés

"A mi simpática amiga: Señorita Polita J. de Lima" - 1892:7.

"Una flor" - 1893:3.

Inesta, Francisco

"Las rarezas de los sabios" - 1890:6.

Innominato

"León XIII como poeta" - 1893:9.

Isaacs, Jorge

"Adriano Páez" - 1890:6.

"La luna de la velada" - 1888:12.

J. G.

"El primer sermón de Fenelón" - 1889:4.

Lafuente, Armando de

"Soneto" - 1892:6.

Lamartine, Alfonso

"La mariposa" - 1889:9.

Larra, Mariano José de

"Un reo de muerte" - 1888:7.

Latano, A. S.

"Buenos Aires" - 1888:9.

Latour, Tolosa

"Corazón de oro" - 1889:11.

Lavedán, Enrique

"Los tres hijos" - 1893:11.

Lavisse, Ernesto

"Historia y filosofía política" - 1892:4.

Legouvé, Ernesto

"Una querrela entre dos colaboradores" - 1892:2.

Lemaitre, Jules

"Los reyes" - 1893:1.

"Los últimos reyes" - 1893:3.

Lenau, Nikolaus

"Rosa marchita" [Traducción de Francisco Sellén] - 1886:12.

León Gómez, Adolfo

"La verdadera belleza" - 1888:6.

"Ultima luz" - 1888:12.

León Gómez, Ernesto

"En sueños" - 1888:5.

Leslie, Mrs. Frank

"Mujeres y trajes" - 1889:6.

Lima, Polita J. de

"A la calandria cajamarquina: Amalia Puga" - 1892:7.

Limardo, Ricardo Ovidio

"Una carta literaria" - 1892:12.

Llona, Numa Pompilio

"A la Señorita Amalia Puga" - 1892:7.

"El genio" - 1893:3.

"Las nuevas musas del Perú" (Dedicado a Amalia Puga) - 1892:7.

"Los esposos suicidas" - 1893:8.

Lombroso, César

"Explicación científica del espiritismo por el profesor italiano Lombroso" - 1892:11.

Longfellow, Henry Wadsworth

"La flecha y el canto" - 1889:7.

López, Carlos

"¡Ocampo!" - 1891:10.

López de Saá, Leopoldo

"El documento humano" - 1893:8.

López Penha, Abraham Z.

"Lumen" - 1893:11.

"Nocturnal" - 1893:1.

"Nupcial" - 1892:12.

"Resurrección" - 1893:1.

"Ultima palabra" - 1893:12.

Losada, Elisa de (El editor propietario)

"Despedida y presentación" - 1893:2.



- “Nuevo año y nuevas esperanzas” – 1890:1.
- Maitín, José A.  
 “La fuentequilla” – 1887:8.  
 “Las orillas del mar” – 1887:4.  
 “Meditación” – 1887:5.
- Manrique, Venancio G.  
 “Las estaciones” – 1890:3.
- Marchena, Eugenio de  
 “Dos fenómenos solares” – 1890:6.  
 “El cuarto centenario en Santo Domingo” – 1892:12.  
 “Santa Fé” – 1891:7.
- María Pérez, Lázaro  
 “Tu nombre” – 1887:6.
- Marín, Carlos L.  
 “Adiós a la patria” – 1893:12.
- Marín, Francisco G.  
 “Hércules” – 1892:7.
- Marín García, Manuel  
 “Los dos zafiros” – 1888:6.
- Marquina, Pedro  
 “La desconocida” – 1887:3.
- Martí, José  
 “La conferencia monetaria de las repúblicas de América” – 1891:5.  
 “*Las crónicas potosinas* del Sr. Vicente G. Quesada y una carta [a Martí] del autor” – 1891:5.  
 “Nuestra América” – 1891:1.  
 “Un colegio en Central Valley” – 1892:7.
- Martín de la Guardia, Heraclio  
 “A la América del Norte” – 1887:6.  
 “Fraternidad” – 1887:7.
- Martínez Barrionuevo, Manuel  
 “Variedades: Núñez de Arce” – 1887:10.
- Martins, Oliveira  
 “Una semblanza de Lord Lytton” – 1892:3.
- Matamoros, Mercedes  
 “Caonabo” – 1892:9.  
 “Sensitiva” – 1887:11.
- Matoses, Manuel  
 “Estado sanitario” – 1893:1.
- Matto de Turner, Clorinda  
 “Costumbres peruanas” – 1893:12.
- Maupassant, Guy de  
 “La muerta” – 1889:7.
- Mayorga Rivas, Román  
 “Ahora no más!...” (De Juraschek) – 1890:2.  
 “Americano ilustre” – 1889:10.  
 “Baturrillo” – 1890:6, 8.  
 “Bibliografía” – 1889:11.  
 “Bibliografía centro-americana” – 1890:12.  
 “Bolet Peraza y Adriano Páez” – 1889:8.  
 “Caballero y caballo sorprendentes” – 1890:7.  
 “Canto estival” – 1890:11.  
 “Carta de Washington” – 1889:3.  
 “*Centro América Ilustrada*” – 1889:12.  
 “Con motivo de la boda de Pilar Bolet Monagas” – 1889:6.  
 “Conversación familiar con las lectoras” – 1889:10.  
 “Coronación de Zorrilla” – 1889:8.  
 “Cosas de París” – 1890:10.  
 “Duermen tal vez...” – 1889:8.  
 “El cardenal Newman” – 1890:10.  
 “El centenario glorioso de la América” – 1889:10.  
 “El corsé musical” – 1890:11.  
 “El día de Acción de Gracias” – 1889:12.  
 “El drama de Meyerling” – 1889:8.  
 “El incendio de un palacio” – 1890:1.  
 “El invierno en Washington” – 1889:1.  
 “El nombre suyo (Versión libre del inglés, de Buckhan)” – 1890:10.  
 “El poeta Whitman” – 1890:6.

- "El premio del salón de París" - 1890:7.  
 "El puente del Forth" - 1890:8.  
 "El puente sobre la Mancha" - 1889:12.  
 "El Salvador en la Exposición de París" - 1889:9.  
 "El sueño" - 1890:7.  
 "El y ella" - 1889:6.  
 "En el álbum de autógrafos de Andrew Carnegie [*sic*]" - 1890:7.  
 "Episodio de Verano" - 1890:10.  
 "Escritoras hispanoamericanas: Amalia Puga" - 1889:9.  
 "Escritoras hispanoamericanas: Luz Arrué de Miranda" - 1889:10.  
 "Homenaje a Miguel A. Caro" - 1890:1.  
 "La colección de Secretan y el 'Angelus'" - 1889:8.  
 "La familia de Colón" - 1893:5.  
 "La guerra del porvenir" 1890:8.  
 "La institución sanitaria del doctor Hammond" - 1889:6.  
 "La mujer hispano-americana y *La Revista Ilustrada de Nueva York*" - 1890:2.  
 "La niña del bosque" - 1890:9.  
 "Las mujeres hispano-americanas" - 1889:2.  
 "Las palomas" (Versión libre, del francés, de Teófilo Gautier) - 1890:8.  
 "La torre de hielo" - 1890:7.  
 "La transfiguración del Perú" - 1889:11.  
 "Leyendas del Norte" - 1890:11.  
 "Libros chilenos" - 1889:12.  
 "Literatura argentina" - 1889:7.  
 "Literatura mexicana: Artículos de costumbres por Bernabé Bravo" - 1889:10.  
 "Los tres velos de María" - 1887:11.  
 "Maravilla que se derrumba" - 1889:8.  
 "Montalvo" - 1889:5.  
 "Noche de invierno" - 1889:5.  
 "Notas bibliográficas" - 1890:1.  
 "Notas literarias" - 1890:8, 12.  
 "Noticias del exterior" - 1890:5.  
 "Otra vez el drama de Meyerling" - 1890:3.  
 "Por qué?" - 1889:9.  
 "Revista de modas" - 1889:9, 10.  
 "Rima" - 1889:10.  
 "Strauss en América" - 1890:6.  
 "Triunfos de la América" - 1889:12.  
 "Una almoneda regia" - 1889:6.  
 "Una estatua y un artista" - 1890:7.  
 "Una mujer salvadoreña" - 1890:1.  
 "Un año de vida" - 1889:11.  
 "Un filántropo y una estatua" - 1889:12.  
 "Un poema de Edgar A. Poe" - 1889:12.  
 "Un soldado de la democracia" - 1889:9.  
 "*Urania*..." - 1890:7.  
 "Venganza de una madre" - 1889:10.  
 "Versos inéditos" - 1890:6.  
 "Zig-zags" - 1890:10.
- Maza, Julián J.  
 "Las dos reinas" - 1890:11
- Mejía, Epifanio  
 "La muerte del novillo" - 1893:11.
- Mendés, Catulle  
 "El ramo de Miosotis" - 1890:3.  
 "El velillo" - 1890:4.
- Méndez, J.  
 "Literatura de Hungría" - 1890:4.
- Méndez, Mario  
 "A ella" - 1893:7.
- Mendive, Rafael María de  
 "La gota de rocío" - 1887:3.
- Menéndez, Rodolfo  
 "A la India" - 1891:1.  
 "A mi esposa" - 1893:8.  
 "Disminución de los días de fiesta" - 1892:7.  
 "El álbum del año" - 1892:1.  
 "El banco de la escuela" - 1891:11.

- “El combate” – 1892:7.  
 “El deber de las madres de familia” – 1892:5.  
 “El fonógrafo” – 1891:4.  
 “El himno de la tarde” – 1891:6  
 “El látigo” – 1892:2.  
 “El modo de hablar” – 1892:11.  
 “El padre Girard” – 1892:8.  
 “El pueblo de los jorobados” – 1891:11.  
 “El reloj de la vida” – 1893:1.  
 “El tío enero” – 1892:12.  
 “Estadística” – 1891:8.  
 “Filosofía” – 1892:11.  
 “Fraternidad” – 1891:8.  
 “Intereses marítimos” – 1891:7.  
 “Izamal” – 1892:7.  
 “Juan Gamboa Guzmán” – 1892:9.  
 “La bandera mexicana” – 1892:9.  
 “La cruzada del progreso” – 1892:10.  
 “La enseñanza de las ciencias naturales en el desarrollo intelectual” – 1892:11.  
 “La escuela de campo” – 1893:6.  
 “La industria azucarera en Yucatán” – 1892:5.  
 “Lágrima interna” – 1892:2.  
 “Las ilusiones” – 1892:6.  
 “Las rosas de Malherbe” – 1892:3.  
 “¡Loco! ¡Loco!” – 1892:10.  
 “¡Madre mía!” – 1892:10.  
 “Más allá!” – 1892:1.  
 “Melancolía” – 1892:4.  
 “México en Europa” – 1892:6.  
 “Noche de luna” – 1891:9.  
 “Pedro de Gante” – 1892:1.  
 “Proyecto de una biblioteca verdaderamente popular” – 1891:11.  
 “Ruinas de Labná” – 1891:10.  
 “Sociedad protectora de niños” – 1893:1.  
 “Una estatua y un artista” – 1890:7.  
 “Una familia...no recomendable” – 1892:4.  
**Merchán, Rafael M.**  
 “A Lamartine” – 1891:10.  
 “A la mujer” – 1891:5.  
**Milla, José**  
 “Las cuatro eses del amor” – 1890:6.  
**Minden, Wilelm van**  
 “La casa paterna” – 1888:5.  
**Montalvo, Juan**  
 “Poesía de la historia: Sáfira” – 1890:1.  
 “Una carta de Juan Montalvo” – 1893:4.  
**Montegazza, Paolo**  
 “Los españoles vistos por un italiano” – 1893:1.  
**Montenegro, Dolores**  
 “Mujer” – 1887:11.  
**Montenegro, M. V.**  
 “La luz” – 1888:9.  
**Morales, Vicente**  
 “Ensueño” – 1889:9.  
**Mosquera, Rubén J.**  
 “Religión y patria” – 1893:2.  
**Muñoz, Isaías E.**  
 “Canción de lobos” – 1889:3.  
**Nacal, Felicien**  
 “¡Presenten armas!” [Traducción de Gonzalo de Quesada] – 1893:3.  
**Najarro, Antonio**  
 “El ave” – 1889:12.  
**Núñez, Rafael**  
 “Centenario” – 1892:11.  
 “Insomnio” – 1892:12.  
 “Prometeo” – 1893:12.  
 “Vida pública” – 1892:8.  
**Núñez de Arce, Gaspar**  
 “La esfinge” – 1893:8.  
**Obeso, Candelario**  
 “Canción der [sic] boga ausente” – 1887:12.  
 “Tiempo que fue” – 1887:7.  
**Obligado, Rafael**  
 “Hojas” – 1893:8.  
 “La luz mala” – 1887:2.  
 “Visión” – 1893:10.

- O'Connell, Daniel  
 "Carta de O'Connell a Bolívar" - 1888:8.
- Ohnet, Jorge  
 "El alma de Pedro" - 1891:2-8, 10, 12.
- Olivo Pino, A.  
 "La musa colombiana" (Fragmento) - 1888:6.
- O'Rell, Max  
 "La América del Norte" - 1889:11.  
 "Los hoteles americanos" - 1890:4.
- Ortiz, José Joaquín  
 "El húsar de Junín" - 1887:10.
- Ortiz, Pedro  
 "Rubén Darío en Chile" - 1889:2.
- Othón, Manuel José  
 "Acuarelas" - 1893:12.  
 "Paolo y Francesca" - 1888:3.
- P. L. de U.  
 "M. Brown o el posadero de Albany" - 1892:4.
- Padilla, José G.  
 "A Gautier Benítez" - 1893:4.
- Paiba, Junio  
 "De París a Nueva York" - 1888:10.  
 "Doble homenaje" - 1891:6.
- Palacio, Eduardo de  
 "¡A Ella!" - 1887:12.
- Palacio, Manuel del  
 "Autobiografía" - 1891:3.  
 "Camino del paraíso" - 1887:3.  
 "Las clases menesterosas" - 1889:4.  
 "Naturalismo" - 1889:12.
- Palma, Ricardo  
 "A Amalia" - 1892:3.  
 "El alma de Fray Venancio" - 1892:9.  
 "El coronel Fray Bruno" - 1888:8.  
 "Hermosa entre las hermosas" - 1888:5.
- "Ir por lana y salir trasquilado" - 1890:7.  
 "La gran querrela de los barberos" - 1890:1.  
 "La viudita" - 1889:4.  
 "Los amores de San Antonio" - 1892:7.  
 "Oficiosidad no agradecida" - 1890:5.  
 "Por una letra" - 1893:4.  
 "Tradiciones y filigranas: Contra pereza diligencia; Voltaire chiquito" - 1892:12.  
 "Una camisa" - 1888:7.  
 "Un general de antaño" - 1892:8.  
 "Un libro condenado: Noticias sobre el autor y su obra" - 1892:6.
- Pardo Bazán, Emilia  
 "El descubrimiento de América ante la ciencia peninsular y americana" - 1892:1, 4.  
 "La novela española en 1891" - 1891:12.  
 "La piedra angular" - 1892:6-12; 1893:1-4.  
 "Sédano" - 1893:10.
- Pardo de la Casta, Joaquín  
 "Un sueño" - 1892:11.
- Pelliza de Sagasta, Josefina  
 "Yo era feliz" - 1887:10.
- Peña y Reyes, A. de la  
 "Manuel Gutiérrez Nájera" - 1891:1.
- Pereira, Ricardo S.  
 "De Nueva York a Buenos Aires" - 1889:7, 8.
- Pérez, Lázaro María  
 "Alfonso XII en su muerte" - 1887:1.  
 "La limosna" - 1887:2.  
 "La limosna" (A mi hija) - 1892:6.  
 "La mascarilla de Napoleón I" - 1887:7.
- Pérez Bonalde, Juan A.  
 "Al volver" - 1887:4.  
 "Día fatal" (A la Señora Doña María de Haro Gad.) - 1888:1.

- "Luz reflejada" - 1887:3.  
 "Semper!" - 1887:4.  
 "Sombra" - 1887:3.
- Pérez Galdós, Benito  
 "La mula y el buey" - 1890:4.
- Pérez Salazar, Ignacio  
 "A Delfina" - 1888:8.  
 "La herencia de Concha" - 1888:6
- Pérez Triana, Santiago  
 "Otoño" - 1891:12.
- Petoefi  
 "La canción de los perros" - 1889:3.
- Petrarca (Francesco Petrarck)  
 "El aislamiento" [Traducción de Miguel A. Caro] - 1892:3.
- Peza, Juan de Dios  
 "A Víctor Hugo" - 1887:2.  
 "César en casa" - 1888:3.  
 "Estatua" - 1888:4.  
 "Migdalía" - 1887:12.  
 "Mi padre" - 1888:3.  
 "Mosaico (Epístola antiliteraria)" - 1889:3.  
 "Nieve de estío" - 1893:2.  
 "Reír llorando" - 1888:3.  
 "Siempre conmigo" - 1888:4.  
 "Vanas promesas" - 1890:4.
- Pichardo, Manuel S.  
 "Viaje de cuenta" - 1889:6.
- Picón, Jacinto Octavio  
 "Dulce y sabrosa" - 1892:5.
- Picón Febres, Gonzalo  
 "¡Duerme!" - 1886:12.  
 "Ella" - 1886:12.  
 "Juan de Dios Peza" - 1888:4.
- Pinzón Rico, José María  
 "El mar" - 1888:11.
- Poe, Edgar Allan  
 "Las campanas" [Traducción de Domingo Estrada] - 1889:12.
- Pombo, Rafael  
 "A Inés" - 1893:3.  
 "De confianza" - 1892:12.  
 "De noche" - 1891:4.  
 "El 6 de octubre" - 1891:4.  
 "Las norte-americanas en Broadway" - 1888:12.
- Pompa, Elías Calixto  
 "El recluta" - 1887:9.
- Ponce de León, Néstor  
 "En mi biblioteca" - 1890:2-6.  
 "Estudios sobre Shakespeare" - 1888:8, 11.
- Ponthier, C.  
 "¿Quién fue el autor del Gil Blas?" - 1888:7.
- Power, Andrés F.  
 "Cordial saludo" - 1893:2.
- Prieto, Guillermo  
 "Velada fúnebre para el 'Liceo Altamirano'" - 1893:4.
- Puga, Amalia  
 "A Elena (en su álbum)" - 1892:8.  
 "A la luna" - 1892:6.  
 "A Leonor de Mayorga (Contemplándola en su retrato de novia, donde sobre el fondo oscuro de la tarjeta se destaca su figura)" - 1891:3.  
 "A mi querida amiga: Señora Joaquina T. de Tillit" - 1892:5.  
 "Cáloc" (A mi tía Margarita Puga de Ampuero) - 1892:1.  
 "Carta literaria" - 1892:6.  
 "Descubrimiento de América" (Al eminente vate americano Numa Pompilio Llona) - 1892:7.  
 "Dudas, temores y deseos" - 1890:9.  
 "El descubrimiento" - 1893:1.  
 "El mundo!" - 1890:2.  
 "En el álbum de Angélica Palma" - 1892:8.  
 "Gotas de acíbar" - 1892:8.  
 "La felicidad" - 1890:2.  
 "La literatura en la mujer" (Discurso de Amalia Puga en la noche de su

- incorporación [en el Ateno] - 1892:3.  
 "La memoria" - 1890:4.  
 "La Revista Ilustrada de Nueva York" (Soneto dedicado a su digno Editor, señor E. de Losada) - 1890:2.  
 "La vida" - 1890:3.  
 "Moisés" - 1890:2.  
 "Protesta" - 1892:6.  
 "Respuesta oficial" - 1892:4.  
 "Rima" - 1890:5.  
 "Soneto" (Improvisado ante las ruinas del alcázar incaico) - 1890:2.
- Puga y Acal, Manuel  
 "Balada del leñador" - 1889:6.
- R. R.  
 "Los candidatos, New York 2 de Julio de 1888" - 1888:7.  
 "Noticias del día" - 1888:8, 10.
- Ramírez, Juan C.  
 "Andina" - 1893:11.
- Rangel Garbiras, Carlos  
 "Rectificación" - 1892:12.
- Rastignac  
 "Charla en el tren" - 1891:11.
- Reina, Manuel  
 "El guante" - 1887:7.
- Renato  
 "El corazón y la cabeza" - 1888:2.
- Restrepo, Antonio José  
 "El crucifijo" (De Lamartine) - 1888:2.  
 "El limbo" - 1887:12.  
 "¡Patria!" - 1887:9.
- Ribalta, Aurelio  
 "Doble sorpresa" - 1893:9.
- Ríos, Blanca de los  
 "A él" - 1893:7.
- Riva Palacio, Vicente  
 "El Escorial" - 1889:5.  
 "El padre Las Casas" - 1893:10.
- "Idilio" - 1886:12.  
 "La promesa de un genio" - 1893:10.  
 "Las gotas de agua" - 1893:11.  
 "Soneto a mi madre" - 1892:2.
- Rivas Groot, José  
 "El poeta" - 1888:1.  
 "El siglo" - 1889:4.  
 "Idea y forma" - 1888:9.  
 "Lo que es un nido" - 1888:7; 1889:10.  
 "¿Qué es dolor? A.M..." - 1889:9.  
 "Traducciones poéticas" - 1890:3.  
 "Victor Hugo en América" - 1889:4.  
 "Victor Hugo y d. Juan Valera" - 1888:12; 1889:1, 2.
- Rivera y Garrido, Luciano  
 "Jorge Isaacs y sus obras" - 1893:12.  
 "Paisajes valle-caucanos" - 1892:11.
- Rocamil  
 "Carta de Londres" - 1888:7, 8; 1890:1.  
 "Revista europea" - 1888:10; 1890:7.
- Rodríguez, José Ignacio  
 "Carlota Scott" - 1891:3.  
 "Las novelistas americanas: Ana Bartlett Warner" - 1891:3.  
 "Las novelistas americanas: Catalina María Sedgwick" - 1891:4.  
 "Las novelistas americanas: Elena Hunt Jackson" - 1891:1.  
 "Las novelistas americanas: Susana Warner" - 1891:2.  
 "Las novelistas de los Estados Unidos de América: Enriqueta Beecher Stowe" - 1890:12.
- Rodríguez de Tío, Lola  
 "Manatí" - 1887:2.
- Rojas, Arístides  
 "El alerta de los atalayas" - 1888:6.  
 "Las luminarias del abismo" - 1888:10.  
 "Una página de historia" - 1888:12.
- Rojas, José Caicedo  
 "Las cucharas de plata" - 1891:12.

- Rojas, P. Ezequiel  
 “José Concepción Cova” – 1888:2.
- Rojas Garrido, José María  
 “Biblia de la India” – 1888:1.
- Romo, Apolonio  
 “Juan de Dios Peza” – 1887:12.
- Rossel, J. C.  
 “A Amalia Puga” – 1892:3.
- Rubió y Ors, Joaquín  
 “El llanto” – 1892:6.
- Rueda, Salvador  
 “La capa” – 1892:12.
- S. C. R.  
 “Impresiones finales” – 1890:10.
- S. F.  
 “Mercedes Cabello de Carbonera” – 1893:10.
- Sales, Pierre  
 “El vals núm. 10” – 1890:3.
- Sales Pérez (hijo), Francisco de  
 “La vida del campo” – 1887:4.
- Saluzzo, Marco Antonio  
 “Discurso de orden” – 1887:11.  
 “Juan Vicente González” – 1893:6, 7.
- Samper, Augusto N.  
 “Acuarela” – 1893:7.  
 “Consonancia” – 1892:4.  
 “Croquis” – 1892:11.  
 “En el cementerio” – 1893:6.  
 “Infernal” – 1892:5.  
 “Íntima” – 1892:12.  
 “Labios rojos” – 1892:3.  
 “Las gaviotas” – 1892:8.  
 “Ojos azules” – 1892:4.  
 “Pobre humanidad!” – 1893:2.  
 “Redención” – 1893:5.  
 “Sursum” – 1892:9.  
 “Tántalo” – 1892:10.  
 “Tempestades” – 1892:9.
- Sanín Cano, Baldomero  
 “Confidencias importunas” – 1890:7.  
 “Fisiología de lo romántico” – 1890:9.  
 “Literatura americana” – 1890:8.  
 “Sinceridad de artista” – 1890:12.
- San Juan, Manuel A.  
 “Ligera polémica” (A Darwin) – 1892:6.  
 “Mal sin remedio” – 1892:3.  
 “¡Pro scientia!” – 1892:6.
- San Martín y Aguirre, José F.  
 “La hermosura” – 1889:1.
- Santa Ana, J. Cecilio  
 “Al Niágara” – 1889:8.  
 “Al río Grijalva” – 1893:12.  
 “A mi abuelo” – 1890:7.  
 “Coram populo” – 1891:3.  
 “Cuique Suum” – 1891:3.  
 “Elegía a Leopardi” – 1891:6.  
 “El proletario” – 1890:1.  
 “Estrofas” – 1890:12.  
 “La primera misa que se celebró en Tabasco” – 1892:8.  
 “Mesalina” – 1890:2.  
 “Poetas mexicanos: El General Vicente Riva Palacio” – 1893:12.  
 “Poetas mexicanos: Ignacio M. Altamirano” – 1892:4.  
 “Poetas mexicanos: Ignacio Montes de Oca” – 1891:12.  
 “Poetas mexicanos: Salvador Díaz Mirón” – 1891:5.  
 “Sin glorias” – 1890:11.
- Santiagoé  
 “¡Oh! ¡Qué buen país!” – 1889:5.
- Sarcey, Francisque  
 “Las vacaciones y el internado” – 1892:1.
- Sardou, Victoriano  
 “La bomba” – 1890:4.
- Schöll, Aurelién  
 “La farsa” – 1891:11.



- Segura, José Sebastián  
 "Cortés" - 1888:8.
- Sellén, Antonio  
 "Adelante" - 1889:5.  
 "El ave" - 1889:5.  
 "El último poeta" (De Anastacio Grun) - 1887:12.  
 "El viajero" - 1887:1.  
 "Literatura alemana: Adalberto de Chamisso y su poema 'Salas y Gómez'" - 1888:4.
- Sellén, Francisco  
 "A las ondas de un río" - 1890:5.  
 "El sueño de Sócrates" - 1892:4.  
 "En la barricada (Paris—1871)" - 1888:1.  
 "Fatum" - 1893:5.  
 "Las olas" - 1892:12.  
 "Lo más triste" - 1892:1.  
 "Mañana de primavera" - 1888:6; 1889:2.  
 "Panteísmo" - 1886:12.
- Shakespeare, William  
 "Día y noche" [Traducción de Miguel A. Caro] - 1892:3.
- Sierra, Justo  
 "Méjico social y político" - 1893: 9-12.
- Silei, José de  
 "La ida" - 1887:3.
- Silió y Gutiérrez, Evaristo  
 "A una niña" - 1887:8.
- Simón, Jules  
 "La conciencia antes que el verdugo" - 1892:7.  
 "Litré bosquejado por Julio Simón" - 1893:3.
- Solano, Amalia  
 "La lectura de los autores de la América del Sur" - 1892:9.  
 "La mujer sur-americana" - 1892:7.
- Sosa, Francisco  
 "Escritores y poetas sud-americanos: Carlos Guido y Spano" - 1889:3.
- "Junto al río" - 1889:8.
- Soublette, Félix  
 "La gloria de Páez" - 1888:6.
- Southey, Roberto  
 "La bruja de Berkeley" - 1892:2.
- Souvestre, Armando  
 "Poema en prosa" - 1893:4.
- Staël, Madame de  
 "La verdad en literatura" - 1888:6.
- Sucre, Antonio José de  
 "Una página de la vida del general Sucre" - 1890:7.
- Sully-Prudhomme, Armand  
 "El vaso roto" - 1889:2.  
 "El viento" [Traducción de Miguel A. Caro] - 1892:3.  
 "La memoria" - 1892:4.
- T. A.  
 "Perspectivas" - 1893:3.
- Toboada, Luis  
 "Artículo autobiográfico" - 1890:1.
- Tamayo, Rafael  
 "Flores y frutos" - 1888:10.  
 "La espuma" - 1888:9.
- Tamayo y Baus, Manuel  
 "El vocablo zinzaya" - 1893:11.  
 "Soneto" - 1888:5.
- Tejera, Diego V.  
 "A tí" - 1892:10.  
 "Julieta" - 1893:7.
- Tejera, Felipe  
 "El canto del llanero" - 1888:5.
- Terán, Ignacio  
 "A cuenta vieja baraja nueva" - 1891:4, 6, 8.
- Terrero, Leopoldo  
 "Apreciaciones sobre el estudio crítico-histórico acerca del canto épico del Sr. Félix Soublette, *La gloria de Páez* por el Dr. Ricardo O. Limardo" - 1888:11.

- "Duelo americano" - 1888:11.  
 "Morales Marcano" - 1888:7.  
 "Nicanor Bolet Peraza" - 1888:1.  
 "Panorama venezolano: Macuto pintoresco" - 1888:6, 7.
- Theuriet, A.  
 "Un idilio de Pascua" [Traducción de L.L. y M. de S.] - 1892:5.
- Tissandier, Alberto  
 "Los funerales en las Indias" - 1888:12.
- Tixier, A.  
 "Los amores del diablo" - 1888:6.
- Tolstoi, Conde León  
 "Un juez hábil" - 1890:4.
- Torres, Carlos Arturo  
 "De noche" - 1890:10.  
 "El cíclope" - 1893:3.  
 "El Manfredo de Byron" - 1890:2, 3.  
 "Espartaco" (Al Sr. José Rivas Groot) - 1888:1.  
 "Paul Bourget" - 1891:11.
- Twain, Mark  
 "El gran contrato de Salazón" - 1889:2.  
 "Que concierne a las criadas" - 1889:2.
- Uriarte, Ramón  
 "Los fuegos fatuos" - 1889:7.
- Uribe, Diego  
 "A Colón" - 1893:2.  
 "A un árbol viejo" - 1889:8.  
 "Contemplación" - 1889:11.  
 "De regreso" - 1892:3.  
 "Desde el monte" - 1893:2.  
 "¿Dónde?" - 1889:10.  
 "Melancolía" - 1889:6.
- Valbuena, A. de  
 "La niña y la rosa" - 1893:10.
- Valenzuela, Mario  
 "Recuerdo" - 1888:11.
- Valenzuela, Teodoro  
 "Consuelo" - 1888:8.
- Valera, Juan  
 "Cartas de España" - 1891:9-12; 1892:2, 3.  
 "El naturalismo" - 1887:9.
- Valle, Ramón del (Ramón del Valle-Inclán)  
 "Una visita a Echegaray" - 1892:4.
- Varela Zequeira, José  
 "El deshielo" - 1887:8.  
 "La lira oculta" - 1887:8.  
 "¡Luz, luz!" - 1887:8.
- Vásquez Guarda, Efraím  
 "Saetas" - 1889:2.
- Veintemilla, Marietta de  
 "Madama Roland" - 1893:1.
- Velarde, S.  
 "Amalia Puga" - 1892:3.  
 "Dios" - 1887:12.
- Vergara y Velasco, Francisco Javier  
 "Minerva: El primer congreso científico en Colombia" - 1893:8.
- Vergara y Vergara, José María  
 "En el álbum del bazar de los pobres" - 1888:12.
- Vervet Marea, Eva C.  
 "Resurrección" - 1889:1.
- Vicuña Mackenna, Benjamín  
 "¡Excelsior!" - 1888:2.
- Vieco, Julio N.  
 "Doctrina Büchner" - 1892:12.  
 "Intima" - 1892:12.  
 "Lo ajeno y lo propio" - 1893:7.  
 "Nidos y hogares" - 1893:6.  
 "Sin máscara" - 1893:7.
- Villergas, J. M.  
 "Epigrama" - 1889:8.
- Vivero, Domingo de  
 "Amalia Puga" - 1892:2, 3.

Walburg, Fernando

“Marcela Sembrich” – 1887:7.

Wenceslao Querol, Vicente

“María” – 1893:1.

X.

“La América para los americanos”  
– 1889:11.

“Melodía” – 1892:9.

Zambrana, Antonio

“Madrigal” – 1890:4.

Zapata, Domingo

“Ex abrupto” – 1893:10.

Zaragoza, Antonio

“Dante Alighieri” – 1889:10.

Zea, Agripino

“Carta de Guatemala” – 1892:11.

“Guatemala” – 1893:1.

“Los que leen y los que no leen” –  
1892:12.

“Los suicidas” – 1892:11.

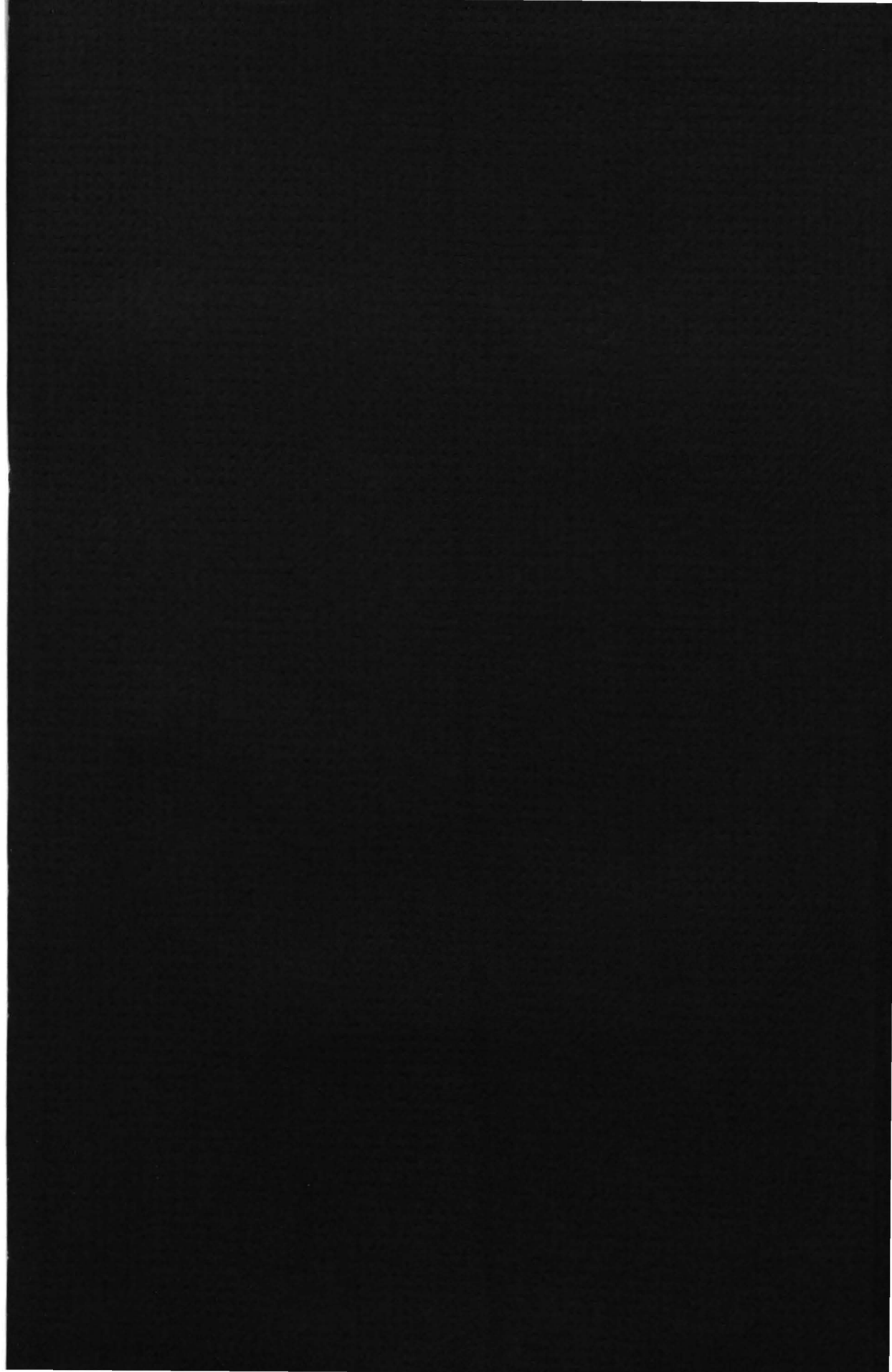
Zolá, Emilio

“El amor bajo los tejados” – 1890:10.

“El paraíso de los gatos” – 1893:4.

Zorrilla, Ovidio

“En el álbum de Elmira” – 1892:7.



DUE	RETURNED
JUL 01 2000	
MAY 10 2001	
MAY 25 2002	NOV 5 2002 MU

University of Missouri - Columbia  
ELL K07800  
PN4885.S75 Z973



010-002685240

PN  
4885  
.S75  
.Z973  
K07800